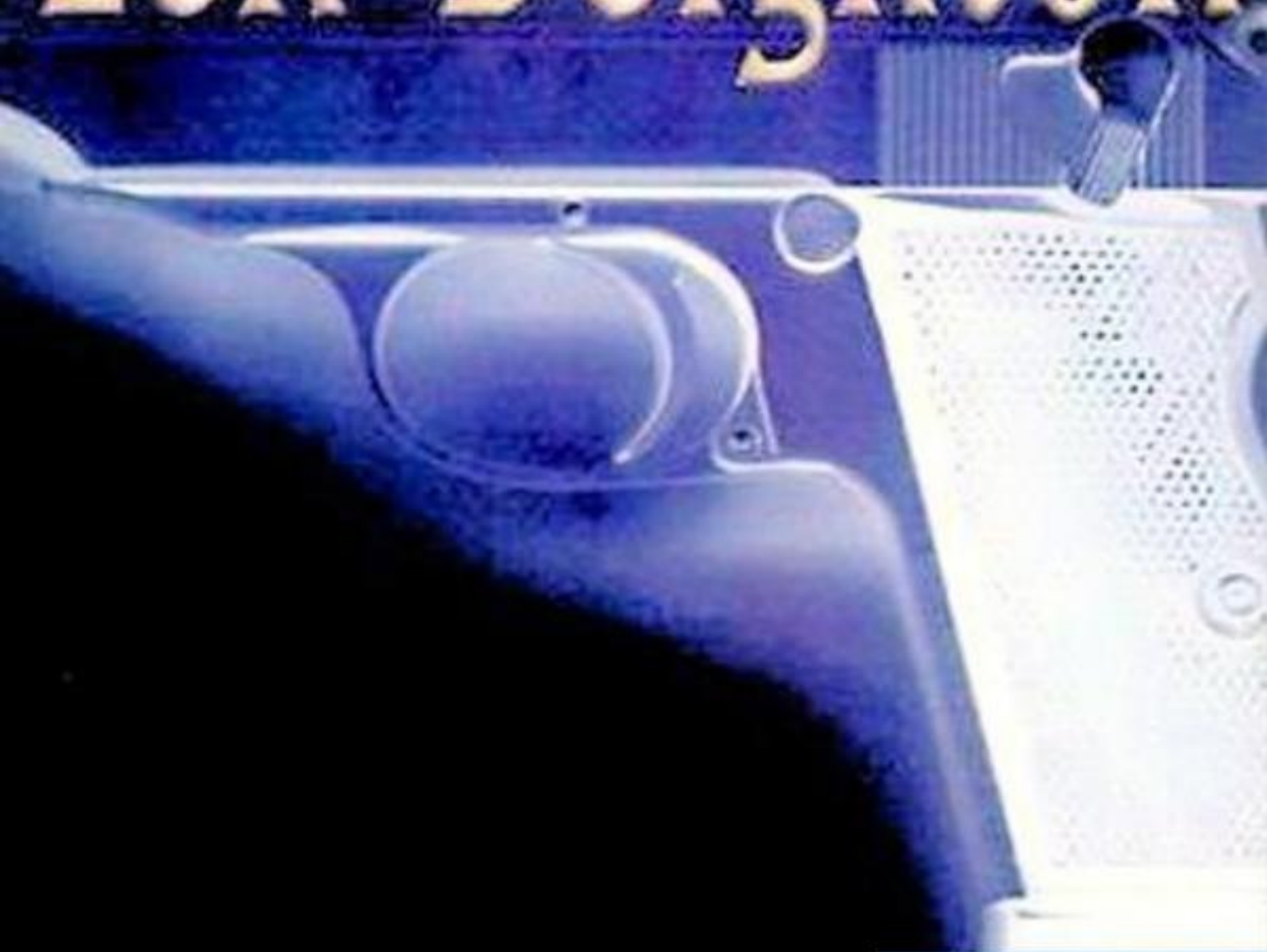


ESPERANZA

Len Deighton



Lectulandia

Tessa Kosinski está muerta. Su cuñado, Bernard Samson, sabe que alguien del Departamento dio la orden de ejecutarla, pero ¿quién? Sin tener a nadie en quien confiar y con más enigmas que respuestas, Samson emprende el viaje de regreso a Polonia.

Lectulandia

Len Deighton

Esperanza

Fe - Esperanza - Caridad 2

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2019

Título original: *Hope*
Len Deighton, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

1

MAYFAIR, LONDRES. Octubre de 1987

Es poco probable que alguien que llama a la puerta a altas horas de la noche sea portador de buenas noticias.

Cuando el timbre sonó por segunda vez salté de la cama de mala gana. Me encontraba solo en casa. Mi esposa estaba en casa de sus padres con nuestros hijos.

—¿Kosinski?

—No —contesté.

La luz que había en el techo del rellano iluminaba a un hombre delgado y ojeroso que vestía una cazadora de vuelo, corta e impermeable, y un gorro de punto azul marino. Sostenía en la mano una cartera barata de las que los oficinistas de Europa Oriental ostentan como símbolo de prestigio social. La pechera de la camisa de tela vaquera estaba ensangrentada, lo mismo que la cara, sin afeitar, y la mano que extendía, en la que sostenía la llave de mi apartamento.

—No —repetí.

—Por favor, ayúdeme —me pidió.

Adiviné que su dominio del inglés era limitado. No pude situar aquel acento, pero el hombre tenía la voz apagada y distorsionada a causa de la falta de algunos dientes. Que estaba malherido era evidente por la postura encorvada que tenía y la expresión que se le reflejaba en el rostro.

Abrí la puerta. Cuando entró con paso tambaleante se dejó caer sobre mí, como si hubiera agotado el último átomo de energía en llegar hasta el timbre de la puerta y pulsarlo.

Sólo logró dar unos pasos más antes de retorcerse y desplomarse sobre la mesita del recibidor. Tenía sangre por todas partes. Debí de leerme el pensamiento, porque dijo:

—No. No he dejado ninguna mancha de sangre en la escalera.

Había subido por la escalera en lugar de tomar el ascensor. Era la precaución que suelen adoptar los fugitivos experimentados. A aquellas intempestivas horas de la noche los ascensores hacen tanto ruido que despiertan a los conserjes y alertan a los guardas de seguridad.

—Kosinski —dijo con ansiedad—. ¿Quién es usted? Ésta es la casa de Kosinski.

Si hubiera tenido algo más de fuerzas se habría enfadado.

—Sólo soy un caco amistoso —le dije.

Lo puse en pie de nuevo, lo arrastré hasta el cuarto de baño y lo acerqué a la bañera. El hombre se dejó, caer rodando por encima del borde hasta quedar tendido cuan largo era en el baño vacío. Era mejor que sangrase allí.

—Soy el socio de Kosinski —me explicó.

—Claro —le tranquilicé—. Claro.

Era una afirmación absurda.

Le quité la cazadora y lo empujé hasta dejarlo tendido en una posición plana en la que pudiera abrirle la camisa. Observé que no había hemorragia y que la mayor parte de la sangre se había coagulado y resultaba algo pegajosa. Tenía una docena o más de profundos cortes en las manos y en los brazos, pues los había utilizado para protegerse del ataque, pero eran las pequeñas heridas de arma blanca que tenía en el cuerpo las que ponían en peligro su vida. Bajo la ropa llevaba un cinturón para guardar dinero. Eso le había salvado del ataque inicial. No era la clase de cinturón que llevan los turistas, sino del tipo de cargas más pesadas que utilizan los contrabandistas profesionales. El cinturón medía casi quince centímetros de anchura y estaba hecho de lona bastante resistente, aunque se veía deshilachada, manchada y descolorida a fuerza de los años de uso y había adquirido un color gris claro. Todo el cinturón estaba lleno de bolsillos que podían dar cabida a barras del tamaño y forma de las tabletas de chocolate pequeñas. Ahora se hallaba completamente vacío. Cargado habría pesado una tonelada, razón por la cual tenía dos tirantes que se colocaban por encima de los hombros. Fue uno de esos tirantes lo que sin duda había salvado la vida de aquel hombre, pues en él había un corte reciente y ensangrentado. Una cuchillada que por muy poco no había dado precisamente en el lugar donde una hoja de arma blanca retorcida inunda los pulmones de sangre y provoca la muerte en menos de sesenta segundos.

—Sólo es un arañazo —le dije.

El hombre sonrió. Era consciente de la gravedad.

Me quedé asombrado al ver que George Kosinski, mi cuñado, llegaba cinco minutos después. ¡George, que se había marchado de Inglaterra para nunca más volver, había regresado! Supongo que habría estado intentando interceptar a mi visitante, porque se mostró poco sorprendido al encontrarlo allí. George tenía casi cuarenta años; el pelo ondulado se le iba volviendo gris en las sienes. Se quitó las gafas.

—He venido en taxi, Bernard. De un momento a otro llegará un coche y te quitaré de las manos a este tipo.

Lo dijo con tanta naturalidad como si fuera el dueño de un servicio de limusinas. Luego sacó un pañuelo y se puso a limpiar el vaho de las gafas de montura gruesa.

—Pierde el conocimiento y lo recupera de nuevo una y otra vez —le indiqué—. Necesita atención con urgencia. Ha perdido mucha sangre; puede morir en cualquier momento.

—Y tú no quieres que se muera aquí —observó George mientras se ponía las gafas y miraba al hombre en estado de coma dentro de la bañera. Este tenía los ojos cerrados con fuerza y la respiración se le había hecho lenta, con esa especie de ronquido que denota la inminencia de la muerte. George me miró y dijo—: Voy a llevarlo a un médico polaco de Kensington. Lo están esperando. Se relajará y confiará en alguien que hable su idioma.

George se trasladó hasta el salón como si no quisiera pensar en el hombre que expiraba en la bañera.

—Es una hemorragia interna, George. Me parece que se está muriendo.

Aquel pronóstico no pareció surtir efecto en George. Se acercó a la ventana y miró a la calle, como si esperase ver llegar el coche. Creo que lo hizo más para tranquilizarme a mí que porque en realidad pensase que vería llegar el coche prometido. George era polaco de origen y londinense de nacimiento. No era guapo ni atractivo, pero sí tenía buenos modales y no escatimaba generosidad. Como la mayoría de los hombres que se hacen a sí mismos, era intuitivo, y como la mayoría de los ricos, cínico. Muchos hombres con los que hacía tratos, y otros que se sentaban a su lado en los comités de caridad a los que pertenecía, eran polacos, o así se consideraban. George se desvivía por mostrarse sociable con los polacos, pero era un hombre de estado de ánimo cambiante. Donde sus incondicionales encontraban una alegre confianza en sí mismo, otros encontraban un ego testarudo. Y cuando la máscara le resbalaba un poco, la enérgica impaciencia podía convertirse en rabia y mal genio.

Lo estuve observando mientras se movía arriba y abajo con paso enérgico sin dejar de dar vueltas por la habitación; al mismo tiempo hacía aletear el abrigo largo de vicuña, le sonaban los huesos de los nudillos y exhibía esa clase de energía inquieta que algunos aseguran que forma parte del proceso del razonamiento. Tenía el rostro contraído a causa de la ira. Nadie hubiera reconocido en él a un hombre que llora desesperadamente por su amada esposa. Y nadie habría pensado que aquel apartamento había sido hasta hacía poco su hogar, pues chocaba contra las sillas, tropezaba continuamente con las alfombras con los brillantes zapatos de estilo inglés e iba echando pestes como un abstemio atrapado en una carga para desalojar borrachos.

—No tenía un sitio a donde ir —me confió George.

—Te equivocas —le corregí al tiempo que balanceaba la llave ante él—. Tenía una llave de este apartamento. Llamó al timbre sólo para comprobar que el terreno estaba despejado.

George puso mala cara.

—Creí que había recogido todas las llaves. Quizá será mejor que cambies las cerraduras, aunque sólo sea para asegurarte. —Levantó los ojos rápidamente, captó todo el fastidio que reflejaba mi rostro y añadió—: Es que no pueden andar tranquilamente por las calles, Bernard.

—¿Por qué no? ¿Porque son ilegales? ¿Porque no tienen papeles, pasaportes ni visados? ¿Es a eso a lo que te refieres? —Me guardé la llave en el bolsillo y decidí cambiar las cerraduras en cuanto consiguiera que viniera alguien a hacerlo—. Maldito seas, George, ¿no tienes ninguna consideración conmigo ni con Fiona? Se pondrá furiosa si se entera de esto.

—¿Vas a decírselo?

—Verá la sangre en el felpudo de la entrada.

—Mandaré a alguien para que lo limpie.

—Yo soy el experto número uno del mundo en limpiar manchas de sangre del suelo —le indiqué.

—Pues cómprate un felpudo nuevo —me espetó George con exasperación, como si yo estuviera causándole aquellos problemas por capricho.

—No se me ocurre nada que tenga más probabilidades de levantar las sospechas de Fiona que el hecho de que yo salga a comprar un felpudo nuevo.

—Pues cuéntaselo. Pídele que lo guarde en secreto.

—No sería justo pedirle eso. Fiona es ahora un pez gordo en el departamento. Y de todos modos no accedería. Informaría de ello. Prefiere

hacer las cosas al pie de la letra, según las reglas; así es como ha llegado a la cima.

George dejó de pasear y fue al cuarto de baño para echar un breve vistazo al hombre que estaba en la bañera, que se encontraba aún más pálido que antes, aunque la respiración era ligeramente más sosegada.

—No me causes problemas, Bernard —me pidió de un modo tan descortés que me enojó.

—Mis jefes... —Me detuve, conté hasta diez y volví a empezar, esta vez más tranquilo—. Las personas que dirigen el Servicio Secreto tienen ideas muy anticuadas sobre el hecho de que individuos escapados de Europa Oriental tengan la llave de los hogares de los empleados del departamento.

George se puso conciliador.

—Lo comprendo. Ha sido un terrible error. Lo siento de veras, Bernard. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Eso significa que tendrás que informar de esto, ¿verdad?

—Estás jugando con fuego, George.

Me pregunté si la muerte de Tessa, su esposa, no le habría trastornado el cerebro.

—Es que, sencillamente, se supone que yo no debería estar ahora en esta jurisdicción; por asuntos fiscales. Me encuentro en pleno proceso de perder la residencia. El simple hecho de que se difunda el rumor de que he estado en Inglaterra podría ocasionarme un montón de problemas, Bernard.

Me fijé en las palabras de George: jurisdicción, asuntos fiscales. Sólo los hombres como él dominan el uso de palabras como aquéllas.

—Sé lo que estás haciendo, George. Estás pidiendo a algunos de esos matones que investiguen la muerte de tu esposa. Y eso podría causarte problemas.

—Son polacos; es mi gente. Tengo que hacer lo que pueda por ellos.

Aquella afirmación sonaba hueca al ser entonada en aquel inconfundible acento del este de Londres.

—Estas personas no pueden devolvértela, George. Nadie puede hacerlo.

—Deja de sermonearme, Bernard, por favor.

—Escucha, George —le dije—, ese amigo tuyo que está en el cuarto de baño no es simplemente la víctima común y corriente de un atraco callejero o de una riña de bar. Lo ha atacado un asesino profesional. Quienquiera que fuese el que iba tras él dirigió el arma a una arteria, y sabía exactamente dónde encontrar el punto que buscaba. Pero el tirante de lona ha salvado a ese tipo, y lo más probable es que eso fuera así porque lo tenía atravesado en

torno al cuerpo en aquel momento. Me parece que se está muriendo. Tendría que estar en una sala de cuidados intensivos, y tú no deberías pensar en llevarlo a un médico amigo de la familia en Kensington. Créeme, estos compañeros de juego son tipos bastante duros. La próxima vez podrías ser tú.

Tenía esperanzas de que quizá aquella revelación hiciera entrar en razón a George, pero permaneció imperturbable.

—Muchos de estos pobres desgraciados han huido, Bernard —me explicó alegremente—. No había nada en el cinturón, ¿a qué no? Sí, tienes razón, es inevitable que el régimen infiltre a sus espías. Gángsters del mercado negro y otra gentuza violenta utilizan nuestra línea de huida. Los investigamos a todos, pero eso lleva tiempo. Éste fue doblemente desafortunado; un joven realmente agradable que quería ser útil. Ojalá pudieras ver algunos casos. Los jóvenes... Es para romperle a uno el corazón.

—Yo no soy quién para decirte cómo debes vivir tu vida, George. Sé que siempre has contribuido generosamente a los fondos polacos y a las buenas causas en pro de estos disidentes y refugiados políticos. Pero el gobierno comunista de Varsovia considera subversivas esas organizaciones extranjeras. Eso tú debes de saberlo. Y existen muchas probabilidades de que ciertos elementos políticos te estén explotando sin entender lo que estás haciendo.

George se frotó la cara.

—Entonces, ¿tú crees que está malherido?

Acarició el teléfono.

—Sí, George, muy malherido.

Se le endureció el rostro; levantó el teléfono y llamó a cierta persona desconocida, presumiblemente para apresurar las cosas. Al no obtener respuesta a su llamada, me miró y dijo:

—Esto no volverá a suceder, Bernard. Te lo prometo.

Esperó sólo unos minutos antes de volver a marcar el número, y en esta ocasión se encontró con que estaba comunicando. Colgó violentamente el teléfono, tan violentamente que se rompió. Yo llevaba años aporreando teléfonos al colgar con fuerza, pero nunca había roto ninguno. ¿Era aquello una medida de la ira de George, de su pena, de su nerviosismo o de alguna otra cosa? Levantó las manos en actitud de súplica, me miró y sonrió.

Suspiré. Nadie elige a su cuñado. Son desconocidos que la sociedad nos impone para poner a prueba los límites de nuestra compasión y capacidad de aguante. Yo había tenido suerte, me caía bien mi cuñado; mejor quizá de lo que yo le caía a él. Ése era mi problema, que a mí me caía bien George.

—Mira, George —le dije en un último intento de hacerle entrar en razón—. Para ti es obvio que no eres un agente enemigo; no eres más que un filántropo lleno de buenas intenciones; pero no confíes en que los demás se muestren tan perceptivos. La gente para la que trabajo piensa que no hay humo sin fuego. Deja que las cosas se enfríen. De lo contrario es probable que te encuentres con un extintor metido por el culo.

—Yo vivo en Suiza —puntualizó George.

—Pues entonces un extintor suizo.

—Ya te he dicho que lo siento, Bernard. Sabes que por nada del mundo habría permitido que esto ocurriera. No puedo reprocharte que estés enfadado. Yo en tu lugar también lo estaría.

Apretaba la cartera barata con ambos brazos, como si se tratase de un bebé. De pronto me di cuenta de que debía de estar repleta de dinero; dinero que debía de proceder de un cambio por el oro del cinturón.

Ante aquello decidí darme por vencido. Hay algunas personas que se niegan a aprender de los buenos consejos, sólo aprenden de la experiencia propia. Y George Kosinski era precisamente de esa clase de personas.

Poco después llegó un hombre al que reconocí como el chófer y hombre para todo de George. Llevaba consigo una manta de viaje para envolver al herido, al que levantó con una facilidad carente de esfuerzo. George lo observaba todo como si se tratase de su propio hijito enfermo. Quizá fuera el dolor lo que hizo parpadear al herido. Movié un poco los labios, pero no habló. Luego el chófer lo bajó hasta el coche.

—Lo siento, Bernard —repitió George de pie ante la puerta como si tratase de sentirse contrito—. Si tienes que informar de esto, hazlo. Lo comprendo. No puedes arriesgar tu empleo.

Limpié el felpudo lo mejor que pude, quité las manchas más evidentes del cuarto de baño y aclaré en agua fría la toalla ensangrentada antes de mandarla a la lavandería. Con mi habitual estilo infantil, decidí esperar a ver si Fiona se fijaba en alguna de las manchas. Lo que, como sistema para tomar una decisión importante, era lo mismo que echar al aire una moneda; Fiona tenía ojos para poca cosa más que no fuera las montañas de trabajo que se traía a casa cada noche, así que no hablé con nadie de mi inesperado visitante. Pero mis esperanzas de que George y sus payasadas hubieran terminado, y así poder olvidarlas, no duraron más allá de una semana. Cuando volví de una reunión me encontré un mensaje en la mesa del despacho en el que se me

pedía que me presentase ante Dicky Cruyer, mi jefe, recién nombrado controlador europeo.

Abrí la puerta de su despacho. Dicky estaba de pie detrás del escritorio; retorció con fuerza alrededor de los dedos heridos un pañuelo blanco almidonado mientras media docena de gotitas de sangre salpicaban el informe que había traído consigo de la reunión a la que había asistido.

No había necesidad de que me explicase nada. Yo había estado en el piso superior y había tenido ocasión de oír el repentino rezongar y los gruñidos de barítono. El único animal al que se permitía la entrada por la custodiada puerta principal de la Central de Londres era el venerable perro labrador negro del director general, y sólo venía cuando iba acompañado por su amo.

—Berna —dijo Dicky señalando los papeles que acababan de llegar a su mesa—. Otra vez la oficina de Berna.

Puse una cara inexpresiva.

—¿Berna? —le pregunté—. ¿Berna, en Suiza?

—No te hagas el inocente, Bernard. Tu cuñado vive en Suiza, ¿verdad?

Dicky estaba temblando. El sanguinario encuentro que había tenido con el director general y con el compañero canino de éste le había dejado herido en cuerpo y alma. Y ello me hizo preguntarme en qué condiciones habrían quedado los otros dos.

—Nunca lo he negado —le indiqué.

La puerta del despacho contiguo se abrió. Jennifer, la más joven, devota y atenta de las ayudantes femeninas de Dicky, asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—¿Le traigo antiséptico del botiquín, señor Cruyer?

—No —repuso Dicky por encima del hombro en un susurro teatral, afligido por el hecho de que se hubiera corrido tan pronto el rumor de su infortunio—. Bueno, ¿y qué te parece? —preguntó volviéndose hacia mí de nuevo.

Me encogí de hombros.

—Todo el mundo tiene que vivir en alguna parte.

—¿Encuentras normal que en siete días cuatro agentes de la Stasi pasen la frontera? ¿Me vas a decir que no es más que una coincidencia? —Hizo una pausa y se quedó pensativo—. Iban a Zúrich a ver a tu cuñado.

—¿Cómo sabes adónde iban?

—Todos iban a Zúrich. Es obvio, ¿no?

—No sé qué quieres dar a entender —le dije—. Si la Stasi quiere hablar con George Kosinski no tiene necesidad de mandar cuatro hombres a Zúrich;

matones que hasta nuestros chupatintas de Berna son capaces de reconocer. Quiero decir que resulta un poco llamativo, ¿no?

Dicky se giró para ver si Jennifer seguía de pie en la puerta con cara preocupada. Allí estaba.

—Muy bien —dijo, sentándose de pronto como si se rindiera al dolor—. Trae el antiséptico.

La puerta se cerró y, mientras se apretaba más el pañuelo en torno a los dedos, se fijó en las manchas que había en los papeles.

—Deberían ponerte una inyección antitetánica —le aconsejé—. Ese perro está lleno de pulgas y tiene sarna.

—Deja en paz al perro —me pidió Dicky—. Atengámonos al asunto que tenemos entre manos. Tu cuñado está en contacto con los servicios secretos de Alemania Oriental, y voy a ir allí a poner las cartas sobre la mesa.

—¿Cuándo?

—Este fin de semana. Y tú vas a venir conmigo.

—Tengo que terminar todo el material que me diste ayer. Me dijiste que el director general quería tener el informe sobre la mesa el lunes.

Dicky me miró con suspicacia. Los dos sabíamos que él tenía la costumbre de utilizar imprudentemente el nombre del director general cuando quería que algún trabajo se hiciera con urgencia o a altas horas de la noche.

—Ha cambiado de opinión en cuanto al informe. Me ha dicho que te lleve a Suiza conmigo.

Ahora era posible leer un poco más a fondo en el estado mental de Dicky. Las preguntas que acababa de hacerme a mí eran preguntas que él no había sido capaz de responderle al director general de un modo satisfactorio. Y entonces el director general le había dicho que me llevase consigo, y era eso lo que había hecho mella en el ego de Dicky. El mordisco del perro era aparte.

—Porque es tu cuñado —añadió para que yo no empezase a considerarme indispensable.

Utilizando la mano sana, Dicky levantó el teléfono y llamó a Fiona, que trabajaba en el despacho de al lado.

—Fiona, cariño —le dijo con aquel acento suyo tan guasón, lento y nasal—. Tu maridito está conmigo. ¿Puedes reunirte con nosotros un momento?

Me puse a mirar por la ventana para tratar de olvidar que tenía un cuñado majareta por el que Dicky se estaba tomando un súbito e incomprensible interés. El verano había pasado; teníamos que soportar todo un invierno antes de que volviera otra vez, pero aquél era un día dorado y glorioso, y desde aquel último piso yo podía ver toda la cuenca de Londres hasta la tierra alta

de Hampstead. Las nubes, algodonosas y grises como un montón de gasas de vendajes desechados, estaban prendidas al suelo por brillantes alfileres de latón que pretendían ser rayos de sol.

Mi mujer, con el rostro oscurecido por aquella severa expresión que yo había aprendido a reconocer como la que solía adoptar cuando se la interrumpía en algo que necesitaba una gran concentración, entró en el despacho. La enorme carga de trabajo de Fiona se había convertido en la comidilla del piso superior. Y ella manejaba las decisiones políticas con consumada destreza. Pero yo veía en sus ojos el brillante resplandor que proporciona una bombilla antes de fundirse.

—¿Sí, Dicky? —le preguntó Fiona.

—Me estoy trabajando a tu maridito para que se venga conmigo a Zúrich a echar una cana al aire, queridísima Fiona. Tenemos que salir el domingo por la mañana. ¿Podrás soportar un fin de semana sin él?

Fiona me miró con seriedad. Le guiñé un ojo, pero ella no reaccionó.

—¿Es preciso que vaya? —quiso saber.

—El deber le llama —le aseguró Dicky.

—¿Qué te ha pasado en la mano, Dicky?

A modo de respuesta entró Jennifer con antiséptico, algodón y un paquete de tiritas. Dicky le tendió la mano como un potentado aceptando un voto de fidelidad. Jennifer se puso en cuclillas y comenzó a curarle la herida.

—Los niños iban a venir a casa el domingo —le explicó Fiona a Dicky—. Pero si Bernard va a estar de viaje, me encerraré en casa y me pondré a trabajar en esas condenadas cifras que necesitas para el ministro.

—Espléndido —dijo Dicky—. Huy, eso duele —añadió dirigiéndose a Jennifer.

—Lo siento, señor Cruyer.

—Mi padre me ha sugerido que los niños se queden con ellos un poco más —dijo Fiona dirigiéndose a mí; quizá viera la expresión desconcertada de mi cara porque, a modo de explicación, añadió—: Los he llamado por teléfono esta mañana. Es su aniversario de boda.

—Ya hablaremos de ello —le indiqué.

—Sólo por si acaso, le he dicho a mi padre que les reserve plaza en el colegio para el próximo trimestre. —Apretó las manos juntas como si estuviese rezando para pedir que yo no estallase—. Da igual que perdamos el dinero de la matrícula.

Durante unos instantes me quedé sin habla. Su padre estaba haciendo todo lo posible para mantener a mis hijos con él, y yo quería que estuvieran en casa

con nosotros.

Dicky, que se sentía excluido de nuestra conversación, intervino entonces:

—¿Por casualidad te ha llamado Daphne?

Aquella pregunta iba dirigida a Fiona, quien miró a Dicky y respondió:

—No. Desde que la llamé para darle las gracias por aquella cena tan estupenda no he vuelto a hablar con ella.

—Sólo era curiosidad —aclaró Dicky sin ninguna convicción. Como Fiona lo miraba, esperando a que dijera algo más, él añadió—: Daphne está un poco deprimida últimamente; y no hay amigos como los mejores amigos. Se lo he dicho a ella.

—¿Quieres que la llame?

—No —se apresuró a decir Dicky—. No es nada. Creo que está pasando por uno de esos cambios que trae la vida.

Fiona sonrió.

—Cada vez que tienes una pelea con ella acabas diciendo lo mismo, Dicky.

—No es verdad —contestó Dicky enfadado—. Daphne necesita algunos consejos. Está haciendo que la vida sea condenadamente difícil. Y con todo el trabajo amontonado que hay aquí, no me conviene tener distracciones.

—No —convino Fiona echándose atrás en lo dicho y convirtiéndose en la ayudante fiel.

Ahora que Dicky había logrado hacer las maniobras necesarias para convertirse en controlador europeo sin dejar de estar a cargo de la sección alemana, nadie en el departamento estaba a salvo de sus caprichos y antojos.

—El trabajo es la mejor medicina —sentenció Dicky—. Siempre he sido un adicto al trabajo; y creo que ya es demasiado tarde para cambiar.

Fiona asintió y yo me puse a mirar por la ventana. Realmente no había manera de responder a aquella afirmación de Rip Van Winkle, el perezoso personaje de los cuentos, de la Central de Londres, y si las miradas de Fiona y la mía se hubieran encontrado, quizá ambos nos hubiéramos revolcado por el suelo de risa.

Aquella noche nos quedamos en casa y cenamos la comida que yo había traído de un restaurante chino. Fulham quedaba demasiado lejos para el pato revenido y las tortitas de plástico que daban allí, pero Fiona había leído algo acerca de aquel establecimiento en una revista mientras estaba en la peluquería. El crítico de restaurantes debía de llevar una vida de lo más gris para haber encontrado «memorables» las costillas con judías negras. La

cuenta quizá le hubiera resultado aún más memorable si a los críticos de los restaurantes les presentasen la cuenta.

—¿No te gusta? —me preguntó Fiona.

—Estoy lleno.

—Apenas has comido.

—Estoy pensando en mi viaje a Zúrich.

—No irá tan mal.

—¿Con Dicky?

—Dicky depende de ti, de verdad que sí —me aseguró; su razonamiento femenino le hacía pensar que esa dependencia me daría ánimo para pasar por alto los defectos de Dicky por amor al departamento.

—No quiero más arroz, ni más pescado ni más tortitas —dijo cuando ella empujó hacia mí las fuentes—. Y desde luego no quiero más costillas.

Fiona encendió el televisor para ver las noticias de la noche. Había una conversación entre cuatro personas que eran famosas sobre todo por estar siempre disponibles para aparecer en programas de debate. Un catedrático de universidad estaba disertando pomposamente sobre las últimas noticias de Polonia.

—Históricamente, los polacos han carecido de una conciencia clara de su propia posición en la dimensión europea. Durante cientos de años han desempeñado un papel totémico que no tienen capacidad para sostener. Creo que ahora los polacos están a punto de tener un duro despertar.

El profesor se acarició la barba pensativamente.

—Han empujado y provocado a la Unión Soviética... Las maniobras de otoño del Pacto de Varsovia tienen lugar ahora mismo a lo largo de la frontera. En cualquier momento los tanques rusos se decidirán a cruzarla.

—¿En sentido literal? —le preguntó el moderador.

—Ya va siendo hora de que Occidente actúe —intervino una mujer que llevaba prendida una insignia del sindicato polaco Solidaridad en el traje de Chanel.

—Sí, en sentido literal —repuso el profesor con esa solemnidad decidida con la que aquellos que ya no están en edad militar hablan de la guerra—. Seguro que los soviéticos lo utilizarán como un medio de amonestar a los exaltados de los países bálticos. Debemos dejarle absolutamente claro al presidente Gorbachov que cualquier acción, y quiero decir cualquier acción, que emprenda contra los polacos nunca provocará, porque no se permitirá, un conflicto importante entre el Este y el Oeste.

—¿Y quién me va a librar a mí de estos conflictivos polacos? ¿Es así como lo ven los americanos? —preguntó la mujer de Solidaridad con un tono cargado de rencor—. ¿No es mejor abandonar a los polacos a su suerte?

—¿Cuándo? —quiso saber el moderador.

La cámara ya estaba retrocediendo poco a poco para indicar que el programa llegaba a su fin. Una gigantesca águila polaca de poliuretano sobre una bandera roja y blanca formaba el telón de fondo del estudio.

—Cuando el invierno endurezca el suelo lo suficiente para que entren sus modernos carros blindados —respondió el profesor; estaba claro que sabía que una nota de terror oída en el televisor por la noche era un titular en los periódicos de la mañana—. Aplastarán a los polacos en cuarenta y ocho horas. El ejército ruso tiene una o dos brigadas Spetsnaz especiales que han sido entrenadas para suprimir a los satélites díscolos. A una de ellas, que está apostada en Marynagorko, en el distrito militar de Bielorrusia, la han puesto en estado de alerta hace dos días. Sí, correrá sangre polaca. Pero, hablando con toda franqueza, si unos cuantos miles de bajas polacas son el precio que tenemos que pagar para evitar la tercera guerra mundial, debemos dar las gracias a nuestros astros de la suerte y pagarlo.

Una música conmovedora fue subiendo de volumen hasta acabar ahogándole la voz y mientras, a contraluz, se veía la silueta de los invitados sentados, un rodillo iba pasando los detalles de las aproximadamente ciento cincuenta personas que habían trabajado en aquel programa de debate carente de guión y de treinta minutos de duración.

El rodillo de los créditos seguía en marcha cuando sonó el teléfono. Era mi hijo Billy que llamaba desde la casa de mi suegro, donde se alojaba.

—¿Papá? ¿Eres tú, papá? ¿Te ha dicho mamá lo de este fin de semana?

—¿Qué del fin de semana?

Vi que Fiona me miraba con el entrecejo fruncido.

—Va a ser fantástico. El abuelo nos va a llevar a Francia —me explicó Billy, que estaba a punto de estallar a causa de la excitación—. ¡A Francia! Sólo para una noche. En un avión privado hasta Dinard. ¿Podemos ir, papá? Di que sí, papá. Por favor.

—Claro que podéis, Billy. ¿A Sally le hace ilusión ir?

—Claro que sí —repuso Billy como si la pregunta fuera absurda—. Vamos a alojarnos en un *chateau*.

—Entonces nos veremos el fin de semana siguiente —dije en el tono más alegre que pude—. Y podréis contármelo.

—El abuelo ha comprado una cámara de vídeo. Y va a grabarnos. Así podrás vernos. ¡En la tele!

—Eso es maravilloso —dije.

—Ya ha grabado algunos vídeos de sus mejores caballos. Desde luego preferiría estar contigo, papá —dijo Billy en un intento desesperado de quedar bien conmigo. Quizá había notado la desilusión de mi voz.

—Todo el mundo es un vídeo —improvisé—. Y todos los hombres y mujeres no somos más que meros directores. Tienen sus zooms y sus tomas panorámicas, y durante su vida un hombre reproduce los resultados muchas veces. ¿Está ahí Sally?

—Muy bueno el chiste —comentó Billy con comedido reserva—. Sally está en la cama. El abuelo deja que yo me quede para ver las noticias de la tele.

Fiona había bajado el volumen del televisor, pero por el teléfono pude oír en el del abuelo las fanfarrias y redobles orquestados que introducen los boletines de noticias de televisión; un estilo de presentación que creó el doctor Goebbels para los nazis. Me imaginé al abuelo accionando el mando del volumen y metiendo prisa a Billy para que pusiéramos fin a la conversación.

—Que duermas bien, Billy. Dale un beso a Sally. Y recuerdos para el abuelo y la abuela. —Sostuve el teléfono en alto para ofrecérselo a Fiona, pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. Y mamá también os manda besos —dije. Luego colgué.

—No es obra mía —comentó Fiona poniéndose a la defensiva.

—¿Quién ha dicho que lo sea?

—Te lo noto en la cara.

—¿Por qué tu padre no puede preguntarme nunca esas cosas?

—Será maravilloso para ellos —dijo Fiona—. De todas maneras tú no habrías podido ir el domingo.

—Pero sí habría podido ir el sábado.

Las silenciosas imágenes del televisor cambiaban rápidamente a medida que las noticias se sucedían velozmente para ir de una calamidad a otra.

—No ha sido idea mía —me aseguró con brusquedad.

—No veo por qué he de ser yo el blanco de tu enfado —le sugerí con suavidad—. Yo soy la víctima.

—Sí —dijo ella—. Tú siempre eres la víctima, Bernard. Por eso se hace tan difícil vivir contigo.

—Entonces, ¿qué?

—No discutamos, cariño. Yo quiero a los niños tanto como tú. Deja de ponerme siempre en medio.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? —le pregunté.

—Papá está muy preocupado. La bolsa se ha vuelto impredecible. Ya no sabe cuánto tendrá la semana que viene.

—¿Y eso le parece algo nuevo? Para mí siempre ha sido así.

Aquello sacó de quicio a Fiona.

—Contigo por un lado y con mi padre por el otro, a veces me dan ganas de gritar.

—Pues grita a gusto —le dije.

—Estoy cansada. Voy a lavarme los dientes. —Se puso en pie y se esforzó con empeño en esbozar una sonrisa—. Mañana comeremos juntos y nos pelearemos todo lo que quieras.

—¡Precioso! Y yo le haré al camarero una llave de lucha libre para que ajuste bien la cuenta —dije—. Apaga esa puñetera televisión, ¿quieres?

La apagó y se fue a la cama dejando los restos de la cena en la mesa sin recoger. Mientras estaba sentado allí sin dejar de mirar fijamente la pantalla en blanco del televisor, me encontré hirviendo de ira por el modo en que mi suegro se estaba apoderando de mis hijos. Pero... ¿estaba Fiona lo bastante bien como para ser una madre como es debido? Quizá continuara siendo incapaz de cuidar de ellos. Y quizá ella lo supiera. Y quizá mi espantoso suegro lo supiera también. Quizá yo fuera el único que no podía ver la trágica situación tal como era.

Me desperté en mitad de la noche. Las ventanas retumbaban y el viento ululaba y aullaba como nunca lo había oído chillar en Inglaterra. Era como una pesadilla de la que no había escapatoria, y eso que yo era experto en pesadillas. Desde algún lugar situado abajo, en la calle, me llegó el estruendo de rotura de cristales, y luego lo mismo una y otra vez, retumbando como el romper de las olas contra las rocas.

—¡Dios mío! —exclamó Fiona soñolienta—. ¿Qué diantres...?

Encendí la lámpara de la mesilla, pero no había electricidad. Oí los chasquidos que Fiona produjo al intentar a su vez encender su lámpara. El reloj eléctrico de la mesilla estaba parado. Retiré la ropa de la cama y, avanzando a oscuras con cautela, me acerqué a la ventana. La iluminación de la calle había fallado y todo estaba en tinieblas. Dos coches de policía se habían detenido juntos detrás de un coche de bomberos, y un grupo de hombres dialogaban junto al cristal hecho añicos de la ventana del banco de la esquina. Se agacharon y se protegieron la cabeza cuando un gran rugido de

viento trajo consigo todavía más ruido de rotura de cristales; los escombros, periódicos y tapas de cubos de basura iban rodando por la calle. Oí lejanas sirenas de coches de la policía y coches de bomberos que bajaban por Park Lane a gran velocidad.

—Llama a la oficina —le dije a Fiona mientras le tendía la linterna que tengo costumbre de guardar en el botiquín—. Utiliza la línea directa del oficial de guardia nocturno. Pregúntale qué coño está pasando. Yo intentaré averiguar qué sucede en la calle.

Con la ventana abierta, me asomé al exterior y miré a lo largo de la calle. Los cubos de basura estaban volcados en el suelo, los escaparates se habían roto y por todas partes se había diseminado mercancía de todo tipo: zapatos de alto diseño mezclados con comestibles y basura, pedazos de papel y cajas arremolinándose en el aire transportados por el viento. También había ramas de árbol, miles de ramitas, así como enormes ramas de madera cubiertas de hojas que debían de haber volado hasta allí por encima de los tejados desde el parque. Algunas de ellas se movían convulsivamente en el incesante vendaval, como pájaros exhaustos que descansasen después de un largo vuelo. Los cristales rotos pasaban velozmente de un lado a otro de la calle, y brillaban como diamantes en el resplandor de los haces de luz de las linternas de los policías.

Oí que Fiona trajinaba en la cocina; luego escuché el chorro de agua que corría y el estampido apagado del gas al encenderse cuando ella puso agua a hervir para preparar té.

Cuando volvió a entrar en la habitación se acercó a la ventana y me puso una mano en el brazo al asomarse por encima de mi hombro. Luego habló:

—Me han dicho en la oficina que hay unos vendavales espantosos con una velocidad superior a los ciento cincuenta kilómetros por hora. Es un desastre. Todo el continente está afectado. Los hombres del tiempo de Francia y Holanda avisaron de lo que iba a ocurrir, pero nuestros meteorólogos aseguraron que no iba a ocurrir nada. Cielos, mira los escaparates rotos.

—Puede que ésta sea tu gran oportunidad para conseguir un nuevo traje de Chanel.

—¿Crees que habrá pillaje? —me preguntó como si yo fuera una especie de profeta omnisciente.

—No demasiado a estas horas de la noche. Cúbrete la cara y ponte los guantes.

—No tiene gracia, cariño. ¿Te parece conveniente que llame a mi padre?

—Eso sólo servirá para alarmarlos más. Esperemos que no se despierten y no se enteren.

Sirvió té para los dos y nos quedamos sentados, iluminados tan sólo por el frágil destello de luz que entraba por la ventana, bebiendo té Assam muy cargado y escuchando el ruido de la tormenta. Fiona es muy inglesa. Los ingleses hacen frente a cualquier clase de desastre, desde un fallecimiento repentino a la amenaza de alguna invasión, poniéndose a preparar té. Como yo había crecido en Berlín, nunca había adquirido ese hábito. Quizá fuera ésa la raíz de nuestras diferencias. Fiona tenía una fe devota en Inglaterra, legado de su educación de clase media. Sus gobernantes, su administración, su historia e incluso su cocina se aceptaban sin ponerlos en tela de juicio. A pesar de lo mucho que me esforcé por compartir unas lealtades como aquéllas, tan altamente enarboladas, siempre he sido un forastero que miraba desde fuera.

—Mañana me espera un día largo, así que me vuelvo ahora mismo a la cama.

Levantó la taza y apuró lo que le quedaba de té. Me fijé en que la taza que utilizaba era de un juego que yo había comprado cuando puse casa con Gloria. Había tratado de deshacerme de todo lo que trajera recuerdos de aquellos días, pero me había olvidado de aquellas grandes tazas con dibujo de flores.

Nunca se mencionaba el nombre de Gloria, pero su presencia era permanente y omnipresente. ¿Me perdonaría alguna vez Fiona por enamorarme de aquella niña encantadora? ¿Sería yo capaz alguna vez de perdonar a Fiona por haberme abandonado sin advertirme de nada ni confiar en mí? Nuestro matrimonio había sobrevivido a base de posponer preguntas como éstas, pero con el tiempo esas preguntas debían ponerlo a prueba.

—Yo también —dije.

Fiona puso la taza vacía en la bandeja y alcanzó la mía.

—No has probado el té —comentó.

Sabía lo de las tazas, desde luego. Las mujeres saben por instinto todo lo referente a otras mujeres.

—Es que me impide dormir.

No es que nos quedase mucha noche por delante.

—No resulta fácil vivir contigo, Bernard —me dijo con una formalidad que ponía de manifiesto que aquello era algo que se había dicho muchas veces a sí misma.

—Estaba pensando en otra cosa —confesé—. Perdona.

—Estás impaciente por marcharte —observó como si tomara nota de algo que escapaba a su control, lo mismo que la tormenta que había al otro lado de la ventana.

—Ha sido idea de Dicky.

—No he dicho que no fuera así.

Se levantó, recogió el azucarero y la jarra de leche y los puso en la bandeja.

—Preferiría quedarme contigo —le dije.

Esbozó una sonrisa solitaria y distante. Aquella tristeza de Fiona casi me rompió el corazón. Iba a levantarme y abrazarla, pero mientras pensaba en hacerlo ella ya había cogido la bandeja y había salido de la habitación. En instantes como éste cambia nuestra vida; o quizá no.

Con característica solemnidad, los locutores de noticias convirtieron los fuertes vientos de octubre de 1987 en un huracán. Pero de todos modos el acontecimiento fue digno de interés periodístico. Hubo hogares destruidos y barcos hundidos. Las cámaras se volcaron en ello. Los asegurados sudaban; las compañías de seguros desfallecían; los cristaleros hacían su agosto. Cientos y miles de árboles fueron arrancados del suelo inglés. Tan extendida fue la devastación que incluso los gurús meteorológicos se vieron movidos a confesar que quizá se hubieran equivocado al predecir una noche tranquila.

Suelo ingeniármelas, en la medida que ello es posible si tenemos en cuenta la posición relativa que ambos ocupamos en el departamento, para hacer mis planes de viaje de manera que excluyan a Dicky Cruyer. Varias veces durante nuestro viaje a Ciudad de México, unos años atrás, me había hecho la firme promesa de dimitir antes que compartir otra expedición con él. No es que fuera un compañero de viaje aburrido, ni que fuera incapaz, cobarde, taciturno o tímido. En aquellos momentos estaba poniendo en práctica su juvenil encanto con la azafata de Swiss Air en una demostración de habilidad social que superaba con mucho cualquier cosa que yo pudiera lograr. Pero la conducta intrépida y las suposiciones imprudentes de Dicky conllevaban peligros que yo no estaba preparado para soportar. Y estaba cansado de aquella constante broma suya según la cual él era el cerebro y yo el músculo en el equipo que formábamos.

Era la mañana de un lunes de octubre en Suiza. Los pájaros cantaban para entrar en calor y las hojas empezaban a pudrirse en las ramas secas y quebradizas. El motivo tácito por el que yo tomaba parte en aquella excursión era que conocía dónde estaba localizado el escondite de George Kosinski

junto al lago, cerca de Zúrich. Era un lugar apartado, pues George tenía verdadera obsesión por mantener su nombre fuera de las guías telefónicas.

Era una casa severamente moderna. Estaba diseñada inspirándose evidentemente en la obra de Le Corbusier, y utilizaba una docena de maderas diferentes para dar énfasis a la puerta principal, hecha de paneles de caoba y con marco tallado. No hubo respuesta a nuestras repetidas llamadas al timbre, por lo cual Dicky dijo con poca seriedad:

—Bien, veamos cómo te las arreglas para echar la puerta abajo, Bernard... ¿O acaso fuerzas las cerraduras con una horquilla del pelo?

En la acera de enfrente un hombre quitaba con gran trabajo algunos carteles electorales de una pared. Se habían celebrado elecciones el día anterior, pero los suizos ya estaban recogiendo aquellos carteles que daban al entorno un aspecto descuidado. Sonreí a Dicky. No iba a echar abajo una puerta ante la mirada de un funcionario municipal, y mucho menos en presencia de la clase de empleado municipal de un país que acata tanto las leyes como Suiza.

—Puede que George esté echando la siesta —le sugerí—. Está jubilado; últimamente se toma la vida con calma. Concédele un minuto más.

Volví a llamar al timbre.

—Sí —me dijo Dicky con complicidad—. Pocos comienzos hay peores para conseguir una entrevista con alguien que echarle abajo la puerta.

—Exacto, Dicky —convine con mi habitual estilo obsequioso.

Aunque conocía muchas formas peores de comenzar una entrevista y tenía cicatrices y articulaciones rígidas para probarlo. Pero aquél no era el momento de agobiar a Dicky con las adversidades que trae consigo el ser agente secreto.

—Quizá nuestra charla resultase más íntima si hiciéramos una breve travesía alrededor del lago en su lancha motora —comentó Dicky.

Asentí. Me había fijado en que Dicky iba ataviado con atuendo náutico: un grueso chaquetón de mariner azul marino y una gorra de patrón de barca con la parte superior de tejido blando. Me pregunté qué otros aspectos del estilo de vida de George le habrían llamado la atención.

—Antes de que empecemos, Bernard —me dijo al tiempo que me ponía una mano en el brazo—, deja que me encargue yo del interrogatorio. No hemos venido aquí para celebrar una cálida reunión familiar, y cuanto antes lo sepa él mejor.

Dicky permaneció de pie con ambas manos metidas profundamente en los bolsillos oblicuos del chaquetón y las piernas separadas, tal como se ponen

los marineros en mares agitados.

—Lo que tú digas, Dicky —accedí.

Pero estaba seguro de que si Dicky entraba rugiendo con la bayoneta calada y las sirenas ululando, George pondría de manifiesto una ira terrible. Sus padres, que eran polacos, le habían provisto de ese malhumorado orgullo que es una característica nacional, y yo sabía por experiencia lo obstinado que podía llegar a ponerse. George había empezado como comerciante de coches poco fiable. Después había tenido que vérselas con feroces clientes insatisfechos de barrios decadentes de Londres, de manera que no era probable que se rindiera ante el refinado estilo que Dicky utilizaba en Whitehall para amedrentar.

De nuevo pulsé el timbre.

—Lo oigo sonar —observó Dicky.

Había un llamador de latón en forma de herradura. Dicky dio con él un aldabonazo.

Como seguía sin haber respuesta, me dirigí sin prisas a la parte trasera de la casa, cuyas baldosas brillantes y gruesos vidrios eran muy apropiados para los impredecibles vientos que venían del lago. Desde la casa, el bien cuidado jardín se extendía hasta el lago y el embarcadero donde estaba amarrada la potente lancha de George. El verano había terminado, pero aquel día el sol se mostraba brillante en los momentos en que salía y antes de ocultarse entre nubes de color granito que parecían bajar en picado hacia la tierra y fundirse con los Alpes. En el aire se arremolinaban las hojas muertas que caían en la hierba y formaban una alfombra de escamas de bronce. Había una joven de pie en el césped, hundida hasta los tobillos en las hojas caídas. Estaba tendiendo ropa al viento frío y tempestuoso que venía del lago.

—¡Ursi! —la llamé.

La reconocí como el ama de llaves de mi cuñado. Tenía el pelo del color de la paja y lo llevaba recogido hacia atrás en un moño muy tirante; la cara, enrojecida por el viento, era de niña. Allí de pie, con los brazos extendidos mientras tendía la colada, parecía de esa clase de campesinas lozanas que sólo se ven en los cuadros prerrafaelitas y en las operetas. Me miró con solemnidad durante un momento antes de sonreír.

—Señor Samson. Me alegro de verlo.

Llevaba puesto un sencillo vestido azul oscuro sin mangas y una blusa blanca de cuello abierto. Unos zapatos planos pasados de moda completaban el uniforme, la clase de uniforme con la que los acaudalados inmigrantes que residen en Suiza visten a sus sirvientes domésticos.

—Estoy buscando al señor Kosinski —le indiqué—. ¿Sabes si está en casa?

—Pues mire usted, no tengo ni idea de adonde habrá ido —repuso con su seductor acento.

El inglés de Ursi era bastante inseguro y escogía las palabras con una lentitud deliberada que las privaba de cualquier matiz o emoción.

—¿Cuándo se fue?

—Tampoco puedo decírselo con seguridad. Anteayer, sábado, por la mañana me pidió que yo condujera el coche. Para llevarlo a hacer unas gestiones en la ciudad.

Se recogió con timidez un mechón de pelo suelto.

—¿Tú conducías el coche? —le pregunté—. ¿El Rolls?

Había visto conducir a Ursi. O era muy miope o era temeraria, o ambas cosas.

—El Rolls-Royce, sí. Dos veces me paró la policía; no podían creer que yo tuviera permiso para conducirlo.

—Comprendo —dije.

Aunque no lo comprendía con demasiada claridad. George siempre había sido muy estricto en permitir que nadie condujera su precioso Rolls-Royce.

—En el centro de Zúrich, el señor Kosinski me pidió que llevara yo el coche. Es muy difícil aparcar.

—Sí —convine.

No me había dado cuenta de lo difícil que era.

—Finalmente lo dejé en el aeropuerto. Iba a esperar a unos amigos. El señor Kosinski me pidió que llevara... que trajera... —Esbozó una breve sonrisa sin aliento—. Que trajera el coche otra vez aquí, que lo encerrase con llave en el garaje y que luego me fuera a casa.

—¿Al aeropuerto? —repitió Dicky. Se ladeó las gafas de sol para ver mejor a Ursi.

—Sí, al aeropuerto —reiteró Ursi mirando a Dicky como si se percatase por primera vez de su presencia—. Dijo que iba a esperar a unos amigos y que los iba a llevar a comer. Que pensaba beber vino y no quería conducir.

—¿Qué visitas eran? —le pregunté.

—¿Y a qué hora llegaron ustedes al aeropuerto? —quiso saber Dicky.

—Este es el señor Cruyer. Trabajo para él.

Ursi miró a Dicky y luego me miró a mí. Sin cambiar aquella expresión vacía, dijo:

—Luego llegué aquí, a esta casa, esta mañana a la hora de siempre; las ocho y media.

—Sí, sí, sí. Y bingo: él ya no estaba —añadió Dicky.

—Y bingo: él ya no estaba —repitió ella de esa manera en que los estudiantes de lenguas extranjeras se apoderan de expresiones de esta clase y las hacen suyas—. Y él ya no estaba. Sí. La cama estaba sin deshacer.

—¿Dejó dicho cuándo volvería? —le pregunté.

Una expresión de inquietud cruzó el rostro de Ursi.

—¿Cree usted que volverá con su esposa?

¡Que si yo lo creía! Mi respeto hacia la habilidad de George Kosinski para guardar un secreto aumentó considerablemente en aquel momento. George estaba de luto por su esposa. Había ido a aquel lugar, a vivir a tiempo completo en aquella lujosa casa de vacaciones sólo porque a su esposa la habían asesinado en un tiroteo en Alemania Oriental. ¿Y su linda ama de llaves no lo sabía?

Me quedé mirándola. En mi anterior visita, la desagradable sospecha que surge en cualquier agente dado a investigar me había convencido de que la relación entre George y su atractiva y joven «ama de llaves» había ido un par de ardorosos pasos más allá de plancharle los pantalones antes de que se los quitase. Ahora ya no estaba tan seguro. Aquella muchacha era demasiado ingenua o una maravillosa actriz. Estaba seguro de que cualquier relación entre ellos se basaría en el hecho de que George fuera un desconsolado viudo.

Mientras concedía a la chica un momento para que volviera a pensar en la situación, Dicky intervino, creyendo quizá que yo me había quedado sin palabras.

—Será mejor que le diga —comenzó con esa voz que los comandantes de avión adoptan para contarles en confianza a sus pasajeros que el último motor que quedaba se ha desprendido del aparato— que ésta es una investigación oficial. Retener información podría tener graves consecuencias para usted.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la muchacha—. ¿El señor Kosinski? ¿Está herido?

—¿A qué lugar del centro de la ciudad lo llevó usted el sábado? —le preguntó Dicky con dureza.

—Sólo al banco... a sacar dinero; y a la joyería. Le habían limpiado y arreglado el reloj de pulsera. Luego fuimos a la iglesia a rezar una oración. Y finalmente al aeropuerto a esperar a sus amigos —terminó Ursi con aire desafiante.

—Está bien, Ursi —la animé en tono agradable, como si estuviéramos llevando a cabo el juego del policía malo y el policía bueno—. Es que suponíamos que el señor Kosinski iba a recibirnos aquí —improvisé—. Así que estamos un poco sorprendidos de oír que se ha marchado.

—Quiero saber quién lo ha visitado aquí durante las últimas cuatro semanas —me pidió Dicky—. Una lista completa. ¿Me comprendes?

La muchacha me miró y dijo:

—Nadie lo visita. Sólo usted. Está muy solo. Se lo conté a mi madre y las dos rezamos por él.

Lo confesó en voz baja, como si esas oraciones resultasen humillantes para George si alguna vez llegaba a enterarse.

—No tenemos tiempo para toda esta palabrería —le dijo Dicky—. Me estoy quedando frío aquí afuera. Iré a echar un vistazo al interior de la casa; y quiero que me digas la hora exacta en que lo dejaste en el aeropuerto.

—A las doce del mediodía —contestó Ursi con prontitud—. Lo recuerdo perfectamente. Miré el reloj del aeropuerto para saber la hora. Había quedado en ir a casa de mi vecina para que me arreglase un poco el pelo por la tarde. A las tres en punto. Y no quería llegar tarde.

Mientras Dicky tomaba notas de todo en su cuaderno, Ursi hizo además de coger el gran cubo de plástico que todavía estaba medio lleno de ropa húmeda que no había tendido. Se lo cogió:

—Quizá podrías dejar la colada un momento y hacernos un poco de café, Ursi —le sugerí—. ¿Tienes encendida tu gran máquina de café expreso?

—Sí, señor Samson.

Me dirigió una amplia sonrisa.

—Voy a mirar por la casa a ver si encuentro alguna fotografía reciente de él. Y me voy a llevar el coche —me dijo Dicky—. No tengo tiempo para sentarme a tomar café. Voy a interrogar sin piedad a todo el personal de seguridad del aeropuerto. Alguien tiene que haberlo visto pasar por los controles. Necesito el coche; tú pide un taxi. Nos veremos en el hotel a la hora de cenar. O te dejaré un mensaje.

—Lo que tú digas, amo.

Dicky sonrió sumisamente, se marchó caminando por el césped y desapareció dentro de la casa por la misma puerta que había utilizado Ursi.

Me alegré de librarme de Dicky aunque sólo fuera por aquella tarde. Estar lejos de casa parecía producirle cierta inquietud, cierto desasosiego, y aquellas demostraciones de energía nerviosa a veces me hacían estar a punto de gritar. Además, el hecho de que se ausentase me proporcionó la

oportunidad de hablar con la chica en alemán. Yo lo hablaba sólo ligeramente mejor de lo que ella hablaba inglés, pero Ursi se mostraba más comunicativa cuando hablaba en su lengua.

—Hay un salón de belleza en la ciudad del que la señora Kosinski solía decir que hacía los mejores tratamientos faciales del mundo —le comenté—. Ayúdame a buscar por la casa y todavía quedará tiempo para que te lleve allí, te pida hora y te pague la factura. Lo cargaré a la cuenta del señor Cruyer.

Ursi me miró, sonrió astutamente y dijo:

—Gracias, señor Samson.

Después de mirar por la ventana para asegurarme de que Dicky se había ido, repasé la casa metódicamente. Ursi me mostró el dormitorio del señor. Había una fotografía de Tessa en un marco de plata a un lado de la cama, y, sobre la cómoda, otra fotografía de ella. Entré en una habitación contigua, que parecía haber sido en principio un vestidor, pero que ahora se había convertido en despacho y refugio. Revelaba una faceta secreta de George. Allí, en un estuche de vidrio, había un modelo exquisito de galeón español con las velas desplegadas. Una litografía en vivos colores de la Virgen María que miraba hacia abajo fijamente desde la pared.

—¿Para qué son esos ganchos de la pared? —le pregunté a Ursi mientras continuaba con mi registro. Iba revolviendo los armarios y descubrí varios paquetes de calcetines, camisas y ropa interior todavía en sus envoltorios originales, así como un cajón en que se hallaban esparcidos de forma descuidada entre los pañuelos de seda una docena de valiosos relojes y algunas plumas y lápices de oro.

—Se ha llevado el rosario —me indicó Ursi mientras miraba los ganchos de la pared—. Era de su madre. Él siempre se lo llevaba a la iglesia.

—Sí —convine.

Me fijé en que había dejado *Nice Guys Finish Dead* (*Los tipos simpáticos acaban muertos*) al lado de la cama con el punto puesto en el último capítulo. Todo daba la impresión de que pensara regresar. Sobre la gran mesa del vestidor había media docena de álbumes de fotos encuadernados en piel. Los estuve hojeando y ví diversas imágenes de George y Tessa. Hasta entonces no me había percatado de que George fuera un fotógrafo obseso, aunque a menudo inexperto, que mantenía un archivo de los viajes y de toda clase de acontecimientos, como Tessa soplando las velas de la tarta de cumpleaños o incontables fotografías hechas con flash de los invitados que habían asistido a sus fiestas. Muchas fotografías tenían anotaciones escritas con la pulcra letra

de George, y en algunas páginas se veían espacios vacíos que mostraban que de allí se habían quitado fotografías.

Abrí la puerta de un armario grande que estaba junto al ropero forrado de cedro, y media docena de caras piezas de equipaje cayeron fuera.

—¿Todas estas maletas pertenecen al señor Kosinski?

—No. Sus maletas no están aquí —contestó Ursi decidida a practicar su inglés—. Pero no llevó equipaje alguno al aeropuerto. Eso lo sé seguro. Siempre le hago yo las maletas cuando sale de viaje.

—¿Y éstas no son tuyas?

Miré la colección de aquel lujoso equipaje. Muchas de las piezas hacían juego y estaban bordadas con motivos florales, pero no había nada que encajase con el gusto de George.

—No. Creo que todas pertenecen a la señora Kosinski. El señor Kosinski siempre utiliza grandes maletas de metal y una bolsa con bandolera de piel marrón.

—¿Ha conocido usted a la señora Kosinski?

Le mostré una fotografía de Tessa sólo por si George hubiera llevado allí a alguna mujer haciéndola pasar por su esposa.

—Sólo llevo ocho semanas trabajando aquí. No, no la he conocido. —Se quedó mirándome mientras yo observaba la gran fotografía enmarcada que estaba colgada por encima de la cómoda de George. Era una fotografía formal de grupo tomada el día de su boda—. ¿Ése de ahí es usted? —me preguntó mientras señalaba con el dedo. De nada serviría negar que aquel hombre alto con gafas que sobresalía por encima del hombro del novio y que tenía un aspecto absurdo con el chaqué alquilado y el sombrero de copa era yo—. ¿Y ésa es su esposa?

—Sí —respondí.

—Es guapísima —observó Ursi con voz que dejaba entrever su admiración.

—Sí —convine.

Fiona estaba en el apogeo de su belleza aquel día en que su hermana se casó en la pequeña iglesia rural; el sol brillaba e incluso mi suegro mostró el mejor de sus comportamientos. Parecía que hubiese pasado mucho tiempo. En el marco, junto con la fotografía en color, se había conservado un adorno en forma de herradura del pastel nupcial, y también un puñado de confeti esmeradamente colocado.

George era católico. Aunque Tessa fuese la más infiel de las esposas, él nunca se divorciaría ni se casaría de nuevo. Me lo dijo más de una vez. «En lo

bueno y en lo malo», me había repetido una docena de veces desde entonces. Y yo nunca estuve seguro del todo de si lo decía para confirmar sus votos o para recordarme a mí los míos. Pero George era un hombre de contradicciones: de familia noble venida a menos, era honrado por naturaleza, aunque jesuítico en sus métodos. Recorría el lago en lancha motora mientras soñaba con galeones españoles, y le rezaba a Dios aunque le suplicaba a Mammón; llevaba el rosario a la iglesia y adornaba su casa con herraduras de la suerte. George era un hombre dispuesto a arriesgarlo todo en los movimientos del mercado, pero colgados en el interior de su guardarropa había tantos cinturones como tirantes.

De nuevo en el piso de abajo, sentado con Ursi en los sofás de imitación de piel de cebra que había en el salón de George mientras varias bandas de luz solar se extendían a lo largo del suelo, recordé mi visita anterior. Aquella gran habitación tenía alfombras y muebles modernos que iban bien con la arquitectura. La enorme ventana de vidrio proporcionaba aquel día una vista del agua gris del lago y de la barca de George, que se balanceaba a causa de la estela de un ferry que pasaba cerca.

Recordé que, a pesar de las protestas que le había hecho a Dicky, George se había mostrado en un estado muy agitado la última vez que estuve con él en aquella habitación. Había amenazado con toda clase de venganzas contra las personas desconocidas que habían matado a su esposa, e incluso había confesado haber contratado a alguien para que se introdujera en la Alemania comunista a fin de averiguar allí la verdad acerca de la noche en que Tessa fue asesinada.

—Cogeremos un taxi —le prometí a Ursi—. Y visitaremos todos los lugares donde fuisteis el día que lo llevaste al aeropuerto. Quizá mientras vamos en el coche recuerdes alguna otra cosa, algo que pueda ayudarnos a encontrarlo.

—Está en peligro, ¿verdad?

—Es demasiado pronto para saberlo. Háblame del banco. ¿Sabes si compró moneda extranjera? ¿Marcos alemanes? ¿Francos franceses?

—No. Pero le oí hablar por teléfono con el banco. Les pidió que le tuviesen preparados mil dólares en billetes de veinte; en dinero americano.

—¿Cheques de viaje?

—En efectivo.

—El señor Kosinski es mi cuñado; ¿lo sabías?

—Entonces, ¿no ha vuelto con su esposa? —me preguntó.

Era evidente que Ursi creía que la esposa de George era mi hermana. Quizá fuera mejor dejarlo así. Era un error natural; nadie me habría tomado por un pariente carnal de George Kosinski. Yo era alto, tenía exceso de peso e iba bastante desaseado. George era menudo, pulcro, un hombre de pelo gris que se había acostumbrado a disfrutar de lo mejor en todo, excepto quizá en lo referente a las esposas, porque a Tessa los lazos matrimoniales se le habían hecho insoportables.

—Está de luto por su esposa —dije.

Se santiguó.

—No lo sabía.

—La mataron en Alemania. La última vez que estuve aquí me habló de que quería encontrar al asesino. Y eso podría resultar muy peligroso para él.

Ursi me miró y asintió con la cabeza como una niña a la que le están advirtiendo que no hable con desconocidos.

—¿Qué pensaste esta mañana, Ursi? —le pregunté—. ¿Qué pensaste cuando llegaste y viste que no estaba?

—Me preocupé.

—Pero no te preocupaste tanto como para llamar a la policía —le indiqué—. Seguiste trabajando; hiciste la colada como si no pasara nada.

—Sí —aceptó; y miró por encima del hombro como si pensase que Dicky estaba a punto de trepar por la ventana y abalanzarse sobre ella. Luego sonrió, y con voz nueva y completamente relajada añadió—: Creo que es posible que se haya ido a esquiar.

—¿A esquiar? ¿En octubre?

—En el glaciar. —Ursi se mostraba ansiosa por convencerme—. La semana pasada se gastó mucho dinero en ropa deportiva de invierno. Compró ropa interior de seda, calcetines también de seda, algunos jerséis de cuello alto de cachemir y una cazadora de esquiar marrón forrada de pieles.

—Necesito utilizar el teléfono para una llamada, una conferencia —le indiqué.

Ursi asintió con la cabeza. Llamé a Londres y les dije que desenterrasen la solicitud de pasaporte de George y me enviasen al fax del hotel un informe completo de sus anotaciones.

—Voy a llamar a un taxi; nos vamos a la ciudad, Ursi —le indiqué.

Primero fuimos a la joyería. Ni siquiera Forest Lawn puede igualar el ambiente de silencioso presagio que uno encuentra en esas grandiosas joyerías de la Bahnhofstrasse de Zúrich. Los expositores de vidrio resplandecían llenos de diamantes y de perlas. Collares y broches; gargantillas

y diademas; sortijas y relojes de pulsera de oro destellaban bajo los puntos de luz cuidadosamente situados. El director vestía traje oscuro y cuello duro, gemelos de oro y un alfiler de brillantes en la sobria corbata a rayas. Tenía el rostro educadamente inexpresivo cuando me acerqué con Ursi al mostrador sobre el que tres almohadillas de terciopelo negro estaban dispuestas a intervalos exactamente iguales.

—¿Sí, señor? —nos preguntó el director en inglés.

Ya nos había catalogado; extranjero de mediana edad acompañado de chica joven. ¿Para qué iban a estar allí si no era para intercambiar aquellos votos de pecado carnal que sólo un joyero puede oficiar?

—¿El señor Kosinski es cliente de ustedes?

—No puedo decírselo, señor.

—Ésta es la señorita Maurer. Trabaja para el señor Kosinski. Y yo soy el cuñado del señor Kosinski.

—Desde luego.

—Él vino aquí, a la tienda, anteayer. Y desapareció inmediatamente después. Quiero decir que no volvió a casa. No queremos ir a la policía... por lo menos de momento... pero estamos preocupados por él.

—Naturalmente, señor —convino en tono comprensivo.

Ajustó la almohadilla de terciopelo sobre el mostrador tirando de ella hacia sí para alinearla de forma más precisa con las otras almohadillas de terciopelo.

—Hemos pensado que quizá le dijera a usted algo que pudiera ayudarnos a encontrarlo. Tiene un historial médico de pérdida de memoria, y últimamente ha estado sometido a una gran tensión doméstica.

El hombre respiró profundamente, como tomando una decisión importante.

—Conozco al señor Kosinski. Y también a la hermana de usted. La señora Kosinski es una antigua y apreciada cliente.

Otro que no sabía que Tessa estaba muerta. Así que George lo prefería de ese modo. Quizá le pareciera que era más fácil evitar problemas si todos pensaban que había una señora Kosinski que en cualquier momento podía presentarse ante ellos. Dejé que el joyero pensase que Tessa era mi hermana; era mejor así.

—¿Adquirió el señor Kosinski algo aquí?

—No, señor. —Durante un instante terrible creí que había cambiado de idea acerca de ayudarme. Parecía que se estuviera pensando mejor lo de revelar detalles de sus clientes. Pero luego continuó hablando—: No, me trajo

un objeto, una joya para limpiar. No dijo nada que le pueda servir a usted de ayuda para encontrarlo. Parecía muy relajado y con buena salud.

—Bueno, eso me anima —le dije—. ¿Era un reloj?

—¿Lo que nos trajo para limpiar? No, nosotros no hacemos mantenimiento de relojes; hay que enviarlos a la fábrica. No, se trataba de un anillo.

—¿Podemos verlo?

—Voy a preguntar si lo tenemos en el establecimiento. Algunas piezas hay que enviarlas a especialistas.

Pasó por una puerta que había al fondo de la tienda y regresó al cabo de unos minutos con un suave paño blanco que contenía un elaborado anillo de brillantes.

—Es una pieza preciosa; no es moderna en absoluto, pero a mí me gusta. Un brillante en forma de corazón montado en platino con otros cuatro brillantes *baguette* más pequeños. Es bastante antigua. Ya ve lo gastada que está. —La sostuvo en alto sujetándola con el paño. El anillo chorreaba una especie de líquido limpiador que desprendía un olor agrio—. Estaba incrustada de barro y tierra cuando la trajo. En veinte años nunca he visto una joya tratada de tal manera. Un anillo así hay que limpiarlo con mucho cuidado.

—¿No le dijo que se iba al extranjero? De aquí se fue al aeropuerto.

El hombre negó tristemente con la cabeza.

—Me temo que no dio ninguna muestra... me pareció que iba de compras, que estaba haciendo tareas diarias de rutina.

Nos intercambiamos las tarjetas profesionales. Yo le di una de Dicky, una anónima con una de nuestras líneas telefónicas exteriores de la base de Londres. Garabateé mi nombre al dorso.

—Si recuerda usted alguna cosa le quedaré muy agradecido.

Cogió la tarjeta y la leyó atentamente antes de guardársela en el bolsillo del chaleco.

—Así lo haré, señor.

—Mientras tú perdías el tiempo hablando con la criada y mirando relojes, yo he estado pensando —me explicó Dicky después de que le hube contado lo que había estado haciendo por la tarde, aunque omití lo de pagarle a Ursi el tratamiento facial y la manicura, que resultaron alarmantemente caros.

—Eso es estupendo, Dicky —le dije.

—Supongo que el pensamiento analítico siempre ha sido mi punto fuerte —rumió Dicky—. A veces me parece que estoy perdiendo el tiempo en la Central de Londres.

—Quizá sea así —convine.

—Informes y estadísticas. Y esas conferencias de los martes por la mañana... tratando de tener informado al viejo. —Como si recordase la última vez que había informado al viejo, se miró las marcas rojas de los dedos, que aún no estaban curadas del todo—. Está aquí —me dijo Dicky como si fuera un prestidigitador.

—¿El viejo?

—¡El viejo! —exclamó Dicky con desdén—. ¿Quieres despertarte, Bernard? George Kosinski. George Kosinski está aquí.

—¿En este hotel? ¿Lo has visto?

—No, no lo he visto —me informó con cierta irritación—. Pero resulta evidente si te sientas un rato y te pones a considerar los hechos como he estado haciendo yo. Piénsalo bien, Bernard. Kosinski se marchó de casa sin hacer siquiera una maleta. No vino nadie a visitarle; se marchó de casa, simplemente. Sin dinero ni ropa. ¿Cómo se las iba a arreglar?

—¿Cuál es tu teoría, entonces? —le pregunté con auténtico interés.

—Resulta obvio. —Dejó escapar una risita—. Obvio. Ese cabrón de Kosinski está aquí mismo, en Zúrich, riéndose de nosotros. Se ha registrado en cualquier hotel de lujo y se está tomando su tiempo hasta que nos vayamos. —No dije nada. Ya sabía lo que venía a continuación; podía leerle la mente a Dicky cuando le brillaban los ojos de aquel modo—. Ha habido una filtración de nuestra visita, Bernard, hijito.

—Pues yo no he sido, Dicky.

La realidad que se ocultaba detrás de la nueva teoría de Dicky era que aquel coqueteo experimental con los interrogatorios que había llevado a cabo en el aeropuerto se había interpretado por los hombres de seguridad como algo grosero, obstinado y presuntuoso, pues así era como Dicky solía mostrarse. Y tras haber fracasado en el aeropuerto había vuelto al hotel para desarrollar una teoría más conveniente.

—Pues alguien ha tenido que ser. Pero no vamos a discutir eso ahora —concluyó con generosidad—. ¿Quién sabe? A lo mejor ha sido un comentario imprudente por parte de alguna de las secretarias. La oficina de Berna estaba al corriente de que veníamos. Y ellos tienen personal de aquí.

Asentí. El personal local, desde luego. Era imposible sospechar que un británico pudiera hacer una cosa así.

—Mañana por la mañana puedes empezar a indagar en los hoteles. En los grandes y en los pequeños; en los que están cerca y en los que están lejos; en los baratos y en los despampanantes. Puedes llevarte esta fotografía de Kosinski; la cogí del salón. Así que te vas por ahí enseñándola. Si lo hacemos de un modo sistemático, pronto lo encontraremos.

—¿Y tú de qué hoteles te ocuparás?

—Yo tengo que ir a Berna. Es cansado, pero tengo que mantener al embajador al corriente, de lo contrario los de la embajada se sentirán desairados.

—Dicky, yo ya no soy un agente de campo.

—Formas parte del personal de Londres.

—No, tampoco soy del personal de Londres. Tengo un contrato de cinco años que puede cancelarse en cualquier momento, cuando a alguien del piso superior se le ocurra enviarme a hacerme un chequeo médico después de haberle dicho a su matasanos domesticado que me niegue el visto bueno.

—Que digas eso resulta puñeteramente desleal —dijo Dicky, que siempre estaba a punto para hablar en favor del personal del piso superior—. A nadie se le trata así. ¡A nadie! Somos una familia. No servirá a tu causa que te vuelvas paranoico.

Ya había oído aquello antes.

—Si tengo que ir a meter la nariz por todos esos hoteles para ti, entonces debo volver a mi paga diaria de agente de campo, con gastos y dietas.

—No te quejes, Bernard. Eres un tipo muy agradable hasta que empiezas a quejarte.

—Lo que te estoy diciendo...

Agitó la mano herida airadamente por encima de la cabeza.

—Me ocuparé de ello, me ocuparé de ello. Si es que prefieres ser un agente de campo a esperar a conseguir un puesto entre el personal importante en Londres.

Nunca sabía cómo afrontar las blandas y tranquilizadoras promesas de Dicky. Me sentía incapaz de proseguir con mi argumento, a pesar de saber que él no tenía la menor intención de hacer algo al respecto.

—Quieres que vaya a perseguir el arco iris —le indiqué—. Esto es Suiza, y costará una fortuna. Tengo que recibir un adelanto. Si no tendré que gastarme mi dinero y luego tendré que esperar seis meses hasta que Londres procese los gastos.

—¿Perseguir el arco iris?

—Mira, Dicky. George Kosinski no se está escondiendo en ningún hotel de por aquí. Se ha largado.

—¿Te lo ha dicho la chica?

—Ella cree que se ha ido a esquiar al glaciar.

—¿Por qué? —Dicky se mordió la uña, nervioso por haberse perdido una oportunidad—. ¿Se lo dijo Kosinski?

—La semana pasada compró ropa interior de seda y una cazadora de esquí.

—Pues ya está.

—Pero resulta que a George no le gusta esquiar —le expliqué—. Es una calamidad con los esquíes y odia todos los lugares de esquí.

—Entonces, ¿qué? —quiso saber Dicky.

—En primer lugar sus maletas han desaparecido. Parece que se fue al aeropuerto en secreto y las dejó allí por adelantado. Es obvio que quería marcharse sin llamar la atención. Pero ¿a quién trataba de evitar? ¿Y por qué?

—¿Y adónde? —añadió Dicky—. ¿Adónde ha ido?

—A alguna parte donde hace un frío de narices. De ahí lo de la ropa interior de seda. Supongo que a Polonia. Allí tiene un montón de parientes: hermanos, tíos, tías y quizá un abuelo que aún vive. Si estaba en dificultades, allí es donde puede estar.

—No podemos depender de unos cuantos retazos y basarnos en suposiciones, Bernard.

—George ha estado saqueando sus viejos álbumes de fotos para llevarse algunas consigo. También se llevó el rosario que le dio su madre. Es un viaje para visitar a la familia. Quizá no sea más que eso. Quizá haya alguien que está enfermo.

—Eso no es todo. Alguien vino aquí y habló con él. Sabemos que agentes de la Stasi vinieron hasta aquí.

—La chica dijo que nadie había venido a visitarlo —le contradije.

No quería que Dicky condenase a George y luego empezase a reunir las pruebas.

Pero Dicky tenía respuesta para eso.

—Pues entonces es que salió y se reunió con quien fuera en otro lugar.

—Es posible —acepté—. Pero eso no prueba que haya nada siniestro en su desaparición.

—No me gusta —dijo Dicky—. Me huele a líos... con todo ese asunto de Tessa no podemos permitirnos limitarnos a encoger los hombros. Tenemos que saber con certeza adónde ha ido.

—Se ha ido a su tierra, a Polonia —le repetí—. Sólo es una suposición, pero lo conozco lo bastante bien como para hacer esa clase de suposición.

—¿No sacaría zlotys del banco?

Era una broma, pero le contesté de todos modos.

—No se venden legalmente; le irá mejor con dólares americanos.

Hubo un largo silencio.

—Tú no eres sólo una cara bonita, Bernard —me dijo, como si fuera una broma que yo nunca hubiera oído antes.

—Puede que esté equivocado.

—¿A qué lugar de Polonia?

—Llamé a la oficina para que comprobasen su petición de pasaporte. Sus padres eran de una aldea de Mazuria, en el nordeste. Su hermano Stefan vive en ese mismo vecindario.

—¿Qué te estás guardando, viejo? —me preguntó Dicky.

—Los polacos de Londres son una comunidad pequeña. Hice un par de llamadas desde mi habitación... Hay un tipo que regenta un pequeño club de ajedrez que conoce bastante bien a George. Dice que George vuelve allí a veces y que envía dinero a su familia con regularidad.

—¿Y? —persistió Dicky.

—No se me ocurre nada más —concluí.

—Te estás guardando algo.

—No, Dicky. Esta vez no.

—Muy bien. Pero si esto es simplemente una retorcida idea tuya para eludir el tener que investigar por esos puñeteros hoteles, te mataré, Bernard. —Me miró; tenía la frente fruncida por la sospecha ante la idea de que yo me estaba guardando información. Luego, con la extraordinaria intuición que a menudo acudía en su ayuda, cayó en la cuenta—. El reloj —me dijo Dicky—. ¿Por qué llevaría a limpiar el reloj? ¿Y por qué te molestaste tú en seguirle la pista yendo a visitar al joyero?

—Un hombre como George tiene docenas de relojes llamativos. No los lleva a limpiar, por lo menos cuando tiene otras cosas en la cabeza.

—¿Y por qué seguirle la pista? ¿Por qué fuiste al joyero entonces?

Me froté la cara. Tendría que decírselo.

—Era el anillo de pedida de su esposa.

—¿El anillo de pedida de Tessa Kosinski? ¡Dios mío! Está muerta. En el Este. Eres un cabrón, Bernard. ¿Por qué no me lo dijiste inmediatamente?

—Según me explicó el joyero, estaba muy sucio, lleno de barro.

Dicky movió la cabeza y luego dejó escapar un suspiro que combinaba el enojo y la satisfacción.

—Da igual que estuviera sucio o no. Dios mío, Bernard, cómo sueltas las cosas. ¿Quieres decir que unos cabrones de la Stasi vinieron aquí con el anillo de pedida de su esposa? ¿Qué han estado hablando con él? ¿Presionándole? ¿Engatusándolo? ¿Se trata de algo acerca del entierro?

—Creo que le han dicho que ella sigue viva.

—¿Viva? ¿Por qué? ¿Qué querrían ellos a cambio?

—Ojalá lo supiera, Dicky. —Sonó el teléfono de Dicky. Miré el reloj, me puse en pie y le dije buenas noches con la mano—. ¿Nos vemos abajo para desayunar?

Dicky, inclinado sobre el teléfono, torció la cabeza para ponerme cara de enfado y levantó un dedo de advertencia. Esperé un poco.

—Espera, Bernard —me pidió—. Londres está al habla. Esto quizá haga que prefieras estar despierto pensando en ello.

Estuve esperando mientras Dicky hablaba por teléfono; asentía y gruñía como si la persona que se encontraba al otro lado de la línea le estuviera leyendo algo. Así permaneció un buen rato, sin hacer nada que no fuera expresar una dolorida sorpresa. Luego colgó y se dio la vuelta hacia mí esbozando una astuta sonrisa.

—¿Qué hay? —le pregunté cuando me pareció que iba a quedarse toda la noche sonriendo.

—El maldito mercado de valores se ha venido abajo. En Nueva York, el índice Dow-Jones ha bajado de golpe 508 puntos, la mayor caída de la historia. A la hora del cierre el mercado de Nueva York había bajado un 22,6 por ciento. ¡Veintidós coma seis puntos! El primer día del crac del veintinueve sólo bajó el 12,8 por ciento. Eso es lo que hay, Bernard.

—¿Londres también?

—Tokio abrió primero, desde luego. Las ventas empezaron cuando sonó el timbre de apertura. Cuando Londres abrió, todo el mundo empezó a descargar valores en dólares. Al acabar el día Londres había bajado más del diez por ciento, el índice de cotización de bolsa había caído 249,6 puntos.

—No entiendo muy bien esos galimatías financieros —le comuniqué.

—¡Ha bajado 249,6 de 2053,3! No hace falta ser un genio en matemáticas para comprender lo que eso significa —me explicó Dicky, que era un reconocido genio matemático.

—No —le dije.

—Aquí en Zúrich también ha caído. Y en Milán, en Estocolmo, en Amsterdam, en Bruselas, en Frankfurt... es una hecatombe. Cuando Nueva York abrió, la sangre corría por los suelos.

—¿Han suspendido las operaciones bursátiles? —le pregunté en un desesperado intento por parecer un entendido.

—La bolsa de Hong Kong ha suspendido las operaciones —me indicó Dicky, que parecía estar en su elemento—. Esta noche cunde el pánico por todas partes. La City se prepara para otra embestida mañana. El huracán del jueves pasado interfirió los ordenadores e impidió que algunas personas llegasen al trabajo. Un trastorno de esa magnitud por fuerza se deja notar en la política, Bernard. Es imposible adivinar las implicaciones. La señora Thatcher ha hecho unas declaraciones intentando apaciguar los ánimos acerca de la fuerza de la economía, y lo mismo ha hecho Reagan. Bret Rensselaer está durmiendo en la sala del oficial de guardia. Dicen que las luces están encendidas en todos los despachos de Whitehall. Están en pie de guerra. Mi amigo Henry, que está aquí, en la embajada, dice que los americanos declararán mañana la ley marcial por si se producen disturbios y asaltos a los bancos.

—¿De veras? —dije, aunque ya sabía que Henry Tiptree, empleado del departamento y hombre con quien yo había cruzado espadas más de una vez, era aún más excitable y menos de fiar que el propio Dicky—. Pero ¿qué tiene esto que ver con George Kosinski? Él se marchó el sábado.

—Sí, Kosinski lo vio venir. Lo vendió todo antes de venirse a vivir aquí.

—Me dijo que tuvo que hacerlo. Era necesario para el cambio de residencia fiscal.

—Se libró de todo y a ti te dio el apartamento de Londres.

—Eso estaba en el testamento de Tessa; era un regalo para Fiona —protesté. No me gustaba el modo como Dicky me estaba implicando en sus teorías sobre George—. Pero... ¿por qué había de huir? Los hombres adinerados como George tienen todos sus valores en empresas. Y George tiene empresas que están registradas en todo el mundo. ¿De qué iba a huir? Nadie va a llamar a su puerta para detenerle.

—Es un hecho sabido que un estrés psicológico severo a veces provoca acciones físicas en las personas. Acciones físicas espontáneas.

—En George, no —le aseguré.

—Él es especial —se mofó Dicky con cauta admiración—. ¿Y tú te creíste que había venido aquí como reacción a la muerte de su esposa? Pues

empezó a vender sus empresas hace dos meses. Hace tiempo que debió de ver que se avecinaba este desastre financiero. ¿No te advirtió acerca de ello?

—A mí nunca me hace confidencias —le expliqué—. George es muy suyo.

—Me encantaría saber qué está tramando —dijo Dicky; luego se quedó mirando fijamente al teléfono—. Voy a darle un voto de confianza, pero esta paliza de la bolsa de valores va a hacer que se retrasen cosas como ésa.

—¿Qué me dices de la bonita casa del lago?

—La alquila por meses. Me tomé la molestia de comprobarlo antes de venir. Nunca ha sido suya. Ni siquiera los muebles son de su propiedad.

—¿Y tú crees que ha huido porque estaba hasta el cuello de deudas?

Parecía más probable que George hubiera encontrado alguna astuta ventaja en hacer que alguna compañía fuera el propietario de su casa y del contenido.

—Ahora lo comprendes, ¿verdad? —me dijo Dicky al tomar mi pregunta como una confirmación—. Todo encaja, ¿no es cierto? Hay que saber cómo piensan estos magos de las finanzas. Está en bancarrota. Ahora comprenderás por qué se ha largado sin avisar y sin dejar ninguna dirección.

—Pobre George...

—Sí, pobre George —repitió Dicky con una voz no del todo desprovista de satisfacción. A Dicky le encantaba el teatro, sobre todo las tragedias, y en especial las que ocasionaban el desastre a personas que él envidiaba. Se recreó al recitarme todo aquello, y ahora empleaba un tono que me reprochaba que yo no reflejase su deleite—. ¿Me escuchas, Bernard?

—Te escucho.

—Bueno, pues no te quedes ahí sentado con la cabeza entre las manos, como si estuvieras a punto de venirte abajo y echarte a llorar.

—No, Dicky.

Pero lo cierto era que yo estaba realmente preocupado por George. No era sólo cuestión de dinero, lo más probable era que George encontrara de dónde sacar dinero, como había hecho siempre. Pero George ya tenía bastantes preocupaciones. La noticia de la muerte de Tessa le había hecho hablar de venganza y le había perturbado de un modo que yo nunca hubiera creído posible. Todo ello y además la crisis financiera podría ser más de lo que era capaz de soportar.

—Entonces, ¿quieres ir a Varsovia? —me preguntó Dicky.

—No en particular. Pero si tú quieres que vaya a buscarle, por ahí es por donde empezaría.

—¿Tienes contactos allí?

—Sí, pero no estoy muy ducho en el idioma.

No quería que Dicky esperase milagros por mi parte. Si George había huido a Polonia era porque el caos que allí reinaba proporcionaba un lugar prometedor en el que esconderse. Encontrarlo no sería fácil.

—¿Y quién está ducho en ese idioma? —inquirió Dicky en un tono alegre.

—Se hace bastante difícil trabajar en una investigación si uno no entiende lo que le dicen —le expliqué—. El polaco no es como el italiano o el portugués, lenguas en las que cuando uno capta la raíz de un par de palabras puede adivinar el resto. El polaco resulta impenetrable.

—Nos las arreglaremos —me aseguró Dicky—. Te conozco bien y sé que te defiendes en cualquier idioma. Tienes el don de lenguas.

—¿Nos las arreglaremos?

—Será mejor que yo vaya contigo. Dos siempre se las arreglan mejor que uno... en un trabajo como éste.

—Sí —acepté. Tenía razón. A menos, naturalmente, que el otro sea Dicky. Me miró y luego, después de captar mi mirada, desvió la suya—. ¿Tiene esto algo que ver con Daphne?

—No. Bueno, sí. En cierto modo. Está muy nerviosa —dijo Dicky entornando los ojos como si sospechase que yo estaba confabulado con su esposa—. Se ha vuelto irascible. Y está amargada. Utiliza siempre palabras violentas. No hace más que escarbar en cosas pequeñas que ya son agua pasada. Es mejor que esté sola durante una semana.

De modo que era eso. No íbamos a Varsovia a cazar a George Kosinski, íbamos allí para proporcionar un interludio que suavizase cierta desavenencia doméstica entre Dicky y su muy sufrida esposa. Yo tenía también otras preocupaciones. El tratamiento facial de Ursi iba a costar diez veces lo que yo había imaginado; me preguntaba si podría convencer al cajero del hotel de que lo pagase y lo cargase en algún profundo lugar de la cuenta del servicio de habitaciones de Dicky.

2

VARSOVIA

Setiembre es la época que escogen muchos turistas para visitar Polonia. Fue un mes de setiembre, medio siglo atrás, cuando llegaron visitantes alemanes con Stukas, Panzers y artillería. Tan devotos eran de aquel antiguo reino que querían poseerlo. Eligieron setiembre porque las fuertes lluvias de verano habían terminado y la tierra estaba firme, los cielos se habían puesto lo suficientemente despejados para que los bombarderos pudiesen actuar y los días eran lo bastante largos para poder abrirse paso hasta lo más profundo del corazón de Polonia.

Pero una vez que setiembre termina, los días se acortan de repente y la temperatura desciende. Aquel año, como un presagio, las primeras nieves habían llegado inusualmente temprano. Mientras los termómetros rondaban los cero grados, el aire húmedo producía las densas tormentas de nieve mojada que tan sólo aparecen cuando verdaderamente va a comenzar el mal tiempo. La nieve y el aguanieve acabarían por desaparecer, desde luego, como siempre con el tiempo acababan por hacer la nieve, los visitantes y los invasores, pero eso lo único que hacía era que sufrir aquellas congojas climáticas fuese más llevadero.

Varsovia no es una ciudad vieja, sólo lo parece. En belleza la eclipsa Cracovia, su rival; su elevada situación, un poco ladeada, sobre la margen occidental del Vístula, la deja expuesta a los crudos vientos del este, y no tiene telón de fondo de colinas ni montañas, y tampoco una costa atractiva. Pero para los polacos, Varsovia tiene un significado que no se explica ni en términos políticos ni culturales, pero que está inseparablemente unido al nacionalismo polaco. Quizá los alemanes estaban al corriente de esto, porque cuando el ejército alemán se retiró de Varsovia la destruyó de un modo como no lo había hecho con ninguna otra capital. La arrasaron no mediante bombardeos o cañonazos al azar, sino piedra a piedra, como un acto de

devastación deliberada y vengativa. Las vías de acero de los tranvías, los sumideros e incluso el sistema de alcantarillado fueron arrancados de las calles empedradas igual que las entrañas de un pollo desplumado.

Pero, con la misma clase de determinación, los polacos la reconstruyeron piedra a piedra. Con ese celo exigente que sólo el odio puede alimentar, purgaron los museos y los archivos para mirar los antiguos cuadros y dibujos y copiaron los planos del siglo XIX de Corazzi. Y sirviéndose de las habilidades de los arquitectos, historiadores, carpinteros, artistas, albañiles y peones, y de las contribuciones y la buena voluntad de los hombres y mujeres polacos repartidos por todo el mundo, reconstruyeron Varsovia tal como la recordaban.

Era octubre cuando nosotros llegamos. Generales leales al comunismo se habían nombrado a sí mismos miembros del gobierno, la nación estaba sumida en deudas, había escasez prácticamente de todo y las calles de Varsovia se veían grises a causa de la nieve que, a pesar de haber llegado antes de tiempo, caía sin tregua. Los escaparates tenuemente iluminados en la Nowy Swiat exhibían las pocas reliquias de familia que les quedaban, y había personas acurrucadas en cada esquina que abordaban a cualquier transeúnte bien vestido e intentaban canjear sus últimos tesoros por cualquier cosa comestible o combustible.

En el tenebroso vestíbulo de entrada del hotel Europejski había menos evidencia de tal privación. Amontonados alrededor del bar, situado a un lado del vestíbulo, con los cinturones a punto de reventar y los rostros arrebolados, varios traficantes del mercado negro se mezclaban en ruidosa armonía con oficiales del ejército y ancianos supervivientes leales al partido. En horas concurridas como aquella, detrás de la barra estaba el barman de siempre. Llevaba años allí; era un jovial miembro jubilado del ZOMO, la muy temida policía antidisturbios. Colocado detrás de las botellas de vodka, y a plena vista, siempre tenía un ejemplar del *Trybuna Ludu*, el diario del Partido Comunista de Varsovia. Era, en efecto, un anuncio que advertía a todos del clima político que se respiraba allí. Pero eso no excluía los chistes, y aquella tarde el barman suscitaba sonrisas anticipadas mientras contaba una larga y enmarañada historia que trataba de cómo los científicos en los laboratorios del gobierno trabajaban con ahínco para transformar de nuevo las provisiones de vodka del país en patatas. El mismo chiste se repetía por todas partes, pero en la calle se recibía con risas que salían menos del corazón.

Era tarde, y el gentío del bar estaba en su momento más ruidoso, cuando me abrí camino por el concurrido vestíbulo del hotel Europejski por segunda

vez. Dicky estaba sentado en un sofá de cuero frente al mostrador de recepción. Yo había vuelto al aeropuerto para encontrar la maleta extra de Dicky, que había perdido la etiqueta y se había extraviado en la sala de equipajes. Como me explicó Dicky, era mejor que fuera yo al aeropuerto porque hablaba el idioma. Ya era casi medianoche, me limpié los húmedos copos de nieve de la cara y los quité de las gafas con un pañuelo. Una de las dos jóvenes de rostro solemne que estaban detrás del mostrador del hotel alargó la mano hacia atrás para alcanzar la llave de mi habitación sin darse la vuelta para mirar dónde estaba. Era de esa clase de gestos producto de la práctica que intranquilizaba a los turistas occidentales en Polonia.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó Dicky.

—He encontrado la maleta. Pero esos cabrones de la aduana han tardado lo suyo. Lo que les preocupaba eran todas esas etiquetas de frágil que llevaba pegadas. Probablemente pensaban que habías metido bombas de contrabando para Solidaridad.

—No se habrán quedado con ella...

—No, está aquí y te la han subido a la habitación.

Los dos giramos la cabeza para mirar a seis esbeltas muchachas con faldas escocesas de vivos colores verdes y boinas a juego que cruzaban el vestíbulo. Se detuvieron a la puerta del restaurante y soplaron suavemente en las gaitas que llevaban antes de decidirse a entrar. Al cabo de unos instantes de silencio se oyó la súbita explosión de un grupo de tambores que pronto fue acompañado del son de las gaitas. Luego, cuando la puertas se cerraron, el sonido de la música se amortiguó.

—Sólo hay comida fría —me comentó Dicky—. He discutido un poco, pero ya sabes cómo son; te miran fijamente sin expresión alguna y fingen que no te entienden.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté.

—Es una banda de chicas gaiteras de Chicago. Todas proceden de barrios polacos. Van a quedarse aquí tres noches. Mañana van a Cracovia. He estado hablando con una de ellas, una *majorette* rubia de dieciocho años que toca el tambor. No había estado fuera de casa hasta ahora.

—Yo de ti me andaría con cuidado, Dicky —le aconsejé—. Seguro que su padre es un carnicero de cien kilos de peso que trabaja en una planta de envasado de conservas y seguro que tiene una actitud muy protectora.

—Me voy a la cama —me dijo Dicky mordiéndose una uña—. Me tomaré un sándwich de queso que pienso pedir al servicio de habitaciones y luego me meteré en la cama. Si tienes algo de sentido común, tú harás lo mismo.

—Tengo que hacer unas llamadas por teléfono, pero antes quiero tomar una copa en el bar.

—Estoy hecho polvo —me confió Dicky—. Creí que no volverías nunca. Me habría ido a la cama ya, pero tengo el pijama en esa maleta. —Consideró lo que yo acababa de decirle—. ¿Llamar por teléfono? Tus contactos deben de padecer insomnio. Yo lo dejaría para mañana por la mañana.

Bostezó.

—Buenas noches, Dicky.

Era inútil tratar de explicarle que la clase de contactos que yo tengo son personas trabajadoras que se levantan a las cinco de la mañana y se desloman como esclavos todo el día.

Me quedé mirando cómo Dicky atravesaba el vestíbulo hasta la escalera principal. Tenía una esbelta y elegante figura de largas piernas, cosa que yo nunca volvería a recuperar. Llevaba una mano en el bolsillo de los tejanos ajustados y en la otra lucía un Rolex de oro macizo que quedó a la vista cuando se pasó los dedos huesudos y largos por el cabello rizado. Las dos muchachas que se encontraban detrás del mostrador de recepción lo estudiaron con antropológica objetividad. Cuando las decorativas botas de cowboy hubieron desaparecido escalera arriba, se miraron la una a la otra y se echaron a reír con disimulo.

Crucé el vestíbulo y me abrí paso poco a poco entre los ruidosos bebedores que había en el bar. Allí estaba la esencia de Polonia en 1987, una nación en la que mandaba el ejército. Reconocí los pálidos rostros de un capitán del ejército que había conocido en Berlín y de un teniente lleno de granos que era ayudante de cierto general del Ministerio del Interior. Los jóvenes oficiales, ambos vestidos de paisano, miraban a los funcionarios del partido con imparcial y divertido aire de superioridad. Como parte del acuerdo con el ejército, el partido había prometido reformar el sistema de gobierno de Polonia mientras a los activistas más sobresalientes de Solidaridad se les ponía a buen recaudo. Pero los teóricos socialistas no son notables precisamente por su celo en la autorreforma, y la endeudada Polonia se estaba hundiendo cada vez más profundamente en la ruina económica. Corrían rumores de que los rusos se harían con el control del país en unas semanas y de que el ejército polaco ya había acordado con ellos dejar que lo hicieran sin ofrecer resistencia. Pero aquella noche la desgracia de la nación estaba temporalmente olvidada mientras los juerguistas celebraban el final del capitalismo que, según proclamaban ellos, estaba anunciado por el descalabro de la bolsa occidental.

Entre los que lo estaban celebrando había profesores de universidad, un diplomático, algunos periodistas, escritores y cineastas diversos. Éstos eran los intelectuales, la *nomenklatura*, el sistema. Éstas eran las personas que sabían interpretar los signos que anunciaban los cambios de poder. Para ellos resultaba obvio que Lech Walesa y sus camaradas obreros del astillero Lenin habían fracasado en su tentativa por hacerse con el poder. Era un momento para que el sistema cerrase filas, para que encontrase un *modus vivendi* con los gobernantes militares de la nación; y también con los rusos, si eso era lo que Moscú exigía. Mientras tanto se recreaban en largas conversaciones cargadas de jerga con los reformadores del partido, vigilaban a los generales polacos por si había algún indicio de peligro y engullían otro vodka doble antes de volver a sus acogedores apartamentos.

En el restaurante, la banda de las muchachas gaiteras empezó a tocar *My Wild Irish Rose*. La música fue recibida con aplausos ebrios y gritos de aprecio de un público encendido por el entusiasmo hacia las cosas americanas, polacas o irlandesas. O quizá sólo vencido por el vodka.

Yo alternaba tragos de Tatra Pils con sorbos de vodka de hierba de bisonte Zubrowka. Con ambas bebidas en las manos me estuve moviendo por allí con los ojos y los oídos bien abiertos. Los hombres de la UB también estaban allí. Las orejas de la Urząd Bezpieczeństwa estaban en todas partes. Conté seis de ellos, pero sin duda había más. Aquellos policías de seguridad constituían otra clase de élite, sus servicios eran necesarios para el partido y también para los militares gobernantes. Los matones de la UB disfrutaban de tiendas, viviendas y escuelas especiales para ellos, y también de sus propias cárceles, donde sus enemigos desaparecían sin formalidades de detención y sin cargos. Aquellos policías secretos no eran nuevos para Polonia. Dzierzynski, el fundador de la policía secreta de Rusia, era polaco. Su estatua se alzaba en Moscú frente al cuartel general del KGB en una plaza que llevaba su nombre. Mientras que allí, en Varsovia, otra plaza también llamada Dzierzynski celebraba su fama y su poder.

Pero no ví a nadie a quien conociera y en quien confiase al mismo tiempo. Finalmente me cansé de escuchar la cháchara y de mirar al techo, así que subí a mi habitación del primer piso donde, después de hacer unas llamadas telefónicas, me estiré en la cama y me dispuse a esperar. Eran las dos y media de la madrugada cuando llamaron a la puerta. Una mujer la abrió de un empujón y entró sin esperar a que la invitase a ello.

—*Zimmer hundertel?* —preguntó en un alemán denso y preciso.

—Ja. Herein!

Iba demasiado maquillada. El pañuelo Hermes de seda que llevaba al cuello desentonaba con el abrigo barato de ribetes de pieles y con las botas altas, muy gastadas, de piel blanca. Cristales de nieve le chispeaban en el rostro, en el pelo moreno y en el gorro ribeteado de pieles. Se quitó el gorro, lo sacudió y, a la luz, centellearon las cuentas de agua helada. Al notar que las cortinas no estaban echadas, las cerró tirando de ellas. Cruzó la habitación con esos andares inseguros que son el distintivo de las putas jóvenes, pero ella ya debía de andar por los treinta y cinco cumplidos, quizá cuarenta, y ya no estaba delgada.

Durante largo rato se quedó allí de pie, de espaldas a la ventana, curioseando por la sombría habitación del hotel como si se la estuviera grabando en la memoria. O como si tuviera que arreglárselas sin sus gafas. Ya no era la Sarah que yo recordaba, una entre una multitud de jóvenes estudiantes exuberantes que salían en tropel por las puertas de la Universidad Humboldt para ir a las clases de la mañana de Linden. Había desaparecido todo el travieso regocijo y era difícil encontrar a aquella frágil muchacha de ojos brillantes que yo había conocido tiempo atrás. Lo que había sucedido doce, quizá quince años antes, un día caluroso y polvoriento del sofocante verano berlinés. En aquella ocasión Sarah llevaba puesto un vestido rosa hecho en casa con grandes bodeques blancos, y yo caminaba unos metros más atrás; se volvió, me llamó y me preguntó algo en polaco, porque me confundió con un estudiante de una aldea cercana a su casa.

Dejó el pesado bolso en el suelo, se quedó allí de pie y me miró de nuevo:

—¿Habitación uno uno uno? —repitió en inglés.

—Soy yo, Sarah.

—Bernd. No te había reconocido.

Lo dijo sin demasiada emoción, como si el hecho de reconocerme sólo hiciera más dura una vida que ya lo era.

—¿Quieres una copa?

Cogí un vaso del cuarto de baño.

—Dios mío, por supuesto.

Se quitó el abrigo, lo arrojó encima de la cama y se sentó. Al caer sobre ella la luz de la lámpara de la cabecera de la cama ví que el pelo se le estaba volviendo gris y que un lado de la cara lo tenía amarillo, azul y malva a causa de los hematomas que los polvos y la pintura no lograban disimular por completo. Se sirvió una gran dosis de la botella de Johnny Walker que yo había comprado en el aeropuerto de Zúrich y se la bebió con rapidez. Pobre Sarah. Había tenido ocasión de verla mucho después de aquel primer

encuentro. Estudiaba biología y cuando salía con sus amigos para buscar especímenes de hierbas raras y flores silvestres yo a veces me unía a ellos. Eso me proporcionaba oportunidad de entrar en partes de la Zona Este que estaban prohibidas a los extranjeros.

—Dame un minuto —dijo; y se sacó las botas para darse masaje en los pies—. Ha pasado mucho tiempo, Bernd.

—Tómame el tiempo que quieras, Sarah.

Era del sur, de una aldea silesia situada en una región fronteriza que había estado bajo jurisdicción militar austrohúngara, checa, polaca, alemana y rusa en sucesión tan rápida que nadie de su familia sabía qué eran, excepto que eran judíos.

—Boris no ha podido venir. Sale en el vuelo para París mañana temprano.

Estaba casada con un cabrón llamado Boris Zagan, auxiliar de vuelo de LOT, las líneas aéreas del gobierno polaco. Aquel tipo no era exactamente un agente británico, pero trabajaba para Frank Harrington, el *resident* de Berlín; entregaba paquetes en nuestra oficina de Berlín y a veces realizaba trabajos para Londres. Yo había oído decir a varias personas que de vez en cuando atacaba a Sarah durante sus borracheras.

—Me alegro de verte —le dije—. Me alegro mucho.

No había habido ninguna clase de idilio entre nosotros; a mí me gustaba demasiado como para querer la clase de aventuras de quita y pon que eran parte necesaria de mi vida en aquellos días en que yo hacía de matón.

Revolvió entre el contenido del bolso de piel de charol, encontró una nota de papel y me la pasó. Había en el papel tres líneas escritas a lápiz que supuse eran una dirección. Las estudié y con gran trabajo conseguí descifrar el alfabeto polaco.

—¿Puedes leerlo? —me preguntó—. Recuerdo que en los viejos tiempos hablabas polaco bastante bien.

—Nunca lo hablé bien —le aseguré—. Sólo unas cuantas frases hechas. Y lo que aprendí de ti. —A los polacos les gusta animar con palabras así de cálidas a cualquier extranjero que intente aprender su idioma—. Y nunca se me dio bien escribirlo, a causa de los acentos.

—Acento en la penúltima sílaba —me recordó Sarah—. Siempre es igual. Me había enseñado aquella regla hacía diez años.

—Quiero decir en la escritura: la «L oscura» que suena como w; las vocales que tienen el sonido n, y la c que suena como che.

Volví a mirar la dirección.

—Es una casa grande que está en la región de los lagos —me explicó—. Stefan, el hermano de George Kosinski, vive allí. La casa se encuentra a muchos kilómetros de la civilización; incluso la aldea más cercana está a quince kilómetros. Necesitarás un buen coche. Las carreteras son terribles y no te recomiendo el viaje en autobús.

—Ni la caminata de quince kilómetros desde la aldea —apunté yo mientras me metía el papel en el bolsillo—. Ya la encontraré. Háblame de Stefan.

—La familia forma parte de la aristocracia menor, pero Stefan prospera porque los polacos son todos un poco cursis de corazón. Hace dinero y viaja por Occidente. Incluso estuvo en América una vez. Demuestra una gran habilidad para expresar sus pretensiones intelectuales, pero no tiene demasiado talento. Escribe obras de teatro, y todas acaban con personas meritorias que encuentran la felicidad a través del esfuerzo conjunto. También escribe poemas; poemas largos. Ésos son todavía peores.

—¿Dices que es una casa grande?

—Se casó con la hija única y fea de un funcionario del partido de Bialystok. Me ha dicho Boris que la casa es grande y parece un museo. Yo nunca he estado allí, pero Boris ha pasado unos días con ellos en varias ocasiones. Viven bien. Boris dice que es la casa de Chéjov.

—¿La casa de Chéjov?

—Es un chiste. Boris asegura que Stefan le ha robado las mejores ideas a Chéjov, los mejores chistes, los mejores versos y aforismos, y que luego le robó también la casa. Y se siente celoso. Ya conoces a Boris.

—Sí, conozco a Boris.

Apuré el whisky con el trago decidido con que los polacos se acaban el vodka y luego contempló con pesar el vaso.

—¿Te apetece otro? —le pregunté.

Sarah consultó el reloj, un pequeño reloj de oro de señora con una pulsera decorada en oro y platino. De los que venden en las tiendas de los aeropuertos de Occidente.

—Sí, por favor —repuso.

Le serví otra copa. Si quería quedarse allí sentada y recuperarse un poco, yo no podía hacer nada al respecto, pero me preguntaba por qué no se habría limitado a entregarme el papel con la dirección y marcharse. Como si me estuviera leyendo el pensamiento, comenzó a hablar:

—Unos minutos más, Bernard, luego te dejaré en paz.

Se pasó los dedos por la mejilla, como preguntándose si se le notarían las moraduras.

¡Claro! Sarah había sobornado a los de recepción para que la dejaran pasar como si fuera una de las putas que prestan sus servicios a los turistas extranjeros. Era una tapadera, y tendría que estar conmigo el tiempo suficiente para que resultase convincente. Algo que hay que ocultar es siempre una buena tapadera para otra cosa peor, como diestramente explicaba uno de los manuales de entrenamiento. Siguió hablando:

—¿Se trata de George Kosinski, verdad?

—¿Qué?

Debí de parecer sobresaltado.

—No te preocupes porque haya micrófonos —me indicó—. No hay ninguno instalado en este piso. Los Bezpieca saben que no les conviene poner micrófonos en estas habitaciones. A éstas es adonde los peces gordos del comité traen a sus amantes.

—Todavía no lo sé —dije respondiendo a su pregunta.

—No te muestres distante conmigo, Bernd. ¿Crees que no soy capaz de adivinar por qué estás aquí?

—¿Tú lo has visto?

—Todo el mundo lo ha visto. En cuanto llega se pone a dar voces, grita, se gasta el dinero y se emborracha en bares del centro donde hay demasiados oídos. Boris está preocupado.

—¿Preocupado?

—¿Es que George Kosinski se ha vuelto loco? Anda jurando venganza contra alguien que mató a su esposa aunque no sabe quién es. Se pone violento. Tumbó a un hombre de una bofetada en una discusión en un bar del Barrio Viejo y empezó a darle patadas. Le costó mucho que la policía lo soltara, tuvo que convencerlos de que no era más que un turista. ¿Qué sucede, Bernd? Yo no sabía que el simpático George fuera dado a hacer esas cosas.

Me encogí de hombros.

—Su mujer murió. Eso es lo que lo ha vuelto así. Sucedió en la República Democrática Alemana. En la autopista, a la salida de Brandeburgo.

—¿Una colisión? ¿Un accidente de tráfico?

—Se cuentan mil historias diferentes al respecto —le dije—. Pero nunca sabremos lo que ocurrió.

—¿No fue un asunto político?

Me levanté para buscar otro vaso y me serví yo también un trago de whisky. En el bar no había probado el alcohol, pero ahora, al oler el whisky

que Sarah se estaba tomando, sentí unos fuertes deseos de probarlo.

—No me des la espalda, Bernd. Empezaré a pensar que tienes algo que ocultar.

Se me había olvidado cómo era Sarah, aguda como una tachuela. Me volví y la miré.

—Hay accidentes de tráfico políticos, Sarah. Ambos lo sabemos.

Me miró fijamente con los ojos entornados como si quisiera encontrar la verdad en algún lugar del fondo de mi corazón. A qué decisión llegó Sarah finalmente no lo sé, pero se tragó el whisky de golpe, se puso en pie y se acercó al espejo para ponerse el sombrero.

—¿Dónde está George? —le pregunté.

Me estaba dando la espalda mientras se miraba en el espejo. Volvió la cabeza a ambos lados, pero se demoró una fracción de segundo más al mirarse la parte magullada de la cara.

—No lo sé —respondió con calma—. Y Boris tampoco lo sabe. No queremos saberlo. Tenemos bastantes líos sin que George Kosinski venga a meternos en otros.

—Esperaba que Stefan o alguien de la familia lo supiera.

—Lo último que he oído es que estaba dando un buen repaso al Rozyckiego Bazaar intentando comprar una pistola. —Me miró, pero yo bajé los ojos mientras me bebía el whisky y no di muestras de reaccionar—. ¿Sabes dónde es? En Targowa, en el Praga.

Asentí. Sabía dónde era. Un vecindario difícil al otro lado del río. Bielorrusos, ucranianos y judíos vivían agrupados allí en comunidades formando clanes donde los forasteros no eran bien venidos. Ni siquiera los policías antidisturbios iban allí después de oscurecer sin chalecos antibalas y refuerzos.

—Boris dice que esto es lo que querías —me indicó al tiempo que sacaba del voluminoso bolso un paquete envuelto en papel marrón y lo ponía encima de la mesa.

—¿Tienes que ir muy lejos? —le pregunté.

—Me esperan —dijo sin dejar de mirarse al espejo y con una voz que no daba pie a más preguntas.

La acompañé a la puerta y me quedé mirándola mientras caminaba por el largo pasillo pintado de color crema. La dirección comunista del hotel mostraba la habitual obsesión con el equipo contra incendios: cubos de arena y altos extintores estaban dispuestos como centinelas a lo largo del pasillo.

Cuando llegó a la ornamentada escalera principal, Sarah se dio la vuelta y dijo:

—Wiedersehen.

Y esbozó una sonrisa triste, como si estuviera diciendo adiós sin alegría a aquellos dos jóvenes que habíamos sido hacía mucho tiempo.

Una vez que se hubo marchado estuve pensando en ella y en su rostro magullado. Pensé en el modo como le habían permitido la entrada en el hotel y la habían dejado subir a mi habitación. Ése no era el modo como funcionaban esas cosas en Varsovia; se comprobaba y se volvía a comprobar, y la única clase de chicas que podías meter en tu habitación eran las putas auténticas registradas que trabajaban con la policía secreta.

Al final me pregunté si Sarah habría pasado con tanta facilidad por el mostrador de recepción porque precisamente era una de esas personas.

Abrí el paquete de papel marrón. Boris había metido en él dos palancas de neumático y un cable de estrangulador enrollado. De modo que no había podido conseguirme una pistola; o quizá eso supusiera demasiadas molestias. Boris no era el más eficaz de nuestros contactos.

—¿Qué te dijo ella?

Eran las once de la mañana. Yo había estado dando vueltas por ahí. No acudí al desayuno para evitar encontrarme con Dicky, y me di cuenta de que no le gustaba que lo dejase abandonado.

Durante unos instantes no le contesté. El mero hecho de estar de vuelta en el caldeado vestíbulo del hotel, donde quizá el calor volviera a hacer que me circulase la sangre, era un lujo que no podía compararse con patear las calles de la ciudad buscando a George y a sus puñeteros parientes.

Aquel viejo lugar no resultaba tan lúgubre de día. En sus tiempos había sido un excelente hotel. Un placentero palacio *fin-de-siécle* construido en una época en la que todos los hoteles grandiosos querían parecer una terminal de ferrocarril. Toscamente modernizado a partir del cascarón vacío que quedó al terminar la guerra, no era la clase de hotel que buscaba Dicky. Éste no estaba preparado para la austeridad de Polonia, y sin duda había esperado que los mejores hoteles de Varsovia se parecerían a aquellos modernos y elegantes edificios de lujo cuya construcción y dirección los alemanes orientales habían encargado a los suecos y a las compañías hoteleras occidentales respectivamente. Pero los polacos eran diferentes a los alemanes; ellos lo hacían todo a su manera.

—Vamos, Bernard. ¿Qué te ha dicho?

—¿Qué me ha dicho quién?

—La mujer que subió anoche a tu habitación.

Había estado esquivándolo en el desayuno, pues suponía que querría que le hiciera de intérprete para interrogar a la dirección del hotel. No era ésa una confrontación que yo deseara, porque los intérpretes siempre son los que quedan cubiertos de mierda, pero lo que no había previsto era que él se las arreglase para sonsacar al personal el secreto de mi visita nocturna.

—Fue una de esas cosas, Dicky —le dije confiando en que lo dejara correr pero sabiendo en el fondo que no sería así.

—Crees que soy idiota, ¿verdad? Tú no eres de los que mandan llamar a una puta a media noche; ése no es tu estilo. Pero eres tan retorcido que antes preferirías dejar que yo creyese eso que confiar en mí. Por eso estoy tan cabreado. Tú trabajas para mí, pero crees que puedes hacerme bailar al son que toques. Pues escúchame bien, cabronazo: sé que vino aquí a hablar contigo. Y ahora dime: ¿quién era?

—Un contacto. Me trajo la dirección del hermano de George Kosinski —le expliqué—. Está en el noroeste, pero hay que hacer un viaje malísimo por carreteras terribles. Creí que convendría enterarme bien de si George estaba allí antes de arrastrarte a ti hasta el quinto pino.

Evidentemente Dicky decidió no presionarme acerca de la identidad de mi visita femenina. Debió de imaginarse que se trataba de uno de mis contactos, y desde luego estaba fuera de lugar preguntar la identidad de un agente.

—Qué paraguüitas más majo llevas, Bernard.

—Sí —le dije—. Lo he comprado esta mañana.

—Un paraguas plegable; telescópico. ¡Caramba! ¿Es ésta una muestra del poder de Whitehall? Quiero decir que en realidad a ti no te pega nada llevar paraguas. Resulta demasiado afeminado para ti, Bernard. Sólo los chupatintas que vienen a la ciudad desde el extrarradio en los trenes de cercanías lo hacen blandiendo orgullosamente sus paraguas.

—Pues protege de la nieve —le contesté.

Desde luego lo que estaba haciendo Dicky no era más que dejar bien claro que no le gustaba que lo abandonase sin permiso, pero no por ello se hacía más tolerable convertirse en el blanco de su cansino sentido del humor.

—Un paraguas así no es algo que yo recomendaría a los no iniciados, Bernard. Si te llega una fuerte ráfaga de aire te levantará por los aires como a Mary Poppins y te llevará hasta los Urales.

—¿Pero en recepción no te dijeron nada de nuestro amigo Kosinski? —le pregunté para hacerle volver a la tierra.

—Eso lo he dejado para ti —repuso Dicky.

—George sabe moverse por esta ciudad. Habla polaco. Puede hacernos bailar a su antojo antes de que lo localicemos definitivamente.

—Y para entonces él ya podría estar en un avión o en Moscú.

—No, no, no. No se marchará hasta que haya hecho lo que tenga que hacer. Con suerte lo encontraremos antes.

—Muy filosófico, Bernard. Razonamiento abstracto de la mejor clase, pero... ¿quieres decirme qué coño significa?

—Significa que no podemos encontrarlo, Dicky. Y no hay atajos como no sea que tengamos una buena suerte milagrosa. Significa que tienes que tener paciencia mientras yo voy avanzando despacio y hago las cosas que un policía de barrio hace cuando busca un caniche perdido.

Aquello no era lo que Dicky quería oír. En un tono de reproche, me dijo:

—Anoche, cuando llegamos aquí, los de recepción admitieron que George Kosinski había estado en este hotel. Así que, ¿por qué no les preguntamos adónde ha ido?

—No, no dijeron que hubiera estado en este hotel, Dicky. Sugirieron que tratásemos de encontrarlo en otro hotel con un nombre parecido. Está al otro lado del aeropuerto. Es un vertedero asqueroso para estancias de una noche. No estará allí. Era sólo una manera educada de mandarnos a hacer puñetas.

—Nunca le cogeré el tranquilo a ese puñetero idioma —me aseguró Dicky. Sonrió y dio una palmada del mismo modo poderoso con que empezaba las reuniones de los martes por la mañana cuando tenía algo desagradable que anunciar—. Bueno, vamos allá. Cualquier cosa es mejor que estar aquí sentado en este mausoleo.

Sacó del bolsillo la llave de su habitación y la agitó para que tintinease.

Yo estaba cansado después de recorrerme la ciudad. La versión oficial era que el último de los prisioneros políticos había sido liberado el año anterior, pero, por alguna razón inexplicable, las personas dadas a airear puntos de vista políticos que no le gustasen al gobierno todavía estaban cumpliendo condena indefinida en un campo de trabajo cerca de Gdansk, que había duplicado su tamaño para dar cabida a un par de cientos de nuevos detenidos. La mayor parte de mis contactos se había ido después de la gran campaña de represión sin dejar ninguna dirección, y las indagaciones que yo intentaba hacer sobre ellos no habían sido acogidas con sonrisas de buena vecindad ni con entusiasmo amistoso.

Quería beber algo y luego sentarme tranquilamente a comer, pero Dicky tenía una personalidad inquieta, poco apta para la austeridad de ritmo lento de

la sociedad comunista. Seguí la dirección de sus ojos mientras él paseaba la mirada con hostilidad reprimida por todo lo que había en el vestíbulo del hotel. El ambiente institucional se parecía al de otros cien vestíbulos de otros hoteles sombríos semejantes dirigidos por los comunistas. La misma tipografía en los letreros y los mismos muebles sin gracia, las mismas bombillas tenues en las mismas polvorientas lámparas de techo que se reflejaban en los pulidos suelos de piedra, el mismo olor a moho y el mismo personal hosco.

El caprichoso modo como Dicky le daba la tabarra al departamento para hacerle hacer lo que él quería surtía menos efecto cuando se dirigía contra los pesados sistemas de la omnipotencia socialista. Y con eso había topado Dicky aquella mañana al intentar presionar al director del hotel, e individualmente a algunos miembros del personal, para que le proporcionasen una oportunidad de echar un vistazo al registro del hotel para buscar el nombre de George Kosinski. Me enteré de aquello porque un quejumbroso director adjunto que hablaba alemán me había proporcionado una descripción completa de las actividades de Dicky. El hombre sólo se había aplacado después de que yo le diera un cartón de cigarrillos Benson and Hedges.

—Voy a tomar una copa rápidamente, Dicky, enseguida estoy contigo — le dije.

—Cielo santo, Bernard, son las once de la mañana. ¿Para qué necesitas una copa a estas horas?

—He estado ahí afuera con una temperatura por debajo de cero, Dicky. Cuando tú lleves fuera un par de horas quizá descubras para qué la necesito.

—Gracias a Dios yo no dependo del alcohol. Anoche te ví dirigirte al bar y ahora vuelves a encaminarte al mismo sitio. Es una enfermedad.

—Ya lo sé.

—Y ese mejunje que aquí llaman brandy no es más que matarratas barato.

—¿Entonces no puedo invitarte a uno? El barman se llama Mouse. Si le pagas en una moneda sólida conseguirás cualquier bebida alcohólica occidental que le nombres.

Dicky hizo caso omiso de mi poco seria invitación.

—Aligera. Voy a buscar el abrigo. No he traído paraguas, pero quizá pueda cobijarme bajo el tuyo.

Cuando salimos a la calle, Dicky parecía dispuesto a dejarse llevar por mi criterio en lo referente a evitar un viaje inútil hasta aquel hotel de nombre parecido pero de inferior categoría que se encontraba en la otra punta de la ciudad.

—¿Dónde te parece que podemos ir primero? —me ofreció para tantearme.

—Me han dicho que George estuvo intentando comprarse una pistola —le comenté.

—¿Lo dices en serio?

—En el Rozyckiego Bazaar, en el barrio de Praga. Es un paraíso del mercado negro; la casa de limpieza de mercancías robadas, pieles y contrabando procedente de Rusia.

—¿Y pistolas?

—Bandas de desertores de todos los ejércitos de Europa Oriental dirigen las cosas allí y luchan por el territorio. Puede que parezca decente, pero también lo parecía el Chicago de Al Capone. No saques las manos de los bolsillos y ten los ojos bien abiertos para evitar a los rateros y los atracadores.

—¿Por qué no lo limpian las autoridades?

—No es tan fácil —dije—. Es el mercado de baratijas y de objetos de segunda mano más antiguo de Polonia. Los traficantes de moneda y los traficantes del mercado negro se conocen muy bien entre ellos. Infiltrar a un policía de paisano es muy arriesgado, aunque lo intentan de vez en cuando. Podrían pensar que eso es lo que somos nosotros, así que anda con cuidado.

—Sé cuidarme —me aseguró Dicky—. No me asusto con facilidad.

—Ya lo sé —le dije.

Era cierto, y eso precisamente era lo que hacía que Dicky fuera un gran lastre. Werner y yo nos asustábamos con facilidad y estábamos orgullosos de ello.

El barrio de Praga es una zona pobre de Varsovia, principalmente de viviendas, que se extiende por la orilla oriental del río. La mayoría de sus viejos edificios sobrevivieron a la guerra, pero pocos visitantes se aventuran a ir por allí. Trazada en línea paralela al río, Targowa es la amplia calle principal del Praga, la calle más ancha de toda la ciudad. Hace mucho tiempo, como indica su nombre, había sido el mercado de caballos de Varsovia. Coches abollados y tranvías incrustados de barro traqueteaban por la franja central y pasaban junto a viejas y sólidas casas que, en los años veinte, habían sido apartamentos de lujo ocupados por las clases mercantiles y por los profesionales de Varsovia.

La amplia Targowa estaba cubierta de montículos de nieve aquí y allá, y justo detrás de ella, pues la entrada estaba en una estrecha calle lateral, llegamos de pronto al mercado Rozyckiego. Estaba rodeado por todas partes de altos edificios de viviendas, y había algo medieval en aquel espacio abierto

lleno de destartalados puestos y tenderetes de todas formas y tamaños en los que las mercancías se apilaban en altos montones alrededor de los cuales se atiborraba la gente. Aquel Bazaar, famoso por su mala reputación, no había cambiado desde que yo alcanzara a recordar. Había atraído a mercaderes y a sus clientes desde todas partes. Gitanos y desertores, ladrones y gánsters, campesinos y comerciantes legales lo habían convertido en un espacio vital para la economía sumergida de la ciudad, de modo que nunca había vuelto a construirse en aquel espacio abierto.

—¿Tú también vas a comprar una pistola, Bernard?

—No, Dicky —le contesté mientras traspasábamos las puertas del mercado—. Sólo voy a buscar a George.

La pesada sobriedad que desciende sobre las ciudades de Europa Oriental en invierno se vio hecha pedazos en cuanto entramos en la bulliciosa confusión del mercado. Había mujeres que lloraban, hombres que discutían hasta el punto de llegar a la violencia, familias enteras reunidas, niños a quienes se reñía. Y correteando de un lado a un otro se veían hombres y mujeres, muchos de ellos doblados bajo el peso de pesadas cargas, que pregonaban a voces sus mercancías.

—Esta ropa vieja de los comunistas huele todavía peor que la de los capitalistas —comentó Dicky mientras nos abríamos paso entre el gentío.

Personas que regateaban ruidosamente aliviaban la estrafalaria variedad de privación que el comunismo, con su corrupción, caprichos y escaseces crónicas, inflige de forma endémica. Allí se exhibían artículos tan codiciados como papel higiénico y café en polvo, tejanos usados en distintos grados de utilización, horquillas de plástico y marcas de cigarrillos occidentales (tanto auténticos como de imitación). Zapatos de mujer procedentes de la vecina Checoslovaquia colgaban por encima de nuestras cabezas como guirnaldas de vivos colores, mientras que exóticas pieles de marta, zorro y visón que venían de lejanas regiones de Asia se guardaban detrás de una fuerte valla metálica. Granjeros ancianos y las mujeres de sus familias, que disfrutaban de cierta dosis de empresa privada, ofrecían montones de patatas, remolachas y coles. Un joven solemne estaba sentado en el suelo ante una alfombra de oración, como si estuviera a punto de inclinar la frente sobre las filas de clavijas de encendido que estaban dispuestas delante de él.

Un hombre alto que llevaba una trenca verde me detuvo, agitó en el aire un cigarrillo y me pidió fuego. Me coloqué el paraguas debajo del brazo, levanté el encendedor y entonces el hombre juntó las manos para proteger la llama del viento e inclinó la cabeza hacia el encendedor.

—Creía que habías salido en el vuelo para París —le dije.

—Han matado a George Kosinski —me confió con voz ronca—. Lo atrajeron con un cebo a la casa de su hermano, le rajaron la garganta como a un cerdo y lo enterraron en el bosque. Tú serás el próximo. Yo de ti me largaría de aquí.

—Tú no eres yo, Boris —le recordé.

Algunas pequeñas chispas me dieron en la mano cuando encendió el cigarrillo. Incluyó la cabeza hacia atrás, me buscó la cara con los ojos y me echó el humo. Luego, con una sonrisa de agradecimiento, se tocó el sombrero de fieltro en un remedo de saludo y continuó su camino.

—¡Venga ya! —dijo Dicky cuando lo alcancé de nuevo—. Sólo quieren hablar con extranjeros. No podemos detenernos por un vagabundo que pida fuego.

—Perdona, Dicky —me excusé.

Dicky se había abierto paso hasta un grupito de hombres que pasaban panfletos de mano en mano. Dos de aquellos hombres iban vestidos con gabanes y botas del ejército ruso; las gorras civiles que llevaban puestas no conseguían disfrazarlos. Uno de ellos contaría unos cuarenta años, y tenía una cara que parecía de ébano rojo pulido. El otro era más joven, con el rostro torcido, los ojos medio cerrados y esa expresión agotada que aflige a los púgiles prematuramente envejecidos.

—Mira esto —me dijo Dicky enseñándome el librito que le habían pasado. La tapa era marrón, el texto estaba en ruso y tenía ilustraciones que representaban diversas partes de un motor de combustión interna. Le pasaron otro libro parecido—. Tú sabes leer esto. ¿De qué trata?

Le traduje el título:

—Lanzagranadas de 40 milímetros BG-15. Tishina. Es un manual de instrucciones. Todos lo son.

Los folletos estaban dedicados a material militar de amplio interés: cocinas de campaña portátiles, lanzacohetes, miras telescópicas para francotiradores, visores nocturnos, transmisores de radio y trajes de protección química.

—Son soldados rusos. Venden por adelantado equipo que están dispuestos a robar.

Dicky le pasó los folletos al hombre que estaba de pie a su lado. Este los cogió y, al ver la consternación de Dicky, miró a los miembros del grupo y se echó a reír con disimulo dejando a la vista muchos dientes de oro. Era evidente que le gustaba el oro: llevaba un surtido de anillos y en cada muñeca

dos relojes de oro cuyas cadenas eran lo bastante amplias como para que sonasen y tintineasen como pulseras.

Los dos soldados tenían las manos callosas, llenas de cicatrices y cubiertas desde la muñeca hasta la punta de los dedos por tatuajes que formaban un meticuloso dibujo, de modo que parecían guantes de encaje azul. Reconocí el dibujo de dragón que distingue a los soldados criminales que han cumplido condena durante algún tiempo en un batallón de castigo *disbat*. Hasta hacía muy poco tiempo sufrir una sentencia semejante era considerado universalmente como algo vergonzoso, algo que se ocultaba en secreto a la familia e incluso a los camaradas. Pero ahora estos hombres preferían identificarse como inadaptados militares desafiantes de la autoridad. A aquellos hombres les gustaba utilizar los tatuajes para hacer gala de su naturaleza violenta, para explotar a jóvenes reclutas asustados y a veces también a sus oficiales.

—Sigamos —le indiqué.

—¿Qué estaban diciendo?

—Dientes de oro parece ser el rey del mercado negro. Ya has oído cómo los soldados le decían *tak tochno*, exactamente así, en lugar de «sí». Así es como los soldados soviéticos tienen que contestar a sus oficiales.

Aquel aparte para susurrarle esto a Dicky atrajo la atención de los soldados. Las limitadas habilidades lingüísticas de los implicados estorbaba a todas luces la transacción, y yo no quería acabar como intérprete entre aquellos gorilas rusos y sus clientes polacos.

—Muévete —le dije a Dicky.

Este captó la idea. Se alejó de allí y los traficantes del mercado negro se cerraron de nuevo en torno a los soldados. En el siguiente puesto, Dicky se agachó para fingir interés por unos montones de latón viejo y piezas sueltas de cobre que estaban a la venta. Yo aproveché la ocasión para mirar a mi alrededor. No había señal de George por ninguna parte.

—¡Mira, paraguas! —me indicó Dicky al tiempo que se incorporaba y se frotaba las rodillas; y luego, señalando hacia una anciana que iba cargada con docenas de ellos de todas formas, tamaños y colores, añadió—: ¿Cuánto te costó el tuyo? —Al ver que yo no respondía, continuó hablando—: ¡Figúrate, esos puñeteros soldados están vendiendo sus armas! Ése es el resultado de tener a todas las razas y naciones mezcladas. Gracias a Dios el ejército británico nunca caerá tan bajo.

—El mayor de ellos tenía cuatro hijos pequeños, y a su unidad hace tres meses que no le pagan —le informé.

—Sabía que encontrarías alguna excusa para ellos —me dijo Dicky con una voz en la que se mezclaban la broma y la sinceridad—. ¿Dónde está para ti la línea entre lo que está bien y lo que está mal, Bernard? Si a ti no te pagasen durante tres meses, ¿te pondrías a vender cualquier cosa a la que pudieras ponerle las manos encima?

Sabiendo que si le respondía a la ligera Dicky archivaría la respuesta y la utilizaría cuando yo menos me lo esperase, busqué algo para que mantuviese la cabeza ocupada.

—Me parece que veo a uno de los parientes de George —le dije.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Tranquilo, Dicky, o provocaremos una estampida.

—¿El que vende las cuentas?

—Es ámbar —le corregí—, y eso puede ser caro. Pero la bolsa de cuero que lleva colgada alrededor del cuello con toda certeza contiene diamantes. Es un traficante conocido.

—¿Lo conoces?

Dicky aminoró el paso, como si tuviera intención de cruzar el pasillo para ir a abordar a aquel anciano, pero lo sujeté por el brazo e hice que siguiera caminando.

—Lo ví en Londres en uno de los cócteles de George. Pero no hablé con él; llegó cuando yo ya me iba. Es rico; déjalo para otra ocasión. En Polonia las apariencias engañan; probablemente haya unos cuantos ricos en este mercado.

—¿Todos los parientes de George son ricos?

Dicky se detuvo ante un puesto donde había un enorme montón de zapatos deportivos metidos en cajas de cartón: Nike, Reebok y todas las marcas famosas. Se hacía difícil distinguir si eran imitaciones o importados. Dicky cogió un par de ellos y jugueteó con los cordones mientras se decidía.

—No lo sé, pero los apellidos acabados en *-ski* denotan un linaje polaco antiguo. Esto ocurre sobre todo en el área rural, donde todos se conocen y uno no puede añadirle una terminación *-ski* al apellido sin que se note, como hacen muchos en las ciudades.

—Me gusta el refuerzo almohadillado del tobillo... ¿Qué has visto?

Hizo ademán de volver a poner en su sitio los zapatos que estaba inspeccionando.

—No sueltes esos zapatos, Dicky. Póntelos delante de la cara y admíralos.

Comencé a avanzar hacia el otro lado del puesto para poder ver mejor.

—Mira, Bernard...

—Haz lo que te digo, Dicky. Sigue hablando y sosteniendo en alto los zapatos.

Los sostuvo en alto para enseñármelos, con lo que me proporcionó una buena excusa para que yo pudiera echar una buena ojeada por el mercado.

—¿Qué ocurre?

—Son tres; por lo menos tres. Y puede que haya otros dos o tres mirando desde otras ventanas de los pisos superiores. Nos han marcado, y dos de ellos vienen en esta dirección.

—¿Quiénes son?

—Matones. Tú tranquilo. Deja que yo hable con ellos.

—¿Dónde están?

—El individuo gordo del abrigo de piel ha hecho señales a alguien que está en una ventana de un piso alto. Guardaespaldas. Escoltas. Conserva la calma.

—¿Sus papeles? —nos exigió el primero de los hombres que llegó; se presentó—: Inspector Was, de la UB.

Habló en inglés mientras me enseñaba una tarjeta con su fotografía. Cerró la tarjeta y la guardó. Tenía unos ojos negros acerados y el rostro delgado y enjuto. Llevaba un gorro de lana y una cazadora corta de cuero. Le mostré el pasaporte de Alemania Occidental que llevaba el visado de negocios que permitía repetidas entradas en Polonia. Él se lo pasó a un hombre gordo ataviado con un abrigo oscuro de piel, que acababa de llegar, sofocado y sin aliento, hasta nosotros. El gordo se ajustó mejor las gafas de montura de acero en las orejas antes de empezar a leerlo. Tenía el rostro colorado y sudaba. Adiviné que había bajado a toda velocidad varios tramos de escalera después de observar nuestra llegada desde el punto de vista estratégico que ocupaba en alguno de los vecinos edificios de viviendas.

—¿Y él? —preguntó el espinoso inspector Was señalando con un gesto a Dicky.

—¿Y él? —dije yo a mi vez apuntando con un dedo hacia el hombre gordo mientras le cogía con suavidad de entre los dedos mi pasaporte falso.

—Regístralos —ordenó Was al hombre gordo.

Levanté los brazos y dejé que me cacheara para ver si llevaba pistola. Lo mismo hizo con Dicky.

—Vengan conmigo —nos pidió Was cuando el gordo hubo dado el visto bueno—. Los dos.

Se desabrochó la cazadora como si estuviera dispuesto a sacar una arma.

—Tenemos que ir con ellos, Dicky —le sugerí.

Aquella pareja, en cierto modo parecida a Laurel y Hardy, nos empujó delante de ellos por entre la multitud que se apartaba con presteza para dejarnos pasar. Cuando salimos a Targowa nuestros dos guardianes se apretaron contra nosotros. Las calles estaban abarrotadas de mendigos, vendedores ambulantes y personas que iban a sus quehaceres. Al lado del bordillo dos hombres cambiaban la rueda de un camión cargado de remolachas mientras un hombre con una escopeta se había sentado encima de la carga, en equilibrio sobre un montón de sacos. Nadie nos dirigió más que una mirada fugaz. Hacía demasiado frío para indagar con profundidad en la desgracia de los demás, y era demasiado peligroso. No había policías a la vista y nadie mostró la menor preocupación mientras nos conducían por la calle. No habríamos avanzado más de cincuenta metros cuando el hombre delgado señaló hacia un portal por el que se entraba a uno de esos patios abiertos que son una de las características de aquellos edificios.

En el patio empedrado, en el que se amontonaban trastos viejos llenos de herrumbre y basura que no servía para quemarla como combustible, había un par de coches y una hilera de grandes cubos de basura. Era difícil decidir si los coches estaban en uso o habían sido abandonados allí, porque muchos de los camiones y coches de la calle estaban todavía más herrumbrosos y abollados que aquellos vehículos viejísimos.

—Por aquí —nos indicó Was; y me empujó con un dedo.

El exterior del edificio se hallaba en un estado de descuido asombroso; tenía agujeros enormes, y las ventanas y ladrillos rotos se aguantaban mediante parches improvisados de madera y hojalata. Los únicos muebles que se hallaban en buen estado eran los barrotes y las rejas que encajaban en más de media docena de ventanas del piso inferior, así como la antigua puerta de acero por la cual nos hicieron pasar.

Dentro había más rejas. Eran de acero y llegaban desde el suelo hasta el techo. A lo largo de aquella «pared» había una mesa larga, como el mostrador que suele haber en las cafeterías de carretera. Detrás de aquel mostrador había una maciza caja de seguridad y algunos archivadores. La otra mitad de la habitación, la parte donde nos encontrábamos nosotros de pie, no tenía ventanas y estaba desprovista de muebles y de cualquier otra cosa, excepto de un calendario que anunciaba leche en lata.

El hombre que se hacía llamar Was cerró la puerta de acero que daba al patio. Como sólo había un par de tubos fluorescentes que iluminaban la habitación, ésta quedó iluminada con una luz dura y sin sombras.

—Por aquí, suban por la escalera —ordenó Was. Abrió una puerta y nos empujó al interior de una pequeña habitación—. Vayan arriba —repitió.

Pasamos por una puerta estrecha que daba al vestíbulo de una antigua y grandiosa casa de apartamentos. Subí el primero por la amplia escalera de mármol. De la pared del rellano colgaban dos filas grises de buzones abollados. Algunas de las tapas de los mismos estaban abiertas y colgando; haría falta mucha confianza para poner correspondencia en su interior. Quizá aquellos hombres fueran los dueños de todo el edificio. En lo alto del segundo tramo de escalera nos encontramos con un retablo silencioso. Dos mujeres jóvenes tenían contra la pared a un hombre rollizo y bien vestido. Tenía la cara blanca y estaba muy borracho, con la corbata aflojada y manchas de vino en la blanca camisa. El trío nos miró cuando pasamos, con la misma curiosidad que nosotros sentíamos hacia ellos, pero los tres permanecieron quietos al ver a nuestros escoltas y ninguno habló.

—Aquí dentro.

Había dos puertas en el rellano superior, recién pintadas de color marrón claro. Las habían repintado tantas veces que los adornos de la madera, el ojo de la cerradura y el botón del timbre se veían embozados de pintura. También había un exceso de cables: los cables del teléfono y de la electricidad se habían ido añadiendo una y otra vez y nunca se había quitado ninguno, de manera que había docenas de cables retorcidos, caídos y a veces colgando que indicaban el lugar donde una sección de ellos se había cortado para dejar sitio a otros cables. Abrió con llave una de las puertas.

—Aquí dentro —repitió; y le dio un empujón a Dicky, que cayó contra mí. Entramos dando tropezones en la oscuridad—. Pónganse contra la pared —ordenó Was.

Encendió la luz. Era una bombilla de pocos vatios, pero daba luz suficiente para ver que en un lado de la habitación había sacos de arena apilados hasta una altura de metro y medio. Was se quitó la cazadora y la colgó en la puerta. Eso puso de manifiesto que llevaba puesto un suéter azul oscuro y un cinturón de cuero de estilo militar con una pistola metida en una funda de cuero. Era un Colt oficial de la policía, del 38, algo que se había convertido en una pieza de museo, aunque no por ello era menos letal.

—Entréguennos las carteras los dos, hijos de puta —dijo Was. El gordo estaba de pie a su lado y sonreía.

—No creo que sean policías —observó Dicky—. Y pueden irse a la mierda.

—Lo que tú pienses me importa un carajo, cara de mierda —le espetó Was mientras se inclinaba hacia adelante y acercaba la cara a la de Dicky—. Saca la cartera antes de que te parta en dos.

Decidí que era entonces o nunca.

Aunque la posición en que me encontraba, con la espalda apoyada contra la pared, no era la más apropiada, levanté mucho ambas manos en el aire y luego, para que aquellos hombres no se asustaran por el brusco movimiento que había hecho, les dije:

—Por favor, no nos hagan daño. Pueden quedarse con todo mi dinero, pero por favor no nos hagan daño.

Was empezaba a responder justo en el momento en que bajé el paraguas contra él y le di en un lado de la cabeza. El paraguas produjo un terrible crujido al llegar a su destino, y Was cayó al suelo emitiendo sólo un breve sonido de ahogo y un gemido gutural que terminaron cuando perdió el conocimiento.

Me di la vuelta rápidamente, pero el hombre gordo ya se había abierto el abrigo de pieles y estaba tirando de una pistola automática que llevaba metida en el cinturón. Miré cómo la pistola subía para apuntarme al mismo tiempo que yo volvía el paraguas hacia él para golpearle. Fue como una de esas pesadillas angustiosamente lentas tras las cuales uno se despierta con el cuerpo empapado en sudor. Centímetro a centímetro nuestros brazos se movieron en un ballet a cámara lenta hasta que se disparó la pistola produciendo un cañonazo ensordecedor en la reducida habitación. Al producirse el fogonazo, mi brazo, con el paraguas, llegó debajo de la mandíbula del hombre gordo. La mandíbula soltó un chasquido al romperse y las gafas salieron despedidas y volaron hasta el otro extremo de la habitación dando vueltas y centelleando al reflejar la luz.

El hombre gordo dejó caer la pistola y se derrumbó de espaldas contra la pared. Con ambas manos se apretaba la cara para sujetarse la mandíbula, y le oí gemir sin sonido mientras el ruido del disparo me retumbaba en los oídos. Le aticé un segundo golpe, y esta vez cayó de bruces con los ojos cerrados. Las mejillas se le inflaron y un minúsculo reguero de sangre comenzó a salir por la comisura de la boca, que tenía cerrada con fuerza.

—Dios mío... —exclamó Dicky detrás de mí.

Entonces ví que el gordito no estaba todavía fuera de juego. Gateaba por el suelo tratando de alcanzar la pistola. Le di una patada y luego otra, pero no le hicieron demasiado efecto a través del grueso abrigo de pieles, así que tuve que utilizar el paraguas para golpearle otra vez. Llegué justo a tiempo. Sus

dedos tocaban la pistola cuando le alcanzó el golpe. Es posible que le diera demasiado fuerte, pues ladeó la cabeza, se le abrió la boca y un torrente de sangre roja se derramó sobre el suelo sembrado de trapos.

Durante unos instantes Dicky se quedó petrificado. Tenía las manos apretadas con fuerza, como si agarrase algo que se le pudiera escapar. O como si estuviera rezando. Miraba hacia los dos hombres que yacían inconscientes.

—Dios mío. ¿Son policías? —me preguntó.

—¿A quién le importa? —le dije—. Iban a matarnos. ¿O es que no has podido seguir la conversación? Ésta es una habitación para matar. Los sacos de arena son para asegurarse de que las balas no acaben en la habitación de al lado, y los trapos del suelo son para empapar la sangre.

Me agaché y empecé a registrar los cuerpos. Fue un trabajo apresurado. Después de comparar las dos pistolas que los hombres habían usado, cogí el revólver Colt del individuo delgado en lugar de la Browning modelo 35 del gordito. El Colt me cabía mejor en el bolsillo.

—¿Esto no es una comisaría de policía?

—¿Estás conmigo? —quise saber—. La habitación de abajo es una oficina de cambio de moneda. Se cambia moneda fuerte por dinero local en efectivo. Para eso son los barrotes y las contraventanas, para proteger el dinero. —Me lo pensé mejor y cogí la Browning de alta potencia y la guardé también. Era una lástima dejarla allí. Aquel tipo podía venir detrás de nosotros y dispararnos con ella. Fue entonces cuando mis dedos tropezaron con una pistola pequeña Ruger del 22 que el gordito llevaba en el bolsillo interior del abrigo. Junto a ella, suelto en el bolsillo, había un silenciador de rosca y media docena de balas minimagnum—. ¿Tú sabes lo que son estas cosas, Dicky? —le pregunté al tiempo que le enseñaba la pistola, el silenciador y las balas.

—Sí —contestó.

—Sólo hay una cosa que se pueda hacer con una Ruger del 22 con silenciador y una bala minimagnum. Un solo disparo en la nuca es lo único que necesitas. Es la pistola que esta gente guarda para las ejecuciones.

Ya no me cabía la menor duda acerca de para qué nos habían llevado allí.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Dicky en tono quejumbroso mientras miraba por la ventana con barrotes hacia el patio vacío.

No miraba la habitación ni me miraba a mí. No quería ver la pistola ni los hombres que yacían inertes. Ni siquiera quería pensar en ello. Tener a Dicky como ayuda era como tener a un pez dorado de mascota. Yo tenía que rociarle comida de vez en cuando y comprobar que no tuviera hongos en las aletas.

—¿Están muertos?

No estaba asustado ni apenado; sólo quería saber qué debía escribir en su informe. Yo tendría que encontrar un modo de impedir que Dicky redactara un informe. En Londres odiaban enterarse de la macabra realidad del trabajo; creían que unas palabras firmes y dos estrofas de *Rule Britannia* eran suficientes, para poner de rodillas a cualquier extranjero recalcitrante.

—Me importa un carajo, Dicky.

De mala gana decidí que la vida en Varsovia era más segura sin pistola. Arrojé las tres pistolas al cubo de la basura. Podía manejar a hombres duros como aquellos que trabajaban por libre, pero los recursos de los muchachos de la UB eran bastante más sofisticados y no me apetecía tener que explicar por qué tenía un bolsillo lleno de artillería pesada si me paraban por la calle.

—Eso no es un paraguas —dijo Dicky de pronto al ver que yo empezaba a envolver de nuevo las palancas de neumático entre la tela del paraguas, del que había quitado las varillas y los soportes.

—No —le indiqué—. Es una suerte que no lloviera.

MAZURIA, POLONIA

Dicky estuvo silencioso la mayor parte del tiempo mientras nos dirigíamos al norte por el invernal paisaje polaco para encontrar la mansión de campo de Stefan Kosinski. Adiviné que iba pensando en el encuentro con los dos hombres en el mercado. No había sido nada agradable, y Dicky rara vez había tenido aunque sólo fuera un atisbo de la parte podrida de la profesión. Todos los agentes de campo aprendemos enseguida que los empleadillos de Londres no quieren oír hablar de derramamiento de sangre ni de los desagradables y traicioneros modos como se cumple su voluntad. Con una lógica innegable, Dicky apuntó:

—No podemos tener la certeza *absoluta* de que fueran a matarnos.

—Para tener la certeza *absoluta* de que iban a matarnos —le respondí— tendríamos que estar muertos.

Tres veces, cada una de manera diferente, Dicky me había preguntado si los dos hombres estaban muertos. Le expliqué que lo que yo les había dado era un tipo especial de golpe oblicuo, y le aseguré que se despertarían al cabo de treinta minutos con sólo un ligero dolor de cabeza y un poco de sequedad de boca. Ofendido por mi intento de consolarle, Dicky se puso a mirar otra vez por la ventanilla del coche. El camino de tierra tenía demasiados baches como para poder morderse las uñas.

Las carreteras eran malas, y los socavones y salientes hacían saltar el coche hasta el punto de que posiblemente se hubiera averiado si nos hubiésemos sentido tentados de acelerar. La mayoría de los pequeños pueblos por los que pasábamos parecían desiertos y abandonados, pero aquí y allá se veían campesinos que andaban rebuscando algunos restos que se les hubieran pasado por alto en pasadas cosechas. Como en casetas de centinela, imágenes de la Virgen montaban guardia en la carretera dentro de hornacinas de

madera, y a menudo se veían hileras de latas abolladas que contenían un tributo floral dedicado a ellas.

Nos dirigíamos al nordeste, a la región de los lagos mazurios. Es una provincia inhóspita a la que los alemanes nostálgicos les gusta llamar Prusia Oriental. Este rincón de tierra baja de Polonia limitaría con el mar Báltico de no ser porque los rusos se habían apropiado de la franja costera que rodea lo que en otro tiempo se llamaba Königsberg para crearse para sí un curioso y pequeño enclave sin otro propósito que proporcionar a la flota báltica un cuartel general, unos astilleros y una base para dos divisiones aéreas soviéticas.

El distrito de Mazuria, llamada «la tierra de los mil lagos», es el paraíso de los fotógrafos. Sus lagos, bosques y aldeas primitivas resultan encantadores, tiene unos amaneceres idílicos y las puestas de sol son realmente sublimes. Pero la cámara no registra adecuadamente las hordas de moscas, las picaduras de mosquitos, los pantanales fétidos, los bosques oscuros en estado de putrefacción, la maloliente miseria de las aldeas ni el frío helado que blanquea la tierra.

Para la guerra contra Rusia, Hitler construyó extensos cuarteles generales del ejército en cabañas y búnkeres cerca de Ketrzyn, en Mazuria. Ketrzyn se llamaba Rastenburg en aquella época, pero Hitler prefirió llamarla «la guarida del lobo» y decretó que se erigiera allí un monumento para marcar el lugar donde él había creado un nuevo orden mundial. Hitler se marchó, el monumento se erigió solo y lobos de verdad se fueron a vivir allí. Los muros de ocho metros de espesor son ahora solamente pedazos de pared de ladrillo rota, las cabañas de madera se han convertido en leña que se está pudriendo, las alambreadas se han oxidado hasta convertirse en polvo rojo y unos cuantos campos de minas todavía activos acechan a lo largo del perímetro.

—Vaya un lugar para estar en él en mitad del invierno —comentó Dicky de pronto, como si hubiera estado pensando en ello.

—En verano es todavía peor —le dije.

—No me digas que es otro control de carretera.

Nos pararon en la carretera, no en una, sino en tres ocasiones. La primera vez eran policías, seis policías aburridos que se ocupaban de un control de carretera; comprobaban la identidad de todo el mundo y dedicaban atención especial a la documentación del coche. Estuvieron inspeccionando nuestro Fiat de alquiler como si nunca hubieran visto uno antes. Supongo que no había mucho tráfico en aquella carretera.

Treinta y cinco kilómetros más adelante nos dieron el alto tres soldados en traje de combate. Eran de la policía militar polaca y estaban de pie en la nieve a la puerta de una gran propiedad que en los lejanos días del capitalismo había sido una posada de carretera. Uno de ellos, un oficial de NCO, iba armado con una AK-47 cuya culata y partes de metal estaban relucientes por el desgaste. La mantuvo colgada del hombro mientras nos interrogaba. Nuestros pasaportes extranjeros parecieron satisfacerle, aunque nos hicieron salir del coche y nos retuvieron durante media hora mientras el oficial hacía algunas llamadas telefónicas y una procesión de carros tirados por caballos desfilaba ante nosotros con estruendo mientras sus ocupantes nos miraban con educada curiosidad.

A poca distancia de allí comenzaba una alta alambrada que se extendía durante kilómetros. La carretera por la que circulábamos corría paralela a la valla, y pasamos junto a una docena de soldados soviéticos de aspecto siniestro que guardaban seis grandes carteles con la leyenda «Se prohíbe hacer fotografías», en polaco, alemán y ruso. Era una base del ejército soviético que se extendía unos ocho kilómetros a lo largo de la carretera. A juzgar por los montones de nieve que se habían acumulado en los tejados y por los hombres que entraban y salían de ellos, todos enfundados en abrigo y bufandas, los barracones de madera no tenían calefacción. Detrás de los barracones pude ver largas filas de vehículos blindados para transporte del personal, algunos provistos de palas excavadoras y otros con rejas para «quitar barricadas» en la parte delantera. Había dos orugas lanzamisiles y dieciséis tanques más antiguos, algunos de los cuales los estaban reparando soldados que vestían monos negros llenos de grasa.

Quizá más hacia atrás, en los hangares para tanques y fuera de la vista, hubiera misiles tácticos listos para que los lanzaran al aire, helicópteros de ataque u otros vehículos y material apropiado para una brigada dispuesta para el combate y que tenía el encargo de lanzarse hacia el oeste a través de Alemania y entablar combate con las fuerzas de la OTAN. Pero no ví señal alguna de ello. Y el modo en que estaba aparcado aquel equipo antidisturbios, dispuesto de modo que pudiera verse desde la carretera, me hizo pensar que aquellos rusos eran tropas relegadas a operaciones de seguridad interna, y que su presencia no tenía otro propósito que ser un tácito recordatorio para los polacos de que no había que someter a prueba con demasiada dureza la fraternal paciencia de la Unión Soviética y sus fraternales gobernantes leninistas.

Seguimos por la carretera y pasamos junto a la grandiosa entrada principal del complejo. Había una caseta de guardia de ladrillos grises, garitas y centinelas ataviados con uniformes que no les sentaban bien y apolilladas gorras de piel. La verja principal estaba coronada por un elaborado arco ceremonial en cuya cima había una hoz y un martillo dorados. Bellamente engarzadas en el arco estaban las insignias de dos guarniciones y tres regimientos de pioneros, así como las listas de los honores conseguidos en batalla. Pero la pintura roja se había descolorido hasta convertirse en un rosa apagado y el dorado, perdido el lustre, se veía marrón. La pintura del martillo se había agrietado y desconchado poniendo al descubierto la capa verde que había debajo, la hoz había perdido la aguda punta y los regimientos de primera categoría ya no vivían allí. En cambio los jóvenes centinelas que se recostaban indolentemente contra la valla eran inequívocamente mozos de reemplazo, robustos muchachos de aldea con la cara llena de granos y los ojos muy abiertos, cuyos superiores NCO tenían ya cierta edad y les echaban encima el aliento a vodka; habitualmente no se veía un oficial por ninguna parte. Los saludé con la mano y ellos se me quedaron mirando fijamente sin el menor parpadeo de reconocimiento ni emoción alguna.

—Pronto oscurecerá —observó Dicky—. Quizá tendríamos que buscar un sitio para pasar la noche.

—¿Marriott, Hyatt o Holiday Inn? —le pregunté.

—Pues algún sitio debe de haber.

—Está el lugar donde vimos a unos hombres que vendían remolacha azucarera.

Dicky comenzó a morderse un labio; parecía preocupado.

—Encontraremos la casa de Kosinski antes de que oscurezca —le dije, más para aliviar la evidente ansiedad de Dicky que porque hubiera algún motivo para creer tal cosa.

Llegamos a una encrucijada en forma de T desprovista de indicaciones. En lugar de consultar con Dicky, proceso que lo habría puesto aún más afligido, giré a la izquierda como si supiera adónde iba. Muy abajo, en el llano horizonte, ví de pronto una astilla color rojo sangre del sol agonizante. Luego, desde debajo del horizonte, la sangre y las entrañas se extendieron por las nubes, y los árboles vetearon un cielo encapotado cada vez más oscuro. La carretera se fue deteriorando hasta que quedó poca cosa más que unas roderas de carros profundas y lo suficientemente endurecidas por la helada como para hacer que fuéramos dando bandazos de un lado a otro. Estaba todavía más

oscuro ahora que el sol había ya desaparecido y las piceas y las hayas se juntaban para convertirse en un muro tenebroso.

Fue en aquel momento cuando Dicky rompió un largo silencio durante el cual había estado pensando.

—Tengo una sensación extraña —comentó—. Tengo la sensación de que estamos muy cerca de la casa de Kosinski.

El corazón se me hundió.

—Eso es bueno, Dicky —le indiqué.

—Dijeron que había un bosque —observó Dicky.

—Eso es bueno —repetí en lugar de hacerle ver que la mitad del interior de Polonia era bosque.

La puesta de sol había traído consigo un descenso de la temperatura, y al mismo tiempo empezó a caer una lluvia helada que se fue haciendo cada vez más fuerte y que golpeaba contra el parabrisas, donde los limpiaparabrisas la sacudían convirtiéndola en lodo y echándola de un lado para otro.

Dos veces aquella tarde habíamos tomado un cruce equivocado para seguir carreteras que se convertían en senderos, luego en veredas y acababan por desaparecer. El sendero actual prometía llevar a otro fiasco semejante, con la preocupación añadida de tener que darle la vuelta al coche sin quedarnos hundidos en el barro y atrapados en raíces de árboles, en baches o en zanjas.

—Ten cuidado. Allí hay unos hombres en la carretera —me indicó Dicky. En Varsovia nos habían advertido que después de oscurecer los centinelas abrían fuego contra los vehículos que tardaban en responder a la orden de alto—. Debe de ser otro control de carreteras.

Esta vez eran media docena de civiles, situados delante del coche, quienes bloqueaban la estrecha carretera. No había manera de evitarlos, pues el bosque era demasiado espeso como para dar un rodeo y pasar de largo. Había una furgoneta Volkswagen aparcada debajo de los árboles, y junto a ella algunos hombres más de pie.

Aquellos civiles armados eran señal de la confusión, rayana en la anarquía, que sufría Polonia aquel invierno. Allá, en las zonas rurales, quedaba claro que los hombres estaban retrocediendo hacia cierta forma primitiva de mercantilismo posfeudal. Mercancías y servicios se intercambiaban en pequeñas transacciones que no hacían más que proporcionar unos pocos días de subsistencia. Sociedades así rara vez dan la bienvenida a los forasteros. Detuve el coche.

—¿Adónde van?

El hombre hablaba en polaco con un acento tan espeso que tardé un momento en entenderlo.

—Al castillo —repuse.

Era un lugar turístico que explicaría nuestros pasaportes extranjeros. No quise decirle que estábamos buscando la casa de Kosinski.

—La carretera está bloqueada.

Era el líder, un hombre corpulento de cara colorada y barba negra y rebelde; tenía puesto un abrigo lleno de bultos y un gorro de piel. Igual que un campesino enfadado de un cuadro de Bruegel. Llevaba una escopeta de caza en las manos y también una cartuchera colgada del hombro. Los demás hombres llevaban picos y palas.

Las nubes se desplazaban rápidamente y dejaban al descubierto algunas estrellas y la luna, pero el aguanieve seguía cayendo. Le goteaba por la cara a aquel hombre como si fueran mocos, pero en el gorro de piel aquellas mismas gotas heladas chispeaban como diamantes.

—Estamos buscando a Stefan Kosinski —le informó Dicky hablando en inglés.

Le había advertido que me dejase hablar a mí, pero Dicky era un tipo incapaz de guardar silencio en cualquier confrontación.

Barbanegra repuso en alemán, un buen alemán fluido:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan aquí? Enséñenme en el mapa adónde se dirigen.

Dicky me apuntó con un dedo largo y huesudo.

—Este hombre es el cuñado de George Kosinski —le explicó lentamente en su alemán de colegial, pues pronunciaba cada palabra aisladamente.

—Apague el motor —me ordenó Barbanegra.

Así lo hice. Con los faros apagados, la escena quedó iluminada por una brumosa luz de luna de color azul. Sacó un silbato del bolsillo y dio dos pitidos cortos; luego se volvió a mirar a uno de sus camaradas que estaba inclinado y se asomaba por la puerta lateral de la furgoneta Volkswagen, que estaba abierta. Había unos ramos de flores descoloridos pintados en los paneles de la furgoneta, y también el nombre y la dirección de una floristería de Hamburgo que apenas podían leerse. Alcancé a ver las culatas de los rifles y las pistolas de asalto apilados dentro de la furgoneta. Con el motor de nuestro coche apagado todo estaba en silencio, pues el bosque absorbía el sonido de cualquier movimiento. Estuvimos sentados así durante dos o tres minutos. Dicky aprovechó la oportunidad para morderse las uñas. Un hombre con un abrigo corto a cuadros y tejanos remendados apareció procedente del

bosque, obviamente en respuesta a la señal. Llevaba un pico al hombro y, en una demostración de ira, lo volteó de tal modo que la punta quedó enterrada en el suelo. Miró con enojo a todos los presentes, luego giró sobre sus talones y desapareció de nuevo. De pronto se oyó un ruido que rompía los tímpanos producido por un motor de dos tiempos y el hombre reapareció desde el tenebroso bosque montado en un ligero ciclomotor.

—Síganlo —nos ordenó Barbanegra.

El motociclista se inclinó hacia adelante peligrosamente mientras daba la vuelta delante del coche y dejaba un reguero de humo negro. Avanzó con estruendo por el sendero delante de nosotros. Encendí el motor del coche, iluminé al hombre con los faros delanteros y lo seguí conduciendo con cautela por la carretera llena de baches. Detrás de nosotros, dos jóvenes de edad indefinida nos siguieron en bicicleta. Quizá no hubieran visto nunca un vehículo con luces; era un accesorio que no se consideraba indispensable en la Polonia rural.

La estrecha carretera se elevaba por encima de un montículo y pasaba muy cerca de un pequeño lago; diminutas cortezas de hielo se amontonaban a lo largo de la orilla. Alguien había sacado una barca de remos del agua y la había puesto sobre un embarcadero, volcada para que se escurriera. Nuestra aparición y el ruido del ciclomotor hizo que docenas de pájaros se lanzaran al aire en medio de un retumbante aleteo y de estridentes gritos. Volaron bajo, describieron círculos sobre el agua y luego volvieron a la tierra en un circuito que más parecía un gesto muy ensayado de protesta que una señal de miedo.

Inmediatamente detrás del diminuto lago estaba la propiedad de los Kosinski. Yo la había visto en algunas fotografías de familia de George. Detrás de la casa, enmarcadas contra el cielo oscuro, había una hilera de hayas, árboles gigantescos que se elevaban hasta una altura de casi treinta metros. Bellamente espaciadas, sus macizas ramas se extendían como manos de gigantes entrelazadas. La laberíntica propiedad había sido en otro tiempo una gran mansión; una morada típica de la nobleza menor, la clase que los polacos llaman *szlachta*. Cuando los padres de George huyeron a Inglaterra sin un penique, otros parientes se habían encargado de mantener la propiedad con tenacidad y la habían conservado como morada de la familia mientras los reformadores socialistas se apropiaban de otras casas semejantes. El edificio principal era grande y, a pesar de su estado ruinoso, conservaba cierta grandeza. Sólo unas cuantas ventanas estaban iluminadas. A través de los cristales empañados ví un interior lleno de sombras y el resplandor amarillento de las lámparas de aceite.

La luz procedente de las ventanas formaba dibujos y revelaba un sendero que describía un círculo alrededor de una fuente ornamental de piedra. La fuente se había secado, y las doncellas de piedra que se alzaban entre dos leones durmientes estaban envueltas en periódicos y atadas cuidadosamente con cuerda resistente para protegerlas de las heladas. Otros dos leones de piedra montaban guardia, cada uno a un lado de los escalones que conducían a la puerta principal, mientras que por encima de la entrada un frontón era sostenido por cuatro columnas. El estado general de abandono resaltaba aún más a causa de los desvencijados restos de varios nidos de cigüeñas, abandonados por aquellos seres libres de ir a buscar cobijo en lugares más cálidos.

—Yo tenía razón —proclamó Dicky triunfalmente—. Ésta es la casa de los Kosinski, ¿verdad?

—Sí, Dicky. Tenías razón.

—La gente me dice que tengo un sexto sentido: *Fingerspitzgefühl*... intuición, ¿eh?

—Sí —convine—. Sensibilidad en la punta de los dedos. Eso es lo que tienen también los que se dedican a reventar cajas fuertes y los carteristas.

—Muy gracioso... —dijo Dicky, al que esta vez le había fallado su acostumbrado sentido del humor.

Aparcamos el Fiat alquilado al lado de la casa, donde un porche alargado de madera proporcionaba en verano protección contra el sol. Detrás de la casa había diversas cocheras, establos y otros edificios exteriores dispuestos alrededor de un amplio patio empedrado. A la tenue luz de la luna se veían un par de sirvientes jóvenes que bombeaban agua de un pozo y recogían las cosas después de haber terminado de lavar un coche de caballos que, obviamente, continuaba en uso de manera regular. Los caballos asomaban la cabeza fuera de las puertas del establo para mirarlos. Qué aspecto de aquella escena rural podía haber despertado los recuerdos de Boris, los decorados chejovianos iluminados por focos dorados, no se reconocía fácilmente en aquel escenario iluminado por la cruda luz de la luna de invierno. Como referencia literaria aquello recordaba más el gulag de Solzhenitsin.

Alertadas por la aproximación de nuestra ruidosa cabalgata, dos mujeres con delantales emergieron por una puerta lateral y se detuvieron sobre la plataforma de madera cubierta que formaba un lado de la casa. La puerta principal también se abrió. Aparcamos el coche, subimos los escalones y un hombre nos saludó educadamente y nos acompañó al interior; al parecer no estaba sorprendido de vernos. Vestía un traje oscuro, cuello duro y corbata

lisa, y utilizó un alemán sin acento para anunciar que se llamaba Karol y que ocupaba el puesto de secretario de Stefan Kosinski.

Una criada cerró la puerta detrás de nosotros y el recibidor se oscureció. Miré a mi alrededor. En todas las paredes había trofeos de caza que brillaban a la luz de la luna, que entraba por una ventana del piso superior. Tantas cabezas peludas, emplumadas, cornudas y melancólicas que entre ellas casi no quedaba espacio. Una escalera ancha daba acceso a una terraza situada sobre la puerta principal y luego continuaba hasta el piso superior, donde había en exposición más bestias inanimadas. Desde algún lugar lejano llegó el sonido de un piano en el que alguien tocaba una melodía sencilla y la aguda y atiplada voz de una niña que cantaba.

—¿Herr Samson y Herr Cruyer? —nos preguntó el secretario mientras una criada acudía presurosa con una lámpara de aceite. Ahora que estábamos iluminados más de cerca, el hombre nos miró inquisitivamente. Yo debí de mirarle a él del mismo modo, porque Dicky y yo viajábamos con pasaportes falsos y no habíamos utilizado nuestro nombre en ningún lugar desde que llegamos a Polonia.

—Yo soy Cruyer —anunció Dicky—. ¿Cómo lo sabía usted?

El piano y el canto cesaron súbitamente. Se oyó el correr liviano de unas pisadas por los tablones del piso de arriba y la cabeza de una niña apareció y nos miró solemnemente desde lo alto durante un minuto antes de desaparecer de nuevo.

—Les esperábamos, señor —respondió el secretario cambiando al inglés—. A ambos. El señor Stefan ha tenido que ausentarse... un problema doméstico. Madame está con él. Se reunirán con ustedes mañana por la tarde.

—Estamos buscando al señor George Kosinski —le dijo Dicky.

—Quizá venga el señor George también. ¿Quieren que les enseñe sus habitaciones? ¿Me permiten las llaves de su coche? Haré que traigan el equipaje.

Karol era un individuo delgado, de espalda rígida, que tenía la cara de una palidez fuera de lo normal y unos labios sin sangre. Llevaba el pelo muy corto y usaba gafas funcionales con montura metálica. Sumando aquel aspecto teutónico con sus deferentes modales, que de algún modo resultaban poco convincentes, el resultado era que hacía el mismo efecto que un general alemán que se hiciera pasar por camarero.

Karol fue a la puerta principal, la abrió e hizo una señal con la mano. Tras unas espasmódicas explosiones de motor, el motociclista dio un tirón hacia adelante y describió un apretado círculo alrededor de una parcela de tierra

situada delante de la casa y que en verano quizá se convirtiera en una extensión de césped. Luego se marchó en medio de un gran ruido envuelto en una nube de apestosos humos del tubo de escape. Los dos jóvenes de las bicicletas lo siguieron y pronto el tenebroso bosque se los tragó.

Karol cerró la puerta y cogió una lámpara de aceite. Nosotros le seguimos lentamente por la escalera, tan crujiente y artrítica como él. Pasamos con mucho cuidado alrededor de una gran colección de macetas que habían sacado de la terraza para pasar el invierno y que ahora ocupaban la mayor parte de la escalera. Una vez arriba nos condujo hasta el fondo del pasillo y sostuvo la luz mientras nosotros mirábamos el interior de un cuarto de baño. El goteo de un grifo hacía eco y en la bañera se veían largas manchas de herrumbre. El débil olor a moho que flotaba por la casa se hacía allí más intenso, pues el aire caliente de la caldera sin duda propiciaba su crecimiento. A cada lado del cuarto de baño, con acceso directo a él, estaban nuestras habitaciones. La ventana de la mía daba al bosque, que llegaba hasta muy cerca de la parte trasera del edificio. Inmediatamente debajo de aquella ventana estaba el tejado de madera que cobijaba el porche a lo largo de un lado del edificio. Una nube velaba la vaga forma de la luna, pero todavía había suficiente luz para ver los escalones del porche y un camino muy usado que llevaba a un cobertizo de madera y a un recinto vallado donde se hallaban encerrados media docena de cubos de basura. Eran unos contenedores altos con robustas sujeciones de metal para apretar con fuerza las tapaderas, la clase de cubos que hacen falta en regiones donde los animales salvajes vienen a saquear la basura en busca de comida cuando anochece.

Bajo la supervisión de Karol llegó un joven criado casi aplastado bajo el peso de nuestras maletas. Lo observamos mientras encendía las lámparas de aceite y ordenaba nuestro equipaje. Un reloj de pared en el vestíbulo de la entrada dio las nueve. El secretario anunció con aire grave que debíamos reunirnos en el salón a tiempo para cenar a las diez. Me miró a mí. Yo miré a Dicky. Dicky le aseguró que allí estaríamos.

Una vez que estuvimos solos, Dicky me dijo en voz baja:

—¡De manera que está aquí! George Kosinski. ¡Tenías razón, Bernard, cabronazo! Tenías razón.

Soltó un gemido, se sentó en la colcha de crochet de algodón, se sacó las botas de vaquero y las tiró al rincón.

—Ya veremos —le dije—. Ya veremos qué pasa.

—¡Vaya sitio! ¿Dónde está el barón Frankenstein, eh? Debe de haber cincuenta habitaciones en este caserón.

La casa era grande, pero cincuenta habitaciones era la clase de exageración que provocaba el placer o la excitación de Dicky; o simplemente el alivio de no haber tenido que pasar la noche en la carretera.

—Por lo menos cincuenta —convine.

Era mejor no contradecirle; Dicky llamaba a eso ser muy criticón.

—Me pregunto si en toda la casa hará tanto frío como aquí. Necesito una ducha caliente —dijo Dicky al tiempo que se frotaba el pelo y miraba el polvo que le quedaba en la mano. Fue a inspeccionar el cuarto de baño y cogió la única toalla grande que había. Luego, con la toalla colgada del brazo, cerró con cerrojo la puerta que daba a mi habitación—. Ir por esos caminos de carros le deja a uno cubierto de suciedad.

Lo dijo como si estuviera haciendo un gran descubrimiento científico; como si yo hubiera llegado a la casa a bordo de un crucero.

Me fui a mi habitación y comencé a deshacer la maleta. Después de haber tomado posesión del baño, a Dicky se le oía silbar y cantar por encima del ruido que hacía el agua al salir con rapidez. Abrí las puertas del armario ropero y miré en los lugares donde resultaba más obvio que hubieran ocultado un micrófono. Como parte de aquella ronda exploratoria probé la puerta que daba al cuarto de baño, y al abrirla resultó que había una segunda puerta. En aquel espacio, del grosor de la pared, alguien había dejado útiles de limpieza: una fregona, una escoba, un paquete de detergente y botes de cera para el suelo. Un vapor perfumado salía del cuarto de baño y la voz de Dicky se oía más fuerte. Cerré la puerta sin hacer ruido. El hecho de que hubiera agua caliente resultaba alentador, porque aquélla parecía una mansión sin la mayor parte de las comodidades que se dan por algo hecho en Occidente. No se veía ningún indicio de que hubiera electricidad. Los elaborados apliques de latón de luz eléctrica y las lámparas con pantalla de pergamino estaban polvorientos y ajados; resultaba evidente que llevaban sin funcionar muchos años. Las igualmente antiguas lámparas de parafina, una a cada lado de la cama, estaban limpias y brillantes, y las mechas cuidadosamente recortadas daban una luz amarilla sin humo.

Miré por la habitación. Sólo había una ventana, cuya parte superior estaba formada por paneles de cristal emplomado que representaban artísticamente algunos de los episodios más cruentos del Antiguo Testamento. La habitación se hacía más tenebrosa a causa de los paneles de la pared, de los pesados muebles tallados y del tapiz bordado con motivos del arte popular que colgaba de la pared al lado de la cama. Colocados de cara a la cama, como para las visitas en la habitación de un enfermo, había dos sillones grandes con

una tapicería de la que el relleno de pelo de caballo emergía en penachos como el vello molesto en los anuncios de depilatorios. Sobre una librería con la parte frontal de vidrio se veía un reloj antiguo, silencioso y quieto, y un cenicero del Waldorf de París. También había una estantería con polvorientos libros de viajes sin leer, que databan de los tiempos en que los polacos eran libres de viajar, y una alfombra oriental gastada; la clase de objetos queridos en otro tiempo y que se relegan a las habitaciones de invitados en las casas grandiosas. El único cuadro de la pared era una litografía, un idealizado retrato de perfil de Lenin, cuyo mentón barbudo sobresalía en un gesto de provocación temeraria. Directamente debajo del cuadro, sobre la cómoda, se hallaba una bandeja cubierta con un paño de lino. Debajo del paño descubrí una tetera de porcelana, una lata de té Earl Grey de Twinings, de Londres, y una taza con un plato. Por lo visto Stefan Kosinski era un hombre que no animaba a sus huéspedes a acompañarlo en el desayuno. La gran estufa de porcelana blanca de leña que había en uno de los rincones estaba un poco templada al tacto. Todo estaba perfectamente preparado. ¿Quién, me pregunté, había previsto nuestra llegada inminente? ¿Y qué otros preparativos nos aguardaban?

Había algo que sonaba a trama en la formalidad con que se sirvió la cena en aquella remota casa de campo. La *szlachta* de Polonia siempre había sido el baluarte contra los cambios sociales, tanto buenos como malos. Sin duda aquellas comidas servidas por criadas eran para la familia Kosinski un modo de distinguirse de los aldeanos, algunos de los cuales quizá en aquellos días de florecimiento del mercado negro estarían haciendo más dinero que sus superiores. Fue una reunión formal, que era lo apropiado. Karol presidía como delegado de su amo. Los ancianos tío Nico y tía Mary, tíos de Stefan, ocuparon sus asientos uno a cada lado de éste. Tía Mary era una abuelita alegre de las que los polacos llaman *Babeas*. Cuando hicimos aparición en el salón ella se levantó del sofá para saludarme. Después de meter las agujas de labor en un cesto que llevaba consigo casi a todas partes, se alisó la falda con ambas manos y sonrió. Karol, el secretario, hizo las presentaciones. Tía Mary dijo con un inglés de acento perfecto:

—Encantada de conocerle.

Aquellas fueron las únicas palabras que le oí utilizar en perfecto inglés.

Tío Nico, su marido, estaba bastante delicado; era un hombre delgado con el rostro muy pálido y los dientes amarillos, y se apoyaba en un bastón para caminar. Llevaba un chal hecho a mano sobre un traje oscuro de buen corte que había puesto brillante a causa del uso.

—¿Han venido a ver a Stefan? —me preguntó en un buen inglés.

Dio una chupada al cigarrillo después de haber echado la ceniza en un cenicero que llevaba consigo. Ya estaba repleto de ceniza y de colillas. Tío Nico tenía la cara blanca como la tiza y los ojos grandes, con esa mirada fija que suele llegar con la vejez. Recordé las historias que George me había contado y comprendí que aquél tenía que ser el hombre que había adoptado a Stefan cuando los padres de George huyeron; su padre había estado realmente cerca de que le arrestaran y lo acusaran de ser un agitador y un enemigo de la clase proletaria.

—Y a visitar al señor George —le recordé.

La habitación estaba fría, pues el techo era demasiado alto para que la elaborada estufa de baldosas supusiera una gran diferencia. Yo miraba el chal de tío Nico cada vez con más envidia.

—¡Oh, vaya! —exclamó tío Nico—. *Ach Weh!*

Y a partir de aquel momento habló en alemán.

La entrada de Dicky fue más considerada que la mía. Le besó la mano a tía Mary en ese estilo polaco que está tan bien visto. Sonrió y, utilizando una voz baja y resonante, representó el acto del joven cariñoso y deliciosamente tímido que solía utilizar con las personas influyentes, achacosas y de más de cincuenta años. Dicky se dirigió a la estufa y apoyó las dos manos en la parte superior lleno de esperanza. Decepcionado, palmeó los costados de la estufa y luego palpó la chimenea. Finalmente se volvió hacia nosotros, sonrió de nuevo, dio una palmada y luego comenzó a frotarse los brazos para activar la circulación.

Por entre las puertas plegables parcialmente abiertas divisé el comedor y la pulida mesa de caoba donde el cristal tallado, la plata y los manteles de lino almidonado se habían dispuesto como para un banquete. Parecía prometedor; yo tenía frío y hambre, y el agua no se había calentado lo suficiente como para poder darme un baño caliente. Karol nos ofreció algo de beber. Se trataba de elegir vodka de patata o agua del grifo. Me decidí por el vodka.

—La cena —anunció Karol de pronto como si se dirigiera a una habitación llena de desconocidos.

Cuando entramos en el comedor, media docena más de personas, la mayoría jóvenes, aparecieron en silencio y se sentaron a la mesa con nosotros. El baño caliente que Dicky había tomado y el cambio de ropa habían obrado maravillas en él. Incluso antes de que yo me hubiera colocado la servilleta, Dicky ya había averiguado que tío Nico estaba escribiendo un libro. Llevaba trabajando en él más de veinte años, quizá treinta. Era una biografía del

obispo Estanislao, el obispo de Cracovia que había sido canonizado en 1253 y se había convertido en el santo patrón de Polonia.

Con enérgicos movimientos de la mano y de la cabeza, tío Nico relató la historia de la muerte del santo. Según él, el rey Boleslao el Temerario había decapitado personalmente al obispo sobre un tronco de árbol antes de ordenar que lo partieran en pedazos y lo arrojasen a un estanque cercano. Eso fue en 1079, y desde entonces el tronco de árbol, el estanque y el santo se habían convertido en objetos de peregrinación.

Dicky asintió y nos dijo que los restos mortales de san Estanislao se encuentran en la catedral de Cracovia. Lo había descubierto en una guía que había estado leyendo en el coche. Cuando recibió una lluvia de alabanzas por semejante despliegue de sabiduría, Dicky sonrió modestamente, como si se reservase para sí algunos succulentos bocados de las hazañas de san Estanislao. Cuando se me acabó el vodka cogí el vaso de cristal tallado, que contenía agua. No había vino a la vista; sólo vasos de agua, uno frente a cada comensal.

—¿Cuándo se publicará el libro? —quiso saber Dicky.

Tía Mary dijo que quizá no se terminase nunca. Pero no importaba. Escribir el libro era esencial para aquella casa y, desde luego, para la aldea cercana. Hablaba del libro como habían de hacerlo todos, en voz baja y respetuosa. Cada noche a la hora de la cena tío Nico le contaba a su familia reunida en torno a la mesa algún aspecto del libro que consideraba que los demás debían saber. A menudo se trataba de algo que ya habían oído muchas veces, pero eso no importaba. Lo único que importaba era que en aquella casa se estaba escribiendo un largo y al parecer importante libro sobre la historia medieval de Polonia, y todos compartían la gloria.

Una joven criada ataviada con un vestido negro y un delantal de volantes almidonado nos sirvió sopa de verduras de una gran sopera de porcelana midiendo con enorme esmero cada cucharón. Tardó mucho tiempo en hacerlo.

El comedor resultaba memorable por la gran ave de presa disecada y de alguna manera mudada de pluma que, posada en un soporte voladizo que salía de la pared, parecía a punto de lanzarse en picado sobre la mesa. Era un animal enorme, de casi dos metros desde una maltrecha punta de ala hasta la otra, y tenía unos ojos de cristal muy realistas y el pico abierto. Las parpadeantes velas aumentaban la sensación de que aquel animal estuviera vivo. Los que residían en la casa sin duda se acostumbraban pronto a cenar debajo de las garras afiladas de aquella amenazadora criatura, pero yo me fijé

en que Dicky, lleno de aprensión, lanzaba fugaces miradas hacia allí mientras servían la sopa, aunque admito que yo hacía lo mismo.

—¿Habéis leído el discurso del primer ministro? —preguntó tío Nico a los comensales allí reunidos al tiempo que daba unos golpecitos en el periódico semanal, que sobresalía del bolsillo de su chaqueta. Al ver que nadie respondía repitió la pregunta, echó la cabeza a un lado y nos miró fijamente uno tras otro con su mirada vidriosa.

Nadie respondió hasta que yo me decidí y le dije que no, que no lo había leído.

—Más reformas —me explicó tío Nico—. Capitalismo mezclado con socialismo.

—¿Y eso es bueno? —le preguntó Dicky sonriendo.

—¿Acaso está bueno el champán cuando se mezcla con ácido prúsico? —preguntó con sarcasmo el viejo.

Dicky no contestó. Tío Nico bebió un poco de agua. Alguien en la otra punta de la mesa cogió el cesto en el que estaba el pan, partido toscamente, y lo pasó a los demás.

Karol partió su gruesa rebanada de pan oscuro y dejó caer pedacitos en la afrutada sopa de verduras con aroma de vinagre. Mientras lo hacía dijo:

—No habrá reformas; la Unión Soviética impedirá que Polonia lleve a cabo cualquier reforma.

—¿Invadiéndonos? —le preguntó tía Mary.

—¿Qué necesidad tiene de invadirnos? El Kremlin ya se ha asegurado de que haya *apparatchiks* ocupando los puestos clave en Polonia. Su trabajo es bloquear o sabotear las reformas significativas que se puedan producir aquí. Dirán que sí a todo y no harán nada. De ese modo los hombres del Kremlin pueden dormir tranquilos.

Parecía un punto de vista aceptado en general, porque nadie lo discutió; se limitaron a tomar la sopa. En la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov había llegado al poder. En Varsovia, los optimistas decían que los hombres del Kremlin estaban demasiado preocupados con sus problemas como para ejercer el poder militar soviético contra sus vecinos de modo tan beligerante como lo habían hecho otras veces. Pero Mijaíl Gorbachov, a pesar de su actitud afectada, era un marxista convencido y, como habíamos podido ver en nuestro viaje por la carretera desde Varsovia, tenía a sus soldados discretamente situados por si él decidía que los polacos estaban cambiando las cosas con demasiada rapidez. De modo que la velocidad era lenta. Tío Nico suspiró profundamente y, del peculiar modo en que las familias se comunican

sin hablar, un súbito estado de ánimo resignado siguió a aquellas palabras. ¿O era reticencia a hablar con franqueza delante de los sirvientes?

—El arte es duradero —proclamó Dicky de modo alentador—. La vida es corta, la oportunidad...

Pero antes de que Dicky pudiera continuar con aquella provocativa exhibición de erudición clásica, tío Nico le interrumpió:

—¿El primer ministro? ¿Los comunistas? ¿Ésos son los que suprimieron a Dostoievski?

Como para atajar una diatriba, tía Mary cogió una campanilla de porcelana y la hizo sonar; era la señal para que retirasen los platos de la sopa. Desde el piso superior llegó el súbito sonido del piano. La técnica era la misma que la de la actuación de la tarde: Chopin tocado con precisión. Pero de nuevo se le aplicaba un tempo deliberadamente lento que echaba a perder sus gráciles melodías.

El plato fuerte consistió en col estofada con algunos fragmentos de beicon en su interior. Ni siquiera los privilegiados, que tenían todo el campo a su disposición para saquearlo, comían carne con regularidad.

—Las cosas están mejorando —comentó Dicky mientras investigaba recelosamente la col con el tenedor—. Los generales se están volviendo más tolerantes con Solidaridad, ¿no es así?

Tío Nico dio un bufido.

—¿Porque en algunas partes del país los líderes de las ramas de Solidaridad anuncian sus mítines, los celebran y no arrestan a nadie? ¿Eso es lo que les han dicho a ustedes? No crean lo que dicen los periódicos. Sólo se tolera a los grupos que no son efectivos. Los activistas recalcitrantes de Solidaridad permanecen en prisión. Cualquiera que hable de huelgas o manifestaciones es probable que desaparezca para siempre.

Karol, el secretario, pidió que le pasaran la sal. Lo dijo de una manera que tío Nico se puso a comer y ya no dijo nada más. Los platos pronto estuvieron vacíos y la criada llevó el plato siguiente: *crêpes* con compota de manzana.

—Los generales y los líderes del partido están paralizados por la indecisión —dijo Karol contribuyendo así a la conversación por primera vez—. Pero el ejército tiene que seguir un rumbo peligroso entre los tanques de Moscú y los fanáticos de Solidaridad—. La voz le sonaba moderada, como si esperase calmar el mal genio de tío Nico—. ¿Saben cuánto dinero debe Polonia a los bancos de Occidente? Es alarmante. Y a cada minuto la deuda se eleva. ¿Quién querrá prestarnos más?

—Nos las arreglaremos —dijo tío Nico a la defensiva.

—Nadie —concluyó el secretario en respuesta a su propia pregunta—. Acabaremos por pedir a los rusos que nos ocupen. Necesitaremos su petróleo y su grano. Será la única salida que podamos encontrar a este embrollo económico. Eso, o morirnos de hambre.

—Pues yo insisto en que nos las arreglaremos —repitió tío Nico.

—Usted no compra la comida y lleva la casa —le indicó el secretario con seriedad—. Esta semana los hombres de la aldea que se dedican a la producción de productos lácteos han vuelto a ir a Varsovia para vender los quesos frescos desde la parte de atrás de un camión. Ya no quieren vender a los lugareños; en Varsovia la gente paga en dólares americanos, en libras o en marcos. Todos los quesos curados desaparecieron hace meses. Ya se han consumido casi todas nuestras verduras en conserva. Y han robado todas nuestras manzanas. Éstas son casi las últimas.

Aplastó la compota con el tenedor como si estuviera enfadado con ella.

—No tendrías que haber cambiado esas manzanas —le reprochó tío Nico.

—¿Y de dónde habríamos sacado el aceite de parafina? ¿Qué haríamos sin luz?

—Cuando vieron las manzanas ya supieron dónde acudir y servirse ellos mismos —insistió tío Nico.

El secretario no estaba dispuesto a dejarse distraer de su aflicción.

—Este verano conoceremos la hambruna y veremos la ruina cruzar el país. Después vendrá la enfermedad. Podría destruir toda Europa, y quizá el mundo entero.

Todos lo miramos. La luz de las velas le producía un parpadeo en la cara. Los polacos muestran un estilo de melancolía que es exclusivamente suyo. La melancolía de los rusos exhala vapores de vodka; la melancolía escandinava es masoquista. La melancolía austríaca es completamente operística, mientras que la melancolía alemana se disfraza de autocompasión. Pero la melancolía polaca es una filosofía que abarca a todo el mundo y es impermeable a la alegría.

Detrás de él, a través de la ventana, yo podía ver el bosque oscuro. Unas luces parpadeantes que se veían entre los árboles anunciaban que se aproximaban unos hombres con una carretilla. Llevaban linternas. Karol volvió la cabeza para ver qué era lo que me había llamado la atención, pero para entonces los dos visitantes se habían acercado lo suficiente a las ventanas como para que los iluminase la luz del salón.

—Son hombres del pueblo. Están repartiendo carne —explicó el secretario, como si aquella fuera la hora normal del reparto de carne en

aquella parte del mundo. Yo hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

Tía Mary se levantó y ordenó que sirvieran el café en el salón. Los jóvenes que se habían reunido con nosotros para la cena se escabulleron sin decir palabra. En el salón traté de hacerme con un asiento al lado de la estufa, pero llegué tarde y lo cogió tía Mary. Una criada puso la bandeja del café delante de ella, que lo sirvió de una enorme cafetera de plata. La criada cogió las tazas una tras otra y nos las fue dando al tiempo que nos ofrecía leche en lata y azúcar. Tío Nico se sirvió dos cucharadas rasas de azúcar en la minúscula taza de café, midiéndolas con el mismo cuidado exagerado que un farmacéutico podría poner al preparar un peligroso somnífero para un cliente preferido. Luego se puso a remover con furia y se quedó mirando cómo el remolino disminuía la velocidad antes de decidirse a dar un sorbo y quemarse el labio.

—Lo han hecho con agua hirviendo, viejo loco —le recriminó tía Mary en polaco con voz rápida y baja, reprensión que con toda claridad no iba dirigida a nuestros oídos.

El anciano asintió sin mirarla siquiera y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Han encontrado un cuerpo.

Sin darse cuenta me había hablado en polaco.

—¿Perdone? —le dije.

—El cuerpo. ¿No se lo han dicho a ustedes? —Hizo un gesto de desaprobación, como si aquello fuera un lapsus inexcusable en la buena educación—. ¿No les han dicho que están desenterrando un cuerpo? Por eso están ahí afuera.

Miré a Karol, el secretario. Éste había rehusado el café y había acercado su silla a la estufa. Con un brazo apoyado en el respaldo del sofá podía pasear los dedos por la blanca superficie templada de la porcelana, y eso es lo que estaba haciendo. Como si estuviera totalmente absorto en calentarse los dedos, no mostró reacción alguna ante la asombrosa revelación del anciano.

—No —dije yo—. No lo sabía.

Bebí un poco de café. Hablar polaco me resulta difícil; entenderlo me da dolor de cabeza.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Dicky.

—Nada —repuse—. Te lo diré dentro de un momento.

—Un cuerpo —le explicó Karol a Dicky—. Están hablando de un cuerpo muerto. Un cadave... —Se esforzó por corregirse a sí mismo—: Un cadáver.

Luego se tapó la mano con la boca y eructó.

—Oh —exclamó Dicky; y sonrió para disimular la confusión que sentía.

—Podría haber estado años ahí —continuó diciendo tío Nico—. Pero el perro lo encontró. A unos veinte metros del sendero del bosque... estaba enterrado. Pero el perro lo encontró. Un brazo. Es bastante reciente.

—Es *Bazyliszek* —aclaró tía Mary—. Es el perro que llevan cuando van a buscar trufas.

Alcanzó mi taza de café y me la llenó de nuevo. Era un café muy bueno; muy fuerte.

—¿Un cuerpo? —pregunté sin poner mucha emoción en ello.

—El suelo está duro —indicó tío Nico—. ¿No han visto que los hombres estaban trabajando cuando ustedes llegaron? Cuando preguntaron el camino.

—Sí —respondí.

—Siempre encuentran cuerpos por ahí —intervino tía Mary hablando con calma. Descubrió que en el suelo había un ovillo de lana. Lo recogió y lo miró como si pudiera pertenecer a otra persona, pero al final lo guardó en su cesto de labores. Todos la estábamos mirando, pendientes de sus palabras—: Esos bosques están llenos de secretos —continuó—. Los alemanes enterraron allí a mucha gente durante la guerra. Hay fosas colectivas. Judíos, soldados, aldeanos, gitanos...

—Estás chocheando. Esto no tiene nada que ver con la guerra —le dijo tío Nico.

Sin arredrarse, tía Mary continuó hablando:

—Los partisanos lucharon aquí. Miles de ellos murieron. Los restos de los viejos campamentos de guerra, los búnkeres y los escondites pasan por nuestras tierras.

—Te digo que no es la guerra —insistió tío Nico mientras chupaba enojado el cigarrillo.

—No —aceptó tía Mary cambiando de pronto de táctica—. Será esa muchacha, Anna, la de la granja de cerdos. Estaba embarazada. Me di cuenta de ello cuando la ví en la iglesia el domingo, antes de que desapareciera.

—Cállate, mujer —le pidió tío Nico—. Esa muchacha ha ido a tener el bebé a casa de su prima de Gdynia. Y escribe cartas a su casa.

—¡Cartas! ¡Tonterías! Te digo que es ella. Está muerta. Su padre fue al pueblo de al lado y estuvo rezando por ella.

—No es la muchacha de los cerdos; se trata de un hombre —dijo tío Nico.

Volvió los ojos hacia el secretario, pero Karol estaba mirando fijamente al suelo.

—Ya lo veremos esta noche cuando desentierren el cuerpo. Lo pondrán en el granero y vendrá la policía —dijo tía Mary.

Abrió el cesto de la labor, miró dentro para asegurarse de que todo estaba allí y volvió a cerrarlo.

—Esta noche no. El suelo está duro como una roca —observó tío Nico—. Hará falta cavar mucho.

Se puso en pie y tía Mary también se levantó. Nos desearon buenas noches y se marcharon.

—¿Vodka? —nos preguntó el secretario.

—Para mí, no —repuso Dicky.

Yo también dije que no con la cabeza. Estaba tiritando de frío. Lo único que quería era meterme en la cama y taparme bien con las mantas.

—Pues yo voy a tomar uno —dijo Karol, el secretario, mientras se ponía en pie lentamente. De pronto me percaté de que estaba muy borracho. Algunos de los vasos de la cena no contenían agua. Se sirvió vodka en abundancia. De pie, apoyado contra el aparador y con la bebida en la mano, añadió—: Tío Nicolaus es un tipo estupendo. Un luchador. Cada año, en el aniversario del levantamiento, junto con unos cuantos viejos camaradas va a ponerse de pie delante del Palacio de la República en el lugar donde él y el resto de los patriotas descendieron a las alcantarillas para el acto final de la batalla contra las bestias alemanas. —Dio un sorbo de la copa—. A la policía no le gusta esa clase de celebraciones. Un año arrestaron a todos los supervivientes. Dijeron que eran una amenaza para el orden público. —En el piso de arriba volvió a sonar el piano. Esta vez parecía ser un nocturno—. ¿Me permiten que les sirva un vodka? A lo mejor es que no les gusta el vodka de patata. El Pertsovka con pimienta roja y negra constituye un buen trago para poner fin a la velada.

—No, gracias —contesté—. Tengo que mantener la cabeza despejada para soñar.

Karol se encogió de hombros y apuró la bebida que tenía en la copa. Cuando yo estaba a mitad de la escalera ya se había tomado dos más. Y cuando llegué a la puerta de mi habitación le oí tropezar con el bastonero del recibidor y levantarse lanzando maldiciones.

Aquella noche tardé mucho en dormirme. Beber café solo y fuerte me impide dormir por la noche. Es un síntoma de envejecimiento, por lo menos eso dice Dicky. Él es dos años más joven que yo. Toma una enorme cantidad de café y duerme hasta de día. Mientras me aguantaba el dolor de cabeza y pensaba en la conversación de la familia, oí unos pasos deliberadamente suaves por el pasillo al que daba mi habitación. Era alguien con zapatos de suela que no hacía ruido, y que además caminaba de un modo sigiloso. Los

pasos se detuvieron ante la puerta de mi habitación. Cogí la linterna, la encendí y miré el reloj. Eran las dos y diez de la mañana. Instintivamente busqué algo que usar como arma, pero no tenía nada excepto la linterna de metal. Los pasos se alejaron, pero al cabo de no más de tres minutos volvieron otra vez. Me imaginé a alguien de pie en el pasillo, sin moverse, e intenté adivinar qué estaría haciendo. A continuación oí un ruido que retumbaba cerca de mi cabeza. Me senté en la cama y puse los pies en el suelo. Se oyó un golpe de metal apagado; a continuación di un salto, alarmado, pero sólo oí otra vez los pasos apagados que se alejaban lentamente por el pasillo. Comprendí que se trataba de uno de los criados que echaba un leño en mi estufa. Las estufas estaban construidas de tal manera que el combustible podía cargarse desde la parte exterior de las habitaciones.

Permanecí despierto durante largo rato después de aquello. Del bosque llegaban gritos de animales: zorros o quizá perros salvajes. Una vez me pareció oír aullidos de lobos. Los perros encerrados en las perreras del patio se unieron a los aullidos. Quizá al día siguiente vendría George. A menos que fuera George el cuerpo que estaban desenterrando a oscuras en el bosque.

LA mansión Kosinski, en Mazuria, Polonia

Al día siguiente no hubo noticias ni de George ni de Stefan Kosinski. Me levanté temprano y, tras cejar en el empeño de prepararme un té que se pudiera tomar con el agua templada que me llevaron a la habitación, me fui a la cocina, donde estuve comiendo gachas y bebiendo café con los criados. A Dicky no le gustaban las gachas. Durmió hasta tarde y luego salió a examinar los vehículos de la cochera. Había seis. Entre ellos se encontraba un trineo con edelweiss pintadas a mano y cascabeles, una carroza, un carruaje y una tartana, los dos últimos en buenas condiciones y utilizados regularmente. Aparte del coche en el que habíamos llegado, no había vehículos a motor a la vista excepto los restos de un tractor que había sido desguazado para aprovechar las ruedas y obtener piezas de recambio.

Dicky había oído una historia acerca de un joven banquero holandés que había encontrado dos coches de la marca Bugatti de época en un granero no muy lejos de donde estábamos. Se decía que aquel holandés había convencido al granjero para que le cambiase aquellos coches antiguos de valor incalculable por dos coches Opel modernos. Yo no creía aquella historia, pero Dicky insistía en que era cierta y la idea no se le iba de la cabeza. En varias ocasiones durante nuestro viaje desde Varsovia tuve que disuadirle para que no fuera a registrar las granjas en las que le parecía probable que existieran tesoros semejantes.

—¿Crees que vendrán los rusos? —me preguntó Dicky cuando lo encontré abriendo la puerta de un carruaje y mirando el interior para ver un asombroso revoltijo de telarañas.

—¿A invadir? No sé.

Dicky cerró la puerta, pero la cerradura no encajaba; finalmente, al tercer intento cerró la puerta del carruaje con tal fuerza que levantó polvo de los muelles.

—No quiero verme explicando mi presencia aquí a algún oficial de inteligencia del ejército ruso —me comentó—. Y tampoco quiero verte a ti haciéndolo.

Poco podía decir yo ante eso. Establecía la superioridad de Dicky de un modo que no admitía discusión. Me hice el razonamiento de que el peligro no era inminente. Yo suponía que los soviéticos ordenarían a las fuerzas de seguridad polacas que organizarasen una redada masiva de todo bicho raro polaco, oponente y disidente, antes de aventurar a su infantería por las calles de Varsovia o incluso por campo abierto. Pero era mejor dejar que Dicky se preocupase; era un hombre que por naturaleza tenía tendencia a la preocupación, y como eso lo mantenía ocupado yo me lo quitaba de encima.

Lo seguí cuando se dirigió al fondo de la cochera, donde habían despejado un banco de caballetes. Estaba cubierto con periódicos limpios y en un extremo había bolsas negras de basura, brillantes, vacías, dobladas y dispuestas.

—Un cuerpo... —musitó Dicky levantando una bolsa y dejándola de nuevo—. Lo que faltaba. —Estornudó—. He cogido algún virus —me explicó después de limpiarse la nariz con un pañuelo.

—Es el polvo —le dije.

—Ojalá fuera el polvo —me corrigió Dicky con una sonrisa—. Tienes suerte; a ti no te dan esas condenadas alergias y no sufres como yo.

—Sí, claro —le contesté.

Podía reconocer aquellos síntomas; Dicky estaba harto de la austeridad polaca; de las camas duras, la sopa de patata y los dormitorios helados; y ahora se preparaba para inventarse excusas y largarse.

Dicky miró el reloj.

—¿Quieres que vayamos a mirar cómo cavan? Al parecer todo el mundo ha desaparecido. Excepto el tipo ese, el secretario; abandonó la casa a las seis y media esta mañana. Apenas se había hecho de día.

Dicky salió al patio y se puso a dar patadas a los guijarros. El cielo se había despejado durante la noche y la temperatura había descendido lo suficiente para que el frío me agujonease la cara y confiriera a Dicky un color de cutis rosa brillante.

—¿Viste cómo se marchaba el secretario?

—En un caballo. Iba vestido de punta en blanco, con pantalones y chaqueta de montar, botas brillantes, como un caballero en el campo inglés. Ese cabrón me resulta sospechoso, tenemos que vigilarle.

—¿No ha vuelto todavía?

—Antes he ido a mirar en los establos. El caballo no está. Me pregunto dónde habrá ido ese hijo de puta. Anoche estuvo muy callado, ¿no te parece? A ti no te quitaba ojo, ¿no te fijaste?

—No.

—Pues lo estuvo haciendo todo el tiempo. Tendrías que ser más observador, Bernard. No se puede uno fiar de esta gente. Sólo nos dicen lo que quieren que oigamos.

—Tienes razón, Dicky.

—Y probablemente tampoco te habrás fijado que en esa casa no hay teléfono.

—A lo mejor por eso el secretario se ha ido a caballo a alguna parte.

—Resulta muy raro, ¿no te parece? Que no tengan teléfono.

—Puede ser. Stefan es escritor; quizá no quiera teléfono en su casa.

—Sí, hombre, escritor... Voy a ver qué está desenterrando esa gente en el bosque, por si se trata de un cuerpo. Iré haciendo *footing*, no queda muy lejos. Mejor será que vayamos los dos.

Aquel día Dicky había profundizado en su guardarropa y se había puesto un chaquetón tres cuartos de estilo militar. Era una prenda impermeable de color verde oliva con enormes bolsillos. Con toda idea, Dicky no había quitado la etiqueta con el nombre para dar la impresión de que era una pieza del equipo que había conservado después del servicio militar. Esa era una impresión que a Dicky le gustaba alentar. Pero Daphne nos había contado en confianza que todo el vestuario militar de Dicky procedía de una tienda de beneficencia de Hampstead.

No importaba que Dicky hubiera llevado aquellas baratijas de uniforme militar pasadas de moda; la mitad de la población de Polonia parecía haber sido equipada por el ejército de Estados Unidos. Pero otros hombres vestían prendas manchadas y de camuflaje, y las llevaban de un modo informal y desgarrado. El chaquetón de Dicky se veía impecable, y estaba limpio y planchado. Con el chaquetón completamente abrochado y un gorro rojo paramilitar bien encasquetado en el cráneo, Dicky llamaba la atención en aquel país gobernado por soldados. Únicamente las zapatillas deportivas azules y blancas, a la última moda, le salvaban de parecer un general a punto de pasar revista a la guardia de honor de la policía antidisturbios.

—Es una larga caminata —le advertí.

—Venga, Bernard. Un buen trote te vendrá bien. Oh, yo atravieso Hampstead Heath haciendo *footing* cada mañana antes de desayunar.

—Daphne me dijo que habías dejado de hacer *footing* a diario —le indiqué.

Aquel comentario surtió el efecto que yo había calculado que tendría.

—¡Daphne! —estalló Dicky—. ¿Qué demonios sabe Daphne de lo que hago? Está en la cama cuando llego a casa, y sigue en la cama cuando me levanto por la mañana.

—A lo mejor lo entendí mal —me corregí—. He notado que has ganado algo de peso, y pensé que era porque habías dejado de correr.

—Deja ya de remover la mierda, puñetero —me dijo Dicky—. ¿Disfrutas fastidiando? ¿Es eso?

—No hay necesidad de enfadarse, Dicky —le pedí intentando parecer apenado.

—Ya te enseñaré quién es el que está en baja forma. Te demostraré quién es el que resuella y se desploma antes. Venga, Bernard, no son más que cinco kilómetros.

—Empieza tú. Yo voy a subir a ponerme los otros zapatos —le comenté.

Mis acusaciones acerca de que había dejado de hacer ejercicio habían suscitado algo en el metabolismo de Dicky, porque echó a correr inmediatamente sin dejar de dar puñetazos al aire para abatir a imaginarios atacantes.

—Será mejor que te des prisa —me gritó de lejos.

Y sin más se fue trotando por el suelo empedrado, pasó por la puerta y tomó el sendero que conducía al bosque. Vi que aminoraba la marcha al entrar en el prado, que ahora estaba lleno de helechos y malas hierbas hasta la altura de la rodilla. Producían un sonido crujiente al pasar Dicky trotando entre ellos. La impresión de un tren antiguo era completa a causa del vapor que la respiración de Dicky dejaba en el aire frío.

Entré en la casa y me dirigí a la cocina. No había nadie a la vista. Me serví una taza de café templado y tosté una rebanada de pan oscuro antes de echar a andar detrás de Dicky por el sendero del bosque a paso reposado. Estorninos, mirlos y gorriones buscaban comida. Comprendí sus graznidos agudos; estar sin comida en Polonia era un sufrimiento horrible. Me conmoví lo suficiente como para echarles unos fragmentos del pan de mi desayuno, y decidí que si algún día creía en la reencarnación elegiría algún tipo de ave migratoria.

—Joder, ¿dónde has estado? —me preguntó Dicky cuando lo alcancé.

Se había reunido con unos hombres que estaban de pie alrededor de una zanja poco profunda; todos miraban hacia el interior de la zanja. Era el lugar donde habían estado cavando el día anterior cuando pasamos junto a ellos.

Acompañando a los hombres había un perro callejero marrón de pelo lanudo; presumiblemente se trataba de *Basyliszek*, el célebre sabueso especialista en buscar trufas. Estaba olfateando los zapatos de correr de Dicky, cubiertos de barro.

—Me lo he tomado con calma porque el suelo estaba helado —le expliqué.

—Ya lo sé, ya lo sé —convino Dicky, dándole un suave puntapié al perro en la nariz para apartarlo—. Yo he resbalado en una zona de hielo cerca del arroyo. He caído al suelo y me he hecho daño en la espalda. Pero aun así he llegado aquí media hora antes que tú.

—Pues menos mal que al menos uno de los dos ha salido ileso —le comenté.

—Muy gracioso —dijo Dicky. Luego, volviendo su insatisfacción contra los obreros, añadió—: Dicen que ayer sacaron parte de una pierna; no se trataba de un brazo, el viejo estaba equivocado. Pero lo han llevado a la comisaría de policía.

—¿Qué clase de pierna?

Di una patada al suelo. Allí, bajo los árboles, donde el sol no llegaba nunca, estaba duro, muy duro.

—¿Que qué clase de pierna? —se mofó Dicky—. ¿Cuántas clases hay? ¿Izquierda y derecha?

Tosió. El esfuerzo de la carrera parecía haberlo agotado y estaba allí de pie con los brazos en jarras y respiraba de forma lenta y acompasada, esbozando una sonrisa mientras lo hacía, como las muchachas que anuncian aparatos para hacer ejercicio en la televisión.

—¿Joven? ¿Vieja? ¿En descomposición? ¿Larga? ¿Corta? ¿Peluda? ¿Suave?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió Dicky al tiempo que abandonaba sus ejercicios respiratorios—. La han llevado a la policía.

Me volví hacia los hombres y probé mi deficiente polaco con ellos, pero sólo obtuve respuestas vagas. Su actitud hacia el desmembrado cadáver no era distinta a la de Dicky; una pierna es una pierna.

—No te has cambiado los zapatos —me reprochó Dicky en tono acusador.

—No —confesé—. Sólo he traído el par que llevo puesto.

—Dijiste que ibas a cambiártelos.

—Se me había olvidado que no había traído de repuesto.

—Eres un puñetero rácano —me dijo Dicky.

No lo negué. Luego divisé a Barbanegra, el germanohablante, y le dije:

—Enséñeme la pierna. —Y antes de que pudiera empezar con excusas, añadí—: Estos son restos humanos. Traeré al sacerdote. Si usted intenta impedirme que le prepare un entierro cristiano como es debido se condenará en el infierno.

Me miró con enojo. Tras unos instantes durante los cuales permanecimos de pie inmóviles, me señaló una vieja caja de madera desvencijada. Le quité la tapa y ví que en el interior había un zapato, un calcetín arrugado y un pedazo grotesco de carne mordisqueada que sin duda era una pierna.

—Es que la cogieron los perros —me explicó Barbanegra. Eché una ojeada rápida al adormilado *Basyliszek*—. *Éste no... perros de la aldea. Por la noche aparecen en manadas.*

Me incliné hacia adelante para ver el bien mordisqueado trozo de carne que los hombres habían descubierto. Estaba desgastado y desollado como si lo hubieran frotado con un cepillo de alambre. Faltaban trozos de carne que habían sido arrancados a mordiscos lo suficientemente profundos como para dejar al descubierto la tibia. El dedo gordo también había sido arrancado por completo, lo que hacía visibles algunos de los pequeños huesos grises. Los otros cuatro dedos estaban intactos, con uñas y todo. Metí la mano en la caja y di la vuelta a los restos para ver por dónde habían sido separados de la parte superior de la pierna. Alrededor del redondeado tocón del hueso había un revoltijo de ligamentos, cartílago y tendones.

—Desde luego es una pierna humana —aseguré mientras volvía a ponerla con cuidado en la caja—. Parece que los perros se han dado un buen banquete con ella.

—¡Agg! —exclamó Dicky—. Es repulsivo.

Cogí el zapato. A pesar de estar estropeado, era un zapato de estilo Oxford de inconfundible origen inglés. Era la clase de zapato caro hecho a mano que le gustaba a George Kosinski, y el cuero tenía esa pátina que adquiere cuando los criados lo cuidan con esmero, como ocurría con los zapatos de George. Unos zapatos de ese estilo y en ese estado no es corriente encontrarlos en Polonia ni siquiera en los pies de los más acaudalados. El calcetín era de seda, y aunque no pude descifrar todos los distintivos, había los suficientes para establecer que también eran ingleses.

—¿George Kosinski? —me preguntó Dicky.

—Eso parece —le respondí al tiempo que me inclinaba para comprobar si el tamaño del zapato correspondía al del pie.

—No parece muy sorprendido.

—¿Qué quieres que haga...? No. En realidad alguien me dijo en Varsovia que lo habían matado.

—¿En Varsovia? ¿Por qué coño no me cuentas la cosas? —me dijo Dicky lleno de exasperación.

—No querrás que te repita todos los rumores estúpidos e improbables que oigo, ¿no?

—¿Cómo lo has sabido? —Dicky giró la cabeza para mirar fugazmente a los hombres—. Me refiero a que esos cabrones todavía tenían la pierna. A mí me habían dicho que se la había llevado la policía.

—¿La policía? —repetí—. ¿Tú crees que la policía iba a venir hasta aquí a empaquetar una ensangrentada sección de un cadáver, dar las gracias y luego regresar tranquilamente a los barracones a pensar en ello? En esta parte del mundo, Dicky, los policías vienen en coches blindados y con armas de asalto. El hecho de que desenterraran unos restos humanos recientes aquí, en el quinto pino, habría hecho que interrogasen a todas las personas de la casa. Nos habrían hecho desfilar en pijama por el patio mientras los equipos de registro y detención arrancaban los tablones del suelo y pateaban a los sirvientes hasta que se cagasen.

—Sí, sí, sí, tienes razón.

—De ahí que nadie llame nunca a esos cabrones. Y por eso yo sabía que todavía estaban pensando qué hacer con esto. —Eché el zapato y el calcetín dentro de la caja, junto con la pierna cercenada, y luego puse la tapa. Miré a mi alrededor y ví que los hombres que cavaban me estaban mirando—. ¿De qué lugar lo han desenterrado? —les pregunté.

—Ése es el problema —me respondió Barbanegra—. Los perros lo tenían aquí, debajo del haya. Pero es posible que lo trajeran de cualquier parte. Puede haber venido de varios kilómetros de distancia.

—Entonces, ¿por qué están cavando precisamente aquí?

—Porque el suelo estaba removido. ¿Quiere que dejemos de cavar?

No me iba a dejar atrapar en eso.

—No, continúen. Lo mantendremos en secreto —sugerí—. No se lo digan a nadie. Cuando regrese el señor Stefan, él sabrá qué es lo que hay que hacer.

La solución de esperar a ver qué pasa convenció a aquellos hombres. Asintieron, y Barbanegra cogió la caja de madera y volvió a colocarla más atrás, en la oscuridad del bosque.

—¿Vas a volver a casa a comer haciendo *footing*? —le pregunté a Dicky.

—¿No te das cuenta de que me he hecho daño en la espalda de verdad?

—Entonces iremos andando —le dije—. Te enseñaré las ruinas del generador y algunos restos de lo que debieron de ser las líneas fortificadas alemanas de la batalla de Tannenberg, en 1914.

—¿Tannenberg? —repitió Dicky, dubitativo.

—Todos los colegiales alemanes saben lo de Tannenberg, exactamente igual que a todos los chicos ingleses se les enseña lo de Trafalgar —le expliqué—. Ochenta kilómetros de lagos mazurios dividieron al ejército atacante del zar. El invencible general Hindenburg les dio una paliza, primero a una mitad y luego a la otra, para obtener una victoria clásica.

Me detuve bruscamente al darme cuenta de hasta qué punto mi educación en Berlín me había hecho olvidar que el zar y su ejército luchaban del lado de los aliados. En 1914 Hindenburg había sido el enemigo mortal de Gran Bretaña.

—¿Te das cuenta de por qué nunca has conseguido progresar? —me preguntó Dicky en tono amistoso mientras me ponía una mano en el hombro—. No sabes distinguir las cosas importantes de las fruslerías egoístas.

—Sí —convine—. De todos modos fue el general Ludendorff quien hizo el trabajo mientras Hindenburg le arrebatava todo el mérito.

Dicky sonrió para dejar bien claro que sabía qué general había sido.

Karol regresó a la casa después de las dos. Todo el mundo estaba impaciente por comer, pero la comida se retrasó hasta que él llegó. Dicky había exagerado el atuendo de montar de Karol. Entró en el salón vistiendo unos pantalones manchados, botas altas desgastadas y una chaqueta de *tweed* muy dada de sí. Se sentó sin pronunciar más que un gruñido a modo de saludo y nos sirvieron otra vez sopa de verduras inidentificables seguida de un plato de puré de nabos picante y con cebolla.

—El padre Ratajczyk ha dicho que vendrá —anunció de pronto Karol. Aquello parecía ir dirigido a tío Nico, pero éste se volvió para mirar a toda la familia—. Tenía un bautizo, pero luego vendrá directamente aquí.

—Pues no hay necesidad de que entre en el ala este —dijo tío Nico.

—En todas las habitaciones —le aseguró Karol—. Ha dicho que entraría en todas las habitaciones y eso es lo que quiero que haga. —Tío Nico no dijo nada—. Eso es lo que quería Stefan —añadió Karol desafiante.

Cuando retiraron los platos del puré de nabos, nos sirvieron un pesado pudín con unas cuantas pasas dentro y rociado con una salsa blanca y dulce. Hubo murmullos de satisfacción por parte de todos y el pudín fue devorado hasta la última gota de salsa y la última miga.

—He reservado un poco de comida para el padre —nos comentó tía Mary.

—Bien hecho —dijo Karol—. Tendrá hambre. Nunca sirven comida en los bautizos.

El sacerdote llegó aproximadamente una hora después de que acabáramos de comer. Entró en la casa a zancadas; era una figura descarnada que gesticulaba de modo extravagante con las manos en el aire.

—Empezaré por aquí —indicó mirando al comedor y sin dedicar más que una mirada fugaz a la gran águila embalsamada—. Traeremos la caja.

Lo dijo como si estuviera hablando consigo; luego se volvió bruscamente sobre sus talones de modo que la falda de la sotana que le llegaba por el tobillo describió un remolino a su alrededor. Se dirigió otra vez a toda velocidad al vestíbulo y, desde la puerta principal, llamó a gritos al sudoroso viejo que había traído consigo:

—Trae la caja, Tadeusz.

Era una caja grande de madera que pesaba mucho, a juzgar por los jadeos y la cara sofocada del viejo, que la metió en la casa y la dejó en el suelo del comedor; luego dio un profundo suspiro.

—También necesitaré la otra caja —le dijo el sacerdote—. Es mucho el trabajo que hay que hacer. —El sacerdote miró a su alrededor. Como si viera por primera vez a la multitud de espectadores que se habían congregado en torno a él, añadió—: Tienen que salir de la casa. Todos ustedes. Ahora mismo.

De nuevo hizo un gesto nervioso con la mano levantada en el aire, como un niño que ahuyenta gallinas inquietantes.

—¿A qué viene esto? —me preguntó Dicky.

Yo no lo sabía.

—¿A qué viene esto? —le pregunté a mi vez a tío Nico.

Fue Karol quien contestó.

—Todo el mundo tiene que salir de la casa —me indicó—. Hay una casita cerca del lago. He ordenado que la barran y que enciendan el fuego para calentarla. Allí estarán ustedes cómodos mientras dure todo esto.

—¿Y cuánto calcula usted que durará? —le pregunté.

—Ya habremos terminado cuando llegue Stefan —repuso—. Dos horas... tres como máximo.

—Comprendo.

Miré a Dicky. Los dos sabíamos que en Polonia tres horas podían prolongarse hasta la semana siguiente.

—¿Por qué? —quiso saber Dicky.

—No debemos hablar de ello —le respondió Karol—. Ha sucedido algo... algo malo. Y cada habitación debe sernos restituida.

—¿Cómo, restituida? —le preguntó Dicky.

Karol desvió la mirada para ver si el sacerdote estaba escuchando, pero no era así, había abierto las cajas y contaba el contenido.

—Hay un espíritu maligno en la casa. Y hay que expulsarlo... exorcizarlo. ¿Conocen ustedes esa palabra?

—Sí, conozco esa palabra —asintió Dicky—. Campana, libro y vela. ¿Así que es eso?

—Estarán cómodos en la casita —nos indicó Karol—. Yo tengo que quedarme aquí para ayudar.

—Dios mío —exclamó Dicky, cuya excitación reprimida estalló cuando ya estábamos en el sendero, camino de la casa junto al lago—. Campana, libro y vela, ¿eh?

—No exactamente —le corregí—. Campana, libro y vela es la ceremonia de excomuni3n. Esto es un exorcismo. Expulsar a los malos espíritus haciendo sonar un toque de difuntos.

—¿Un toque de difuntos?

—Una campana consagrada. Se tañe por las personas que están a las puertas de la muerte, para que sus almas no sean arrebatadas al salir del cuerpo.

—¿Te lo estás inventando, Bernard?

—Por supuesto que no.

—Bueno, tú conoces estos conjuros religiosos extranjeros —me dijo Dicky—. Quizá a ti no te parezca tan sospechoso. Pero tienes que admitir una cosa: esto es un tinglado puñeteramente raro. Campanas. Cuerpos desmembrados. Sacerdotes que exorcizan las habitaciones. Empezará por el comedor: no le ha costado mucho decidirse, ¿eh? Así que es evidente que a George Kosinski lo asesinaron en ese comedor. ¡Dios mío! Piénsalo. ¿Por qué un comedor? Porque hay a mano cuchillos afilados, ¿verdad?

—Van a hacer todas las habitaciones —le señalé.

—Puede que la Iglesia considere que es un pecado que se ha extendido y ha manchado toda la casa. En esta parte del mundo lo que la Iglesia dice es lo que vale.

—Puede que sea eso —convine.

—Puede que sea eso. —Dicky imitó mis palabras con enojo—. Sí, puede que sea eso, y puede que me estés ocultando algo otra vez. Tú tienes tu propia teoría, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no lo dices de una puñetera vez?

—Creo que todo es un montón de tonterías. No es más que una manera de hacer que salga todo el mundo de la casa.

—¿Por qué? ¿Por qué, por qué, por qué?

—No lo sé, Dicky. Por eso es por lo que no he dicho nada.

—¿Qué puede hacer el cabrón de Karol cuando no estemos en la casa que no pueda hacer mientras estamos en ella?

—Escucha, Dicky —le confié—. Estuve dando una vuelta esta mañana y hay una habitación en lo alto de esta parte que tiene la puerta cerrada con llave. Las ventanas están limpias, eso puede verse desde el exterior, y la manilla de la puerta se ve muy usada. Allí tienen la estufa encendida. Calentar una habitación más no resulta barato. Entonces, ¿por qué lo hacen?

—¡Espera un minuto! ¿Qué dices? ¿Cuándo estuviste dando una vuelta esta mañana?

—Me levanté temprano. No podía dormir.

—¿Y registraste la casa? Demonios, Bernard. ¿Y si te hubieran cogido?

—¿Qué habrían hecho?

—Pues podrían haberte partido en pedacitos como al pobre George Kosinski. Eso es lo que habrían hecho. Tómalo con calma, Bernard. No quiero despertar sospechas.

A qué podría referirse Dicky con aquello de que no quería despertar sospechas no me había quedado nada claro. Habría jurado que ya habíamos despertado bastantes sospechas sólo por el hecho de ser dos extranjeros curiosos que habíamos llegado sin anunciarnos previamente. Pero yo no deseaba que me apartase del asunto principal.

—Creo que ahora es una buena ocasión para ir a echar un vistazo a aquella habitación —le indiqué.

—¿A la habitación que has encontrado?

—No esperarán que los desafíemos y demos un repaso a la casa mientras lo están dando ellos también. Sabemos que sólo son tres y seguro que estarán haciendo mucho ruido al transportar de habitación en habitación esa parafernalia eclesiástica y llevando a cabo toda esa rutina fingida. Los criados están todos en el granero. Podemos entrar y subir por la escalera de atrás, echar un vistazo y estar de vuelta en la casita, como si no hubiese sucedido nada, en menos de media hora.

—No, Bernard. No creo...

—De acuerdo, lo haré yo solo. Si mientras tanto quieres vigilar en la planta baja no habrá muchas probabilidades de que me sorprendan. —Dicky se detuvo en el sendero y empezó a dar puntapiés con la puntera de la bota de

cowboy a la vegetación muerta—. Entraremos y saldremos en un santiamén —le urgí.

—Eres un maníaco, Bernard. Debo de estar loco, pero acepto. ¿Cómo quieres hacerlo?

—Los criados están en el granero. No usaremos la puerta principal, no vaya a ser que nos oigan. Si vamos por el porche de madera y saltamos por una de las ventanas que hay allí, podremos subir por la escalera de atrás, la que sólo utilizan los criados. Sé cómo llegar a la habitación.

—Pero está cerrada con llave.

—Llevo conmigo algo que nos servirá. No es una cerradura difícil.

Yo había echado un vistazo por la cocina mientras comía con los criados. Llevaba en el bolsillo un cuchillo de fruta con la hoja delgada y flexible y un par de brocas largas.

Una vez que Dicky hubo accedido, se implicó con mucho afán en el embrollo. Rodeamos con cautela el granero, donde una multitud de criados dignos de compasión estaban agrupados alrededor de una hoguera poco adecuada. Luego regresamos a la casa grande y subimos por los escalones del porche, donde pronto encontramos una ventana convenientemente floja. La abrí y dejé que Dicky saltase primero, por si algo salía mal. Luego lo seguí y volví a cerrar la ventana.

Una vez dentro de la casa pudimos oír las voces de los tres hombres. En aquel momento estaban en el salón. El sacerdote hablaba muy de prisa en polaco y el hombre que había llevado con él le contestaba con gruñidos monosílabos. Yo no podía oír con claridad ni entender las palabras, pero aquello no sonaba como una ceremonia religiosa.

Dicky y yo subimos la escalera de la parte de atrás muy despacio. Los dos nos manteníamos en el lado donde las vigas que soportaban la escalera encajaban en la pared exterior, porque allí los peldaños parecían más seguros y era menos probable que crujieran. Una vez en el piso superior permanecimos alejados de las ventanas por si alguno de los hombres que había en el jardín miraba hacia arriba y nos divisaba. De pronto nos encontramos a la puerta de la habitación que quería investigar.

La cerradura cedió con facilidad a la presión de la delgada hoja del cuchillo. Una vez dentro, hasta Dicky pudo ver que valía la pena examinarla. Se trataba de una doble habitación separada por una mampara plegable que en aquel momento estaba abierta. Aquellas dos habitaciones eran evidentemente las mejor cuidadas de la casa. Juntas formaban una unidad autosuficiente; había un cuarto de baño privado y una buena cama cuyo colchón estaba tan

nuevo que todavía tenía intacta la envoltura de plástico transparente. También era nuevo el papel de la pared, y allí había algunos de los mejores muebles antiguos de la casa.

Una habitación estaba amueblada como despacho, con extensas librerías, un gran espejo de marco dorado que reflejaba la habitación entera y un par de pinturas que representaban paisajes. Un bonito escritorio lleno de incrustaciones estaba colocado en diagonal, de manera que cualquiera que estuviese sentado ante él, en aquel rincón de la habitación, recibiría la luz que entraba por las dos ventanas. Una mesa auxiliar estaba enteramente ocupada por fotografías familiares de todas las formas y tamaños, y algunas de ellas tenían marcos de plata muy elaborados. Una serie de estantes profundos contenían polvorientas maquetas de cartón de decorados teatrales con figuras recortadas que mostraban el efecto de los trajes sobre el escenario.

Seguí a Dicky hasta el interior de la habitación que hacía las veces de dormitorio.

—Mira —me indicó Dicky, que había abierto la puerta de un armario.

Dentro había ropa de hombre. Un rápido vistazo me bastó para reconocer el caro vestuario de George Kosinski. Había trajes y chaquetas deportivas que yo recordaba haberle visto puestos. También había ropa nueva de esquí y un chaleco de piel de cordero. Algunas de las prendas estaban metidas en fundas con cremallera y todo estaba colocado de ese modo pulcro que sugería la mano de un sirviente: los zapatos en hormas y en bolsas para calzado que llevaban renombradas etiquetas italianas.

—Eso no significa que lo hayan matado —se apresuró a decir Dicky.

Aquel *non sequitor* pareció ser causado por la expresión de mi cara. No dije nada. Procedente del piso de abajo oí la letanía del sacerdote y unos curiosos ruiditos, como grititos de placer, que no pude identificar. Cogí un zapato suelto de la fila. Un zapato inglés exactamente igual que el mordisqueado que habíamos visto en el bosque.

—¿Dónde está el otro? —pregunté.

—Se están acercando, Bernard. ¿Llegaron el sacerdote y su hombre en coches distintos? —Estaba mirando por la ventana—. Hay otro coche ahí.

—Cálmate, Dicky. Ahora no podemos echar a correr. Hay demasiadas cosas en juego.

—Sí, nuestras vidas —señaló Dicky—. Esto se está convirtiendo en una venganza personal para ti, Bernard. Ya te advertí acerca de tomarte las cosas personalmente, ¿no?

—Camisas, ropa interior... —Yo estaba abriendo cada uno de los cajones, empezando por el cajón inferior para no tener que volver a cerrarlos. Era la forma de registrar de un ladrón, y los ladrones no vuelven a poner las cosas en su sitio. Era aquel procedimiento imprudente lo que alarmaba a Dicky. Mientras yo registraba él iba detrás de mí tratando de devolver a la habitación su aseado aspecto anterior—. Ningún cable, ningún transmisor, por lo que puedo ver...

—Vámonos, Bernard. ¡Por favor!

Abrí la puerta del cuarto de baño.

—¡Jesús!

Casi me salgo de mi pellejo del sobresalto. Di un brinco hacia atrás. Allí había un hombre. Estaba empotrado en el reducido espacio que quedaba entre la puerta doble. Era alto y delgado, y tenía el cabello gris, largo y ondulado. La piel de aquel rostro estaba tan tirante y tensa que podían contársele perfectamente los músculos.

Durante unos instantes creí que era un cadáver que estaba allí apuntalado. Luego se movió hacia adelante.

—He estado escuchando —dijo en un inglés claro y bueno—. A mi hermano no lo mataron en esta casa.

Ahora que podía verlo con más claridad lo reconocí como el hermano de George Kosinski; alguna vez había visto alguna fotografía suya. Pero mientras que George era bajo y activo, aquel hombre, Stefan, era alto, delgado y de movimientos lentos. Llevaba ropa occidental y cara: una chaqueta de suave piel marrón que le llegaba por el muslo, un jersey rojo de cuello alto de seda y pantalones de pitillo de los que en los años sesenta vestían los hombres que iban a la moda.

—¿Usted es Stefan Kosinski? —le preguntó Dicky.

No había indicio de incomodidad ni de disculpa en su voz, y lo admiré por el modo como sabía controlar sus sentimientos cuando realmente quería hacerlo.

—Están abusando de mi hospitalidad —nos recriminó Stefan. Se tomó su tiempo para colocar un cigarrillo en una boquilla larga y encenderlo con un mechero de oro—. Regreso a casa temprano y, ¿qué me encuentro? Me encuentro con que ustedes han invadido mi hogar para registrarlo.

—Estamos buscando a su hermano —le indicó Dicky—. Si no tiene usted nada que ocultar, nos dejará hablar con él.

—¿Está usted loco? —le preguntó Stefan con voz estrangulada—. ¿Es que no tiene sentimientos? Mi hermano está muerto. Yo he ido a cumplimentar las

formalidades. Las autoridades han visto pruebas suficientes. Han firmado un certificado de defunción. ¿Qué más quieren de mí? —Stefan se hundió en el sillón y suspiró profundamente—. Estoy completamente desolado y me encuentro muy cansado. Estoy muy cansado.

Procedente de algún lugar del pasillo podía oírse la pequeña procesión del sacerdote, su ayudante y Karol, el secretario. Los hombres hablaban en voz baja mientras avanzaban metódicamente de habitación en habitación acompañados de vez en cuando por estridentes notas musicales.

—A los Kosinski nos gusta mantener unida a nuestra familia —dijo Stefan—. A ustedes los ingleses no les preocupan sus muertos, pero para nosotros es diferente.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —le preguntó Dicky—. ¿Por qué este exorcismo? ¿Por qué el sacerdote?

Stefan, con una mano colocada debajo de la barbilla, lo miró a través de los párpados entornados. Stefan era un gran actor; cada movimiento, cada postura, era en realidad una pose muy estudiada. No era de extrañar que el régimen estuviera tan contento de enviarlo al extranjero como representante del teatro de su país, pues era la clase de polaco romántico y atractivo que todo extranjero quizá imagine. El cuerpo delgado, la expresión trágica, la mirada sentimental, los ojos ardientes: todo en él contribuía a aquel sueño de director de reparto.

—Están barriendo toda la casa por si hay micrófonos ocultos —nos informó Stefan con cansancio—. El aparato envía una señal cuando se sostiene la varita cerca de un transmisor activo. La Iglesia envió el aparato desde Lublin. Se ven obligados a tener esos artilugios: la policía secreta tiene en el punto de mira a las iglesias y sus reuniones.

Entonces lo comprendí todo. Stefan había estado examinando cada habitación en busca de cables nuevos o pintura reciente, adelantándose así al equipo detector. Debió de oírnos hablar cuando estaba mirando en el cuarto de baño.

—Pues sigo sin comprender —insistió Dicky—. ¿Quién ha matado a su hermano?

Stefan sonrió. Junto con el resto de atributos de actor, tenía un encanto que podía encender y apagar a voluntad. Miró a Dicky; luego sacó la mano del bolsillo, abrió el puño y dejó caer sobre la mesa un reloj de pulsera y un anillo de sello de hombre, produciendo al hacerlo un tintineo deliberado.

—Mírelos —dijo. Yo no necesitaba mirarlos. Desde donde me encontraba de pie ya veía que eran de George—. Yo lo maté —confesó Stefan al tiempo

que hacía un gesto con la larga boquilla de marfil. Dejó reposar aquella alarmante declaración para extraerle el más completo efecto dramático—. Pobre George. Yo lo maté al permitirle salir al bosque solo. Estaba muy deprimido por la muerte de su esposa. Creí que quizá un poco de tiempo para pensar en la situación le haría bien.

Se abrió la puerta; Karol asomó la cabeza y levantó las cejas. Pareció sobresaltado al vernos a mí y a Dicky allí, pero se sobrepuso inmediatamente. Stefan le dijo:

—Sí, ya pueden entrar aquí, pero no he visto que haya señal de nada.

Los tres hombres entraron en la habitación arrastrando las dos cajas consigo. El ayudante del sacerdote llevaba un detector. Era una pesada máquina de plástico negro que parecía una radio de transistores. En ella había luces indicadoras rojas y verdes, un control de volumen y un pequeño contador. El ayudante dirigió la antena arriba y abajo de la pared, cubriendo sistemáticamente cada centímetro.

Stefan los estaba mirando; con aire distraído cogió el zapato de George, el que yo había dejado sobre una mesa auxiliar. Dirigiéndose a Dicky, dijo:

—Mi hermano sabía que ustedes lo estaban persiguiendo. Yo no le ayudé.

Tadeusz, el hombre del detector, pasó la antena alrededor del marco de la ventana, uno de los lugares favoritos para esconder micrófonos.

—Habla usted con acertijos —le recriminó Dicky.

Stefan lo miró y dijo:

—La policía está interrogando a los asesinos. Dos desertores del ejército ruso. *Praporshchiks* de mediana edad, brigadas, no reclutas duros. Los detuvieron anoche. Intentaban vender el Rolex del pobre George en un bar.

—¿Cómo ocurrió? —quiso saber Dicky.

—Los nazis construyeron búnkeres fortificados entre estos bosques en el verano de 1944. Contuvieron al ejército ruso durante semanas y semanas. La línea recorre ciento treinta kilómetros y atraviesa todo el bosque: hay túneles, pozos de ventilación, trincheras y trampas para tanques. Cuando los soportes de madera se pudrieron, los túneles se hundieron, pero los profundos búnkeres están hechos de hormigón y acero. Eso puede durar eternamente, y ahora los están utilizando las bandas de desertores. Y no hay bastantes policías para echarlos de allí.

De pronto el zumbido del detector se convirtió en un sonido estridente.

—Aquí hay uno —dijo el sacerdote.

—Sabía que lo había. Estaba seguro —comentó Karol.

—¿Está activo? —preguntó Stefan.

—Está activo —repuso Karol.

—¿Esto es obra de ustedes? —le preguntó Stefan a Dicky mientras el sacerdote trepaba a una silla para mirar más de cerca el micrófono oculto que estaba disimulado en el raíl de la cortina, por encima de la ventana.

—No —contestó Dicky.

—¿Seguro que no tienen ustedes a ningún camarada británico ahí afuera, en el bosque, con unos auriculares encasquetados alrededor de la cabeza?

—¿Para escuchar las tonterías que dicen ustedes? —le preguntó Dicky—. La respuesta es no.

El sacerdote arrancó el micrófono; se oyó un rasgueo y una pequeña explosión apagada de polvo blanco emergió de la pintura debajo de la cual estaba escondido. Sacó la pila del transmisor y se la guardó en el bolsillo.

—¿Han detenido a los asesinos? —inquirió Dicky.

—¿Quiere usted hablar con esos hijos de puta? Quizá yo pueda arreglarlo.

—¿Extenderán las autoridades un certificado de defunción? —quiso saber Dicky.

—Sí, pero tardarán unos días en hacerlo. Obtener el papeleo oficial lleva mucho tiempo aquí, en Polonia. Pero la policía ha quedado totalmente convencida de que se trata de un asesinato. Ahora que tienen a dos hombres encontrarán el escondite y capturarán al resto de la banda. Y a alguno de ellos le arrancarán la confesión de una paliza. Esa gente vive de atracar las granjas. Los lugareños quedarán complacidos al enterarse de que quedan unos cuantos bandidos menos.

—¿Podría conseguirme una copia de ese certificado? —le preguntó Dicky—. Me hará falta para mis archivos.

—Desde luego —accedió Stefan con estudiada amabilidad—. La necesitará usted para sus archivos.

Sin llamar a la puerta, tío Nico entró en la habitación. No pareció percibir la tensión y la incomodidad que flotaba en el aire. Miró primero a Dicky y luego a mí:

—He hecho té —anunció—. Té inglés de verdad con agua hirviendo como solía tomarlo en Inglaterra. Está todo preparado. Se lo he llevado a su habitación. Vengan abajo a tomarlo. Se estropeará si lo dejamos mucho rato.

Contentos de tener oportunidad de escapar, seguimos al anciano hasta donde había dispuesto el té en una bandeja sobre una mesa baja de mi habitación. Había dispuesto tazas para tres y se sentó con nosotros.

—Como si estuviéramos en Inglaterra —dijo Dicky.

—Bueno, no es precisamente típico de Polonia, si es eso a lo que se refiere —le dijo el anciano con sarcasmo—. Esta casa es un museo... O un teatro. Y todos estamos representando papeles ideados por Stefan.

Dicky había estado ojeando la tetera con ansiedad, pues odiaba el té que hubiera estado en infusión demasiado tiempo; se inclinó hacia adelante y lo sirvió. El anciano pareció no darse cuenta de ello. Pero se acercó a la puerta, se asomó al pasillo para asegurarse de que nadie nos escuchaba y luego la cerró tras él.

—¿Cómo pueden ustedes entender todo esto? —preguntó el anciano al tiempo que cogía el té que Dicky le ofrecía y daba un sorbo—. Stefan nos tiene a todos en su poder. Le gusta jugar con nosotros. Sabe que no podemos luchar contra él.

—¿Por qué están en su poder? —le preguntó Dicky.

—Es rico y famoso.

—Yo nunca he oído hablar de él —insistió Dicky.

—No —convino el anciano—. Stefan no es famoso fuera de Polonia; no lo han traducido. Pero sus obras a veces son representadas por polacos que viven en el extranjero, contribuyen a formar la opinión de los exiliados. Algunas obras suyas se llevan al cine en películas polacas que, en forma de vídeo, se distribuyen entre los polacos que viven en el extranjero.

—¿Es comunista? ¿Es partidario de los generales? —quiso saber Dicky.

—Es tolerante. Los tolerantes puntos desvista de Stefan sobre los gobernantes comunistas y los militares les resultan muy valiosos a ellos. Y también lo es el modo como iguala a la «malvada Rusia» con los «malvados Estados Unidos». Muchas personas del poco sofisticado público que tiene están contentas de aceptar este punto de vista tan simplista de la política mundial. Muchos liberales americanos dirán que la América de Reagan y su CIA no son mejores que Stalin y su KGB. Pero si uno vive aquí sabe que la policía racista de Alabama y los aviones espías U2 no tienen comparación con los campos de exterminio o con nuestra policía secreta, que cuenta con miles de informadores y recurre regularmente a la tortura.

—Creo que escribió una obra llamada *Asesinemos a Stalin* —le recordó Dicky.

—Oh, sí, las obras de teatro de Stefan dicen las cosas muy claras, aunque de un modo superficial; pero Stefan es un hombre inteligente. Sabe que es mejor aparentar ser contestatario. Pero sus argumentos y sus conclusiones siempre cumplen la función que el gobierno de aquí necesita que cumpla.

—¿Y aun así ponen micrófonos en su estudio?

—¿El micrófono? Ja, ja. ¿Vieron la expresión de la cara del padre Ratajczyk?

—No —confesó Dicky.

El anciano sonrió y bebió un poco de té.

—No importa quién venga a barrer la casa, siempre encuentran un micrófono. Los pone el propio Stefan. Y siempre lo encuentran colocado en algún lugar que sugiera que Stefan es el hombre detrás de quien van.

—¿Los coloca él mismo? ¿Habla en serio? —dijo Dicky.

—Si quiere pregúntele a Stefan si él actúa en serio, porque a estas alturas todos en la casa conocemos sus trucos.

—Pero ¿por qué?

—Forma parte de su papel: el personaje de mártir y patriota, siempre luchando contra el régimen. Irá al club de escritores y protestará en voz alta quejándose de que la policía secreta lo persigue y lo acosa.

—¿Y le creerán?

—Sí, sí. Los escritores son paranoicos por naturaleza. De vez en cuando ponen la firma al pie de algunas cartas que se publican en los periódicos. Y Stefan añade siempre su firma con mucho gusto.

—¿Y esas protestas no enojan al gobierno?

—A simple vista parece libertad de expresión. Al gobierno lo que más le preocupa son los bancos occidentales. Y los bancos occidentales buscan indicios de estabilidad al menor rastro de inquietud intelectual. Además, ese tipo de protestas tranquilizan a Moscú en el sentido de que nuestro régimen no cede ante los reformadores liberales.

—¿Y nadie desafía nunca a Stefan y sus creencias? —le preguntó Dicky.

—¿Ése es el estilo inglés de preguntarme si yo me enfrento a Stefan con mis puntos de vista? Sí, claro que lo es. Bien, permítame decirle que no estoy loco. Es Stefan, y su relación, bastante elástica, con el régimen, lo que asegura que yo pueda vivir en esta magnífica casa. ¿Cuántas bonitas propiedades como ésta se han conservado de una generación a la siguiente? Stefan le enciende una vela al diablo... ¿se dice así? Tergiversa las cosas y transige para poder mantener de ese modo a su familia confortablemente, y yo formo parte de esa familia. Disfruto de todas las comodidades materiales: calefacción, agua caliente, un techo sólido, algo que comer cada día. En Polonia hoy en día todo eso no son beneficios que haya que tomar a la ligera. No me estoy quejando.

—Yo creía que sí —apuntó Dicky.

—Lo estoy explicando —puntualizó tío Nico sofocándose ligeramente ante la inexpresiva acusación de Dicky—. He pensado que era mejor que ustedes regresaran a Inglaterra llevando consigo la verdad... el verdadero estado de las cosas, en lugar de creerse un montón de teatro.

—Ah, eso es diferente —dijo Dicky.

—Ya lo verán —prometió tío Nico.

Hizo sonar la campanilla para que una criada viniera a retirar la bandeja del té.

Aquella noche Stefan ocupó el lugar que le correspondía a la cabecera de la mesa. Iba vestido de modo informal, con un jersey de cachemir de color amarillo pálido, pantalones de lino de buen corte y zapatos blancos de ante. Llevaba el pelo largo y ondulado con un peinado perfecto y se había empolvado con polvos de talco la cara recién afeitada. A su lado estaba sentada Lena, su esposa, una mujer más bien llenita, de cabello rubio y largo que llevaba trenzado y enroscado al estilo de los años cuarenta. El vestido gris de cuello alto que lucía también tenía el mismo aire pasado de moda. De modo que aquélla era la hija de un funcionario del partido. La boda con ella sin duda había hecho prosperar la carrera de Stefan. Habló poco, aparte de dar órdenes a los criados con monosílabos.

Aquella noche la larga mesa del comedor estaba constituida de manera diferente. Los más jóvenes habían sido desterrados a la cocina, desde donde, cuando se abría la puerta, me llegaban sus conversaciones juveniles y mucho menos inhibidas. Había otras dos personas en la cena. Se trataba de unos hombres musculosos de menos de treinta años que se sentaban al fondo de la mesa. Era difícil distinguir si eran empleados o miembros de la familia. Durante la cena, Stefan dominó la conversación con anécdotas de sus aventuras en el extranjero. A pesar de su evidente vanidad tenía un modo de contar historias de sus alocados e ingenuos malentendidos de cómo funcionaban las cosas en Occidente que desarmaba a cualquiera.

Nos contó cómo había echado a perder los derechos de su mejor obra apostando a los caballos en París y también en las carreras inglesas.

—Tengo mala suerte con los caballos —nos aseguró Stefan—. Cada caballo por el que apuesto me falla. —Extendió la mano para acariciar la de su esposa—. Pero con las mujeres no tengo palabras para expresar la suerte que tengo.

Lena sonrió.

Después de la cena, Stefan insistió en que Dicky y yo formásemos pareja para jugar al bridge con tío Nico y él. Fue una partida desafortunada. Nunca

he sido capaz de jugar al bridge con habilidad, a pesar de toda una vida de feroz instrucción por parte de Tante Lisl, la gloriosamente impredecible mujer que tanto me había influido durante mi infancia en Berlín.

Diez minutos antes de medianoche, Stefan dio bruscamente el juego por terminado. Puso su baza sobre la mesa, una baza ganadora, por supuesto, se levantó, suspiró, consultó el delgado reloj de pulsera de oro y se sirvió brandy de una botella que sacó del aparador. Sólo cuando lo hubo hecho, se dio la vuelta y se encontró con todas las miradas, nos ofreció una copa. No fue tanto por tacañería como por un afán de ser el centro de atención, por lo menos ésa fue la interpretación que yo hice de sus movimientos.

Aquella impresión que tenía de Stefan se reforzó cuando volvió a la mesa de juego, que tenía el sobre de fieltro verde, cogió la baraja y, sin decir palabra, empezó a hacer trucos con las cartas. Continuó haciéndolo durante media hora. Tenía las manos esbeltas y elegantes, y aquélla era una buena oportunidad de exhibirlas. La facilidad con la que era capaz de manipular la baraja extendiéndola en abanico sobre la mesa o echándola al aire de manera que su mano emergía sujetando un as, captaba la atención de todos. Lena, su mujer, también lo observaba con atención, y tía Mary dejó su labor de punto. Incluso tío Nico, que debía de haber visto los trucos miles de veces antes, parecía tan absorto como cualquiera de nosotros.

Contemplar aquellos trucos de naipes era una oportunidad para estudiar a Stefan. Nada en su aspecto ni en la elegancia de sus movimientos habría tenido nada de extraordinario si hubiera tenido veinte años. Pero Stefan era un hombre maduro que había dejado muy atrás su juventud. Y también había otras contradicciones aparentes. ¿Quién era aquel hombre bien educado en quien con frecuencia podía atisbarse una ira contenida? Era obvio que tener huéspedes en la casa le incomodaba y echaba a perder la rutina de su hogar. Él se encargaba de que a todos nos quedase bien claro, pero su hospitalidad estaba siempre disponible. Estaba aburrido, pero era un hombre apasionado; era un intelectual, pero estaba obsesionado con su físico. Apoyaba al régimen comunista, pero vivía con toda clase de lujos. ¿Serían aquellas tensiones que había en el interior de Stefan lo que le proporcionaba su encanto?

—Un último truco —dijo Stefan—. Se llama «encuentra el valet».

Nos fue ofreciendo la baraja extendida en abanico a cada uno de nosotros. Todos cogimos una carta y luego volvimos a introducirla en el montón. Con esa desenfadada y distante indiferencia del arte de la magia del que hacen gala los magos, me entregó la baraja para que barajase las cartas. Luego las desplegó en abanico y eligió una carta para cada uno de nosotros. Al darles la

vuelta para ponerlas boca arriba al descubierto, vimos que eran las mismas cartas que habíamos elegido.

—¿Y por qué se llama «encuentra el valet»? —le preguntó Dicky.

Stefan esbozó una lenta sonrisa; luego se inclinó hacia Dicky y, con una soberbia muestra de prestidigitación, sacó un valet de corazones del bolsillo de éste.

—Bueno... —balbuceó Dicky algo aturdido—. ¿Cómo...?

—Siempre hay alguien que pregunta por qué se llama «encuentra el valet» —explicó Stefan.

Lena, su mujer, y tía Mary intercambiaron sonrisas divertidas. Estaba claro que era un truco destinado a impresionar a las visitas y a los niños.

Poco después tío Nico nos dio las buenas noches; la reunión se disolvió y nos fuimos a la cama.

—¿Qué está pasando aquí? —me preguntó Dicky cuando estuvimos arriba y mientras ponía las palmas de las manos en la estufa para ver cómo estaba de caliente antes de decidir si se dejaba puesta la ropa interior de lana para dormir.

—¿Qué?

—¿Stefan está loco o es una especie de santo? Quiero decir que todos se pasan el tiempo mirándolo. Hasta su mujer. ¿Le tienen un miedo que se cagan? ¿O están todos esclavizados? Eso es dependencia. Es como si él fuera su analista, todos tienen miedo de afrontar la vida sin él. No lo entiendo. ¿Tú lo comprendes?

—Él es quien se gana el pan.

—Es más que eso, amigo. Es el mesías. Casi da miedo. Puedo notar su presencia. Lo digo en serio: puedo notar su presencia en la casa. Desde que salió de aquel armario y te metió dentro el temor de Dios...

—No me metió dentro el temor de Dios —protesté.

—Venga, Bernard. Te pusiste pálido.

—Me llevé una sorpresa, eso es todo.

—Te cagaste de miedo. Casi saltaste por la ventana.

—Tómalo con calma, Dicky.

—¡Cuidado! ¡Santo Dios! —gritó de pronto Dicky—. ¡Caramba! Está entrando a través de la puerta como un fantasma.

—Déjalo ya, Dicky. Estoy cansado.

—Te has dado la vuelta para mirar, Bernard —me indicó Dicky con regocijo—. Has pensado que Stefan atravesaba la puerta, y eso hizo que te volvieras a mirar. —De repente se le arrugó la cara y mantuvo esa expresión

grotesca durante un momento antes de rendirse a la tentación de producir un tremendo estornudo. Se limpió la nariz con un pañuelo limpio. Dicky tenía una inagotable provisión de pañuelos limpios muy grandes—. Se ve que he cogido algún microbio —dijo—. Estornudo y también tengo calambres en el estómago. ¿Tú has bebido agua de aquí?

—No.

—¿Cómo te lavas los dientes?

—Con una copa.

—El vino tinto mancha.

—Pero el vodka polaco blanquea como la lejía.

—Los graciosos se mueren antes que los hombres serios. ¿Te has dado cuenta de eso, Bernard? —Volvió a limpiarse la nariz, y luego dobló el pañuelo y lo guardó—. Tendremos que irnos de aquí muy pronto.

—¿Cuándo?

—Quizá mañana.

—¿No quieres comprobar esa historia de que han asesinado a George?

—¿Qué podríamos hacer nosotros?

—Ir a preguntar a la policía si tienen a esos rusos. Darles a los policías algo de dinero para que se pierdan por ahí, y luego interrogar de verdad a los rusos.

—¿Eso es lo que harías si yo no estuviera contigo?

—¿Quieres que me quede yo?

—Mejor será que sigamos juntos —me recomendó Dicky—. ¿Tú sobornarías a los policías?

—Posiblemente —admití.

Estaba exagerando. Dicky me había despertado el deseo de insistir.

—Seguiremos juntos, Bernard. En cuanto Stefan me dé una copia como es debido del certificado de defunción podremos largarnos.

—Creo que deberíamos comprobarlo.

—¿Sabes lo que ese certificado de defunción me dará poder para hacer? George es súbdito británico. Conseguiré autorización judicial para embargar todas sus propiedades. Lo repasaremos con un peine de púas finas.

—¿Eso era lo que en realidad pretendías hacer durante este tiempo?

—Eso es parte de lo que quería.

—Ya veo.

—¿Por qué dejó Stefan de jugar a las cartas esta noche? ¿Lo contrarié antes o fue cuando pregunté si alguien de por aquí tenía un Bugatti antiguo?

—No. No tuvo nada que ver con eso, Dicky.

—De repente se puso en pie de un salto y dio por terminada la partida. Y fue justo cuando yo tenía una buena racha.

—No tenías ninguna oportunidad, Dicky.

—Lo que me desconcierta... es que él dice que pierde todo su dinero en los caballos, pero esta noche ganó una mano tras otra jugando a las cartas.

—Los caballos no se los dejan barajar —le indiqué.

Dicky esbozó una sonrisa apenada.

—¿No creerás qué...?

—Un hombre que puede sacar un as de espadas de tu oreja es probable que sepa lo que tienes en la mano.

—No, no, no. Stefan pertenece a una buena y antigua familia... una familia que se remonta a casi doscientos años. El viejo Nico me dijo que Stefan es duque, o su equivalente polaco.

—Esas dos cosas no se excluyen una a otra. Hacer trampas en las cartas y ser duque.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué Stefan dejó de jugar al dar la medianoche?

—Porque va a misa por la mañana. Jugar a las cartas después de medianoche le habría impedido comulgar.

—Eres un repelente depósito de información, Bernard —dijo Dicky como si le fastidiara que hubiera contestado a su pregunta—. La misa. Sí, supongo que sería eso. —Dicky se acercó a su maleta y sacó un jersey grueso de cuello alto que se puso encima del pijama—. Buenas noches, Bernard.

Así me despidió.

—Buenas noches, Dicky.

Eran las tres y media de la mañana cuando me despertó un alboroto en la planta baja. Se oían voces de hombres que gritaban y una mujer que lloraba. Me puse la trenca encima del pijama y bajé. En el vestíbulo delantero había dos desconocidos que llevaban puestos gruesos abrigos, tenían la cara colorada e irradiaban aire frío. También había algunas muchachas, las sirvientas, que estaban de pie en la escalera con los abrigos abotonados encima de los camisones, cuyos volantes se veían en la garganta y en las piernas. Stefan también estaba allí, pero él iba completamente vestido con un traje con chaleco y corbata.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—La alarma. Dicen que los rusos han cruzado la frontera —me explicó Stefan con calma—. Estos dos hombres insisten en que debo ir con ellos a una reunión en la aldea.

—¿Una invasión?

En aquel momento Dicky bajaba la escalera detrás de mí.

—¿Una invasión? —se mofó—. No se atreverían...

—Uno de los jóvenes se ha llevado al piso de arriba la radio de onda corta —le dijo Stefan—. La va a conectar a la gran antena que hay en el tejado. Sintonizará el servicio exterior de Londres. Lo más probable es que sean ellos los primeros en anunciarlo, si es que es cierto.

—¿Estos hombres han visto algo? —le preguntó Dicky.

—Voy a ir con ellos. Ustedes harán bien volviendo a la cama y descansando un poco —nos recomendó Stefan—. Lo más probable es que no sea cierto. Estos rumores se difunden rápidamente cuando fluye el vodka. Y estos dos individuos apestan a alcohol.

Los dos aldeanos sonrieron sin comprender lo que Stefan decía de ellos en inglés.

Una sirvienta ayudó a Stefan a ponerse un magnífico abrigo de piel; luego éste salió hasta un coche en el que Karol, el secretario, estaba sentado al volante con el motor en marcha.

—¡Vosotras volved a la cama! —ordenó tío Nico a las sirvientas, que habían aumentado en número; y dio unas palmadas y levantó la voz al tiempo que lo repetía.

—¿Podría ser cierto? —preguntó Dicky a tío Nico cuando las jóvenes hubieron salido.

—Lo dudo —contestó tío Nico. Luego bajó la voz—. Pero lo que él no les ha dicho es que se han encontrado otros dos cadáveres. Por eso es por lo que han venido los dos campesinos. Unos borrachos que regresaban a casa por el bosque se toparon con dos cadáveres anoche. Eran dos hombres adultos; los habían arrojado al fondo de una zanja. Sabe Dios quiénes serán. Podría tener algo que ver con los rumores. En la aldea se dice que a lo mejor son espías paracaidistas rusos.

—Stefan debería haber esperado a escuchar la radio —observó Dicky.

—Querrá ir a misa —nos confió tío Nico—. Hay una misa a las seis menos diez. A Stefan le gusta ir temprano, así no se encuentra con nadie a quien conozca.

Sin acabar de despertarme del todo, volví a mi habitación, trepé de nuevo a la cama y entré en un sueño profundo poblado de hombres que avanzaban, perros que ladraban, discusiones con Dicky y un cadáver desenterrado. Me desperté con dolor de cabeza intentando distinguir los sueños de la realidad.

Dicky ya estaba levantado y vestido. Se encontraba de pie al lado de mi cama y me zarandeaba.

—Vienen los rusos. Será mejor que te levantes ahora mismo y te afeites.

La voz tenía un tono de guasa, por lo que comprendí que no era cierto.

Bajé de la cama muy despacio y me percaté de que el viento aullaba. Cuando me acerqué a la ventana ví que era verdad que había llegado la invasión de Rusia, pero era en forma de hielo y nieve. El cielo azul había desaparecido; la nieve pasaba azotando, las vetas de la misma se hacían casi horizontales movidas por el fiero viento que llegaba desde las estepas.

—Hay que salir de aquí ahora mismo —observó Dicky—. La nieve está cayendo de forma muy densa. Tenemos que llegar a la carretera principal o quedaremos atrapados por la nevada hasta que excaven un camino para que podamos salir, y eso podría llevar varias semanas.

—No hace bastante frío para que cuaje la nieve. La temperatura tiene que ser inferior a dos grados centígrados para que no se derrita y se amontone en el suelo...

—No estoy de humor para escuchar otra de tus conferencias científicas — me interrumpió Dicky con una furia inexplicable; y salió de la habitación pisando muy fuerte.

—Y la tierra está demasiado blanda para los tanques y la artillería pesada —le grité mientras se alejaba.

Cuando me metí en la bañera ya no había agua caliente. Del grifo de agua caliente de la ducha salió una neblina de agua fría oxidada, y luego chisporroteó y cesó del todo. Había renunciado al baño y empezaba a afeitarme con agua fría cuando Stefan apareció en la puerta del cuarto de baño.

—¿Ha dormido bien?

—Pues sí —repuse.

—No hay nada de cierto en los rumores de invasión. A menudo nos entra este pánico, pero ya estamos acostumbrados. Aunque un día u otro será verdad, desde luego, pero para entonces seguro que ya nos habremos acostumbrado a la idea y estaremos dispuestos a someternos.

Dijo esto con una amargura que yo no había vislumbrado antes en él.

Dicky llegó de la cocina con tres tazas de café caliente y dulce. Interrumpí el afeitado para beber un trago y utilicé el resto para afeitarme.

Stefan me miró sin hacer ningún comentario.

—Todo el mundo en Varsovia se quejaba de la repentina escasez de bebidas alcohólicas en el mercado negro —me dijo confidencialmente—. No

se puede encontrar ni una gota de mercancía que sea buena. Pueden ponerle el precio que quieran a una caja de whisky escocés o de coñac francés auténtico. Gánsters extranjeros vienen a quitarle el control a nuestra gente de aquí. Dos hermanos de Cracovia tenían el monopolio hasta ahora, pero han dejado de traficar. He oído decir que los indujeron a subir a un apartamento en el Praga y casi los matan unos gánsters americanos enviados allí especialmente para asesinarlos. Uno de los hermanos está en el hospital con fracturas múltiples y el otro ha vuelto a su casa con muletas y la mandíbula sujeta con alambres. Mientras tanto, los bares turísticos y las tascas ilegales de la Ciudad Vieja andan desesperados por conseguir provisiones.

—Hum... —murmuró Dicky.

—¿Tienen idea de quiénes son? —me preguntó Stefan—. Deben de haber llegado más o menos cuando lo hicieron ustedes. ¿Vio usted algún sospechoso en el hotel Europejski?

—¿Yo? —dije—. No.

Mojé la hojilla de afeitar en el café y continué pasándomela por la barba.

—Los de los bajos fondos han puesto precio a sus cabezas: cincuenta mil zlotys por entregar a cada uno de esos asesinos americanos a la gente del mercado negro. Por lo menos eso es lo que he oído.

—Eso sólo son mil quinientos dólares por cabeza —calculó Dicky—. Hubiera dicho que dos matones de alto nivel valían más que eso.

—Siento que se vayan tan pronto —dijo Stefan—. Pero el invierno no es la mejor época para hacerles una demostración de la hospitalidad polaca. Y a nosotros los polacos nos gusta hacer esa demostración a las visitas.

A mediodía estábamos otra vez en la carretera, con la barriga llena de sopa de patata caliente y el depósito de gasolina de precioso combustible. Pero seguíamos dentro de la finca, tan sólo a cinco kilómetros de la casa, cuando encontramos la carretera delante de nosotros bloqueada por dos camiones del ejército y una excavadora. Había un corrillo de hombres: unos soldados estaban hablando con dos hombres que levantaban una cámara de filmar de dieciséis milímetros y un equipo de grabación. El padre Ratajczyk, el sacerdote que había exorcizado las habitaciones, estaba allí también, junto con Tadeusz, el técnico que le había ayudado.

Un joven oficial del ejército polaco que llevaba un abrigo de piel de carnero y un gorro de pieles de estilo militar se separó del grupo y echó a caminar hacia nosotros en medio del aguanieve que caía con rapidez. Nos saludó cortésmente y luego se asomó por la ventanilla del coche.

—¿Son ustedes los dos ingleses de la casa Kosinski?

—Sí —repuso Dicky. De poco servía negarlo.

—Lo siento pero no pueden pasar. Será cosa de media hora más o menos. —Hablaba un buen inglés—. Tenemos que traer por la carretera una máquina excavadora gigante y sólo hay el espacio justo para hacerla pasar entre los árboles.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Dicky.

—Tenemos que trabajar aprisa. Mañana la nieve podría ponérselo muy difícil.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo saben? Otra fosa común. Los árboles han crecido sobre una parte de ella y todavía no podemos calcular su tamaño.

—Dios mío —exclamó Dicky—. ¿Una fosa común?

—Por lo menos hay quinientos cadáveres. En mi opinión es muy posible que haya algo así como un millar de personas enterradas ahí.

Hizo la señal de la cruz.

—Dijeron que habían encontrado dos cadáveres anoche —le dijo Dicky—. ¿Son parte de la fosa? ¿De cuándo datan?

—Sí, son de cuando la guerra —respondió el joven oficial.

—¿Asesinados por los rusos o por los nazis?

—Quién sabe... —dijo el oficial; y se limpió la nieve húmeda de la cara—. Son polacos y están muertos, eso es lo único que probablemente llegaremos a saber con certeza.

KENT, INGLATERRA

—No me has dicho cómo está Varsovia en esta época —me comentó Harry Strang, que acababa de jubilarse.

Se le veía relajado, con un suéter de cuello alto, algo dado de sí, y pantalones de pana gastados. Yo estaba acostumbrado a verlo con traje, cuello duro y con el pelo peinado para disimular la calva que ahora noté por primera vez.

—No he dicho que haya estado en Varsovia.

—A un viejo agente no puedes ocultarle un secreto. ¿No es eso lo que dicen?

Harry Strang era uno de los pocos oficinistas que podían afirmar legítimamente que había sido agente. Yo había conocido a Harry en Berlín. Por aquel entonces yo era muy joven y demasiado insensible para ver lo muy desgraciado y fuera de lugar que se sentía en aquella ciudad. Mi padre le convenció para que no se retirase del servicio por completo. Harry fue destinado a España y se hizo una reputación infiltrándose en las redes comunistas catalanas en una época en que el gobierno de Franco había convertido el comunismo en una fe arriesgada. A pesar del notable dominio que tiene del español, Harry no pudo aparentar ser otra cosa que lo que es, un caballero inglés de clase media, pero se movía con facilidad entre un buen surtido de rojos españoles: terroristas, *apparatchiks*, oportunistas, teóricos y políticos. Más tarde, cuando Franco estaba en el lecho de muerte, Harry se marchó a Argentina a trabajar para una compañía naviera, y se quedó allí trabajando para nosotros hasta la guerra de las Malvinas. Aparte de que las uñas no volvieron a crecerle derechas después de que se las arrancasen, de que los riñones le funcionaban mal, dañados tras una serie de palizas en las comisarías franquistas, y de que el hígado había sido víctima del rioja barato y el jerez de clase inferior, había conseguido sobrevivir intacto. Al final le

habían dado un puesto en Operaciones, en Londres, y había permanecido allí el tiempo suficiente para llegar a cobrar la pensión. Pocos agentes de campo acababan logrando eso.

—Los niños se están subiendo a tu Peugeot —le advertí.

—Es un cachano viejo. Apártate de la ventana. Déjalos en paz, no pueden hacerle daño, Bernard.

—¿No habrás dejado las llaves puestas?

—¿Para qué raptas a tus hijos si te vas a pasar cada minuto preocupándote por ellos?

—No los he raptado; le dije a mi suegro que iba a ir a recogerlos al colegio.

—Le dejaste un mensaje en el contestador —me corrigió—. En realidad no se lo has dicho.

—¿Qué diferencia hay?

—Si no escucha el mensaje antes de que se disponga a ir a buscarlos al colegio, ya verás la diferencia que hay —me explicó con cierto aire fúnebre—. Avisará a la policía, y en los noticiarios de televisión dirán que están buscando a un pedófilo de pelo ondulado y gafas.

—Muy gracioso...

—No era una broma, Bernard.

—Mi suegro se dedica a escuchar los mensajes del contestador cada cinco minutos. Nació con un teléfono en la oreja y ahora mismo está recogiendo los pedazos después del descalabro de la bolsa.

Sin moverse del sillón, Harry se quedó mirando por la ventana a toda la extensión de su propiedad. Sin duda veía cinco acres de terreno de tubérculos, fruta suave y una docena de rollizos cerdos, pero el invierno casi había eliminado la vegetación y había dejado sólo un cobertizo destartado en un mar de barro brillante. Sólo con un joven flaco como ayudante era demasiado trabajo, pero Harry parecía estar contento.

—Son buenos chicos, Bernard. Y ese muchacho es tu viva imagen. —Habíamos comido, habíamos chapoteado por el barro con botas prestadas, un amable jornalero de la granja que hablaba en voz baja nos había enseñado las pocilgas y habíamos vuelto para tomar el té dentro de la casa y para inspeccionar hasta la última espada japonesa de la colección de Harry—. He oído decir que Dicky está muy activo últimamente —comentó Harry manteniendo un tono de voz neutro.

—Muy activo —repuse—. Parece ser que está peleado con Daphne, así que trata de escaparse todos los fines de semana. Y me arrastra consigo.

Luego me da algunos días libres, cosa rara. Pero ¿de qué me sirve a mí eso si Fiona está trabajando y los niños tienen que ir al colegio?

Harry juntó las manos y tiró de los dedos de los guantes de algodón blanco para encajárselos.

—Los niños deberían estar viviendo en casa con vosotros —me sugirió.

Rescató una espada que estaba en equilibrio precario sobre el sofá y la sostuvo en alto para admirar el grabado de la hoja. Había espadas por todas partes; en el suelo, en el sofá y en la mesa del comedor. Hojas relucientes y vainas se salían desbordadas del trastero donde almacenaba su colección; sobresalían por la puerta como si un enorme erizo metálico estuviera tratando de salir del letargo de aquel lugar.

—Ya lo sé —convine.

—Pero Fiona está muy ocupada trabajando, ¿eh?

Dio un tajo al aire con la espada y luego la guardó cuidadosamente en la vaina. Le encontró un sitio en el aparador, que hasta aquel momento era el único lugar que se hallaba libre de armas con filo.

—Es la adjunta de Dicky —le informé.

—Eso he oído decir. ¿Y él se ocupa a la vez de la sección alemana y de la sección europea?

—Sólo porque está allí Fiona, que es la que en realidad hace el trabajo... e intenta hacer que las redes sigan funcionando cada vez con menos dinero.

—¿Alguna cara conocida en Varsovia?

—Sólo Boris.

—¿Boris Zagan?

—¿Quién si no?

—¿Estaba con él aquella chica...? ¿La alemana?

—Sarah. Sí, estaba allí. Está casada con Boris.

—¿Ah, sí? Pues lo que a mí me contaron es que estaba haciendo de puta para Boris.

—No lo creo —dije.

Abrió una caja de madera, sencilla, aunque hermosamente construida. Sacó de ella una espada y me la tendió.

—Personalmente dedicada con una inscripción como regalo para el general Hoyotaro Kimura. —La miré y asentí en señal de apreciación. Pero a los pacifistas como yo las espadas nos parecen todas iguales. Como Harry posiblemente lo advirtiera, añadió—: Birmania; comandante del decimoquinto ejército japonés.

—Sí —convine mientras Harry guardaba de nuevo la espada en la caja.

—Tú siempre te portaste muy bien con ella. En Berlín... cuando eras un adolescente y hacías pequeños trabajos para tu padre. Recuerdo que entonces estabas loco por ella.

—No —le contradije. Harry me miró con una ceja levantada—. No éramos más que unos niños.

—Ella no. Sarah había crecido muy de prisa. Las mujeres tenían que crecer rápido en Berlín en aquellos tiempos tan complejos. Por lo visto se iba a la cama con cualquiera que le hiciera una seña. Por cinco cigarrillos la sesión, según me contaron. Cigarrillos americanos.

—Siempre fuiste un romántico —observé.

—Y tú siempre un pragmático, ¿no, Bernard?

—No lo sé; nunca he practicado el pragmatismo.

—No has venido hasta aquí sólo para que tus niños puedan jugar al escondite brincando entre mis coles muertas. Ni para llenarte la barriga de cerveza de lata y de esa malísima tarta salada, que ya veo que ni siquiera te has acabado.

—¿Y por qué he venido entonces?

Se quedó mirándome y arrugó la frente como si lo pensase por primera vez.

—Quizá porque yo me pasé casi cinco años sentado en el despacho del director general adjunto rellenando su agenda y manteniendo a raya a la chusma. Por eso suele ser por lo que la gente del departamento quiere verme fuera de las horas de oficina.

¿De modo que había otros? Harry sólo llevaba retirado cinco minutos. ¿O se refería a antes de retirarse?

—¿Nunca tienes visitas sociales?

—A veces. Pero no tuyas, Bernard. Tú ya no eres un adolescente de ojos candorosos. Hace mucho tiempo que dejaste de ser un idealista. Has cambiado mucho. —Quise explicarme, pero Harry me hizo un gesto con la mano para que me callara. Se había entusiasmado con la idea de adivinar de qué había ido a hablar con él—. ¿Qué año sería...? —se preguntó, como pensando en voz alta—. No creo que sea nada que tenga que ver con tu padre. Yo no estaba allí en el momento adecuado para haber manejado los archivos personales de tu padre. No, tiene que ser algo acerca de la época en que la sección alemana quedó vacante y Dicky Cruyer y tú erais los candidatos para ocupar el puesto. —Me miró y sonrió—. Tenías un montón de personas que te apoyaban ardientemente, Bernard. Permíteme decirlo: tú eras el mejor hombre

para el puesto. ¿Es de eso que querías preguntarme algo? ¿De las discusiones y las reuniones y de cómo el viejo finalmente te rechazó?

La sonrisa triste había vuelto a aquel rostro curtido. Movi6 los ojos como si me estuviera desafiando a que le dijera que sí. Como si pudiera proporcionarme algunos hechos extraordinarios y escandalosos en el caso de que yo quisiera oírlos.

—No, no se trata de eso —le indiqué.

—¿No?

Tenía una expresión fija en el rostro, una expresión con esa mueca risueña, jovial pero omnipotente, que se ve en los budas baratos de bronce. Después de trabajar como agente en activo estuvo en un despacho y había acabado como un ejemplo no poco habitual de la clase de budas de Eton Oxbridge: *apparatchiks* sádicos y autosuficientes que controlaban Whitehall a hurtadillas por razones de riqueza y consanguinidad y que por muy amistosos que se mostrasen inevitablemente cerraban filas contra los intrusos como yo. ¿Habría podido convertirme en un Harry Strang? Un amigo íntimo de mi padre, Silas Gaunt, había propuesto mi nombre para Eton y se había ofrecido a pagar los honorarios, pero mi padre, un hombre hecho a sí mismo, se opuso firmemente a que convirtieran a su hijo en un jenízaro que se encargase de librar las batallas de la clase gobernante. Según mi padre, era mejor que yo permaneciera con mi familia y fuera a la escuela del barrio con los niños de Berlín con los que jugaba en la calle. Mi padre les dijo a sus amigos, aunque nunca me lo dijo a mí, que yo crecería en tan íntima relación con Alemania y los alemanes que inevitablemente llegaría a director general.

Bien, pues resultó que mi padre se equivocó. Un colegio de Berlín, aunque allí fueras el mejor alumno, no era la preparación adecuada para Whitehall. Y tampoco la que tenían muchachos como Harry Strang y Dicky Cruyer, que habían crecido aprendiendo a sobrevivir a los amores, las lágrimas y los terrores de los caros internados ingleses; aprendiendo a disimular los sentimientos humanos hasta que acababan por desvaírse y no volvían a experimentarse.

—No —repetí—. Quiero saber algunas cosas sobre la noche en que sacamos a mi mujer del Este.

—¿Qué puedo decirte yo de eso, Bernard? Tú estuviste allí. Fuiste tú quien disparó a aquellos hijos de puta que le tendieron una trampa. Y fuiste tú quien la trajo a Helmstedt, a un lugar seguro.

—Necesito estar al corriente de algunos antecedentes —le dije—. ¿Quién dio la orden? ¿Quién eligió aquella noche precisamente para hacerlo?

—Acuérdate. Hubo una fiesta de disfraces... Medio Berlín estaba de celebración en el hotel de Tante Lisl. Era un momento perfecto.

—Pero debió de haber una orden escrita, ¿no?

—No. Se la debieron dar a la gente en el momento.

—No lo creo, Harry —le contradije—. Frank Harrington, el *resident* de Berlín, era técnicamente el hombre con más autoridad. Y es seguro que él no supo lo que estaba ocurriendo hasta el domingo por la mañana. Dicky Cruyer, de Londres, también estaba en la fiesta. Él salió a buscarme y me preguntó qué pasaba. ¿Quién dio la orden, Harry? Se necesitan por lo menos veinticuatro horas para llevar a cabo los preparativos. Había un helicóptero esperando en Helmstedt, y la RAF nos asignó un gran avión de transporte para llevarnos. Nos transportaron directamente en avión a América aquella misma noche. Hubo una gran planificación. Y colaboración entre varios cuerpos y servicios; sabes bien el tiempo que es necesario para hacer todo eso.

—Sí, tienes razón. Había un montón de gente alerta: soldados, agentes de campo y nuestra propia gente de enlace en los puestos fronterizos. Ahora me viene todo a la memoria. Los de la RAF llamaron por teléfono y se quejaron del retraso. Les habían dicho que proporcionasen un médico, y al cabo de seis horas de espera en los barracones de tránsito el matasanos se largó a un bar cercano y se emborrachó hasta quedar parálítico.

—¿Y quién lo dispuso todo?

—Pues tú, en efecto. A ti te dio instrucciones Frank, ¿no es así? Tú acudiste a la cita y te cargaste a tiros a dos hombres de la Stasi, del KGB o de lo que fueran.

—¿Por qué dices eso?

—Estaba en el informe que hiciste.

—Yo no hice ningún informe.

—Entonces debiste de decírselo a Bret Rensselaer cuando te tomó declaración en California al acabar la operación.

—¿Y él te lo dijo a ti? —Harry esbozó una de sus sonrisas inescrutables. Hábilmente había desviado la conversación para evitar contestar a mi pregunta—. Pero sigo teniendo curiosidad sobre quién dio la orden. ¿Cuándo se tomó la decisión? Por fuerza tuvieron que celebrarse reuniones con alguien del más alto nivel.

—No hubo tiempo.

—Incluso una llamada telefónica habría acabado por ir al registro, Harry.

—Ésta no.

—Plantar a mi esposa en la República Democrática Alemana fue el golpe más grande que asestó nunca el departamento. Y por ello era vital sacarla de allí contenta, sana y salva. Tenía que ser una historia para contarla a los políticos, y eso quiere decir que por fuerza tenía que haber un final feliz. La decisión acerca de cuándo y cómo sacarla de allí iba a ser decisiva para el desenlace. El director general tenía que estar constantemente informado, aunque él no diera la orden.

—Yo era el ayudante personal del adjunto, no del director general. Y el director general adjunto no siempre tomaba parte en las cuestiones rutinarias de las operaciones. Sobre todo en las complicadas.

—La famosa e infalible memoria de Strang te está abandonando, Harry —observé—. Tú no estabas con el adjunto por aquella época. El ayudante personal del director general estaba en el hospital; tú trabajaste para el director general mientras el secretario del adjunto te sustituía a ti.

—Qué memoria tienes, Bernard —reconoció sin demostrar ni una admiración ni un deleite desenfrenados—. Sí, es cierto, el joven Morgan estaba en el hospital con heridas de bala.

Sonrió. Morgan, el ayudante personal del viejo, había sufrido múltiples heridas de poca importancia en la pierna cuando a otra persona, invitada como él a una partida de caza durante el fin de semana, se le disparó la escopeta por accidente. Cuando la historia llegó a la oficina, inevitablemente era ya el trasero de Morgan el que había sido blanco de los disparos, y en ciertos adornos posteriores de la misma historia había sido un marido airado quien disparó la escopeta.

Harry Strang se permitió una risita; Morgan no era precisamente el hombre más popular en la Central de Londres. Esperé. Me di cuenta de que Harry estaba poniendo algunas cosas en orden en su cabeza.

—Sí, hubo reuniones. Pero no sé con quién estuvo, ni dónde se celebraron esos encuentros.

—¿Quieres decir que tuvieron lugar fuera de la oficina?

—Ya sabes cómo es el viejo. Se está poniendo decrepito y se vuelve un excéntrico. Aparece aquí y allá como el muñeco de una caja sorpresa. Por eso siempre ha tenido dos chóferes de servicio. Hubo días en los que no apareció por la oficina. El jueves y el viernes antes del fin de semana en que salió Fiona. Esos dos días el director general no fue al despacho en todo el día, al menos que yo recuerde.

—Ha sido estupendo, Harry. Pero tengo que irme —le dije al tiempo que me ponía en pie.

—Ojalá pudiera darte más detalles.

—Sólo era curiosidad —le comenté—. Pero supongo que nunca sabremos la historia completa.

—Hay poca gente que sepa la historia completa sobre cualquier cosa —dijo Harry.

—¿Puedo ayudarte a lavar los platos?

—Tengo un lavavajillas —me indicó.

—Voy a ver si los niños quieren ir al baño.

Cuando llegué a la puerta de atrás, Harry me sujetó por el brazo.

—Deberían haberte dado a ti la sección alemana, Bernard. Todo el mundo lo decía. Pero el viejo estaba en contra.

Abrí la puerta de atrás y grité:

—¡Sally! ¡Billy! Nos vamos ya. Venid a darle las gracias al tío Harry.

Las nubes habían adquirido el aspecto de un caldero de plomo derretido, con cúmulos de un color gris plateado que parecían hervir y que se arremolinaban alrededor de borrosas zonas rojas. Y sin embargo el cielo detrás de las nubes permanecía de color azul transparente, como si perteneciera a otro día y a otra estación.

—Trataron bastante mal a tu padre —me confió Harry en voz baja mientras mirábamos cómo los niños bajaban lentamente y de mala gana del viejo coche—. El director general temió que al darte a ti la sección alemana daría la impresión de que el departamento estaba enmendando el daño que le hizo a tu padre, y sabe Dios cuántas cosas más.

—Y eso no podíamos permitirlo —apunté con sarcasmo.

—No, eso nunca. ¿No quieres quedarte a tomar el té?

—Tengo que volver a la carretera —le indiqué.

Los niños llegaron sin aliento, pues habían venido corriendo desde el fondo del jardín.

—¿Queréis ir al lavabo? —les pregunté.

—¿Qué desayuna un francés? —le preguntó mi hijo Billy a Harry Strang. A mí ya me había hecho aquel chiste.

—No lo sé —repuso Harry siguiéndole la corriente.

—*Huit heures bix* —le dijo Billy; y después se echó a reír. Sally también se echó a reír educadamente—. *Weetabix* —repitió Billy, por si no habíamos cogido el chiste. Harry emitió una estupenda risa de barítono.

—Tenemos mucho camino que hacer hasta la casa de la abuela —les recordé.

—Se nos hará todavía más largo si él nos cuenta todos sus chistes rancios —dijo Sally.

—Papá dice que a él le gustan los chistes rancios —explicó Billy—. Los guardo para él. ¿No es así, papá?

—No hay mejor chiste que un chiste viejo —le dije.

—Eso es —convino Harry—. Es como los amigos.

Me miró como decidiendo si nuestra amistad tenía algo que entusiasmase.

Billy subió al cuarto de baño mientras Sally retiraba los platos de la mesa. Harry empezó a guardar las espadas en el armario donde les correspondía estar.

—Son unos niños encantadores, Bernard. Pensé que a tu hijo le gustarían las espadas.

—Y le gustan —le aseguré—, pero Billy odia los guantes blancos.

—No pueden manejarse con las manos desnudas —me explicó Harry, que no era precisamente célebre por reconocer una broma—. La transpiración ácida destruiría las hojas. —Harry miró amorosamente cada una de las espadas mientras las guardaba—. Sí, son buenos chicos. Puedes estar contento, Bernard. —Ahora la voz de Harry sonaba diferente; más cariñosa y más confiada—. Ojalá mi matrimonio hubiera durado, pero uno no puede tenerlo todo. Me costó mucho tiempo darme cuenta de eso, pero es cierto.

—¿Cuándo vinieron los hombres de guantes gruesos, Harry? —le pregunté—. ¿He llegado demasiado tarde?

—No seas tonto, Bernard.

Las contraventanas se cerraron con un sonido metálico y el rostro se le tornó inexpresivo.

—¿Ayer? ¿La semana pasada? ¿Qué te dijeron que harían? No pueden tocar tu pensión, ¿verdad?

—Ten cuidado al conducir, Bernard. Esos franceses, los de los camiones grandes que vienen del ferry, conducen como locos. A veces me pregunto si no será por el *vin rouge*.

—¿Cómo lo hacen? Me lo he preguntado muchas veces. ¿A alto nivel, a bajo nivel o anónimamente? ¿Mandan a uno de esos hijos de puta de seguridad interna?

Esbozó otra de aquellas sonrisas exentas de alegría. Ello impedía que uno pudiera leer nada en su expresión; quizá lo hiciera por eso.

—Echo de menos al viejo —me dijo—. Me lo pasaba bien trabajando en el piso superior. Y sir Henry es un caballero de la vieja escuela. Incluso durante los días de actividad frenética, cuando tu mujer iba a salir de allí, bajó

a presentarle sus respetos al tío Silas. Se mantenía en contacto con él para darle la impresión de que seguía formando parte de las cosas. —Harry me miró—. El tío Silas estaba enfermo. Decían que se había caído de un caballo.

—Era demasiado viejo para montar a caballo.

—Eso me parecía a mí —me confió Harry bruscamente, como si de pronto hubiera resuelto un misterio que lo tuviera intrigado.

Yo sabía que hasta allí era lo más lejos que llegaría Harry. Si las circunstancias fuesen al revés, y fuera yo quien tuviese una granja de cerdos y una pensión en la balanza, quizá eso fuera más de lo que lo habría arriesgado por él.

Cuando nos marchábamos, el joven jornalero de Harry subía por el sendero acarreando un cubo de patatas recién cosechadas. Estaba manchado de barro y parecía helado de frío, pero tenía la misma sonrisa divertida que había lucido cuando nos estaba enseñando sus cerdos favoritos.

—¡Ven aquí, Tommy! —le gritó Harry—. Entra y caliéntate. Estoy preparando un poco de té.

MAYFAIR, LONDRES

—Qué buena idea... llevar a los niños a ver a tu madre. ¿Cómo está?

—Estupendamente —respondí.

Era típico de las conversaciones educadas que permitían que nuestro feliz matrimonio continuase con tanta suavidad. En realidad Fiona no pensaba que fuera una buena idea la que me impulsó a llevar a los niños a visitar a mi madre. Lo consideraba una ocurrencia desconsiderada y estúpida que yo había hecho para preocupar a mi suegra y fastidiar a mi suegro mientras la dejaba a ella empapándose de consternación, ira y resentimiento. Y mi madre no estaba estupendamente. Estaba cualquier cosa menos estupendamente. Vivía en una residencia que no le gustaba, y la única vez que ví destellos de la madre que yo recordaba fue la ocasión en que hizo una demostración del fastidio que le producía estar encarcelada lejos de sus amigas y del hogar que amaba. Pero a pesar de lo que mi madre decía, estaba llena de achaques e incapacitada para vivir sola. Yo había llevado a los niños a verla sólo porque creía que estaría muerta antes de que transcurriera otro año.

—Muy bien —dijo Fiona.

Y sonrió para demostrar que podía leerme el pensamiento. Llevaba puesto su magnífico abrigo de pieles. Se convertía casi en un animal cuando llevaba puestas aquellas pieles de marta suaves y brillantes. Le daban un aire remoto y exótico; de manera que se me hacía difícil recordar que aquella encantadora criatura era mi esposa.

—¿Quieres que salgamos a cenar? —me preguntó.

Había estado con el director general casi todo el día, y noté que había ido a la peluquería y que se había maquillado para él más que de ordinario y de una forma especial. Estaba de pie junto a la encimera de la cocina leyendo una nota casi indescifrable que la señora Dias había dejado allí. La indomable señora Dias nos había hecho la comida, se había ocupado de nuestros hijos,

había lavado, había barrido y había limpiado para nosotros, y también había acumulado un número asombroso de horas de trabajo, en los tiempos en que vivíamos en la calle Duke, antes de que Fiona hubiera llevado a cabo su fingida deserción. Después, Fiona había averiguado su paradero y la había convencido para que volviera a trabajar para nosotros. Yo estaba seguro de que la elegante dirección de Mayfair, en un bloque de apartamentos con personajes de la aristocracia y estrellas de la música, era un aliciente para la señora Dias, que era, como la mayoría de los empleados de hogar en toda la historia, una esnob resuelta e intransigente.

—Habíamos dicho que este mes procuraríamos economizar —le recordé.

Fiona seguía leyendo la nota. Se había dejado crecer las uñas y aquel día las llevaba pintadas, aunque de un color rosa natural. Levantó la mirada.

—Nunca entiendo su letra. A veces creo que algunas de las palabras deben de estar en portugués. —Y luego añadió—: Lo siento, se me había olvidado lo de economizar. No he tenido tiempo de hacer la compra, sacaré algo del congelador.

—¿Quieres una copa? —le pregunté.

Con una rápida ojeada a la botella de Bell's que había sobre la mesa de la cocina delante de mí, ella había tomado nota del nivel del líquido que contenía.

—Whisky, no —respondió—, pero tomaré una tónica y me quedaré contigo un momento. Estoy agotada.

Sacó una lata de tónica helada de la nevera, un vaso de cristal tallado del estante y cubitos de hielo del dispensador.

Aquel apartamento, legado de la acaudalada hermana de Fiona, era extraordinario. La cocina estaba diseñada inteligentemente para disimular su función. Tenía armarios que imitaban armarios antiguos en los que ocultar las cacerolas y los platos de manera que yo nunca pudiera encontrar nada. La nevera estaba oculta en la pared, y los hornos gemelos los habían escondido detrás de azulejos decorativos. Todas las superficies donde trabajar eran escuetas y desnudas, y en el aire flotaban los ambientadores aromatizados con los que la señora Dias marcaba su territorio. Como de costumbre, ella había recorrido todo el apartamento eliminando sin piedad cualquier rastro de presencia humana. Ramos de flores que habían pasado ya su mejor momento sobresalían, doblados y rotos, de bolsas de basura negras y brillantes. No quedaba ya ni rastro de comida o bebida; ni de cuencos con cacahuètes, libros a medio leer, zapatillas, periódicos, revistas o cualquier otra evidencia de que alguna vez hubieran pasado por allí seres humanos. Lo que aquella mañana

había parecido un apartamento cómodo tenía ahora el aspecto de un decorado montado para un fotógrafo de *House and Garden*.

—¿Todo va bien con la señora Dias? —le pregunté alegremente a Fiona.

—Es por el dinero —dijo ésta, que seguía examinando la nota. Caligrafía indescifrable o no, se podía apostar a que hablaba de dinero.

—Siéntate —le dije.

Parecía incómoda allí de pie con el abrigo de pieles puesto y las manos apoyadas en el respaldo de la silla Windsor.

—Estoy mejor de pie. Es otra vez la espalda. —Como para demostrarlo, arqueó la espalda e hizo una mueca—. Me pondré bien si me quedo de pie un minuto.

Desde la calle llegó el ruido de una impaciente fanfarria de diversas bocinas de coches. Aquél era el castigo por vivir en la parte más exclusiva del West End de Londres. Allí estaban los clubes nocturnos, los restaurantes de lujo, los mejores hoteles, el ruido interminable del tráfico, los golpes de las puertas de los coches y las conversaciones estridentes de los ricos y famosos. Fiona dejó de leer y arrojó la nota sobre la mesa.

—¿Pasa algo malo? —quise saber.

—Lo han hecho oficial. George. Hemos solicitado a la embajada de Varsovia una petición de una copia del certificado de defunción. El director general se limitó a asentir con la cabeza para dar el visto bueno; no hubo discusión ni comentarios.

—¿Estaba presente Dicky?

—En la reunión de la mañana, sí.

—Dicky está obsesionado en demostrar que George Kosinski tenía contactos con la Stasi. Se lo apuntará como un éxito personal. Sospecho que utilizará el certificado de defunción polaco para revolver todo lo que George poseía o aquello con lo que tenía relación.

—¿Cómo?

—Está en la nueva Ley de Evidencia Policial y Criminal. Utilizará el certificado de defunción para apoyar una alegación de que se ha cometido un delito. Basándose en eso podría alegar que todas las propiedades de George son «de valor sustancial para la investigación». Y las propiedades que tuvo anteriormente también. Nada podría impedirle a Dicky que confisque, registre y entre donde le dé la gana y se apodere de lo que quiera ver.

—¿Y eso importa?

—¿Olvidas que este apartamento estaría incluido en esa descripción?

—Nunca se atrevería —exclamó Fiona; luego hizo una pausa—. ¿O crees que sí?

—No me gusta el asunto, Fi.

—Porque no te cae bien Dicky —afirmó ella categóricamente.

—No, no porque no me caiga bien Dicky. No me gusta porque no creo que se trate de Dicky. Creo que Dicky obra siguiendo instrucciones.

—¿De arriba? ¿De quién?

—No lo sé. ¿Con quién ha estado últimamente?

—Con nadie. Vino para la primera reunión y luego dijo que estaba demasiado enfermo para trabajar y se fue a casa.

Seguía de pie. Al acordarse del agua tónica, bebió un sorbo como si se tratase de una medicina y luego dejó el vaso sobre la mesa no sin antes poner debajo la nota de la señora Dias para evitar que quedaran marcas circulares en el pulido sobre de la mesa.

—Creí que se lo habían tenido que llevar enfermo de repente porque las camas polacas eran demasiado duras y no había calefacción central.

—No, estaba enfermo de verdad —me aseguró Fiona.

—De verdadera hipocondría. Bueno, eso es un paso en la dirección apropiada. ¿No deberías ir a ver a un médico por lo de tu espalda?

—Dicky dice que George está muerto. Quiere poner una nota en los periódicos. ¿Qué opinas tú?

—¿De Dicky o de George?

—Dicky quiere que repatrien el cadáver de George. Pero yo le dije que George es residente suizo. ¿Cuál sería la posición legal? ¿Hay algún miembro de la familia de George a quien se pudiera convencer para que solicitase la devolución del cadáver que vosotros visteis?

—Nosotros no vimos ningún cadáver. Sólo la parte inferior de una pierna con su correspondiente pie.

—¿Qué más da? —dijo Fiona—. En lo que estoy pensando es en el entierro.

—Hablas igual que Dicky —le señalé—. Examinar una pierna es algo bastante poco concluyente. Nadie archiva huellas de los dedos de los pies. Y la mayor parte de los hospitales amputan muchas más piernas que brazos, de modo que en muchas ocasiones es posible comprarle una pierna a cualquier incinerador o a algún asistente de quirófano poco escrupulosos.

—Qué desagradable. ¿Por qué amputan más piernas que brazos? ¿Y por qué nadie se dio cuenta de que aquella pierna había sido amputada quirúrgicamente?

Aquella sí era la Fiona de antes; siempre discutiendo y desafiante.

—No había sido amputada quirúrgicamente; la habían cortado de una manera tosca de la parte superior de la pierna.

—¿No echa eso por tierra tu teoría de que procedía de un hospital?

—Al contrario, la refuerza. El motivo por el cual los hospitales amputan más piernas que brazos se debe a que los problemas circulatorios afectan más comúnmente a las piernas cuando los pacientes pierden la capacidad de caminar o de hacer ejercicio. Esos miembros están muertos y ennegrecidos, pero estos bromistas necesitaban una pierna que tuviera buen aspecto: eso significa una pierna amputada por haber sufrido algún daño físico... en un accidente de tráfico o algo así. Pero esa pierna habría ido acompañada del traumatismo, el daño sufrido. Para hacerlo convincente habrían tenido que cortarla por la rodilla, y eso es lo que sin duda hicieron. De todos modos no se trataba de George, quédate tranquila a ese respecto. Aquel pie nunca hubiera cabido en el zapato de George.

Fiona seguía de pie con las manos apoyadas en el respaldo de la silla. Me miró fijamente durante un momento:

—¿Nadie más se dio cuenta de eso?

—Por eso le habían cortado el dedo gordo. De cualquier modo, todo resultaba demasiado falso; obviamente la carne no habría sufrido esa clase de daño con el zapato puesto. El zapato estaba relativamente en buen estado. Es evidente que consiguieron uno de los zapatos de George después, y más tarde se dieron cuenta de que era demasiado pequeño para el pie y decidieron cortar el dedo gordo. Eso significaba que tenían que hacer ver que la herida había sido producida por la mordedura de un animal. De modo que luego tuvieron que fingir que algún animal había mordido el zapato mientras el pie aún estaba dentro. Hubiera sido una falsificación difícil de hacer aunque la hubieran hecho en un laboratorio. Algo que quedaba fuera del alcance de esos bromistas.

—¿Eso que dices es concluyente? Es posible que la pierna que viste no fuera de George, pero eso no prueba que George no esté muerto.

—Sé que tengo razón —le aseguré en un tono que quizá no hubiera elegido de no haberme tomado las últimas dos copas—. Ningún asesino habría tenido tiempo suficiente para cavar una tumba en aquel terreno, que estaba tan duro como una roca a causa de la helada. Además, tendría que deshacerse de la pala. ¿Cómo? ¿Preocuparse por las huellas digitales y otros rastros? Ni hablar. Hay que estar loco para pensar en enterrar un cadáver cuando sencillamente puedes echarlo al río y dejar que la corriente lo arrastre

durante muchos kilómetros. O esconderlo en alguna parte donde nunca lo encontrarían. Todo aquel bosque es una maraña de viejos búnkeres, trincheras y fortificaciones en ruinas.

—¿Has hablado de eso con Dicky? Él parece tener la certeza de que George está muerto.

—No me lo ha preguntado. Y no me lo ha preguntado porque le conviene creerlo.

—Yo tampoco te lo he preguntado.

Seguía de pie detrás de la silla, agarrada al respaldo con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—No, no me lo has preguntado, pero de todos modos yo te lo cuento. Te lo cuento porque creo que la propiedad de este apartamento podría estar en peligro.

—¿Y a ti por qué habría de importarte? Odias este apartamento. Lo noto en cada movimiento que haces.

—Tú eres mi esposa y te quiero, por eso me importa. Y no odio este apartamento.

—No, claro que no. ¿Cómo vas a odiarlo si apenas estás aquí nunca?

—Estoy intentando ayudarte.

—Tu opinión de que Dicky está a punto de irrumpir aquí sin permiso y registrar de arriba abajo el apartamento... ¿tiene que ver con la maleta que sacaste de aquí ayer?

—Eran objetos personales míos que he preferido guardar en otra parte. Eran cosas en las que no me gustaría que Dicky metiera la nariz.

—¿Cosas que quizá el departamento no aprobaría?

—Unas mil libras en moneda extranjera, además de cincuenta soberanos de oro que me dejó mi padre. La guerrera apolillada del ejército de mi padre. Algunos documentos de identidad falsos, otros documentos que podrían incriminar a viejos amigos o hacer que olieran mal. Las fotografías de la boda de mis padres y un volumen encuadernado en piel de *Die schone Müllerin* que fue un regalo de la biblioteca Von Munte. Un par de pistolas, una de ellas la Webley del ejército que perteneció a mi padre, y alguna munición antigua.

A Fiona se le suavizó la expresión del rostro.

—No quería entrometerme, Bernard. Perdona. Es que me altero enseguida. —Retiró la silla, se sentó y bebió un poco más de tónica. Luego me dedicó su atención de un modo más suave y amistoso—. ¿Qué sucede, Bernard? ¿Por qué crees que habrían de querer confiscar las propiedades de George? ¿Qué crees que podría haber detrás de todo ello?

—No lo sé, Fi, la verdad. Pero probablemente tenga que ver con la muerte de Tessa. Ésa es la única conexión que podría unir a George con la Stasi.

—Tú estabas presente cuando mataron a Tessa —me recordó Fiona.

—Los dos estábamos allí —apunté con suavidad—. Pero ¿por qué estaba allí Tessa?

—La llevaste tú en la furgoneta.

—Ya lo sé, pero estaba planeado de antemano que estuviera allí, Fi. Poco después de que me fuera de la fiesta en el hotel de Tante Lisl llegó un hombre que la buscaba. Tenía una moto y se presentó en la salida de Brandeburgo. Creo que él había planeado llevar allí a Tessa.

—Pero ¿por qué estaba ella allí?

—Tenía algunos amigos raros, Fi, tú sabes que era así. Y tomaba algún tipo de droga. Creo que se la proporcionaba alguien de la Stasi. Alguien quería que ella estuviera allí y lo arregló para que así fuera, pero aún no sé si el hombre de la moto era uno de los nuestros. Podría tratarse de alguna aventura amorosa de Tessa sin importancia. Ya sabes lo alocada que podía llegar a ser.

—Abandoné a la familia —dijo Fiona—. Si yo hubiera estado aquí con ella, quizá todo habría resultado diferente. Sí, probablemente era adicta a alguna clase de droga. He sido reacia a afrontarlo, pero eso se remonta a mucho tiempo atrás...

—Agentes de la Stasi hablaron con George en Zúrich. Bezpiecas polacos también, sospecho.

—Eso es lo que dijo Dicky.

—A George lo trasladaron con mucha limpieza de Zúrich a Varsovia. Un trabajo verdaderamente profesional. Ni rastro de billetes de avión, de papeles ni de testigos.

—Dicky tiene todavía a nuestra gente de Berna investigando ese asunto.

—Pues deja de contener la respiración porque los de Berna no encontrarán nada. Hicieron un trabajo de primera; no pueden competir con ellos.

—No tan de primera, si tú pudiste seguirle el rastro hasta la casa de su hermano.

Inteligente, lógica Fiona; me pregunté si iba a sacar aquello a relucir.

—Lo adiviné por casualidad. Elegí esa pista. De pronto oí decir que había estado emborrachándose en algunos bares de Varsovia y que se estaba convirtiendo en un fastidio. Debió de escaparse de los tipos que lo cuidaban.

—¿Y no crees que esos tipos que lo cuidaban lo habrían vuelto a capturar?

—No, si eran alemanes. Los alemanes, incluso los que pertenecen a la Stasi, van con pies de plomo en Polonia. Y Stefan, el hermano de George, sigue teniendo mucha influencia allí. Creo que George escapó de los tipos de la Stasi que lo vigilaban y se convirtió en una molestia tal que decidieron retirarse a un segundo plano para ver qué pasaba.

—¿Y lo mataron?

—No hay pruebas concluyentes para poder decir que George esté muerto. Todo lo que vimos en Polonia apunta hacia un montón de pistas falsas para hacernos creer que está muerto. O para hacer que otros lo crean.

—¿Pistas que dejaron los gorilas de la Stasi que lo vigilaban? Pero a ti no te engañaron.

—Unos profesionales que pueden hacer que George se evapore de Zúrich a Varsovia sin dejar rastro no son la clase de chapuceros que dejan un reloj de pulsera, un zapato atado y un pie en descomposición como evidencia de una muerte.

—Entonces, ¿quién lo organizó?

—Podría haber sido el propio George.

—¿Cómo iba George a amañar su propio certificado de defunción?

—Oh, Stefan está implicado en ello, desde luego. Stefan tiene mucha influencia y su esposa es la hija de cierto jefe funcionario del partido. Y estamos hablando de Polonia. Los alemanes no son populares allí, a los comunistas alemanes los desprecian de corazón. Si un pez gordo como Stefan quiere un certificado de defunción para que su hermano pueda escapar de las garras de la Stasi, ¿qué polaco va a decirle que no?

—Dicky se alborotará cuando oiga esto —me aseguró Fiona con tristeza.

A pesar de su experiencia, Fiona era reacia a creer que los certificados de defunción pudieran amañarse con cierta facilidad; incluso en Polonia. Yo a veces me preguntaba si sería la educación universitaria lo que producía aquella clase de fe ciega en los papeles firmados.

—Pues no se lo digas —le sugerí.

—Pero, cariño...

—Estamos hablando del marido de Tessa. Si George quiere que se le dé por muerto, debe de tener sus buenos motivos para ello. Es de la familia.

—Pero no está bien engañar a Dicky —me dijo.

—Nadie lo está engañando, está lleno de teorías. Si tú convences a Dicky de que George está vivo, Dicky elaborará enseguida un largo y complicado informe diciendo eso. Y docenas de personas tendrán acceso al mismo. Una palabra en un lugar inoportuno podría poner a George en peligro.

—Por lo que me has dicho, esa muerte fingida no engañará a ningún policía polaco con experiencia durante más de dos minutos.

—Eso depende de si el investigador polaco quiere que se sepa la verdad. Stefan es capaz de amañarlo todo. Sin duda amañó lo de los policías de la misma manera que amañó lo del certificado de defunción.

Fiona dejó escapar un suspiro.

—Quizá tengas razón. Pero me siento muy incómoda ocultándolo al departamento. Se nos supone empleados leales. Hemos firmado la Ley de Secretos Oficiales y nuestros contratos... Quiero decir...

—He ido a ver a Harry Strang.

—¿Con los niños?

—Sí, con los niños.

—Ya me extrañaba que hubieras tardado tanto en ir a ver a tu madre. ¿Cómo lo encontraste?

—Metido hasta las cejas en estiércol, pero parece que eso le gusta.

—A algunas personas les gusta. Afrontémoslo, ¿supondría eso mucho cambio para cualquiera de nosotros? —Vaya... aquélla era Fiona mostrando sus sentimientos; algo que no ocurría a menudo—. ¿Y su hijo estaba con él?

—¿Su hijo?

—El retrasado mental. Tommy. Ya debe de ser adulto.

—No sabía que Harry tuviera un hijo.

—¿Cómo puedes ser tan espeso, Bernard? La mujer de Harry tuvo una crisis nerviosa después de que al bebé le diagnosticaron lo que padecía. Por eso se separaron. Es la pesadilla de todas las madres. No hubo ninguna pelea entre ellos; sencillamente su mujer no fue capaz de asimilarlo. El pequeño Tommy... Fue una tragedia. Después de aquello, Harry dedicó hasta el último minuto libre de su vida a cuidar del niño.

—No lo sabía —repetí.

—¿Y cómo es que fuiste allí? Está claro que no es tu más íntimo amigo.

—Pues para hablar de aquella época... Cuando te sacaron de la República Democrática Alemana Harry era el sustituto del asistente personal del director general.

—Sí, claro. Morgan estaba enfermo.

—Tenía el trasero lleno de perdigones. Harry dice que el viejo no celebró ninguna reunión para hablar de ti, ni de tu huida.

—Pero ¿crees que Harry iba a decírtelo?

—Creo que a Harry le habían advertido que no lo hiciera. Me parece que últimamente han estado sonando los timbres de alarma del piso superior.

—Si tú has estado alborotando por ahí haciendo averiguaciones acerca de cómo me sacaron de allí... Claro que estarán alarmados. Eso no me sorprende.

—¡No hubo ninguna reunión, Fi! El director general no celebró reuniones. Ya me he encargado de que un miembro del servicio nocturno vaya a su despacho y eche un vistazo a la agenda de las citas del viejo, y me lo ha confirmado.

Fiona inspiró aire bruscamente para hacerme saber que meter a hurtadillas a un amigo para que mirase la agenda personal de citas de sir Henry no era jugar limpio, así que le dije que también había llamado por teléfono a la señora Porter, el ama de llaves del tío Silas, y había averiguado que, efectivamente, sí había habido reuniones, una de ellas muy larga, entre Silas y el director general inmediatamente antes de que hicieran desaparecer a Fiona del Este.

—¿Qué se supone que he de decir ahora? —me preguntó Fiona.

—¿No te das cuenta, Fi? Eso significa que el director general lo mantenía todo al margen de la oficina.

—Es un salto en el vacío, ¿no, cariño?

—Reuniones con el tío Silas, por ejemplo.

—No puedes estar seguro.

—Claro que no puedo estar seguro, pero Harry me lo insinuó. Tío Silas y el director general incubaron juntos ese asunto. Me encantaría oír lo que dijeron de Tessa.

—Ojalá lo dejaras correr todo, Bernard. Tessa está muerta. Tú sabes cómo me gustaría ver que se le hace un entierro decente, pero eso no significa que esté dispuesta a poner boca abajo el departamento. Estoy muy cansada de todo eso. Quizá sería mejor dejarla descansar.

Vaya, vaya. Aquello era un completo cambio en los sentimientos de la mujer que había conspirado para enviar a Timmerman a investigar por su cuenta la muerte de su hermana.

—¿Y si el plan era matar a Tessa? ¿Seguirías prefiriendo dejarlo correr? —le pregunté.

A Fiona se le daba bien controlar los sentimientos. Quizá nuestro matrimonio hubiera salido ganando si eso no se le hubiera dado tan bien.

—Siempre acabas saliendo por la tangente, cariño. ¿Qué tiene que ver esto? ¿Qué relación tiene con que George se fuera a Polonia?

—Forma parte del mismo asunto, tiene que ser así.

—George se fue voluntariamente, ¿no? No irás a decirme que lo drogaron y lo enrollaron en una alfombra o algo así.

Desde que trabajara en el Este, Fiona se había vuelto más condescendiente con nuestros enemigos, o quizá sería una manera más justa de describirlo decir que se había hecho más realista.

—No sé. Sí, se fue voluntariamente. George empleó a ese tipo llamado Timmerman. A Timmerman lo mataron y luego George se fue, disimulando su súbita desaparición y encargándose de que Ursi, la chica que le cuidaba la casa, no se alarmase.

Fiona acarició la manga del abrigo de pieles mientras lo pensaba.

—Esos gorilas de la Stasi llevaron el anillo de compromiso de Tessa a Suiza para enseñárselo a George —le dije.

—¿Qué? —Fiona tuvo un sobresalto—. ¿Cómo lo sabes?

—Fui a ver a un joyero en Zúrich. Gisorge llevó allí el anillo para que lo limpiasen. Yo lo vi: un diamante en forma de corazón con cuatro diamantes pequeños. Desde luego era el anillo de compromiso de Tessa.

—¿Por qué lo llevaría George a limpiar?

—Ya sabes lo desconfiado que puede llegar a ser George. Creo que fue un modo de averiguar si era una copia sin tener que preguntarlo directamente.

—Pero ¿es auténtico?

—Es auténtico.

—No le diré a Dicky ni a nadie que crees que George está vivo. Por lo menos de momento. Al fin y al cabo sólo es una teoría tuya, no es como si estuvieras ocultando pruebas.

—No —convine. Fiona había calmado sus inquietudes burguesas de ser desleal a la Corona—. No hay pruebas sólidas; sólo es una teoría. Si convenciera a Dicky para que dijera que George está vivo y luego de pronto llegase el cadáver, Dicky tendría algo de qué quejarse.

—Muy bien, cariño. Pero quiero que seas sincero conmigo en el futuro. Siempre te muestras muy reservado, Bernard, y eso está poniendo una gran tensión en tu carrera y también en nuestro matrimonio.

—Sí —acepté; bebí un poco de whisky y le sonreí.

Aquél no era el momento de recordarle que ella había estado tramando y planeando su desertión al Este durante años y nunca me había incluido a mí en el secreto. Pero si yo espero cuarenta y ocho horas para decirle que el hecho de que Dicky haya aceptado con los ojos cerrados la falsa muerte de George es sólo un ejemplo más de su estupidez, recibo una regañina por infidelidad matrimonial.

Quizá Fiona adivinara lo que yo estaba pensando, porque evitó mi mirada y se dio la vuelta.

—Voy a tomarme una galleta —dijo; y metió la mano en el cajón de la cocina para coger el paquete de galletas de avena que está allí para uso exclusivo de la señora Dias y que se repone sistemáticamente. Yo no sabía que Fiona también fuera una adicta a ellas—. ¿Te apetece una?

—No.

Estuvimos allí sentados durante largo rato, cada uno entregado a sus pensamientos, hasta que finalmente comenté:

—¿Te acuerdas de Cindy Prettyman?

—Desde luego. ¿Estaba en Varsovia?

—Ella no. La última noticia que oí es que tenía un empleo en Bruselas que era un chollo que proporcionaba muchísimo dinero, bonitos subsidios libres de impuestos y muchos restaurantes caros. O quizá fuera en Estrasburgo; de todos modos alguna clase de timo de chupatintas de la Comunidad Europea.

—Afortunada ella. Fue la primera persona a la que le mostré mi anillo de compromiso.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Yo estaba orgullosa. Le dije que habías vendido el Ferrari para comprarme el anillo.

—¿No le dijiste que se aguantaba sobre tacos y necesitaba una transmisión nueva?

Fiona sonrió. Era una broma. Aquel viejo Ferrari puede que soltara un poco de humo negro cuando estaba de mal humor. Y se calaba para demostrar lo poco que le gustaba que lo pusieran a velocidad lenta en medio del tráfico denso. Pero todavía era capaz de rendir lo suyo cuando lo vendí. Cuando lo ví alejarse, con su nuevo dueño al volante, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Cindy acudió a mí con una historia acerca de que Jim Prettyman estaba estafando mucho dinero al departamento —le confié.

—Y era cierto —me aseguró Fiona—. Era la provisión de fondos para mi operación en el Este. Jim Prettyman estaba en el Comité de Operaciones Especiales. Lo designaron tenedor de cuentas junto con Bret Rensselaer, que fue quien se encargó de organizar la cadena de pagos desde los fondos centrales a través de unos cuantos corredores hasta un banco de Berlín Occidental con el que está asociada su familia.

—¿Podría ser que el estupendo empleo de Cindy hubiera sido arreglado sólo para impedir que ella se siguiera entrometiendo en la preparación del

dinero?

—Yo diría que sí —convino Fiona, a quien estaba claro que la falta de ética de aquel recurso no la turbaba en absoluto—. Que alguien como Cindy anduviera arriba y abajo por Whitehall anunciando a bombo y platillo nuestros secretos fiscales habría podido causar un desastre.

—Acudió a mí dispuesta a sacar a la luz lo que parecía un gran desfalco. Ella creía que se trataba de fondos para sobornar al KGB. Le habían notificado que a Jim acababan de asesinarlo en un aparcamiento en Washington y el departamento decía que ella no tenía derecho a una pensión porque él había vuelto a casarse.

—¿Jim había vuelto a casarse? No lo sabía —comentó Fiona.

—Fue un divorcio mexicano. Pero Jim no había muerto, lo relegaron a un puesto olvidado. Por fin el departamento acabó pagando a las dos viudas antes que arriesgarse a que la muerte fingida de Jim fuera sometida a exámenes más profundos. —Miré a Fiona, que hizo un gesto de asentimiento. Ella sabía todo eso. ¿Cuántos oscuros secretos más tendría dentro de la cabeza?—. ¿Entonces Cindy tenía razón? ¿Hubo una transferencia ilegal?

—Resultaba fundamental para colocarme en la República Democrática Alemana. Yo tenía que organizar y motivar a la gente de la Iglesia de allí. No todos son personas altruistas y dedicadas que poseen dinero propio. Tú lo sabes bien; eras el agente de campo.

—No tienes que ponerte a la defensiva, Fi. Hiciste un gran trabajo.

—Cinco millones setecientas mil libras esterlinas. Funcionará, Bernard. Una ganga. Acabarán por derrocar el régimen, pero necesitan tiempo.

—Y luego Jim de repente volvió a la vida y fue a visitarnos a California —le recordé—. Me pregunto si el departamento le pidió a Cindy que devolviera el dinero de la pensión.

—No creo que fuese una cantidad importante —me aclaró Fiona como si ya hubiera averiguado qué les ocurre a los que enviudan al servicio de su país—. ¿Existe relación? ¿Relación con la muerte de Tessa?

—Cindy se calló como un muerto. Se le presentó el empleo de Europa y no quiso continuar la cruzada que había empezado. La cruzada... quiero decir que había levantado un gran revuelo cuando la vi. Éste es el país de Tessa. Debe de haber más detrás de ello.

—¿Vas a buscarla?

—¿A Cindy? No —le aseguré—. Tengo otras cosas que hacer en estos momentos. Y si Dicky va a estar enfermo en la cama, sufriendo la peste polaca o algo así, todo su trabajo se acumulará encima de mi mesa.

—Lo raro es que Daphne creía que él iba a estar en Polonia por lo menos otra semana. Lo organizó para que los albañiles fueran a arreglarles las humedades del desván y a renovar los dos cuartos de baño. Para Dicky eso va a ser un infierno. Ni siquiera tendrá un retrete para él.

—Tengo que ir a saludarlo —le dije—. Me encanta el martilleo. Espero que tengan transistores.

—Vas a ir a buscar a Cindy, ¿no es cierto? Noto cuando me mientes.

Lo dijo en tono afable, como si mis mentiras la complacieran; o quizá fuera el hecho de ser capaz de cogerme en mis mentiras lo que le daba aquel aire satisfecho.

—Lucinda Matthews —la informé—. Actualmente prefiere el nombre de soltera. ¿Tenemos una guía Michelin actualizada?

—Sin duda Dicky tendrá una en su despacho.

—Podríamos ir los dos. En los viejos tiempos ellos eran nuestros mejores amigos, ¿no?

—Quizá tenga que recordártelo yo, Bernard.

—Nunca haría nada que hiciese daño a Cindy.

—Tú serías capaz de vender a tu madre si se interpusiera en tu camino para averiguar algo que realmente quisieras saber. —Fiona se echó a reír de ese modo sincero y amistoso como se ríen las parejas casadas cuando han dicho algo que realmente piensan al otro cónyuge. Cuando se le desvaneció la sonrisa, añadió—: Esta mañana hubo una reunión de «recursos». Va a haber grandes recortes, Bernard.

—Siempre están hablando de recortes y todo acaba con una circular pidiendo a todo el mundo que ahorren en los clips de la correspondencia.

—Esta vez no. Ni siquiera las personas que tienen un contrato fijo están a salvo. Los fondos centrales han separado dinero para pagar las indemnizaciones por despido.

—Yo no tengo un contrato fijo —le recordé con poca seriedad.

—Yo no puedo darles argumentos a tu favor, cariño. Lo comprendes, ¿verdad?

—No, claro que no. Quedaría feo que los amigos o los parientes intercedieran a favor de alguien de quien conviene deshacerse. Las únicas personas que pueden interceder a mi favor legítimamente son mis enemigos.

—Dicky no es tu enemigo.

—¿Quién ha mencionado a Dicky?

—Aquel tiroteo en el piso de Campden Hill... asesinaron a Verdi. La investigación os exoneró a Werner y a ti, pero perder una fuente tan

prometedora deja una mala impresión. —Hizo una pausa—. Quieres que te hable con claridad, ¿verdad? ¿No querrás que te siga la corriente como a un niño?

—No, no me trates como a un niño, Fi.

No hizo caso del tono amargo de mi voz y dijo:

—No hay nada decidido todavía, pero a todos los empleados de categoría superior se les pedirá que entreguen una lista de las personas que...

—De las que quieren librarse.

—Sí, y si con eso no se ahorra lo suficiente, empezarán a hacer una lista de los recortes necesarios... tantos del grado tres, tantos del grado cinco, y así sucesivamente. Bret dice que quizá haya implicaciones constitucionales. Puede que sobrepase los poderes legales del gobierno exigir grandes recortes en los servicios de seguridad de la nación sin consultar antes al Parlamento y obtener el consenso de todos los partidos.

—El bueno de Bret. Es un patriota, ¿no es cierto?

Me puse en pie y di unos golpecitos en el tapón de la botella de whisky para asegurarme de que estuviera bien apretado. No me estaba gustando aquella conversación.

—A ti no te pasará nada, Bernard.

—No tengo contrato; no tengo plan de pensiones; no tengo un puesto numerario; no tengo indemnización por despido; no tengo ningún derecho en absoluto. Seré el empleado al que resulta más barato despedir. Hasta el conserje tiene un sindicato que le respalda si apela a un tribunal por despido improcedente. Pero a mí podrían hacerme salir por la puerta avisándome tan sólo con un minuto de antelación.

—Por lo menos yo podré decirte lo que va a pasar y cuándo, cariño. No saldrá de la nada, así, de pronto.

—No voy a quedarme toda la noche despierto preocupándome por eso. No puedo hacer nada para conservar mi empleo... pues que se jodan.

Fiona se acercó a mí y la abracé. Todavía llevaba puesto el suave abrigo de piel y mis dedos desaparecieron en él. Con una espontaneidad impropia de ella, me llevó la mano a la nuca y me besó con un entusiasmo desacostumbrado. Mientras me abrazaba con fuerza me dijo:

—Hay algo que sí puedes hacer: deja de una vez de pelearte con Dicky.

La suave dulzura de la voz de Fiona estaba entrelazada con cierta preocupación de esposa. Aquélla era la voz con la que solía insinuarme que bebía demasiado; la voz que me había convencido para dejar de fumar.

—No me peleo con él.

Se apartó de mí y se miró el abrigo en el espejo como si nadie la estuviera observando. Luego levantó la mirada y dijo:

—Explícale a Dicky los motivos que tienes para creer que George sigue vivo. Haz que te diga qué pretende conseguir. Haz lo que sea necesario para ayudarlo a aclarar el expediente de George Kosinski. Un éxito quizá lo confirmase a él en el puesto de controlador europeo. Bret quiere que vuelva aquel tipo australiano, supongo que lo que sucede es que piensa que Dicky se está volviendo demasiado poderoso. Y el director general duda, no sabe qué hacer.

—Eso he oído decir.

—¿Y aun así permaneces a un lado para contemplar cómo Dicky cae de bruces? Tu mejor baza es respaldar a Dicky y asegurarte de que todo le salga bien. Déjale que se lleve el mérito.

—¿Eso es lo que haces tú?

Fiona conocía a Dicky desde que estudiaron juntos en Oxford, y por muy claramente que se diera cuenta de lo necio que era, eso les proporcionaba una intimidad que yo nunca podría compartir.

—¿Por Dicky? Quizá. Nunca lo he pensado. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. No estarás celoso... ¿Crees que Dicky se fija en mí? —Se echó a reír—. No puedo creerlo.

Se sentó en una silla, cerca del agua tónica que se estaba tomando.

—No, no estoy celoso de él —le aseguré.

—Dicky necesitará a alguien de confianza en Berlín. Frank Harrington ha pedido un adjunto.

—¿Así que ya es oficial? Se las ha arreglado sin adjunto durante mucho tiempo.

—¿Adjunto del *rezident* de Berlín? Unidad de campaña de Berlín. Te encantaría eso, cariño. Sé que sería así. ¡Dietas y gastos! Ascenderías y tendrías derecho a una pensión superior. Eso te haría prácticamente invulnerable a las reestructuraciones.

Así que era eso lo que quería decirme. Supongo que había planeado explicármelo mientras tomábamos un brandy en un restaurante de lujo más que tomando una lata de tónica Schweppes en la cocina, pero de todos modos aquél era el mensaje que quería hacer llegar.

—¿Dicky dijo mi nombre?

—Está en sus manos, y no hay nadie más apropiado que tú —me aseguró Fiona—. Y si Dicky estuviera seguro de que tú eres su hombre, te apoyaría hasta el final.

—Oh, ya veo.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—¿Que me convierta en el soplón de Dicky, quieres decir? Que me vaya a Berlín para tener vigilado a Frank Harrington, y me encargue de hundirlo si alguna vez intenta volverse contra el buen consejo de Dicky.

—Claro que no, cariño.

Pero lo dijo sin convicción.

—Mis hijos están aquí, en Londres —le recordé—. Y tú también estás aquí, en Londres.

—Eres muy leal a nosotros, Bernard. A tu familia, me refiero. Eso es lo que me encanta de ti. Pero la profesión también tiene importancia. La lealtad al trabajo.

—A ti no te importa que nuestros hijos están viviendo con tu padre, ¿verdad? Te conviene tenerlos allí, en el campo, con tus padres, e ir a verlos cuando puedes.

—Irías y vendrías con frecuencia para consultar con Dicky. ¿Cuánto más veríamos a los niños si estuvieran viviendo aquí en el apartamento con nosotros? A ti te envían continuamente al otro lado del mundo y te avisan con poca o ninguna antelación. Yo salgo por la mañana temprano y trabajo hasta después de hacerse de noche. ¿Qué clase de vida tendrían?

—Lo dices como si no quisieras que los niños volvieran a casa nunca —dije.

—Eso no es cierto, Bernard. Y resulta detestable incluso el que lo digas.

Se removió en la silla y se tiró del abrigo para envolverse más alrededor de las piernas.

—Fi, supongamos que ayudo a Dicky a encontrar a George y luego le sonsaco todo lo que haya que saber acerca de sus contactos en la Stasi... ¿Podrías vivir con las consecuencias?

—¿A qué te refieres?

—¿Te has preguntado cómo van a ponerse las cosas si resulta que George estuvo ayudando a la Stasi o al KGB o alguna otra organización enemiga? Se armará un revuelo de mil demonios. Y tú te verás implicada. Es tu cuñado.

Fiona frunció los labios. Era evidente que hasta el momento no lo había considerado desde ese ángulo, pero no tardó en resolver la cuestión.

—No podemos tener eso en cuenta, cariño. No podemos... se trata de la seguridad nacional, sean cuales sean las consecuencias para nosotros.

—Tienes razón —convine.

Pero no estaba ni mucho menos convencido. La educación y la formación burguesa de Fiona la habían hecho rígidamente patriota, de manera que servir a la Corona, y a la nación, era la mayor ambición de su vida. Yo no me quedaba corto ante ella en cuanto a motivaciones elevadas, pero procedía de otra cepa. Los bandazos y la dureza de mi trabajo de agente de campo me habían endurecido y me habían hecho volver desconfiado, de manera que al menos una pequeña parte de mi mente, y de los demás recursos de que disponía, era mía y la reservaba para mí.

—Ese trabajo que me está esperando en Berlín —le comenté— no será algo que Dicky y tú habéis tramado para alejarme de Gloria, ¿verdad?

Fiona sostenía la tónica en alto y de nuevo trataba de interpretar la nota de la señora Dias. Levantó la vista.

—¿Así que es eso? Nadie está conspirando contra ti, cariño. Pero suponiendo que fuera un complot que Dicky y yo hubiéramos tramado, ¿habría alguna diferencia?

—No, no habría ninguna diferencia —respondí sin enfadarme—. De ninguna manera voy a aceptar un empleo en Berlín. Sé lo que lleva consigo y soy demasiado viejo para ese asunto de tipos duros. Y demasiado cínico para creer en ello.

Tenía la cabeza baja mientras examinaba la nota y no dio muestras de haber oído mi respuesta.

—Venga, vamos a cenar fuera —dijo; y volvió a poner el vaso encima de la nota—. A algún sitio bonito. A Annabel's. Yo invito. Papá me ha subido la asignación este mes.

Levantó los ojos hacia los míos. Sus labios sonrieron con dulzura, como si me adorase. No respondió a mi pregunta, por supuesto. No hacía falta; sus ojos decían: te tengo.

FETCHER HOUSE (anexo del SSI), Londres

—Tu esposa me odia —me dijo Gloria—. No estará contenta hasta que me despidan.

—No —le aseguré.

Me había cogido desprevenido el hecho de que Gloria fuera a seguirme la pista hasta el otro lado de la calle Oxford e irrumpiera en aquel pequeño y destartalado despacho abrazando un paquete y con la cara llena de indignación y desesperación.

—Pues yo digo que sí —insistió.

Recordé la manera como Gloria decía siempre «tu esposa», como si Fiona existiera sólo gracias al estatus que le confería el hecho de estar casada conmigo.

—Son imaginaciones tuyas —le dije. Y añadí con una ansiosa y estúpida desesperación—: Ni siquiera estoy seguro de que sepa lo nuestro.

Gloria me dirigió una mirada furibunda durante unos instantes y luego me espetó:

—Aún no estoy chalada del todo...

Escupió estas palabras con tanta ira que hicieron que me encogiera.

Desde luego me había pasado de la raya. Sin duda Gloria necesitaba que la tranquilizasen de algún modo, pero era prácticamente imposible que la forma que tenía de engañarse a sí misma llegase al punto de hacerle creer que Fiona no sabía que, después de irse, yo me había enamorado tonta e irreparablemente de aquella hermosa muchacha, que habíamos puesto casa juntos, y que, en la medida en que Gloria había querido, se había ocupado de los niños, nuestros hijos, y los había cautivado.

—Lo siento.

Me preocupaba lo que Gloria pudiera hacer a continuación. Llevaba en los brazos una gran caja de poliestireno blanco. Me pregunté si la llevaría para

tirármela y, caso de ser así, qué sería lo que contenía la caja.

—Eres un zalamero, Bernard. Quizá por eso me enamoré de ti al principio. Eres un zalamero y yo soy la mujer más crédula del mundo.

Parte de la rabia inicial parecía haberse evaporado; Gloria se quedó allí de pie, mirándome en silencio como si tratara de pensar en lo siguiente que había planeado decirme. Llevaba puesto un abrigo largo de ante y un gorro de piel; un conjunto que le favorecía tanto que era la imagen que siempre me venía a la cabeza cuando pensaba en ella. Una gran bola de pieles como la peluca de un payaso. No se quitó el gorro en ningún momento durante la noche que pasamos juntos esperando en el hospital, preocupados por la bronquitis del pequeño Billy. Hacía ya mucho tiempo de eso, pero yo lo recordaba con viveza. Un jersey de cuello vuelto marrón, una falda marrón de lana, unos botines de piel de color claro y aquel extravagante gorro. Nadie hubiera podido tomarse más a pecho la enfermedad de Billy de lo que Gloria lo hizo. Recuerdo que se paseaba arriba y abajo, y desaparecía de vez en cuando en el lavabo para que yo no la viera llorar.

—Vaya lugar más siniestro para trabajar. Nunca había estado aquí.

Me había seguido la pista hasta Fletcher House, un edificio que era un anexo del departamento y que se encontraba perdido entre la confusión de oficinas y fábricas de ropa barata situado detrás de la calle Tottenham Court. Un edificio neogeorgiano de ladrillo rojo apagado y piedra de Portland que databa de principios de los años treinta y seguía el diseño que el gobierno prefería entonces para las centrales telefónicas de Gran Bretaña.

—No trabajo aquí de modo permanente; sólo es por unos días, mientras Dicky habla con los inspectores y revisa la biblioteca y esas cosas. Quieren que el departamento vacíe el edificio. Los del Tesoro dicen que lo necesitan.

—¿Dónde irá la biblioteca?

—En realidad no formará parte de nuestra biblioteca principal. Es una remesa sobrante de libros y documentos en alemán que trajeron en 1945: publicaciones y libros de consulta del partido nazi e incluso antiguos listines telefónicos, algunos de ellos todavía en las cajas de embalaje. Yo lo mandaría todo a Bonn y que fueran los alemanes los que lo pusieran en orden.

—¿Eso es lo que hará Dicky?

—No, yo diría que no. Los libros nos proporcionan la única excusa válida para tratar de conservar el edificio; ahora los despachos ocupan menos de la mitad del espacio, y eso no hay manera de disimularlo.

—No lo entiendo.

—En el patio de atrás hay dieciséis plazas de aparcamiento. El parque móvil las utiliza. A Dicky lo colgarían, lo arrastrarían y lo descuartizarían si cediera un centímetro de terreno y el departamento perdiera algunas de las plazas de aparcamiento de la Central de Londres.

—Me alivia oírte decir que no van a encerrarte aquí para siempre, Bernard.

—Sólo mientras Dicky encuentra algunos motivos para que podamos quedarnos con el edificio.

—¿Y no has podido encontrar una habitación mejor que ésta?

—No en todos los pisos hay calefacción —le expliqué—. Y me hacía falta un teléfono que funcionase.

Me había puesto cómodo en una habitación larga y estrecha con una mesa de despacho decrepita y un par de sillas. En realidad era poco más que un pasillo, y estaba situada entre un «despacho de enlace policial» y una habitación donde tres alegres empleadas se mostraban siempre frenéticamente activas haciendo funcionar una docena de fotocopiadoras.

—Creí que nadie sabía adonde habías ido a parar. —Gloria dejó el paquete encima de la mesa y luego se puso a revolver en el bolso en busca de un pañuelo. La caja blanca estaba sellada con cinta adhesiva, y las etiquetas y escritos que la adornaban indicaban que había viajado en una montaña rusa pasando por todos los rincones y grietas del Foreign Office, lugar, por otra parte, bien provisto de rincones y grietas.

Se limpió la nariz con el pañuelo y luego lo guardó antes de añadir:

—Me han pedido que te traiga este paquete. Es delicado.

—Gracias —le dije.

Tenía esos grandes letreros rojos internacionales que indican que el contenido es frágil, una copa hecha añicos, las marcas de correo aéreo y el complicado sello de caucho del Servicio de Correo Diplomático, con fecha y acuse de recibo. También estaban las marcas reconocibles de la Foreign Office Inward Bag Room, cruzadas a través del paquete con decididos trazos de lápiz azul, como desmintiendo con enojo que aquello siquiera hubiera llegado allí. «Prueben con Cruyer - ssi», habían escrito debajo con pulcra caligrafía. Mi nombre no aparecía por ninguna parte.

—Llegó anoche... en la saca procedente de Varsovia —me explicó Gloria mientras acariciaba la parte superior—. Sé que estuvisteis los dos en Polonia la semana pasada.

—Me encargaré de que Dicky lo reciba.

—No debí entrar aquí gritándote, pero acabo de quedarme sin empleo.

—¿Qué quieres decir?

—Por fin tu mujer ha conseguido lo que quería.

La cara de Gloria estaba de color rojo vivo, o por lo menos de color rosa vivo. Si aquel semblante arrebolado se debía al agotamiento, al apuro o a la ira, no lo sabía seguro. A pesar de la intimidación que me había proporcionado vivir con ella, aún me hacía dudar. Quizá fueran sus antecedentes húngaros, quizá la diferencia generacional, quizá fuera mi fracaso crónico en comprender a las mujeres, quizá fueran todas esas cosas y quizá fuera *eso* lo que la hacía tan seductora.

—Voy a trabajar en Budapest —continuó diciendo—. Estoy asignada allí desde principios del mes que viene. Así que voy a tomarme un tiempo libre para arreglar las cosas antes de marcharme. Ya no volveré a la oficina. —Esbozó una sonrisa que no duró más que una fracción de segundo, antes de añadir sin aliento—: De manera que esto es el adiós.

—¿El adiós? Había oído que ibas a trabajar para Bret Rensselaer. Me habían dicho que iban a ascenderte a una especie de apagafuegos de los peces gordos del piso superior.

—¿No te has enterado? Vamos a comparecer todos ante una junta de evaluación. Van a diezmar el departamento, quieren hacer reducciones del veinticinco por ciento del personal. Irme a la embajada en Budapest es la única oportunidad que tengo de escapar.

—Siéntate, Gloria. ¿Quién te ha dicho eso?

—Van a crear allí un puesto para mí. Sin estatus diplomático, desde luego, pero estaré cerca de mi padre.

—Comprendo.

—Viviré en Budapest como ciudadana particular. Mi empleo en la embajada tendrá un horario de nueve a cinco. De manera que no me hará falta protección diplomática.

—¿Tu padre sigue allí?

—Estoy preocupada por él —me confió Gloria.

—Pero... ¿está bien?

—Fue agente durante muchos años, Bernard. Nunca debió regresar a Hungría. Por muy mal que nos trataran los rusos, siempre habrá húngaros que consideren que lo que hizo mi padre fue una traición.

—Tu padre sabe cuidarse.

—Se está haciendo viejo, Bernard.

—Eso nos pasa a todos. Excepto a ti, claro —me apresuré a añadir—. ¿Así que has rechazado el trabajo con Bret?

—Bret no podía creer que no quisiera trabajar con él. —Esbozó otra sonrisa con los labios apretados—. Insiste en que me lo piense bien. Pero ya lo he pensado.

—No seas tonta, Gloria. Olvídate de Budapest y de todos esos mierdas de la embajada. Si te quedas trabajando aquí de ayudante personal de Bret, puedes dejar de preocuparte por la junta de evaluación. —Al ver que ella no decía nada, insistí—: Ningún zombi contemporizador de ninguna junta de evaluación va a arriesgarse a despedir a un empleado personal de nadie, y ciertamente no van a echar a alguien que acaba de ser asignado a la plantilla personal del director general.

Me miró, lo pensó, y luego dijo:

—Creo que es demasiado tarde para eso. —Se encogió de hombros—. De todos modos, ya he empezado a encapricharme con la idea de vivir en Budapest.

—Quédate aquí, en la Central de Londres, Gloria. Allí no pasarás de ser una supernumeraria. No tendrás seguridad laboral. Los chupatintas de las embajadas se las saben todas en materia de autoconservación, y te echarán en cuanto les digan que han de hacer recortes. Y si te ves metida en cualquier clase de problema con la burocracia húngara, te encontrarás completamente sola. Sé cómo funciona. No es distinto de lo que me ocurrió a mí.

—No quiero quedarme en Londres.

—A veces hay que hacer cosas que a uno no le gustan —le aseguré; e inmediatamente oí ecos de la voz de mi padre en lo que acababa de decir.

Me miró. Era joven y rebosaba vida y energía. Igual que tantas personas animadas, Gloria sometía al mundo que la rodeaba a un constante examen. Yo conocía sus estados de ánimo y los síntomas. Aquella sonrisa tonta con los labios apretados, cuando era fugaz, era un presagio de deleite. Pero si esa misma sonrisa la sostenía durante unos segundos más, indicaba reprensión. Y cuando iba acompañada de un parpadeo significaba problemas inminentes. Y así era en aquel momento.

—Tú no eres humano, Bernard. No eres más que una puñetera máquina.

—No llores, Gloria. Por Dios... ¿Qué pasa ahora?

—A ti no te afecta, ¿verdad? Tú dices «hola, Gloria», me das consejos acerca de mi trabajo y dices que te gusta mi nuevo peinado. Pero eso es lo único que te importa.

—¿Tu peinado? ¿Qué más debería importarme?

—Te odio, Bernard. De verdad. No puedo aguantarlo más. —Sacó el pañuelo y se sonó—. Verte cada día e intentar que no me importe que te

vayas a casa con tu mujer cada noche me está destrozando. Pero sí me importa. No puedo dejar de quererte simplemente, como resulta evidente que tú sí puedes dejar de quererme a mí.

Se levantó y se dio la vuelta para que no pudiera ver las lágrimas en sus ojos. Desde la habitación de al lado llegaba el ruido incesante de las fotocopadoras que gemían, suspiraban y producían un estruendo metálico.

—Espera un minuto, Gloria. Lo has entendido mal...

Pero entonces me interrumpí. Noté que el agua se hacía más profunda a medida que yo intentaba vadearla hacia adelante.

—¿O es que nunca me quisiste? —me preguntó sin darse la vuelta para mirarme—. ¿Fue sólo una representación? ¿Otra de tus muy habilidosas tapaderas?

—No, nada de eso.

—En Hungría tenemos un dicho: «Cuando cenas con el hombre rico, acabas pagando la cuenta».

—¿Cómo podía saber que mi mujer iba a volver? —le dije; aunque sólo a duras penas logré disimular la exasperación que sentía.

Se volvió para mirarme de frente.

—Tú eres el hombre rico, Bernard. Y soy yo quien se queda pagando la cuenta.

En otras circunstancias quizá hubiera pensado que Gloria estaba dando un rodeo para decirme que estaba embarazada, pero sabía que no era eso. Había pasado demasiado tiempo.

—Por favor, Gloria —le pedí.

Gloria tenía los ojos borrosos por las lágrimas y estaba conmovedora. Cada célula de mi cuerpo me decía que la abrazara, que le secase las lágrimas y la consolase, pero el cerebro me decía que eso no haría más que empeorar las cosas. Y el cerebro tenía razón.

—Tengo que alejarme de ti —me aseguró—. Haré algo desesperado si me quedo aquí trabajando en lugares donde me encuentro contigo y te oigo.

Sorbió por la nariz de un modo infantil que me trajo un montón de recuerdos.

—Pensaba irme a Berlín de todos modos —dije en un intento desesperado por evitar que llorase. Hubiera podido hacer frente a un montón de gritos insultándome y recriminándome, pero aquella rendición ante el dolor me afectaba—. Frank ha decidido de pronto que no puede arreglárselas allí sin un ayudante.

Gloria no dijo nada, pero me di cuenta de que estaba haciendo un gran esfuerzo por recobrar la compostura. Incluyó la cabeza sobre el bolso, jugueteó un poco con un espejo y se enjugó los ojos con cuidado para que no se le corriera el maquillaje. Como estaba mirando en esa dirección, se fijó en el hombre que caminaba por el pasillo.

—¿Quién es ese hombre? —me preguntó.

Mi despacho, por llamarlo de alguna manera, era poco más que un pasillo. En un desesperado intento por permitirle la entrada a la luz del día, algún arquitecto desconocido había construido la parte superior de la pared interior con paneles de vidrio. En otro tiempo habían sido de cristal esmerilado, pero con los años, y debido a los portazos descuidados, muchos de los paneles se habían hecho añicos y los habían sustituido por otros transparentes.

—Supongo que será un mensajero —respondí.

—Sí. ¿Te has enterado de lo que pasó cuando Jennifer llamó a Dicky el sábado pasado para tratar de averiguar dónde había dejado él las llaves del archivador? —Gloria sonrió intentando demostrarme lo alegre que podía estar—. Cuando Dicky contestó por el teléfono móvil no reconoció la voz de Jennifer. Le dijo: «Estoy aquí, junto al pescado, cariño. Date prisa». Estaba haciendo la compra en Safeways con Daphne. Los dos tienen teléfono móvil.

—Espero que la malvada Jennifer no haya ido por ahí contándole el cuento a todo el mundo. No conviene que a Dicky se lo empiecen a tomar a chirigota.

Gloria levantó la mano en un gesto de sumisión.

—He metido la pata. —Luego, con una voz diferente, dijo—: Ahí va otra vez. Ha pasado ya tres veces por aquí delante. Y lo ví en la calle cuando salí del Foreign Office. Me está siguiendo.

—¿Ese monstruo barbudo? ¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. Llama a seguridad.

—Deja que lo aborde —le indiqué.

Estaba seguro de que no era más que un nuevo mensajero.

Mientras estaba diciendo esto se abrió la puerta y entró Dicky. El atuendo que llevaba había cambiado desde el viaje a Polonia. Sin dejar de ser el marchoso Wunderkind muy a la moda, había abandonado el cachemir y la seda y los había cambiado por una imagen más proletaria. Llevaba una cazadora de cuero gastado, un jersey basto gris de cuello vuelto y pantalones de pana raídos.

—¿Tú entiendes algo de estructuras arquitectónicas, Bernard? —me preguntó Dicky.

—No mucho —confesé.

—Pues me parece que por fin he dado con la solución perfecta para nosotros —me aseguró—. Sabía que acabaría por resolverlo. Sólo era cuestión de sentarse y ponerse a pensar seriamente en lo que intentamos hacer.

Dijo aquello como si probablemente la solución fuera a ser tan enteramente nueva para mí como lo era para él. Hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Es decir, mira este sitio... —Al darse la vuelta para indicarme la pintura desconchada y las grietas del techo, cada vez más abiertas, se percató de la presencia de Gloria—. ¡Gloria! ¡Cariño! ¿De qué te escondes detrás de la puerta?

—De usted, señor Cruyer —le confesó Gloria.

Dicky se echó a reír.

—Madre mía, estás fabulosa últimamente. ¿Qué haces? Peinado nuevo. Abrigo nuevo.

—Es un abrigo viejo —dijo Gloria.

Y sonrió. Sabía tan bien como yo que aquel arranque de Dicky no era más que el saludo acostumbrado que reservaba para el personal femenino, pero eso no pareció disminuir el estímulo que le proporcionó a ella.

—Pues te queda de maravilla —le aseguró Dicky—. Y me encantan esas botas. ¡Sexy! —Gloria lo contempló con adoración cuando él se dio la vuelta de nuevo hacia mí, volvió a examinar el techo y dijo—: Haremos que condenen todo el edificio. —Se volvió de nuevo hacia Gloria y repitió «condenen». Refiriéndose a mí, me preguntó—: Lo entiendes, ¿no?

—Creo que sí.

Había pasado ya el tiempo suficiente con Dicky y sus retorcidas maquinaciones para adivinar cómo le estaba funcionando la cabeza.

—Conseguiremos que algún inspector escriba un informe largo y espantoso... Diremos que está a punto de derrumbarse sobre la fábrica de trajes de baño que hay ahí al lado.

—¿Lo que hay ahí al lado es una fábrica de trajes de baño? —le pregunté.

—Bernard, Bernard. ¿Eres tú el espía o lo soy yo? —bromeó Dicky; luego se volvió hacia Gloria y le hizo un guiño. Ésta asintió con la cabeza. Dicky continuó hablando—: Sí, he hecho averiguaciones sobre toda la calle. Sé qué ocupantes son arrendatarios y cuáles son propietarios de los inmuebles. Y sé el «uso y finalidad», tal como está definido por los propietarios y permitido por los estatutos locales. Nunca se sabe cuándo puede hacer falta saltar sobre

los vecinos por uso indebido. Siempre lo hago cuando la propiedad está de por medio. Sí, una fábrica de trajes de baño.

—¿Pedirás otro edificio? —quise saber.

—Sí, y si el Tesoro quiere este lugar, que vengan y lo reformen ellos. Hay un edificio pequeño precioso que el Ministerio de Educación tiene en Mayfair que nos vendría perfectamente. —Dicky nos miró a Gloria y a mí; oí cómo las ruedas de los trinquetes le daban vueltas en el cerebro—. ¿Es esto una cita?

—No —respondí apresuradamente, demasiado apresuradamente.

Dicky nos dedicó su sonrisa de gato de Cheshire.

—Ambos podéis confiar en mi discreción. Bernard ya lo sabe —le indicó a Gloria—. Vuestro secreto está a salvo conmigo.

—Gloria te buscaba a ti —le comuniqué.

—Bien, mientras yo no estorbe.

Esbozó otra sonrisa para demostrar que ya se consideraba parte de nuestra conspiración. Entonces vio la caja de poliestireno.

—Gloria ha traído este paquete —le comenté—. Te estaba buscando. Llegó en el correo de Varsovia.

Dicky lo levantó durante unos instantes para sopesarlo. Luego cogió mi navaja plegable del ejército suizo, que cuando Gloria hizo su aparición yo estaba utilizando para abrir una lata de café en polvo. Usó mi navaja para cortar el papel engomado que sellaba las dos mitades de la caja de poliestireno, con lo que los dos pedazos de ésta se separaron y dejaron a la vista un tarro grande. Era un tarro de conserva, de esa clase de recipiente de vidrio grueso que se utilizaba en las cocinas antiguamente, cuando las esposas se quedaban en casa y cocinaban; estaba sellado herméticamente en la parte superior con una sujeción de alambre grueso y una arandela de caucho rojo. El contenido quedaba completamente oculto por una gran etiqueta que envolvía el tarro.

—Está en polaco —se quejó Dicky mientras trataba de leer la etiqueta escrita a máquina. Luego se dio por vencido y arrancó la etiqueta para ver con sus propios ojos lo que le habían enviado desde Varsovia—. ¿Qué pone ahí? —me preguntó al tiempo que empujaba hacia mí la etiqueta.

Dicky diría más tarde que estaba convencido de que aquello sería un kilo de caviar, pues había descubierto que en Varsovia era relativamente barato y relativamente abundante. Si había sido así, la impresión debió de ser tanto mayor cuando arrancó con impaciencia las partes que quedaban de la etiqueta y sostuvo el tarro en alto. Estaba lleno casi hasta el tope de líquido, de un líquido casi transparente, excepto por unas cuantas grandes partículas de

materia orgánica enturbiadas por el movimiento repentino. Al sujetarlo cerca de la luz del techo el tarro brillaba. La espesura del vidrio distorsionaba y alargaba la forma del contenido, pero la transparencia del líquido proporcionaba una buena visión de la mano humana cercenada que flotaba en él, junto con jirones de piel y tendones que se balanceaban y mecían en el brillante líquido conservante.

—¡Ahhh! —gritó Dicky. La cara se le contrajo de asco y estuvo a punto de dejar caer el tarro. Gloria retrocedió un paso. Yo fui el último en levantar la mirada y reaccionar, pues había estado intentando descifrar la etiqueta escrita a máquina.

—Aquí dice George Kosinski —le indiqué a Dicky—. Es un extracto de un informe de autopsia que tiene fecha de la semana pasada.

—¿Todavía tiene los anillos de oro en los dedos? —me preguntó Dicky, como si se negase a creer que se tratase de una mano humana.

Había dejado el tarro sobre la mesa y se mantenía a distancia del mismo.

—Los dedos están demasiado hinchados para sacar los anillos —le expliqué—. Habrán decidido no amputar los dedos si tenían que devolverlo a los familiares.

—Esto será decisivo —comentó Dicky mientras cogía una sucesión de pañuelos de papel de la caja que había sobre la mesa y se limpiaba repetidamente los dedos con ellos—. Ahora acabaremos de una vez con el argumento de que Kosinski no está muerto.

Dejó caer los pañuelos en una papelera y me miró.

Mientras estábamos mirando el tarro, de espaldas a la puerta, ésta se abrió y entró el hombre barbudo.

—Me llevaré esto —dijo; y alargando la mano cogió el tarro de encima del escritorio y salió por la puerta caminando de espaldas. Con el tarro de vidrio embutido debajo del brazo, se metió la otra mano en el bolsillo de la chaqueta y apuntó a Dicky con ella—. No quiero que nadie resulte herido. Quédense ahí y permanezcan callados.

Luego salió reculando al pasillo, cerró la puerta y se alejó sin dejar de mirarnos a través de los paneles de vidrio.

Apenas habíamos perdido de vista al intruso cuando Dicky ya estaba abriendo la puerta y echaba a correr detrás de él por el pasillo hasta que se perdió de vista. Se oyó el sonido de un disparo.

—¡Ya tengo a ese hijo de puta! —se oyó gritar a Dicky.

Cuando llegué al pasillo quedé asombrado al ver a Dicky colocado en la postura de piernas separadas y rodillas dobladas que empezaron a enseñar en

la escuela de entrenamiento cuando sustituyeron las tradicionales dianas circulares por feos dibujos de humanos agresivos. Apretando con fuerza las dos manos juntas, Dicky sostenía un revólver, otro de aquellos viejos modelos de «policía oficial», y apuntaba a lo largo del pasillo al hombre que huía.

—¡Vamos! —le conminó Dicky.

Y disparó, aunque cuando sonó el disparo el hombre de la barba ya había desaparecido escalera abajo.

Dicky echó a correr pasillo adelante y yo lo seguí. Cuando llegué al extremo del pasillo aquel tipo nos sacaba bastante ventaja. Era un hombre pequeño, ligero de peso, y estaba en una excelente forma física, a juzgar por el sonido de sus pies al resonar por el espacio del hueco de la escalera.

Vislumbré a Dicky, que bajaba a la carrera los tramos de escalera, pero no pude ver al hombre al que perseguía. Cuando llegué a la siguiente planta sonó un tiro, y dos tramos más abajo pasé junto a una larga mancha de sangre que había en la pared; otras manchas se veían en los escalones. Luego oí el sonido de otro disparo. El ruido de las pisadas continuaba sin interrupción, lo que me hizo adivinar que Dicky disparaba mientras corría y su presa simplemente corría. En la planta siguiente había más manchas de sangre; una de ellas era la huella de una mano emborrugada de la que goteaba sangre todavía brillante y húmeda.

Cuando llegué a la planta baja me encontré a Dicky con la espalda contra la pared del pasillo empuñando el colt del 38; tenía el brazo extendido, la cara sofocada y brillante a causa del sudor, el pecho le subía y le bajaba y la mano le temblaba.

Pero fuera cual fuese la forma en que se hallaba Dicky, una breve mirada a lo largo de aquel pasillo, que llevaba más allá de tres cubos de basura y de la doble puerta trasera, hizo que hasta la última fibra de mi cuerpo se compadeciera del pobre diablo que intentaba escapar con vida por la puerta de salida.

—¡Deja de disparar, Dicky! —le conminé a voces—. Deja que se vaya.

Pero Dicky no estaba en condiciones de razonar, de escuchar o de pensar. La adrenalina le bombeaba, los tendones se le habían puesto rígidos, la sangre le hervía y tenía los ojos abiertos de par en par. No podía parar. Sé lo que es eso, a mí me había pasado alguna vez.

Antes de que pudiera agarrar a Dicky por el brazo, el estallido de su pistola me ensordeció. Se oyó un gemido seguido de un lúgubre sonido metálico cuando la bala gastada rebotó y dio contra un cubo de metal. Fue el disparo que siguió el que abatió al hombre que huía. Le dio en algún punto en

mitad de la espalda y le hizo caer cuan largo era, con el mismo efecto que a un jugador de rugby al que agarran por los tobillos cuando se lanza en un ataque. Se estrelló contra la puerta de madera produciendo un golpe sordo que hubiera bastado para enviar al hospital a la mayoría de los hombres.

El tarro salió despedido, fue dando volteretas por el aire y se destrozó contra la pared, de manera que un súbito olor a éter y a formol fue a añadirse al leve olor a pólvora quemada. Pero el hombrecillo se levantó del creciente charco de sangre y productos químicos. Tambaleante, dio un par de pasos hacia adelante y, con un sobrehumano esfuerzo de voluntad, lanzó todo el peso de su cuerpo contra las puertas. Aquel peso sobre la barrera de seguridad bastó para activar los pestillos, y la puerta se abrió ruidosamente al tiempo que el hombre caía en lo que debían de ser los brazos de alguien que lo estaba esperando, porque casi de inmediato se oyó el rugido del motor de un coche que aceleraba. Antes de que Dicky o yo pudiéramos llegar al patio trasero, ellos ya estaban quemando neumático al otro extremo del aparcamiento. Los coches estacionados se encontraban en la línea de fuego, por lo que sólo tuvimos un atisbo borroso del coche que huía a toda velocidad al tiempo que, con gran estrépito de bocina, aceleraba y pasaba por las puertas abiertas del recinto y se abría paso temerariamente y a la fuerza por entre el tráfico de Londres.

—¿Has cogido el número de la matrícula? —me preguntó Dicky, que estaba de pie en el patio y miraba las puertas por las que había salido el coche.

—Yo lo he visto. —Era Gloria, que salía por las puertas traseras del edificio para reunirse con nosotros—. Lo he visto todo por la ventana. Había tres hombres y un Ford Fiesta negro. Sin matrícula. Busqué el número, pero no tenía placa.

—Debía de llevar chaleco antibalas —comentó Dicky—. ¿Oíste los golpes metálicos cuando le alcancé?

—No, no los oí —repuse.

—Bueno, gracias por tu ayuda, Bernard —me dijo Dicky con mordiente sarcasmo.

Estaba de pie con las piernas separadas, jadeante, excitado y enfadado. Y frustrado porque se le había escapado la presa.

—No sabía qué ibas a hacer —le expliqué.

—Pues me imaginé que tu entrenamiento y tu saber hacer se encargarían de eso. Yo creía que los instintos de un agente experimentado como tú le indican siempre lo que hay que hacer en una emergencia.

—El instinto profesional y desarrollado de los agentes que sobreviven les dice que salgan cuanto antes de la línea de fuego cuando las balas vuelan.

Gloria me miró. También la había decepcionado a ella, se le notaba en la cara. Después de todo lo que había oído contar de mis proezas, la primera vez que me veía en acción demuestro una notable capacidad de autoconservación mientras Dicky hace el trabajo duro.

—Por Dios, Dicky —le dije con exasperación—. Él no disparó. Probablemente no iba armado. ¿Puedes imaginarte el clamor que se levantaría si lo hubieras matado? ¿O incluso si lo tuviéramos aquí ahora, malherido e incapaz de moverse?

Pero Dicky no me escuchaba.

—Le herí mientras huía. Mis días de tiro al plato no fueron una pérdida de tiempo. ¡No, señor!

Seguía resplandeciendo con el calor de la batalla y no había nada que hacer más que darle tiempo para que se enfriase.

Volví a entrar en el edificio y miré los pedazos rotos del tarro de vidrio, el charco de productos químicos y la mano cercenada, hinchada y blanca de un modo no natural, que reposaba en el suelo como una especie de araña grande y venenosa.

Dicky acudió también a mirar.

—Supongo que tienes razón —señaló.

Ahora empezaba a comprender lo que había hecho. Y lo que tendría que decir en su informe.

—¿De dónde has sacado ese revólver? —le pregunté. Me resultaba familiar.

—Lo tengo desde que se lo quitaste a aquellos gorilas de Varsovia.

Dios mío, Dicky. ¿Lo llevaste en el avión? ¿Pasaste por la aduana? Me habría muerto de miedo si hubiera sabido lo que aquel idiota llevaba oculto entre la ginebra libre de impuestos y el pijama. Pero no se lo dije. Sólo le comenté:

—Mejor será que te deshagas de esa pieza enseguida. Podría ser balísticamente identificable... puede estar relacionada con toda clase de crímenes.

Dicky no reaccionó.

—Tenemos que limpiar bien este lugar —me dijo—. El hueco de la escalera y las paredes. Vete a ver a los de mantenimiento, Gloria. Quiero que esté todo hecho esta tarde. Por gente de confianza. No nos conviene que la noticia salga de aquí.

Dicky guardó la pistola y se mordisqueó la uña. Estaba empezando a preocuparse.

Gloria se reunió con nosotros y se quedó mirando también la mano cercenada y el charco de líquido hediondo.

—Esto demostrará que tus estafalarias ideas acerca de que George está vivo son equivocadas, Bernard —me recriminó—. Esta es la mano de George. Será la prueba concluyente.

—No te será fácil tomar una huella de una carne que ha estado en escabeche en ese brebaje —le indiqué—. Ese tejido epidérmico es como un Kleenex mojado.

—¿Podrías cogerla del suelo, Bernard?

La puse en equilibrio sobre el pedazo más grande que quedaba del tarro roto, la gruesa base, que parecía un platito de té.

—¿Qué hacemos con ella? —me preguntó Dicky.

—Llévala a la sala del correo —le sugerí—. Diles que la metan en una bolsa de plástico y que la envíen al forense con un mensajero.

—Eso es —convino Dicky; luego añadió—: Tenía barba. Eso es lo que me desconcierta. ¿Cómo podía esperar pasar inadvertido?

—Se la afeitará, Dicky. Los hombres como él no se disfrazan dejándose crecer la barba cuando pueden disfrazarse fácilmente afeitándose.

—Quizá —concedió.

—¿Puedo usar tu teléfono, Dicky?

Se metió la mano en el bolsillo y me dio el teléfono móvil. Marqué el número de un amigo mío en la embajada en Berna.

—¿A quién estás llamando? —se interesó Dicky, que estaba observando lo que yo hacía y reconoció el prefijo de Berna.

—A Masterson, en la embajada.

—No lo conozco.

—No, lo más probable es que no —dije.

Masterson era un humilde empleado en el hormiguero que era la embajada. No tenía los certificados escolares apropiados, el acento apropiado ni, lo que era más decisivo, la esposa apropiada para ganarse un puesto decente en la carrera de ratas de la embajada. La señora Masterson era una intelectual socialista francesa que se valía de los actos sociales para dar conferencias a los superiores de su marido sobre los defectos de Gran Bretaña. El hecho de que las críticas de su esposa estuvieran bien fundadas y bien argumentadas fue la bofetada fatal y decisiva para la carrera de Masterson.

Cuando contestaron al teléfono se puso una muchacha. Acababa de salir de uno de esos cursos de formación donde el personal telefonista aprende a desanimar groseramente a los que llaman para ponerse en contacto con los empleados.

—No está aquí. Está en una reunión. Llame un poco más tarde —me sugirió.

—Pues sáquelo de la reunión —le pedí—. Esto es urgente.

—¿Es personal? —me preguntó.

—En cierto modo —le dije—. Soy su amante y acaban de hacerme un chequeo en el que he dado positivo.

La muchacha emitió un ruidito y estuvo ausente mucho rato, pero por fin Masterson se puso al teléfono.

—¿Diga?

—¿Batty? Soy Bernie.

—Claro que eres tú. ¿Quién si no iba a llamar para ofender a mi secretaria y crearme problemas al sacarme de una reunión de personal presidida por el primer secretario?

—Esos turistas que fueron a ver a mi cuñado... ¿Alguno de ellos lleva un corte de pelo de cola de cerdo y barba?

—Sí, Bernard.

—¿Bajo, moreno y de unos setenta kilos de peso?

—El mismo. Es un comandante de la Stasi. Tenemos una fotografía suya borrosa, una Photofit, en alguna parte. Veré si puedo encontrarla.

—Mándamela por fax, Batty. Tienes el número del fax de Dicky Cruyer en el archivo.

—Lo haré por ti, Bernie.

—Gracias, Batty. Yo haré lo mismo por ti algún día.

—Siempre dices eso, Bernard.

Colgué.

—¿La Stasi? —me preguntó Dicky con excitación.

—Eso parece —repuse.

Dicky salió de su melancólico estado de ánimo. Podía hacer a un lado sus pensamientos acerca de cómo explicar que había disparado a un transeúnte inocente en el centro de Londres.

—Estaba seguro. Estaba seguro —dijo; y se frotó las manos con satisfacción—. Por cierto, Bernard. A propósito del procedimiento telefónico, en el futuro te aconsejo que te limites a informar a Berna, y a esa clase de

personas, de que llamas desde la Central de Londres y que les des tu código de prioridad para que no tengas que pasar por esas chirigotas.

Dicky miró a Gloria y esbozó una amplia sonrisa para asegurarse de que ella también disfrutaba con aquella aplastante directriz. Gloria, cuyo instinto femenino para la oportunidad rara vez la abandonaba, correspondió a aquella intimidad con una confidencia:

—Voy a irme a trabajar para el señor Rensselaer —le comunicó a Dicky.

Como éste no diera muestras de oírla, Gloria alargó una mano y le tocó el brazo para llamar su atención. Yo no tenía ningún derecho sobre ella, desde luego, pero verla hacer aquel corrientísimo contacto íntimo con otro hombre bastó para hacer que desease protestar en voz alta. A pesar de cualquier expresión de horror que yo tuviera escrita en el rostro, Gloria me dedicó su sonrisa más seductora y añadió:

—Y Bernard ha decidido ir a trabajar en Berlín.

Supongo que quería asegurarse de que no pudiera zafarme de ello.

—Estupendo —comentó Dicky. Me observó el rostro durante unos instantes y dijo—: Tú sientes afecto por Frank, y Lisl Hennig es una madre para ti. Berlín es tu hogar, Bernard. Reconócelo.

—A veces así lo parece —acepté.

—Y la encantadora Gloria se queda en Londres —observó Dicky; la miró y soltó una risita que parecía depredadora.

Gloria también se echó a reír, como si Dicky acabase de hacer un chiste muy bueno que sólo ella compartiera. Era una risa encantadora y subía burbujeando como la leche cuando se sale al hervir. Yo no me uní a aquellas risas.

—Llevaré la mano a la sala del correo —les dije—. Quizá les dé un poco de reparo tocarla.

Algo en lo que yo había dicho o hecho, o había dejado de decir o hacer, pareció ofender a Dicky. Quizá hubiera esperado que aquella única demostración de osadía varonil debería suscitar expresiones de admiración y respeto. Pareció olvidarse de la presencia de Gloria.

—No quieres que se te diga, ¿verdad? —me dijo acercando mucho la cara a la mía, pero manteniendo la voz baja y suave en una estudiada demostración de autodomínio—. Supongo que esperas que me crea que el hecho de que George Kosinski se fugase exactamente en el momento en que se hundió el mercado de valores no es más que pura coincidencia.

—Dime, Dicky —le pregunté—, ¿tú crees que el hecho de que Londres fuera azotada por un huracán exactamente al mismo tiempo que se hundió el

mercado de valores puede ser algo más que pura coincidencia?

—Estás decidido a seguir creyendo que George Kosinski sigue vivo; no porque quieras ahorrar disgustos a sus amigos o familiares, sino sólo para demostrar que tú eres el más listo. Sencillamente, tienes que seguir mostrándote escéptico con nosotros mientras todos los demás, que no somos más que unos mediocres, nos dejamos embaucar por una conspiración... o lo que sea que tú crees que está ocurriendo.

—Sólo he dicho que llevaría la mano...

—Sé puñeteramente bien lo que has dicho —me interrumpió Dicky—. Es tu actitud de superioridad lo que me sube por la nariz. ¿Quieres mirar esa mano? —La señaló como si sin su ayuda mi atención fuera a centrarse en otra cosa. La miré—. ¿Ves el anillo de sello? Mira el blasón de la familia Kosinski. Pertenece a George Kosinski, y los dos lo sabemos. ¿Acaso no te he oído decir que el anillo está ahí porque los dedos están demasiado hinchados para sacarlo? ¿Quieres ver lo que dicta el sentido común?

—Oigo lo que dices, Dicky. —Hablé despacio y sin alterarme con la esperanza de que ello lo tranquilizaría—. Pero el problema que tengo con eso es que la última vez que vimos el anillo de sello de George Kosinski estaba en la palma de la mano de Stefan Kosinski, y él nos estaba diciendo que acababa de traerlo de la comisaría de policía donde los guardias retenían a los asesinos.

—Pero es el mismo anillo —musitó Dicky; y se desinfló por completo.

—El mismo blasón, sí. Pero acerca del anillo no estoy tan seguro. Los anillos de oro de sello de todos los miembros de una familia suelen ser muy parecidos.

—Oh, sí, desde luego.

—Les pediré a los del laboratorio que lo saquen del dedo —le comenté—. Así podremos verlo más de cerca. Quizá el tamaño demuestre si pertenece a algún otro miembro de la familia. Incluso puede que haya alguna inscripción grabada en el interior.

OFICINAS del SSI, Berlín

—Un momento, Bernard, un momento. Sólo soy un viejo acostumbrado a estar sentado detrás de un escritorio. Tendrás que explicarme muy bien esto. ¿Dices que ese tipo era un hombre de la Stasi?

—Eso parece, Frank —le dije.

Frank levantó una ceja.

—¿Entró como una exhalación y se apoderó de esa mano amputada o lo que fuera?

—Sí, una mano.

—Pero ¿por qué?

Se recostó en el sillón. Frank Harrington daba la impresión de que nunca envejeciera. Su semblante, pálido, serio y huesudo, y el bigote de tres días que había cultivado para adquirir un aspecto más militar, le habían proporcionado la misma apariencia décadas atrás, cuando yo era niño y él era un «tío» indulgente.

—No lo sé exactamente, Frank.

—¿No lo sabes, Bernard? Pues eso no voy a escribirlo, porque cuando tú dices precisamente con ese tono de voz que no sabes algo, yo confío plenamente en que tienes alguna teoría inteligente.

—Sólo se me ocurre que alguien tenía interés en impedir que la mano cercenada llegara al laboratorio del forense.

—¿Por...?

—Quizá no querían que estableciéramos con certeza que esa mano no era de George Kosinski.

—Pero no nos lo impidieron —arguyó Frank—. La mano ha ido al laboratorio y nosotros no hemos averiguado si pertenecía o no a George Kosinski, ¿verdad?

—Los del laboratorio han dicho que no podían hacer una identificación. La carne estaba demasiado blanda.

—Pues bien, ¿cómo se sostiene tu teoría?

—Supongo que alguien tenía miedo de que el laboratorio dijera categóricamente que no era la mano de George Kosinski.

—Eso es un salto en el vacío muy grande, Bernard. Lo que quiero decir es que todavía no sabemos con certeza que no lo sea.

—Así es —convine.

—¿Quieres decir que quizá fuera un doble farol? ¿Nos entregan la mano y luego fingen que quieren recuperarla con la intención de que eso nos haga pensar que pertenece a George Kosinski?

—Es posible —dije.

—Es posible...

Frank cogió un lápiz de madera, uno de entre una docena más o menos que le gustaba tener en una decorativa jarra con un dibujo que era una rosquilla parlante que proclamaba de sí misma *lecker locker leicht*: sabrosa, esponjosa y ligera. Utilizó el lápiz para dar golpecitos en un expediente cerrado que había sobre la mesa y así enfatizar sus palabras.

—Estoy tentado de creer que ese agente de la Stasi... me lo imagino como un tipo agudo y retorcido, siempre a punto con un farol doble o triple, si le conviene. Un matón de la Stasi... pero por otra parte sospecho que debe de ser algo parecido a ti, Bernard. Estoy tentado a creer que su superior es un viejo loco y sanote como yo, incapaz de descifrar por adelantado la clase de juegos intrincados que a vosotros los jóvenes os gusta jugar.

—Sí, Frank.

Aquella era una de las poses favoritas de Frank: el inglés sanote que no está para bobadas, que fuma en pipa y no tiene tiempo para viles trucos extranjeros. Pero yo conocía demasiado bien a Frank como para dejarme engañar por eso. Quizá en más de una ocasión se me hubiera oído decir que los estimados premios que él había ganado en la universidad como erudito en los clásicos no le convertían en el hombre ideal para dirigir la Unidad de Campo de Berlín, pero no me cabían dudas acerca de la mente ágil de Frank. Y esto era Berlín: era el reino de Frank, y aquél era Frank adoptando el ademán humilde que los hombres adquieren de manera natural cuando tienen poderes extensos y absolutos.

—Me alegro mucho de que estés aquí, en Berlín, alejado de todo ello, Bernard. Naturalmente, tú preferirías estar con tu encantadora esposa... y con tus hijos. Pero en muchos aspectos es mejor que estés aquí conmigo. Como

George Kosinski es familia tuya... No está bien, no me parece apropiado que tú te impliqués de cerca, sobre todo si tenemos en cuenta el enorme alboroto que se ha producido alrededor de él. Me sorprende que Dicky no viera eso.

—¿Por eso pediste que viniera?

—Yo no pedí que vinieras, Bernard —me aseguró Frank mientras se acercaba el lápiz a la cara y fruncía el entrecejo para examinarlo atentamente, como si nunca hubiera visto uno en su vida.

—¿Lo has dicho sinceramente, Frank?

—No pedí que vinieras porque pensé que Londres nunca te soltaría. Puse mis miras mucho más abajo. —Frank dejó caer el lápiz de nuevo entre los demás en la jarra de la rosquilla y abrió la carpeta marrón a la que había estado dando golpecitos—. ¿Así que has estado leyendo esto?

—¿DELIUS? SÍ, me ha tenido despierto toda la noche.

—Sí, ya lo creo —convino Frank—. No es agradable pensar que cualquiera de los nuestros tenga problemas allí. ¿Qué podríamos hacer?

—No hay nada que hacer de momento, Frank. La Stasi está esperando alguna reacción por nuestra parte. Conoces sus métodos mucho mejor que yo.

—Quizá. —Se puso a jugar con el teléfono—. Pero tus instintos a menudo son buenos. Quiero meter a Robin en esto. —Levantó el auricular del teléfono y lo agitó en el aire mientras llamaba a la extensión—. Aquel joven que fue contigo a Magdeburgo. Quiero que repases tus pensamientos mientras él se encuentra aquí con nosotros.

—Espero no haber venido aquí para hacer de niñera residente, Frank.

—No seas cascarrabias, Bernard. Piensa en todas las personas que te hicieron de niñera a ti cuando eras joven. Tenemos que moldear a las personas que suben.

—Muy bien, Frank. Si es eso lo que quieres...

El muchacho larguirucho entró casi inmediatamente; debía de haber estado esperando la llamada de Frank. Me dirigió una sonrisa que puso al descubierto unos dientes torcidos, pero su voz distinguida y profunda era ciento por ciento de la clase alta inglesa. Después de darnos la mano y de confirmar que cada uno de los dos nos encontrábamos bien, se sentó. Me puse a repasar lo poco que sabíamos acerca del súbito y siniestro silencio que había descendido sobre la red DELIUS, normalmente muy activa, que operaba para nosotros en Allenstein, una ciudad pequeña o, dicho con más precisión, una aldea grande, situada a unos kilómetros al este de Magdeburgo.

—La última vez que supimos algo de ellos fue el viernes —comenté mientras hojeaba la carpeta—. Y pudo tratarse de mera rutina confusa

procedente de alguna otra red. De manera que ha habido tiempo suficiente para establecer la cadena de contactos.

Frank levantó la ceja hacia Robin en actitud de maestro de escuela.

—La lista de supervivientes —dijo Robin con paciencia—. Pero ya no lo hacemos desde este lado. Hoy día las células son prácticamente autosuficientes.

—¿Señales fuera de contacto? —sugerí—. ¿O hay que suponer que eso tampoco es asunto nuestro?

—No ha habido ninguna señal fuera de contacto —me informó Frank—. Ninguna en absoluto. Han cerrado del todo. Mi mejor operador de radio puede atestiguarlo.

—Hoy en día sencillamente hacemos que nos manden los informes —dijo el muchacho—. El personal que se dedica a interceptar en la Stasi es muy eficiente. Cuanto menos tiempo estén en el aire, mejor, incluso con los modernos equipos de alta velocidad.

—¿Todavía seguimos monitorizando las señales de la Stasi? —quise saber.

—El teletipo de Berlín ya no, por desgracia —me dijo Frank—. Perdimos Berlín en la gran reorganización de la Stasi el verano pasado, y hasta ahora no hemos logrado hacer progresos con los códigos nuevos.

—Pero ¿no se ha captado nada en la radio de la policía? —pregunté—. ¿Ninguna alarma general? ¿Ni siquiera una alerta de actividad sospechosa para la policía local?

—Nada en absoluto —respondió el muchacho—. Puede que todo sea un imposible. Ya sabe cómo esas redes aficionadas se disuelven y luego se reagrupan de nuevo. Ya se han producido riñas internas antes con este grupo. Hace dos años, en noviembre.

—Los aficionados tienen un papel que representar —intervino Frank, permanentemente paternal y preparando ya su reacción a la reprimenda de Londres que casi de forma invariable seguía al derrumbamiento de una red—. No infravalores sus habilidades y su efectividad. Fueron aficionados los que construyeron el Arca, recuérdalo; y fueron profesionales los que construyeron el *Titanic*.

—¿Son todos ellos gente de la Iglesia? —pregunté después de que todos hubiéramos sonreído por el chiste de Frank.

Yo sabía que no eran todos gente de la Iglesia, pues por lo menos uno de ellos era ateo declarado, pero quería ver qué decían.

—No. Y dos de ellos son muy difíciles. Es una comunidad pequeña. Las esposas no todas se llevan bien entre ellas y hay las acostumbradas enemistades y venganzas. El pastor es el único que los mantiene unidos.

—Tú conociste al pastor —apuntó Frank.

—Sí —reconocí.

El pastor nos había dado cobijo al muchacho y a mí cuando nos íbamos de Magdeburgo con prisa.

—Es un viejo raro —intervino el muchacho—. Un sacerdote turbulento.

—Allenstein es coyuntural —afirmó Frank—. Si se tratase de BARTOK, de una de las redes de la zona de Dresde o de esos gamberros de Rostock, quizá yo dijera «gracias a Dios» y les dejara cocerse en su propio jugo. Pero pasamos a demasiadas personas por Magdeburgo. Es nuestra línea más fiable para que la gente vaya y venga. Nos hace falta una estructura activa en Allenstein para que los cuiden y los vuelvan a pasar a este lado si se meten en problemas.

—¿No es éste un problema del que debiera ocuparse la Central de Londres, Frank? —quise saber—. Los de Coordinación deberían observar cualquier fallo de Operaciones para ver si forma parte de un entramado más grande.

—Londres nunca permitirá eso, Bernard. Lo intenté el lunes por la mañana. Lo estuve repasando todo con Operaciones. Pero ya no estamos tratando con Harry Strang. Los de Operaciones son más cautos desde que Bret Rensselaer es director general adjunto. Operaciones de Londres no quiere saber nada, se pasan el tiempo tratando de echarnos encima sus problemas. Me he tomado mucho trabajo intentándolo.

—Estoy seguro de que es así, Frank —le aseguré.

Aunque me preguntaba hasta qué punto Frank quería que Londres tomase el control, o si sólo le interesaba que Londres supiera lo mucho que trabajaba. El poder y la influencia de Berlín se habían erosionado desde hacía un año o más. Sospeché que Frank tenía que hacer sonar todas las campanas llamando la atención sobre una crisis de vez en cuando allí, en el último rincón de la República Democrática Alemana, si quería justificar convincentemente las finanzas de la unidad de campo de Berlín el próximo año.

Como tardé demasiado en ofrecer un comentario, Frank continuó hablando:

—Tú sabes cómo funcionan allí las cosas. ¿Cuál es el pronóstico, Bernard?

—He estado repasando los tres últimos años de los expedientes de DELIUS.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Ah —exclamó Frank, como si me hubiera aprovechado de él injustamente.

Frank nunca se tomaba la molestia de comprobar los expedientes antiguos. Los empleados de los archivos del registro de Berlín no habrían reconocido a Frank si alguna vez hubiera llamado a la puerta.

—Sí —continuó—. DELIUS ha tenido muchas discusiones, rupturas y reagrupamientos. Y eso no me gusta. Cada vez que una red se reagrupa, son más las personas que se ven unas a otras. Y ésa es la clase de riesgo que a los de la Stasi se les da muy bien provocar y sacar provecho de ellas.

—Son aficionados —intervino el muchacho—. No podemos tratarlos como si fueran profesionales entrenados y experimentados.

—Pues así es como los trata la Stasi —comenté.

—Alguien tendrá que ir a aclararlo —dijo el muchacho, que obviamente se veía a sí mismo como la persona más adecuada para hacerlo.

—No necesariamente —se apresuró a decir Frank. Luego añadió—: A menos que eso sea lo que opine Bernard.

—Dejémoslo por unos cuantos días más —opiné.

—Pensé que usted querría ir allí inmediatamente, señor Samson —me indicó el muchacho.

—¿Por qué?

Miró a Frank antes de decirme:

—El efecto Romeo.

—Oh, Dios —exclamé—. No creo.

No era de extrañar que el muchacho sacase aquel viejo comodín de la baraja.

—¿Qué es el efecto Romeo? —preguntó Frank.

—El señor Samson dijo una vez que cuando una red es descubierta, siempre existe el peligro de que simplemente se destruya a sí misma sin necesidad de una acción externa —le explicó el muchacho—. Es el efecto Romeo. Se suicida por desesperación, como hizo Julieta cuando despertó del sueño que le produjo la droga y se encontró con que Romeo estaba muerto.

—Demasiado poético para mí —comentó Frank.

—Destruir la red por efecto del pánico —le explicó el muchacho al tiempo que me echaba una ojeada tímida—. Eliminar los códigos y cualquier

otro rastro. Romper y destruir la red para que no quede ni señal de ninguna prueba.

—Ah —exclamó Frank tocándose la punta de la nariz con un lápiz—. Yo creía que había sido Julieta quien se suicidó primero.

—No es una teoría mía —le aclaré—. Es una teoría del KGB, y ellos le pusieron el nombre. Los soviéticos perdieron dos importantes redes en Washington durante los años cincuenta. La investigación que se llevó a cabo a continuación en Moscú duró seis meses, y finalmente tuvo como fruto un informe según el cual ninguna de las dos redes había sido desarticulada.

—¿Y lo habían sido? —quiso saber Frank.

—En cierto modo. Una red llevaba mucho tiempo bajo observación. Un hombre nuevo llegó a la ciudad. El FBI entró en su domicilio y se encontró una lista de contactos. El individuo adujo inmunidad diplomática y ellos le devolvieron la lista y se disculparon. Pero la otra red hubiera podido seguir eternamente. Eran marido y mujer, trabajaban ambos en el Pentágono y pasaban fotocopias rotas, pero no hechas trizas, por medio de un empleado que tenía la tarea de deshacerse del papel inservible de alto secreto. A la mujer le robaron el bolso; el ladrón encontró algunos papeles marcados como secretos dentro del bolso y se lo fue a contar a la policía. Poco más que eso hubiera ocurrido, pero una vez en la comisaría, al marido le invadió el pánico y lo confesó todo.

—El efecto Romeo —repitió Frank reflexivamente—. Vaya un nombre para ponerle. Nunca entenderé a los rusos.

—Lo mencioné en una conferencia en la escuela de entrenamiento hace algunos años —le expliqué—. El conferenciante que tenía que darla no apareció, y yo lo sustituí aunque me avisaron con muy poca antelación.

—Seis días laborables más antes de que actuemos —dijo Frank mientras cerraba la carpeta de cartón y la apretaba con la mano extendida como un hombre que testificara bajo juramento.

—Todos los días son laborables en campaña —comenté.

Frank me dirigió esa clase de sonrisa presumida y distante que emplean los altos cargos cuando inspeccionan una guardia de honor.

—Probablemente tengamos noticias de ellos mañana —anunció con una voz jovial propia de club social—. Recuerdo hace un par de años, por esta misma época. Navidad. Aquella gente de Zwickau estuvo fuera de las ondas durante diez días, y luego explicaron que habían tenido problemas con las baterías.

Soltó una risita amistosa para demostrar que no les guardaba ningún rencor.

—Pero los aniquilaron al año siguiente —le recordé—. Seis meses después la Stasi entró y los cogió uno a uno, como cerezas maduras. Siempre me he preguntado si ese período de seis meses se debió a que la Stasi estuvo esperando un intervalo prudencial mientras el hombre que ellos habían infiltrado se quitaba de en medio.

—No —afirmó Frank, que prefería no conceder al enemigo el beneficio de la duda—. Lo investigamos. Una junta de evaluación se pasó seis semanas en ello. En aquella red no hubo infiltración. El fracaso de las baterías no fue la causa, pero debió servirnos de aviso a los de este lado. Debí recordarnos que las redes indisciplinadas son vulnerables. Siempre ha sido así. Recuerda lo de Francia en el cuarenta y cuatro.

Deseoso de evitar el relato de Frank sobre las complejidades de indisciplina que afligieron a las redes francesas en 1944, intervine para decir:

—No pongamos seis días; ni ningún período de tiempo específico, Frank. Déjame que ponga la oreja en el suelo y te informaré.

—Voy a estar en Londres durante unos días —me informó Frank—. Cojo el vuelo de las siete hoy mismo. Otro de esos comités de presupuestos. No me queda más remedio que asistir, de lo contrario los demás harán piña para convencer al viejo de que se le conceda a Hong Kong, o a algún otro puesto dejado de la mano de Dios, el dinero que Berlín necesita.

—Sí —convine—. ¿Quieres que levantemos acta de esta reunión?

—Será mejor que tengamos algo en el expediente —opinó Frank—. Algo que deje claro que nos ganamos la paga —añadió, por si su referencia al comité de presupuestos no nos había alertado sobre el hecho de que nuestros empleos estaban en peligro constante a menos que no sólo hiciéramos nuestro trabajo, sino que lo archivásemos por triplicado.

Me puse en pie, pero el muchacho permaneció sentado hojeando los gruesos expedientes de papeleo que había traído consigo. No fue hasta que Frank dijo «Mirad qué hora es», para indicar educadamente que su presencia ya no se requería, que el muchacho súbitamente cerró los papeles, recordó que tenía un trabajo sin terminar en el piso de abajo y se marchó.

—Robin es un buen muchacho —dijo Frank.

—Sí.

—¿Te has enterado de que Dicky Cruyer da una cena en Claridge's? Para celebrar la mención oficial que ha obtenido por el tiroteo... lo de la mano

cercenada y todo eso. —Frank me miró, perplejo—. El viejo va a asistir, y Bret también. Me sorprende que tú no vayas, Bernard.

—Me pareció que sería mejor quedarme aquí y tenerte informado —le dije.

En realidad unirme a los aduladores y admiradores en la fiesta de Dicky no me atraía mucho.

Quizá Frank me leyera el pensamiento.

—Concédele a Dicky el mérito de pensar con rapidez, Bernard. Él reconoció al hombre de la Stasi, recuperó la mano cercenada y disparó contra el tipo que se la llevaba. Fíjate, Dicky confiesa que se sintió nervioso hasta que llamó por teléfono a Berna y confirmó la identificación.

—Dicky siempre ha sido muy rápido de pensamiento —le indiqué—. Nunca lo he negado.

—Una mención obrará maravillas por Dicky —siguió diciendo Frank—. Probablemente bastará que lo confirmen como supremo de Europa. Y corre el rumor de que el hombre de la Stasi al que disparó Dicky es el francotirador que emplearon para matar a aquel desertor en el piso franco.

—Pues es la primera noticia que tengo —comenté.

—A VERDI, aquel canalla que Werner Volkmann y tú llevasteis al piso franco de Notting Hill.

—¿Quién lo dice?

—La Rama Especial asignó al caso un equipo de investigación. Ahora dicen que fue el mismo hombre, pero todavía no hay pruebas sólidas de ello. No puedo entender por qué Werner y tú llevasteis a ese tal VERDI a Notting Hill. ¿No es ése el piso franco que todos los hombres de la Stasi y del KGB en Europa conocen?

—Ahora, sí —dije.

—Y el golpe del anexo de Fletcher House estuvo a punto de ser un éxito para ellos, ¿verdad? ¿No hubo nada en todo ello que te sugiriese que fue una operación de la Stasi? Fuiste tú quien escribió el informe.

—Utilizaron un coche negro para huir.

Frank se echó a reír.

—Utilizaron un coche negro, ¿eh?

Existía una vieja creencia en la oficina de Berlín de que los gorilas a los que nos enfrentábamos tenían la costumbre de elegir siempre un coche negro. Los coches oficiales utilizados por los funcionarios del partido del bloque oriental, los jefes de policía y los generales de seguridad eran negros invariablemente. Las otras lumbreras menores, los forzudos y los matones que

andaban sueltos en Occidente rara vez podían resistirse a adoptar este símbolo que les proporcionaba cierta categoría.

—¿Y tú te encuentras bien? —me preguntó.

—¿Parezco enfermo?

—Pensé que estarías deseando ir a solucionar el problema Delius. En los viejos tiempos nunca dejabas escapar una oportunidad de ir de caza por allí.

—Entonces era más joven. Y también más tonto.

Frank me miró y asintió.

—Estarás al frente aquí durante los próximos días, pero no estaré muy lejos. Pero no hagas nada sin comentármelo antes.

—¿Sobre el asunto de la red DELIUS?

—Sobre cualquier cosa.

Se puso en pie y miró la agenda. La página estaba en blanco, como con tanta frecuencia lo están las páginas de la agenda de Frank.

—No, por supuesto.

Fijó en mí aquellos ojos grises, transparentes y penetrantes, y me advirtió:

—Lo último que me conviene es una debacle aquí y ahora. Soy demasiado viejo para eso.

Yo sabía a qué se refería. Berlín era para el departamento lo que Las Vegas para las rutilantes estrellas del mundo del espectáculo: un lugar perfecto para un joven brillante, pero un cementerio para las viejas glorias. Pero ¿dónde me dejaba eso a mí? Era demasiado viejo para ser una joven promesa, pero aún era demasiado joven para ser una vieja gloria. Demasiado viejo para buscar empleo en otra parte, ésa era la amarga verdad. Pude ver perfectamente ese veredicto en los ojos de Frank cuando me miró y añadió:

—Pero los dos tenemos que hacer que las cosas salgan del mejor modo posible, Bernard.

—Sí, Frank.

Me cogió del brazo.

—«No es difícil, creo yo, para hombres tan viejos como nosotros conservar la paz». *Romeo y Julieta*, acto primero, escena segunda. Lo hicimos en la escuela preparatoria a mitad de trimestre; yo hacía el papel de boticario.

—De boticario —repetí—. Un reparto perfecto, Frank.

En cuanto Frank se hubo marchado para coger el avión, me puse a ejercer mi recién estrenada autoridad como director adjunto de la Unidad de Campo de Berlín. Cogí un juego de documentos de identidad falsos de la caja fuerte, me dirigí al depósito de automóviles y firmé para que me entregasen una

motocicletaBMW grande. Una vez pasado el puesto de control como ciudadano de Alemania Occidental, dejé la moto en el Este, en un garaje cerrado en Prenzlauerberg. Allí la cambié por un pequeño y ruidoso coche Trabant dispuesto para esos casos con el depósito lleno de combustible. De un escondrijo en el garaje cogí una maleta que contenía un nuevo montón de documentos de identidad y me cambié la ropa por un traje muy holgado de ese corte que hacía reconocibles al instante a los ciudadanos de la República Democrática Alemana.

Rodeando la ciudad me dirigí con el coche hacia el oeste; el motor de dos tiempos del Trabant funcionaba con suavidad, como hacen esos motores cuando el tiempo es frío. Había poco tráfico en la carretera. Hubo un tiempo en que el ejército alemán oriental y las fuerzas de las guarniciones soviéticas realizaban sus reorganizaciones militares después de oscurecer, pero ahora había muchos menos movimientos militares tácticos. Las tropas soviéticas, y también las unidades de Alemania Oriental, se mantenían fuera de la vista. Tampoco se veían muchos soldados fuera de servicio. Como la paga se les retrasaba constantemente, les resultaba más barato emborracharse en sus campamentos y barracones. Los únicos vehículos militares junto a los que pasé fueron tres camiones blindados de transporte de tropas cuyos portones estaban cerrados; llevaban los emblemas de cierta milicia de fábricas del norte. Iban traqueteando a gran velocidad, y los conducían trabajadores a los que habían ordenado dejar su puesto de trabajo para realizar sus dos semanas de acostumbradas maniobras invernales.

Las calles de Allenstein bei Magdeburg estaban oscuras y silenciosas. Dejé el vehículo oculto en el callejón situado detrás de la escuela primaria en lugar de aparcarlo donde los transeúntes pudieran verlo. Al salir del coche ví a mi alrededor un paisaje grabado por el hielo y oí el crujido del mismo bajo mis pies. El viento helado que gemía por entre los tendidos de cables eléctricos me agujoneó dolorosamente la nariz y los oídos. Quizá algún miembro de la familia Forster hubiera oído el traqueteo del motor de dos tiempos de mi coche, porque una mujer bajó y abrió la puerta principal del bloque de apartamentos antes de que yo llamase al timbre.

Una vez dentro, el frío mordiente con su siempre presente olor a carbón vegetal dio paso a un aire templado y rancio sobre el cual descansaban débiles olores a comida recién cocinada. Me quité el sombrero tirolés y me desabroché el abrigo. Una de las pocas compensaciones de vivir en la República Democrática Alemana era el disponer de un hogar caldeado. Formaba parte del convenio tácito que los egoístas amos comunistas habían

acuñado con los habitantes de aquel Estado policial triste y desvalido; habitaciones calientes y calles libres de crímenes se ofrecían como compensación por todo lo que se les infligía.

—Hola, Bernd —me saludó la mujer—. Estaba segura de que vendrías.

—Eso está bien —le dije.

Desde luego no es que hubiera sabido que yo iría allí; sólo era una manera de decir que únicamente me veía cuando había problemas a la vista. Al principio creí que era la suegra de Theo la que había abierto la puerta, pero supe que había muerto hacía dos años. Se trataba de la esposa de Theo; pobre Bettina, había envejecido muchísimo y llevaba puesto el vestido rojo de lunares de su suegra. No la había reconocido. Me incliné hacia adelante y la besé en ambas mejillas.

—Creía que te habían enviado ellos, Bernd —me dijo sin entusiasmo.

—Sí —respondí.

La seguí hacia el interior del cuarto de estar en penumbra donde dos niños estaban tumbados de cualquier forma sobre una alfombra oriental raída; construían alas de ángel con papel de colores. Era la clase de gesto hacia la religión que el régimen desalentaba, pero Theo Forster nunca había sido un fervoroso creyente; sólo iba a la iglesia para complacer a su esposa. Había muchos devotos indiferentes en las redes que Londres había formado y coordinado, pero cínicos de la calle como Theo se necesitaban en la mezcla.

—Theo —anunció la mujer—, Bernd ha venido a verte.

Theo estaba recostado en una cama en el rincón del cuarto de estar. No era una buena señal, porque nunca había sido un hombre fuerte. Las paredes del apartamento eran delgadas y desde la habitación contigua llegaban algunos sonidos de conversación y la voz de Bing Crosby que cantaba. Debía de haber una docena de personas en aquel diminuto apartamento; hablar sin que lo oyesen los demás resultaba difícil.

—Sabía que vendrías, Bernd. Le dije a Betti que vendrías. Éste es tío Bernd —les dijo Theo en voz alta a los niños, que levantaron la mirada, me brindaron una inclinación de cabeza con educación y siguieron con sus alas.

Theo Forster, número cuatro del grupo DELIUS, había sido compañero mío de colegio. En aquellos días era un adolescente revoltoso, el payaso de la clase, con nariz puntiaguda, cara de gnomo y una facilidad extraordinaria para las matemáticas avanzadas. Al padre de Theo también se le habían dado bien las matemáticas. Había sido sargento de artillería y había prestado servicio bajo el mando de un ingenioso viejo héroe de guerra llamado Rolf Mauser, y estuvo con él en Vinnitsa del Bug aquel fatídico día de 1944 en que Mauser

ganó su Cruz de Caballero. En el Berlín de la posguerra, Rolf Mauser había realizado tareas secretas para mi padre. Inevitablemente el joven Theo se enteró de cómo me ganaba yo la vida. Nos manteníamos en contacto de vez en cuando. Ahora, muchos años después, cuando la red DELIUS no funcionaba, él era para mí la persona más obvia con la que contactar. Lo quería muchísimo, pero Theo nunca sería un buen agente; tenía demasiados principios, era demasiado honrado, demasiado sensible.

—¿Cómo te encuentras, Theo?

—En Navidad ya estaré bien, Bernd.

Resultaba desconcertante tratar con cualquiera de aquellos grupos eclesiásticos. Habían sido organizados y alentados durante la fingida deserción de mi esposa a la República Democrática Alemana. Estas personas no se parecían en nada a agentes de campo o a espías entrenados. Aquellos bienintencionados aficionados estaban armados y equipados para librar la batalla del bien contra el pecado y el demonio más que contra un despiadado régimen comunista. Muchos de ellos eran valientes sobremanera, pero era difícil hacerles ver los peligros a los que se enfrentaban. En todos los aspectos eran un *Volkssturm*, un «ejército de papá», y había que tratarlos como a aquellos bienintencionados soldados civiles.

—Quítate el abrigo, Bernd.

La habitación estaba poco iluminada, pero cuando mis ojos se acostumbraron a ello pude ver que la cara cerúlea de Theo me sonreía radiante. La pálida tez y las cejas escasas resaltaban aquellos ojos oscuros y tristes que miraban con fijeza. Al mirar a mi alrededor reconocí el pesado armario y el macizo sillón Biedermeier que procedían del piso de sus padres en Berlín. Parecían estar fuera de lugar en medio de las sillas y la mesa de madera barata sin pintar, productos estándar de las fábricas de la República Democrática.

—El médico asegura que estaré levantado de la cama para Nochebuena —me confió con tanta animosidad como pudo—. Me dan estos ataques de vez en cuando. Puede que tenga el mismo aspecto que la muerte, pero pronto estaré de vuelta en la fábrica.

Sonrió con cara traviesa, y al hacerlo se pareció mucho al adolescente que yo recordaba.

—Eso es estupendo, Theo —le dije.

Había pasado muchas veces frente a la fábrica de bicicletas Stern donde Theo trabajaba de electricista. Los edificios de ladrillo ennegrecido en el muelle del ferrocarril databan de los tiempos del káiser. Pero los nuevos

cobertizos prefabricados donde trabajaba Theo eran fríos y tenían muchas corrientes de aire, de manera que en invierno los obreros se envolvían en abrigos y jerséis. Había una constante neblina de polvo en el aire en varios kilómetros a la redonda, mientras que la fábrica vertía un asqueroso torrente de polución marrón en el río cercano. No era lugar para un hombre enfermo.

—¿Es una visita oficial? —me preguntó con ansiedad.

—No, no es oficial. Iba de paso. Te he traído un paquete de café. ¿Puedes tomar café?

—De vez en cuando. A Betti le encanta. Es una mujer maravillosa, Bernd. Miró el reloj, me miró a mí y volvió a mirar el reloj.

—Ya lo sé —le dije.

—Pienso mucho cuando estoy aquí amodorrado y Betti está en el trabajo. El otro día me acordaba de ti. ¿Cómo se llamaba aquel profesor que te lo hacía pasar tan mal?

—No me acuerdo.

Parecía que siempre que me encontraba con alguien que había ido al colegio conmigo quisieran presentarme sus condolencias por aquel hijo de puta malhumorado.

—No te dejaba en paz ni un minuto, Bernd.

—A su hermano, o a su mejor amigo o a alguien, lo habían matado en Normandía —le comenté.

—A su hijo —me apuntó Theo—. Le dispararon mientras intentaba rendirse; al menos eso es lo que alguien me contó. ¿Tú crees que era cierto?

—Puede. No lo sé. Él era nazi. ¿Te acuerdas cuando miró en tu pupitre y encontró tu colección de insignias y medallas nazis? Se las llevó para mirarlas, luego te las devolvió y no informó acerca de ti.

—Tú lo odiabas.

—En aquella época, sí —concedí—. Pero cuando lo pensé después ví que fueron sus inacabables intimidaciones lo que me hizo ir tan bien en las clases. Ser el primero de la clase era la única manera de hacérselo pagar.

—Y él era el motivo de que fueras tan popular —dijo Theo.

—¿Él? ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—¿No te diste cuenta nunca, Bernd? Cuanto más te intimidaba, con más decencia queríamos portarnos contigo el resto de nosotros.

—Y yo que creía que se debía a mi encanto inglés.

—Y a tu encanto, sí.

Logró soltar una carcajada.

—¿Por qué miras el reloj? ¿Esperas visita?

—No —repuso Theo.

Moví una bandeja que contenía un cuenco de sopa y un plato con galletas secas para poder sentarme en la silla pequeña que había junto a la cama.

—¿Te acuerdas de aquella mañana en que entró en la clase con los lápices de madera? —me preguntó Theo.

—No.

—Uno a uno los fue rompiendo por la mitad y repartió los pedazos entre nosotros. Nos explicó que los lápices eran como las lombrices de tierra. Si se rompe uno por la mitad se convierte en dos lápices.

—Entonces no había bastantes lápices para que tuviéramos uno cada uno.

—Ya lo sé, pero fue una buena broma —dijo Theo.

—Háblame de la red DELIUS —le pedí.

Theo miró a los niños y les dijo:

—Id a cenar. *Opa* os está esperando en la otra habitación. —Al salir los niños un gato flaco se escabulló furtivamente tras ellos. Theo continuó—: ¿Dices que esta visita no es oficial? —Hice un gesto de negación con la cabeza—. Será mejor que tu gente permanezca al margen de esto —me recomendó—. Es un asunto local que hemos de resolver a nuestro modo. Ese condenado pastor es «un colaborador no oficial».

Un colaborador no oficial era como la Stasi llamaba a las personas que el resto del mundo llamaba informadores secretos o soplones.

—Seguro que no es así —le sugerí.

—Es la única explicación.

—Estuve con él después de un trabajo que llevé a cabo en Magdeburgo. El pastor me refugió después de un tiroteo fracasado en el complejo del KGB . Conoció a Fiona mientras ella estuvo en Berlín; sabía que ella trabajaba para Londres.

—¿Eso te dijo él? —me preguntó Theo con suavidad.

—Sí, cuando estuve aquí la vez anterior él me lo dijo.

—Es listo, ¿verdad?

—¿Era una especie de trampa para mí?

—Ese hombre nunca supo que Fiona trabajaba para Londres. Eso se lo han dicho después que ella escapara. Dudo incluso de que llegase a conocerla.

—Sabía que ella trabajaba para Londres.

—Pero la Stasi no va a volar la tapadera de una maravillosa fuente de información como él para echarle el lazo a un pececillo de agua dulce como tú, Bernard.

—Oye, eso duele, Theo.

Yo estaba sentado junto a su cama; Theo alargó una mano y me cogió la manga.

—Es cierto, Bernd, él es uno de ellos, créeme. Puede que no pueda demostrarlo, pero todos lo sabemos. Lo sabemos en el fondo del corazón, me da mala espina.

—Deberás tener algo mejor que una corazonada, Theo. Es una acusación grave.

—Ese hombre mete la nariz en todas partes. La Iglesia le ha dado una especie de misión ambulante que consiste en sustituir a clérigos enfermos o de permiso. Va a Berlín. Va a Dresde. Va a Zwickau...

—¿Zwickau? Nunca formó parte de la red de Zwickau.

—Iba los domingos. Dirigía los servicios en la iglesia y ayudaba al pastor de allí.

—¿Cuándo?

—Hace dos años. En el ajetreado período de Navidad.

—¿Tú lo viste allí?

—Claro que sí. Fue idea suya poner la antena en el campanario. La red había tenido problemas con la radio, pero el hecho de tener la antena los resolvió de la noche a la mañana.

—Comprendo.

—Al año siguiente el grupo entero de Zwickau fue a la cárcel, ¿no es así? —insistió Theo.

—No, que yo sepa —le aseguré; no estaba dispuesto a soltar prenda—. Lo último que supe de ellos es que continuaban en una posición sólida.

—Pues se ve que me han informado mal —dijo Theo con una voz que me decía claramente que estaba seguro de que estaba bien informado—. Supongo que un rumor así sería malo para la moral, ¿no?

—Es sólo falta de conocimiento —le expliqué—. No deberíamos estar hablando de otros grupos.

—Eres un tipo frío, Bernard. ¿Te lo había dicho alguien alguna vez?

—Sólo amigos muy íntimos.

—Willi, mi hermano mayor, era miembro de la red de Zwickau. Se lo llevaron en mitad de la noche y eso fue lo último que supimos de él. Su esposa ha escrito a todo el mundo, a todo el que se le ocurre, incluso a Honecker, el primer secretario, y lo único que consigue es que le manden un formulario impreso. Ni siquiera se molestan en escribirle una carta a máquina.

—Quizá esté bien —le animé—. Hoy día retienen a la gente más tiempo... Sí, recuerdo a Willi. Se me había olvidado que era tu hermano; pero

no te precipites en sacar conclusiones sobre ese pastor. No podemos actuar contra él sólo porque a ti te dé mala espina, Theo. Continúa todo con normalidad. Como tú dices, si está informando a la Stasi, conservarán vuestra red sana e intacta indefinidamente. Puede que el único motivo de que tú hayas estado a salvo durante tanto tiempo sea porque ellos no quieren revelar que él les hace de informador.

—Si Londres te ha enviado para que nos des ánimos, olvídalo. Yo sé que ese viejo hijo de puta traicionó a mi hermano. Es una serpiente de cascabel. Lo arreglaremos nosotros solos.

—Eso que dices es una tontería, Theo. Nosotros no lo hacemos así. Nadie lo hace así.

—¿Y me juras que esto no es oficial? ¿Por qué esta noche precisamente, Bernd?

—Acabo de llegar. Nadie sabe que estoy aquí. He querido venir a verlo por mí mismo.

—Sal de aquí, Bernd. Vete. No vayas a ver a nadie más. Deja que nosotros lo resolvamos.

—No seas loco —le dije—. Si la red se rompe ahora y él es un informador, os detendrán a todos y os meterán en una prisión de la Stasi. No tienen nada que perder. La Stasi tiene poderes especiales para detener y encarcelar a quien quiera. No tienen que presentar pruebas ante un magistrado ni nada parecido.

Me dirigió una sonrisa cansada. Era como explicarle el menú de Navidad a un pavo cebado. Para él aquellas realidades de la vida eran obvias, pero a veces a las personas como Theo les hace falta que se las recuerden.

—Sé que tienes buena intención, Bernd. Y te estoy agradecido por ello.

—Entonces haz lo que yo te diga.

—¿Me prometes que te irás y que no te pondrás en contacto con él?

—¿Y eso qué más da?

—Por favor, Bernard. Por favor, déjanos en paz ahora. Danos una semana. Después, si fracasamos, lo hacéis vosotros a vuestra manera.

—Dudo mucho que vuestra red pudiera arreglárselas para operar sin él.

—No seas estúpido, Bernd. Claro que podríamos operar. Ya hemos hablado de ello.

Me pregunté cómo darle seguridad a Theo.

—Investigaré personalmente a ese hombre y si es necesario Londres lo neutralizará.

—¿Qué significa eso?

—Que nos desharemos de él. Pero hay que hacerlo de tal manera que no se pongan a sonar todos los timbres de alarma. Probablemente Londres lo arreglará todo para que las autoridades eclesiásticas le den trabajo en alguna otra parte. En algún lugar donde no pueda hacer daño.

—Pásame ese vaso de agua y las píldoras rojas. Tengo que tomarme dos cada cuatro horas.

—Es el único modo, créeme —le aseguré, al tiempo que le pasaba la medicina.

—Lo odio.

Se tragó las píldoras y bebió un poco de agua.

—Puede que estés mal informado, Theo. Mantenlo todo en marcha hasta que sepamos lo que realmente ocurre.

—¿Vas a hablar con él?

—Yo sólo quería verte a ti, Theo, para ver cómo estabas. Ahora volveré a Berlín. Olvida que he venido. Y dile a Betti que haga lo mismo.

—Betti no dirá nada, Bernd. Su familia eran nazis de alto rango; su tío era el *Politische Kreisleiter*. Creció manteniendo la boca cerrada.

—Bien.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Reúne a la gente de tu red —le recomendé sin contestar a su pregunta—. Asegúrate de que vengan a visitarte aquí mientras estés enfermo. Es una tapadera perfecta. No le digas al pastor lo que estás haciendo.

—No.

En aquel rostro preocupado se veían mil preguntas que pugnaban por salir, pero Theo no me preguntó nada más. En la mesilla de noche que estaba al lado de la cama había fotografías de su esposa y un retrato de Bruno, su hijo casado, que trabajaba para la Schnell-Bahn, la vía elevada que pertenecía al Este y atravesaba ambas zonas de Berlín.

—¿Bruno está bien? —le pregunté cortésmente.

—Hace mucho que no lo vemos —respondió Theo—. Es mejor así. No tenemos la misma opinión acerca del régimen.

—Confían en él —le recomendé—. Debe tener cuidado con lo que dice.

—Sí, confían en él —repitió Theo; su hijo era uno de los miembros del selecto personal del ferrocarril cuyas obligaciones diarias lo llevaban al Oeste. Me levanté y cogí el sombrero—. Buena suerte, Bernd —me deseó Theo—. Gracias por venir y por el paquete de café que me has traído. Pienso mucho en los viejos tiempos. Debí de estar loco para quedarme aquí, en el Este. Ese condenado Muro. Tenía que haber visto lo que se avecinaba.

—¿Cómo podías estar seguro de nada? —dije para animarlo—. La mitad de los muchachos de nuestra clase tenían sus hogares o a sus parientes en el Este.

—Pero la mayoría de ellos supieron cuándo salir de aquí. Entonces no parecía tan importante, ¿verdad?

—No —convine—. No parecía tan importante.

No cumplí la promesa que le había hecho a Theo. Aquel hombre estaba enfermo y yo no quería alarmarlo, pero recorrer tanto camino sin hablar con el turbulento sacerdote habría sido absurdo. De modo que fui a su «iglesia» y esperé hasta que el último de los feligreses se hubo marchado. El servicio se había celebrado en una sala de reuniones que formaba parte de la cripta, que era todo lo que quedaba de una iglesia destruida por los bombardeos de la guerra. Cuando salí a la luz, al pie de los escalones, el pastor miró hacia arriba y sonrió. Me reconoció. Sólo hacía unas cuantas semanas que me había refugiado allí con él. Yo iba con aquel muchacho, Robin, y estábamos huyendo de una espantosa media hora en la cercana Magdeburgo. El pastor se adelantó, me estrechó la mano y me apretó el brazo con la mano que le quedaba libre, como hacen en Hollywood. Lucía en el rostro una sonrisa radiante. Tenía el rostro sonrosado de un querubín.

—Buenas tardes, joven —me saludó—. ¿Ha venido especialmente para verme?

—Sí —le dije.

Me indicó que lo siguiera hasta una pequeña habitación lateral donde el olor a incienso no lograba encubrir el olor más fuerte a humo de tabaco. Cerró la puerta y sacó una silla para mí, una de las tres sillitas duras que estaban dispuestas alrededor de una mesa destartada sobre la que dejé el sombrero. Adornando la pared había media docena de fotos de otros pastores anteriores coloreadas a mano y un grabado de la iglesia tal como había sido cien años atrás. El pastor abrió un armario de metal en el que guardaba la ropa de calle y se tomó su tiempo para quitarse las prendas clericales y ponerse un traje viejo de color gris. Luego se quitó las gafas de montura de acero y se puso a limpiarlas con esa dedicación que a veces es señal de meticulosidad y a veces no es más que una estratagema para retrasar algo.

—¿Sabe usted cómo me gano la vida? —le pregunté, más para confirmar que la memoria le funcionaba bien que porque yo dudase de ello.

—Sí. Sé cómo se llama, conozco a su esposa y sé cuál es su trabajo.

—He venido a decirle que todo ha terminado: *kaputtgemacht* —le indiqué—. Se han paralizado ustedes. —Estaba poniéndome provocativo, desde luego, pero quería ver cómo reaccionaba. El pastor me miró, y con el dedo índice se subió las gafas ligeramente para colocárselas más arriba en la nariz, pero no dio muestra alguna de haber oído o comprendido—. Esta red está acabada —le repetí—. DELIUS está tosiendo sangre. La red no puede salvarse.

—Buscábamos la paz, pero no logramos nada de provecho; una época de ventura, y he aquí problemas. —Hizo una pausa y luego me miró—. Jeremías.

—Sí, ya lo sé —convine—. Estoy hablando de la red. Está acabada y ha sido usted quien ha acabado con ella. Usted sabe cómo me llamo y cuál es mi trabajo. Pues bien, yo no sé cómo se llama usted, no sé su verdadero nombre, pero sí sé cuál es el trabajo que hace a tiempo parcial. Usted informa a la Stasi.

—Ha estado usted por ahí escuchando habladurías. Y las habladurías de pueblo son las peores —me aseguró mientras esbozaba una sonrisa indulgente.

—He venido a recoger los pedazos, pero no sé cómo puede recomponerse.

—¿Cómo Humpty-Dumpty?

—Sí, como Humpty-Dumpty. Han recorrido un largo trayecto, pero nada dura eternamente.

Aguardé para ver si él decía algo, pero el pastor permaneció quieto, sin dejar de mirarme fijamente y con expresión tranquila. No dio muestras de querer discutir o dar explicaciones. Para ser «un colaborador no oficial» encontré su frialdad desconcertante. Los informadores solían vivir al borde de los nervios y se sobresaltaban con facilidad.

—Me han autorizado a ofrecerle un trato —le dije tras una larga pausa.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de trato sería ése?

—Todo el mundo acaba por ir al talego —le recordé—. Para todo agente que sea realmente bueno en lo que hace... que lleve hasta el último extremo las oportunidades y se arriesgue consistentemente, el hecho de que lo descubran es el punto culminante e inevitable de su profesión.

—Ser pastor no es una profesión, es una vocación —me corrigió él como si estuviera decidido a salir de aquella situación tirándose faroles.

Continué mi discurso.

—Pero el punto culminante de una carrera no tiene que ser el final de la misma.

—No puedo creer que hable en serio. ¿Está diciendo lo que parece estar diciendo?

—Piense en lo que podríamos hacer. Londres recompondría la red. La volveríamos a unir para que fuera aún mejor y más productiva que antes. Usted continuaría informando a Normannenstrasse como de costumbre. Y recibiendo de ellos la paga.

El pastor se rascó la mejilla con una uña y dijo:

—El Evangelio de san Mateo nos indica claramente que ningún hombre puede servir a dos amos sin llegar a odiar al uno y amar al otro.

—Yo creía que eso se refería a poner el dedo sobre el materialismo y la espiritualidad —opiné—. ¿No es ése el pasaje en que Mateo continúa diciendo que no puedes servir a un tiempo a Dios y a Mammón?

—Tiene usted una memoria envidiable.

—Es parte del trabajo —le aseguré—. Entonces, ¿qué responde? ¿Londres o Berlín?

—Creí que ya le había dado la respuesta.

—No del todo. No me ha dicho cuál de los dos es Dios y cuál Mammón.

—Usted viene aquí, a mi país, y me amenaza como si yo estuviera en su país.

La voz de aquel hombre continuaba siendo tranquila, pero él estaba empezando a endurecerse, y eso era bueno. Aquello era lo más que se había acercado a soltar bravatas, pero entonces me di cuenta de que yo lo había entendido todo al revés. El pastor no era un colaborador no oficial; aquel hombre tenía la resistencia, la capacidad de adaptación de un hombre de la Stasi bien entrenado y experimentado.

—Usted comprende lo que le estoy ofreciendo, ¿verdad? —le pregunté—. ¿Ve usted las alternativas?

—¿Por qué no me las aclara un poco más?

—No puedo aclarárselas mucho más —le aseguré—. Usted sabe tan bien como yo que si no coopera, Londres tendrá que eliminarlo. No pueden permitirle que se vaya.

—Elimínenme —me pidió repitiendo la palabra que yo había empleado, «*ausschalten*», y haciendo un movimiento con los dedos como si accionase un interruptor eléctrico—. ¿Ésa es la idea que usted tiene? ¿Darme la oportunidad de unirme a ustedes espiando a mi propia gente?

—No —le corregí—. Ellos no me escucharían. Yo quería deshacerme de usted sin darle la opción.

Respondió con una sonrisa lúgubre. Estaba molesto consigo por verse intimidado al obligarle yo a hablar de hacer tratos. Su rostro permaneció tan tranquilo como siempre, pero se le veía la ira reprimida alrededor de la boca.

—¡Es usted un mierda! —me espetó con suavidad—. Yo le mostraré cómo apretamos nosotros el interruptor para apagar... la porquería como usted.

Ambos habíamos empezado aquella conversación con una idea equivocada. No fue más que buena suerte lo que había hecho que mi error funcionase, mientras que el suyo erró el tiro. El pastor se sacó del bolsillo una cartera de piel de cerdo. De un compartimento de la misma extrajo una hoja de papel y la colocó sobre la mesa delante de mí. Reconocí lo que era antes de que él alisase el papel para que yo lo leyera. Estaba impreso toscamente en papel basto y amarillento. El hecho de estar doblado constantemente había acabado por desgastar el papel de tal modo que casi se había separado en cuatro partes. Era un certificado de la Stasi. En la esquina inferior había un hombre solemne sujetando una tabla con un número que mostraba a la lente de la cámara. El texto lo identificaba como capitán empleado por el Ministerio de Seguridad y ordenaba a todos los contendientes que lo ayudasen y le asistiesen.

—Ya he visto uno antes —le dije mientras empujaba de nuevo el papel hacia él.

—Estoy seguro de ello.

—Piénselo —le recomendé, al tiempo que me ponía en pie.

Aquél era el momento peligroso; el momento en que estaba decidiendo si detenerme, matarme o conservarme como una especie de póliza de seguro para la vejez.

Hizo una mueca a modo de sonrisa. Era un punto muerto, un empate; la sonrisa de complicidad que apareció en su rostro era el reconocimiento por su parte de aquel hecho, exactamente igual que yo —al decirle que lo pensara— estaba a mi manera admitiendo lo mismo.

—¿Cómo nos mantendríamos en contacto? —quiso saber—. ¿Hay un código...? Quiero decir en el supuesto de que yo lo pensase y quisiera hacer un trato.

—El procedimiento habitual de la red. Pida una docena de soberanos de oro en cualquier contexto y yo vendré a verle.

—¿No son treinta?

Consultó el reloj. Todas las personas con las que yo hablaba no hacían más que mirar el reloj; empezaba a entrarme cierto complejo.

Comencé a abotonarme el abrigo y recogí el maltrecho sombrero de fieltro. Me pregunté si aquel hombre iría a llamar por teléfono para hacer que me detuvieran en el puesto de control. Me alegré de haber tomado la precaución extra de cambiar de transporte y de identidad en Berlín.

—Tengo parroquianos enfermos a los que consolar —me dijo el pastor mientras se debatía para ponerse el grueso abrigo y se colocaba un gorro de lana—. Todas las noches hago mis rondas, igual que un pastor.

—¿O quizá igual que un carcelero?

—Antes me hacía esa pregunta a veces.

—¿Y qué se respondía?

—Al final decidí que no hay diferencia. —Tenía la voz más firme. Había pedido ver mi farol y se había hecho el amo. Durante las próximas horas, mientras estuviera en la República Democrática Alemana, yo era un naipe en su mano y él podía jugarme del modo que quisiera. Abrí la puerta—. Buenas noches, Herr Samson —dijo para despedirse—. Que el Señor le proteja.

Solté un gruñido de buenas noches.

Había aparcado en el callejón de la escuela enfrente de la iglesia, pero el coche del pastor, un Trabant aún más viejo que el mío, estaba a cubierto en un granero cercano. Me costó unos minutos rascar la escarcha del parabrisas, pero el pastor había tenido la previsión de proteger el de su coche con papel de periódico. Lo quitó y saltó dentro del coche para quedarse mirando cómo yo hacía repetidos intentos por arrancar. Aquel hombre quería ver cómo me marchaba antes de irse él; no deseaba que lo siguiera.

Por fin se oyó el fuerte traqueteo del motor de mi coche, que provocó un revuelo de alas en los árboles cercanos y los pájaros alarmados subieron somnolientos hacia el cielo nocturno. Solté el embrague y comencé a avanzar con cautela echando rápidas ojeadas por el retrovisor mientras maniobraba con cuidado por la estrecha entrada de piedra que pasaba por encima de la zanja.

Vi el Trabant del pastor reflejado en el espejo retrovisor. Mientras yo miraba, el interior del coche se iluminó, como si el pastor estuviera probando una potente linterna. Con aquella iluminación interior pude verle la cara malhumorada en la que las lentes de las gafas lanzaban destellos como dólares de plata. Luego me di cuenta de que aquel resplandor preliminar fue una especie de fallo. Inmediatamente la primera llamarada de luz fue superada por otra más brillante que transformó los cristales del coche en láminas de plata pulimentada. Los fragmentos de vidrio al volar reflejaron la luz de la explosión y envolvieron el coche en lo que durante un breve instante

fue una gran esfera de espejos brillantes. Luego todo cayó al suelo y desapareció como copos de nieve. Cuando llegó la fuerza de la explosión, yo ya había franqueado la puerta de la entrada y estaba en la carretera. El estallido casi hizo volcar mi coche dentro de la zanja, y el sonido me golpeó en los tímpanos como un trueno. Los ecos de la explosión se expandieron por el recinto y fueron sustituidos por un ronco estruendo apagado cuando el vehículo del pastor se convirtió en una hoguera que crepitaba.

¡Theo, estúpido hijo de puta! Ahora vendrán y os harán pedazos a todos. En mis tiempos jóvenes quizá hubiera dado media vuelta, les habría dado instrucciones para que se reagrupasen y los habría puesto a todos en fuga en busca de refugio. Pero ya no era joven. Apreté el pedal del acelerador. El resplandor del fuego desapareció detrás de una colina y subí el cristal de la ventanilla del coche sin dejar de conducir.

Pasé el día siguiente sentado detrás de mi escritorio esperando a que cayera el siguiente martillazo.

—Han interceptado un teletipo procedente de Dresde —me informó Lida al tiempo que lo dejaba sobre la mesa junto con una taza de café ferozmente cargado.

La miré; la mujer me devolvió una mirada sin expresión. Frank Harrington, en un característico gesto de apoyo por su parte, me había asignado la más brillante y mejor secretaria del edificio. Lida era una viuda de cincuenta años con bifocales tachonadas de pedrería, un extraordinario surtido de ropa de lana de colores vivos, memoria enciclopédica y un dominio adecuado de la mayoría de las lenguas europeas occidentales.

—¿De cuántos se trata esta vez? —le pregunté.

—De cinco.

—¿Theo Forster no está entre ellos?

—Todavía no.

Lida era realista.

—No —repetí con pesimismo—. Todavía no. Seguro que lo dejan para el final.

Lida había dejado mi puerta sin vigilancia, de modo que el muchacho asomó la cabeza.

—¿Puedo hablar con usted, jefe?

Como llevaba los brazos cargados, empujó la puerta con un hombro y entró andando como los cangrejos.

—Supongo que sí.

El muchacho puso dos archivadores sobre mi mesa y abrió el de encima.

—Será mejor que le muestre lo que he encontrado —me informó.

—Sé qué has encontrado —le dije—. Has averiguado que no hay manera de sustituir a la red DELIUS como un medio de colocar a la gente en su sitio.

—Sí.

—No importa —le indiqué—. Con DELIUS comprometida, todas las redes eclesiásticas son sospechosas. Tendremos que pensar en algo drástico.

Permaneció de pie al lado de la mesa acariciando los archivadores.

—¿Por qué los cogen de uno en uno cada vez? —me preguntó—. ¿Por qué no hacen una redada para cogerlos a todos juntos? Que separen a los prisioneros y los interroguen por separado.

—Es el sistema que utilizan —le expliqué—. Siempre uno a uno. Pinchan todos los teléfonos y vigilan todas las casas y tratan de atemorizar a los demás sospechosos para que cometan alguna tontería. Confían en que así los conduzcan hasta otras personas a las que no conocen.

—Ya tienen más o menos todo el lote.

—Más o menos —convine.

—¿Se encuentra bien?

—Estupendamente —le dije.

—Pues parece estar rendido. Espero que no haya agarrado la gripe china que han tenido las chicas del departamento del cajero. Empieza con cierta sensación de tener la lengua peluda y áspera. ¿Nota usted eso?

—No creo, pero no he tenido tiempo de comparar la lengua con las chicas de la oficina del cajero.

—Y dolores de estómago —me explicó el muchacho con seriedad.

—Tengo mucho trabajo que hacer.

Tenía buena intención, ya me daba cuenta, pero yo necesitaba tiempo para mí solo. Necesitaba pensar.

—No han detenido al pastor —me informó el muchacho mientras agitaba ante mí más papeles.

—Dales tiempo —le dije—. Miraremos las interceptaciones mañana. Y ya veremos qué tiene que decir Frank. Quizá quiera volver y encargarse personalmente de esto.

—¿No se lo ha dicho todavía?

—Lo llamaré a Londres. Probablemente quiera advertir al director general de lo que está pasando.

—Eso le echaría a perder la velada —consideró el muchacho.

—Frank lleva mucho tiempo en esto. Ha visto redes que van y vienen.

—Supongo que uno acaba por acostumbrarse. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No, nunca se acostumbra. Tampoco es que uno se derrumbe y se eche a llorar, pero no se acostumbra.

—Veré si hay algo en los papeles de la policía criminal de Magdeburgo —dijo el muchacho mientras ponía en equilibrio el contenido de mi bandeja encima de sus archivadores y se dirigía hacia la puerta. Luego se detuvo y añadió—: Mi padre me escribió el otro día y me preguntó qué creía yo que estaría haciendo cuando tuviera cincuenta años. Me explicaba que si un hombre piensa dónde va a estar y qué va a estar haciendo cuando tenga cincuenta años, todos los años precedentes encajan a la perfección. ¿Está usted de acuerdo con eso, jefe?

—Ya te lo comunicaré —respondí.

A veces me preguntaba si el muchacho me diría aquellas cosas para tomarme el pelo.

Cuando se hubo marchado, Lida preguntó:

—¿Quiere que me quede esta noche?

—No. Váyase a casa. Dígale al vigilante nocturno que conecte su línea interna conmigo y me dé dos líneas exteriores. Dormiré en el sofá.

—Le envié el equipaje al hotel Hennig, pero no le he pedido habitación.

—Está bien —la tranquilicé—. Hay una pequeña habitación en la buhardilla. Frau Hennig me permite usarla siempre que quiera cuando estoy en Berlín.

—¿Y qué le parece si le pido algo para comer?

—Estoy bien.

No quería que hiciera de madre para mí. Lida hizo una inclinación de cabeza y me dio las buenas noches, pero unos treinta minutos después volvió agitando en el aire una hoja de papel de copiar del servicio de monitorización.

—He pensado que querría usted ver esto inmediatamente —me dijo—. Es de la zona de Magdeburgo. Un pastor ha resultado con graves quemaduras en el incendio de su vehículo. Junto con ello, el servicio de noticias emite una advertencia del gobierno acerca del almacenamiento ilegal de gasolina.

—Gracias —le dije.

—Creo que es nuestro hombre. Intentan quitarle importancia por medio de la advertencia.

—¿Me huele a quemado? —inquirí. Me miró y se encogió de hombros—. Huele a quemado —le aseguré.

—He estado haciendo tostadas. ¿Está prohibido?

—No, Lida.

—Hay una tostadora eléctrica para el personal de la oficina... Si está prohibido...

—No. No. Váyase a casa, Lida. Nos veremos mañana por la mañana.

—Buenas noches, Herr Samson.

Cuando salió por la puerta, el olor a quemado se hizo más fuerte y mucho más penetrante.

Cualquier esperanza que yo estuviera alentando acerca de que Theo fuera eliminado de la lista de sospechosos desapareció hacia la medianoche, cuando se confirmó que lo habían detenido. Theo fue el último en entrar en la cárcel. Leí el mensaje dos veces y luego cerré los ojos para pensar durante un rato en lo que había ocurrido. De la siguiente cosa que fui consciente fue de que eran las seis de la mañana y me estaba despertando con un terrible dolor de cabeza y la boca seca, exactamente igual que las muchachas que tenían la gripe china. Sencillamente me había desplomado y me había quedado dormido sentado ante mi mesa. No era la gripe, eran los nervios. Todo ese cuento de que la adrenalina se dispara es mentira; el auténtico miedo, el que petrifica, y la desesperación sólo provocan un cansancio abrumador.

Bostezando y despeinado fui a olisquear el Berlín de la primera hora de la mañana, con todos los sonidos y los olores que recordaba de cuando iba a la escuela siendo niño. Tenía la barba sin afeitar, los ojos legañosos y una necesidad urgente de una taza de café. Un chófer del depósito de automóviles me llevó a una de mis antiguas guaridas, un bar que permanecía abierto toda la noche y que estaba escondido entre la terminal de autobuses y Witzleben S-Bahn. El letrero de neón aparecía pálido en el amanecer rosa acuoso. Entré y miré a mi alrededor a las personas que allí había: camioneros, ferroviarios, chulos y trabajadores del turno de noche. Pero el único rostro que reconocí fue el del propietario.

—Bernd. Mucho tiempo, no ver —me saludó a voces Sammy, el dueño, sin sacarse el puro de la boca.

Era un húngaro rollizo de cara sonrosada que antes se ganaba la vida cómodamente con los clubes y restaurantes de Berlín a los que vendía alcohol, cigarrillos y puros robados de los grandes camiones. Ahora se había vuelto respetable casi del todo, y proporcionaba comida y bebida a los camioneros de largo recorrido al final de la autopista que atravesaba la República Democrática Alemana hacia Alemania Occidental. Seguía vendiendo alcohol y tabaco, pero sus días de latrocinio habían pasado; tenía un negocio de venta al por mayor y dos almacenes grandes de los que sacaba igualmente mucho dinero sin quebrantar la ley.

Me senté y esperé. El aire estaba cargado de humo y de olor a café y a rosquillas. Tomé un café expreso cargado con una copita de schnapps y me puse a leer un periódico que se había dejado allí algún cliente. No había noticias auténticas, sólo artículos sobre estrellas de televisión y deportes. Por fin llegó Bruno Forster; yo estaba seguro de que llegaría. Se detuvo en la entrada y echó un vistazo por todo el local para buscarme. Llevaba la cabeza descubierta y vestía un mono de mecánico con una chaqueta de uniforme ferroviario. Era obvio que estaba de servicio. Cuando me divisó no sonrió ni me saludó con la mano, sino que se acercó a la mesa sosteniendo un paquete en alto como si estuviera a punto de entregar un mandamiento judicial.

—Aquí lo tiene, Herr Samson. Mi padre ha dicho que usted siempre lo ha querido.

Dejó caer un pesado sobre blanco encima de la superficie de plástico de la mesa.

—Hola, Bruno —le saludé al tiempo que levantaba la mirada hacia él.

Aparte de un bigote pequeño y delgado, se parecía mucho al Theo de los viejos tiempos. No toqué el sobre.

—Me dijo que se lo diera a usted. Es el Blutorden.

Escupió la palabra, Orden de Sangre, con todo el desprecio de que pudo hacer acopio. Era una medalla, una de las condecoraciones nazis más raras, y Theo había tenido una de ellas en su colección desde que era colegial. Yo había querido desesperadamente añadirla a mi modesta colección.

—Gracias, Bruno. ¿Quieres un café? ¿Una copa?

—Mi padre no sobrevivirá a la prisión. Y usted lo sabe, ¿no es cierto?

Permaneció de pie por encima de mí e ignoró la invitación.

—¿Lo has visto? —le pregunté.

—Es usted un hijo de puta. ¿Está satisfecho ya?

—¿Lo has visto?

—Sí, me han dejado verle. Estaba llorando. —Bruno dejó que yo asimilara aquello—. Estaba sentado, encorvado, con los brazos alrededor de las rodillas. Sentado en la sala de visitas llorando hasta salirse el corazón... como un niño.

—¿Le habían hecho daño?

—¿A usted qué le importa? No, no le habían hecho daño. No le habían torturado del modo en que sus podridos periódicos occidentales dicen que nuestros inspectores de policía torturan a sus prisioneros. Y si usted le hubiera dejado en paz, ahora mi padre estaría libre y feliz.

—Está enfermo —le recordé—. Lo más probable es que lo suelten pronto.

—Se mete usted en la vida de las personas, se interfiere en ellas, las hace desgraciadas y remueve la mierda. ¿Y a usted eso en qué le afecta?

—No ha sido exactamente así, Bruno —le contradije—. Tu padre quería ayudar.

Bruno Forster miró alrededor para asegurarse de que nadie nos oía. Había pasado al sector Oeste conduciendo un tren de la S-Bahn y supongo que le pedirían explicaciones por cada minuto de su tiempo. Los mandos de la S-Bahn se aseguraban de que su personal no vagase por el Sector Occidental de la ciudad, porque a los mandos también los investigaba y los sometía la Stasi a exámenes estrictos. Así es como funcionaba su sistema.

—Abra el regalo —me pidió.

—¿Cómo está tu madre?

Pude palpar la medalla a través del envoltorio, pero no abrí el sobre. Era como si al aceptar aquel legado yo estuviera apresurando el fallecimiento del pobre Theo.

—Mi madre no quiere hablar conmigo. Yo le hablo, pero ella me mira y no contesta.

—Ella ama a tu padre.

—Me culpa a mí. —Soltó una breve carcajada de enojo—. Los dos me culpan. —Su indignación salió como un torrente—. Viene usted y destroza la familia. Les habla de Occidente. Les dice que la libertad lo es todo. Anima usted al viejo a que ayude a esos maníacos que quieren derrocar el Estado. Yo se lo advertí una y otra vez. Mi madre lo lleva a la iglesia, lo involucra y luego, cuando él está metido en problemas, ¿a quién le echan la culpa? No a ellos mismos, ni a usted. ¡Me culpan a mí!

Pasé los dedos por el sobre y palpé la cinta a la que estaba sujeta la medalla. De todas las medallas nazis, aquélla era la única que se lucía en el bolsillo derecho del pecho, con la cinta enhebrada en el ojal.

—Soy socialista —continuó diciendo Bruno—. Soy leal a mi país. La República Democrática Alemana es un buen lugar para vivir. Hacen lo que pueden. Tenemos atención médica como es debido y empleos de por vida. No hay crimen, nada de la perversión ni del infierno que han creado ustedes en Occidente. Les digo a mis amigos de la República Democrática que si ellos vinieran aquí y lo vieran por sí mismos, comprobarían la mierda y la miseria que hay. Verían el lavado de cerebro que les han hecho a sus desgraciados trabajadores. Verían a la gente viviendo en las calles, verían la droga y los horrores...

—Pero no pueden venir —le interrumpí—. No pueden venir aquí ni ver nada. Vosotros construisteis el Muro.

—Tengo que volver al trabajo. Ahora no tengo tiempo para discutir.

—No, bueno... quizá a mí también me hayan lavado el cerebro para que piense que la libertad lo es todo —le dije.

Refrené el deseo de decirle que había sido la asquerosa contaminación, junto con las espantosas condiciones laborales en la fábrica de bicicletas que pertenecía al gobierno, lo que había llevado a su padre prematuramente al borde de la muerte.

—Ábralo. —Dio unos golpecitos en el sobre—. Mi padre me hizo prometerle que se lo daría. Me lo repitió una y otra vez. No sé por qué habría de quererlo usted. —Mientras miraba a su alrededor, otro pensamiento lo asaltó—: ¿Cómo sabía él que usted estaría aquí? ¿Y cómo sabía usted que yo vendría?

—Supuse que te asomarías por aquí. Muchos trabajadores de la S-Bahn vienen aquí de vez en cuando para tomar una copa de schnapps o un café.

Pero no iba a dejarse engañar.

—Este lugar es una tapadera para un punto de encuentro, ¿verdad? ¿Su puñetero sistema de espionaje! ¿Es así como la red de mi padre se comunicaba con ustedes? ¿Es así como les decía que venía? ¿Valiéndose de la S-Bahn?

—Ni siquiera te atrevas a pensar en ello, Bruno. Vives en un lugar donde hasta los pensamientos pueden llegar a castigarse con severidad.

Quizá lo convenciera aquel argumento, porque al tiempo que se ponía en pie repitió su letanía acerca de que Occidente explotaba a los obreros y acerca de mí en particular.

—Es usted una hiena, Samson —me susurró en voz baja, de modo que su voz fue casi un siseo—. Vive de los cadáveres de las buenas personas que creen en esos condenados cuentos de hadas que usted les cuenta.

—Quizá tengas razón, Bruno —acepté.

Lo conocía desde que era poco más que un bebé que llevaba un gorro de punto y agitaba un sonajero. Recuerdo cuando crucé por el punto de control Charlie llevando una sillita de niño de los grandes almacenes Ka-De-We para él. Cabía justo en la parte de atrás de mi coche, y la policía fronteriza estuvo a punto de quitármela hasta que les di cuatro cartones de cigarrillos americanos. Fue un riesgo tonto, porque en aquellos días los guardias a veces reaccionaban con fiereza ante cualquier clase de intento de soborno.

—No podía dejarlo en paz, ¿verdad? Ni siquiera cuando se puso enfermo. —Sacó un pañuelo y se sonó la nariz ruidosamente—. ¿Y se dice usted amigo suyo? —Tomé su enfado por lo que era: dolor ante la perspectiva de perder a su padre y pesar porque su rencor había supuesto perderse muchos años preciosos con sus padres. No le contesté—. ¿Una medalla nazi? —añadió Bruno—. Es un regalo apropiado. Me alegro de habérselo dado en persona.

Yo sabía que no se quedaría más que unos minutos; sus amos recelaban de las estancias prolongadas en Occidente.

HOTEL HENNIG, Berlín Occidental

Después de mi doloroso encuentro con el hijo de Theo me dirigí al hotel de Tante Lisl. La habitación que yo utilizaba estaba debajo del tejado, y se llegaba a ella por el empinado tramo de una estrecha escalera de madera que en origen estaba pensada sólo para uso de los sirvientes. Era mediodía. Cerré las cortinas para evitar la luz del día, me desvestí y me metí en la cama. Tenía necesidad de dormir, pero el sueño no llegó con facilidad; la habitación, pequeña y apretada, guardaba para mí vivos recuerdos no sólo de mis días escolares con Theo, sino también de mi padre y del día en que murió. Finalmente me venció el agotamiento y no me desperté hasta avanzada la tarde. Me quedé en la cama otra media hora más o menos con la esperanza de que apareciera alguien con consuelos como caldo y *bratwurst*, pero no vino nadie. Cuando telefoneé a la oficina para asegurarme de que no se había producido ninguna emergencia, Lida me explicó que todos sus intentos para comunicarse conmigo habían sido interferidos por alguien que le decía que yo necesitaba descansar. Afortunadamente había podido manejar la rutina de la oficina sin mi ayuda.

Lida daba muestras de una desconcertante intuición para todo lo que ocurría en la oficina. Me dijo que le había surgido una duda respecto a alguien que había sacado una motoBMW la noche anterior sin registrar en el libro los detalles requeridos del permiso de conducir y el código de autorización. Con voz desprovista de toda emoción me informó de que les había dicho a los del depósito de automóviles que lo anotaran como «arreglo especial para el señor Harrington». Eso significaba que ella misma podía dar el visto bueno sin necesidad de llamar más la atención sobre el asunto. Lida era un tesoro.

Me dolía la cabeza, me costaba trabajo abrir los ojos del todo y tenía la boca seca. Me embutí un suéter viejo de cuello vuelto y pantalones de pana y bajé los crujientes peldaños; avancé por el rellano y bajé a buscar algo de

comer. No había nadie por allí; aquélla no era la época del año en que vienen los turistas, y los hombres de negocios siempre encontraban motivos para quedarse en casa al aproximarse las Navidades. A partir de entonces se abría un período de inactividad que duraba hasta el Festival de Cine de Berlín que se celebraba en febrero. Lisl prosperaba con el festival; su hotel tenía fama de dar suerte. Conocidos directores, productores e incluso actores y actrices se apiñaban allí porque en el transcurso de los años muchos de sus huéspedes habían ganado el Oso de Plata y galardones de otro tipo. Las dos suites, grandes y caras, de la primera planta eran las que daban buena suerte de forma especial, al menos eso decía Lisl, aunque yo me había fijado en que cuando alguien preguntaba qué ganadores habían dormido en ellas, qué premio habían ganado y en qué festival, Lisl siempre se mostraba algo imprecisa.

Al pie de la bonita escalera de mármol, con una barandilla de madera pulida por la que me gustaba deslizarme de niño, encontré a Lisl Hennig en su habitación. La puerta estaba abierta de par en par porque a Lisl le gustaba ver lo que ocurría en sus dominios, pero en aquel momento tenía los ojos cerrados y parecía profundamente dormida. Había un plato en el suelo junto a ella, y el contenido del mismo, una manzana a medio comer, un trozo de queso y dos galletas de soda, estaba esparcido por la alfombra. Me quedé allí de pie durante unos instantes mirando al interior del estudio sumido en la penumbra. El modo como la lámpara de lectura situada por encima de la mujer producía unos reflejos como de mármol en su vestido, el mechón de pelo que le caía sobre la frente, la manera en que los brazos le descansaban a lo largo del asiento parecido a un trono, los periódicos y la comida abandonada a su alrededor, todo ello componía una escena que sugería un monumento a Lincoln sembrado de desperdicios.

Aquélla era su guarida, una guarida a la que sólo se invitaba a los privilegiados y donde sólo a los íntimos se les permitía sentarse. El gran reloj decorado se erguía marcando las tres y media y Guillermo II blandía su espada y fruncía el entrecejo amenazadoramente ante mí. La única incongruencia era un ordenador de sobremesa recientemente instalado en la mesa auxiliar. Como una especie de comparación efectista, la pantalla oscura y el teclado estaban colocados junto a la vieja máquina mecánica de sumar con la cual Lisl siempre había calculado las facturas de los huéspedes. Prendida en la pared detrás de la mesa había una página arrancada sin cuidado de un periódico; una reproducción en color a seis columnas de *Los lirios* de Van Gogh que había sido subastado recientemente en Sotheby's por una puja

récord de cincuenta y tres millones de dólares. Aquella noticia había suscitado un interés mundial, pues había demostrado que a la hora de cuantificar lo que no tiene precio, todo es posible.

De pronto Lisl emitió un gruñido y se despertó:

—¡Bernd, cariño! Entra y dale un besazo a tu pobre vieja Lisl.

Como siempre, estaba despierta al instante, y nada dispuesta a admitir que había estado sesteando.

Se llamaba Liese-Lotte, pero de niña había adoptado la forma vienesa más *gemütlich* de Lisl, y ese toque *kitsch* le favorecía. Me acerqué a ella y la besé con cuidado para no estropearle el maquillaje de los labios y las mejillas, cuidadosamente empolvadas y coloreadas. Lisl torció la cabeza para aceptar un beso en cada mejilla.

—Deja que te mire, cariño —me dijo. Torció la lámpara de mesa para que me iluminase profusamente y yo permanecí de pie obedientemente, sintiéndome como un redomado tonto mientras me sometía a examen de la cabeza a los pies. No me estaba admirando—. Estás enfermo. Tienes que ver a un médico.

—Sólo tengo hambre —le indiqué.

—Necesitas comer como es debido. Comida de Berlín. Esta noche... *Schlachtplatte!*

—Eso suena maravillosamente.

Lo dije sinceramente. El enorme plato de carne y salchichas hervidas mezcladas era algo por lo que yo llevaba mucho tiempo suspirando.

—Pero sigo diciendo que tendrías que ir a ver a un médico, Bernd. Yo sé muy bien cuándo estás enfermo; te conozco de toda la vida, ¿no?

—Estoy bien.

—Sólo me preocupo por ti. —Llamó a la cocina y pidió un tentempié para mí. Después cogió un periódico que estaba doblado formando un pequeño fajo y que dejaba a la vista el crucigrama—. Has llegado en el momento justo. He empezado a hacer los crucigramas de los periódicos ingleses todos los días. Es bueno para mí inglés. —Aquello lo dijo en alemán, lo cual me hizo creer que su deseo por dominar el inglés no era una prioridad máxima—. Reino cristiano gobernado por un general. Tiene siete letras y termina en THO.

—Lesotho —le sugerí.

—¿Existe ese país?

—En África.

—Me has salvado la vida, cariño. Eres un encanto maravilloso, un genio. Casi me había vuelto loca. Eso hace que el dieciséis vertical dé estoico. Y el resto es muy fácil. Ya lo acabaré más tarde. Estupendo. —Soltó un suspiro de alivio, dejó a un lado el periódico y se volvió hacia mí—: Y dime, Bernd, ¿qué le has hecho al pobre Werner?

—¿Que qué le he hecho? Hace siglos que no lo veo. ¿Está aquí?

—¿No habrás discutido otra vez con su esposa?

—¿Te refieres a Zena?

Zena era la diminuta y combativa primera esposa de Werner, con la que recientemente había vuelto sin un motivo aparente que yo pudiera imaginar.

—Sí, Zena —repitió Lisl—. Ya sé que a ti no te cae bien. Ella es... —Los artríticos dedos de Lisl describieron una vibración notablemente ágil en el aire mientras buscaba una palabra que fuera a la vez apropiada para el carácter de Zena y apta para poder repetirse ante Werner—. Susceptible. Sí, eso es, susceptible a veces, ya lo sé.

—La vida privada de Werner no tiene nada que ver conmigo —le indiqué.

Quizá puse demasiado sentimiento en aquella respuesta, porque Lisl me dijo:

—¿Quieres decir con eso que soy una vieja entremetida?

—No, querida Lisl —me apresuré a decir—. Pues claro que no lo eres.

Me miró por debajo de los párpados entornados mientras decidía si aceptar o no mi cobarde afirmación.

—Es una lástima que no encontraras una buena chica alemana, a menudo he pensado en ello.

Y también lo había dicho a menudo. El matrimonio de Werner y el mío eran temas de los que Lisl podía hablar largo y tendido, y con los cuales a veces llegaba a ponerse muy emotiva. Lisl había sido una tía para mí, pero para Werner, después de que los padres judíos de éste murieran, había sido una madre. Y sin embargo el matrimonio de Werner con la belicosa Zena no había inquietado a Lisl tanto como el mío con Fiona. Desde luego Lisl nunca criticaba a Fiona. Su anticuado respeto por la institución del matrimonio excluía la crítica destructiva. Pero yo conocía a Lisl muy bien, y sabía que en secreto consideraba a Fiona como una extranjera fría y distante que se había entremetido en la intimidad de nuestro círculo familiar. Lisl se mostraba tan distinta de Fiona como se pueda ser. A pesar de haber nacido en el seno de una acaudalada familia berlinesa y de haber pasado la niñez en un mundo formal y exclusivo, Lisl había heredado la vulgaridad audaz y el sentido del humor tenaz que es distintivo de los berlineses. Su terquedad innata le había

hecho ofrecer refugio sin vacilar a los padres de Werner en una época en que esconder a los judíos solía llevar implícito un billete sin retorno a un campo de concentración. Lisl era generosa en exceso, pero también podía mostrarse intolerante y egoísta cuando quería.

—Una buena chica alemana —repitió pensativa—. Y hubieras podido quedarte a vivir aquí, en la ciudad, y encontrar un empleo como es debido.

Lisl estaba intentando sonsacarme noticias de mi vida doméstica. Lo podía leer en la expresión que mostraba su rostro.

—Tengo un empleo —le recordé—. Y además estoy viviendo en la ciudad.

—Tú siempre tienes respuesta para todo, ¿no, Bernd? Es propio de mentes sabias mantener la lengua quieta. ¿Has oído ese refrán, Bernd?

No contesté; me limité a sonreír.

Pero a Lisl no se le podía ganar.

—Mi comentario te ha llegado al alma, ¿no es así? Una buena chica alemana. Alguien que te tuviera preparadas las camisas, cuidara de los niños y te hiciera comidas como Dios manda.

—He estado trabajando toda la noche —le informé—. Todavía no me he afeitado. Me he puesto este jersey viejo y he bajado porque tengo hambre.

—No te quejes, Bernd. La chica de la cocina está trabajando lo más aprisa que puede.

—Ya lo sé, Tante Lisl. —Miré a mi alrededor—. El hotel está muy tranquilo.

—Estaremos a tope cuando llegue el festival —me aseguré—. La mejor suite ya está reservada. Incluso tendremos que rechazar a gente, fíjate. ¿Estarás aquí en Navidad?

—Es bastante probable.

Me miró, sorbió fuertemente por la nariz y volvió al tema de las esposas.

—Una muchacha alemana de sangre caliente habría sido mejor para ti. Una muchacha alemana sabe cómo cuidar a su hombre.

—Estoy felizmente casado —protesté.

—¡Uggh! —Desafió mi afirmación con un sonido grosero—. Lo sé todo sobre eso —aseguró mientras apretaba el dedo índice contra un lado de la nariz en una promesa de confidencialidad—. Lo sé todo acerca de tu *ungarische Hure*... ¿Crees que no me he enterado de las aventuras que has tenido y de que te fuiste a vivir con esa mujer llamada Gloria?

Desde luego era un palo a ciegas; una artimaña hábilmente calculada para hacer que yo protestase, y al protestar le proporcionase más información tanto

acerca de Fiona como de Gloria, y de mis relaciones con ellas. Supongo que la tenía intrigada el hecho de que me hubiera ido a Berlín sin mi esposa. No contesté, sólo bostecé y me froté la cara con cansancio. Pero ella insistió.

—Tu Gloria está alojada aquí, en la ciudad, con su nuevo amigo, el señor Rensselaer. Juntos. ¿Lo sabías?

—No, creo que no, Lisl —le contesté con paciencia.

—Pues yo te digo que sí. En ese nuevo y ostentoso hotel americano que hay en Wilmersdorfer Strasse. Está lleno de persianas rojas y jardineras con flores —dijo en términos despreciativos, como si aquellos adornos fueran señales por sí mismas que animaran a compartir la habitación de manera ilícita.

Sonreí.

—Supongo que este hotel no es lo bastante bueno para ellos —me confió Lisl.

De modo que ésa era la afrenta. No era Gloria, ni Bret, ni el rumor de que compartieran la cama lo que fastidiaba a Lisl; era la idea de que prefiriesen otro hotel al suyo. Yo no le di mayor importancia al asunto; a Lisl le encantaban los rumores y siempre los malinterpretaba. Pronto llegó una bandeja con caldo, *bratwurst* y ensalada de patata templada, acompañados de una rebanada de esa clase de *Roggenbrot* que yo recordaba de los tentempiés de mi infancia, cuando llegaba del colegio y cogía yo mismo de la cocina del hotel aquel pan oscuro tan bueno.

—¿Qué le has hecho a Werner? —volvió a preguntarme.

—Nada. ¿Dónde está? —quise saber entre cucharada y cucharada de sopa.

—¡Come! ¡Come! No hables con Werner hasta que haya terminado de decorarme el árbol. Ha ido a comprar más luces de colores.

—¿Qué dice él que le he hecho?

—¿Está buena la salchicha? Tengo un carnicero nuevo. Deberías ver el *eisbein* que me envía. Y los *bockwurst*; hechos al auténtico estilo de Berlín. —Me miró mientras yo seguía comiendo—. Sea lo que fuera lo que le hiciste a Werner, lo has disgustado. —A pesar del amor que me tenía, le encantaba sobresaltarme con noticias inquietantes—. Dos vidas desperdiciadas: la de Werner y la tuya. ¿Qué perspectivas tenéis cualquiera de los dos?

—Werner está haciendo una fortuna —le recordé.

—¿Qué le pasa al caldo? ¿Por qué no lo terminas? Tengo un cocinero nuevo; sólo para las comidas. Es un Schwab, un buen chico. ¿Notas el sabor del jugo de ganso? Eso es lo que le da tan buen color. —Olisqueó un poco—. Sí, Werner siempre me está diciendo que le va bastante bien. Pero si

realmente le fuera bien, ¿crees que seguiría trabajando para vosotros, los británicos?

—No trabaja para nosotros —le dije.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy el adjunto de Frank.

—Cómete el pan. ¿Tiene demasiado ajo la ensalada de patata? Pues cómetela. ¿Adjunto de Frank? Hum... Bueno, pues entonces no está tan mal. ¿Te pagarán dietas, coche y chófer, y todos los demás accesorios?

—Supongo que sí. —Me acabé el último bocado de ensalada de patata—. Pero el gobierno de Londres está empezando a hacer recortes.

—Es un asunto de familia —continuó diciéndome Tante Lisl. Levanté la mirada y ella me miró a los ojos—. Sea lo que fuere lo que le hayas hecho a Werner... se trata de tu familia; él me lo ha dicho. Desde luego no es asunto mío, así que no espero que me haga confidencias sobre ello. Se lo dije a él. Le dije: «Si es algo que sólo os concierne a Bernd y a ti, es cosa vuestra». Es mejor que yo no lo sepa.

—No me imagino de qué pueda tratarse.

—Nunca me he metido en tus asuntos, Bernd. Siempre te he dejado vivir tu vida. Incluso cuando era consciente de que estabas cometiendo aquel terrible error... —Clavó en mí la mirada y asintió con la cabeza para asegurarse de que yo entendía que con aquello se refería a mi matrimonio con Fiona—. Nunca me he entrometido. Nunca he hecho comentarios. Nunca me he puesto a criticar. Cuando murió tu padre, que Dios tenga en su gloria, le dije que tú siempre tendrías aquí una casa adónde acudir. Pero tu vida es tuya, Bernd. Sea lo que sea eso de lo que Werner y tú tenéis que hablar, no quiero saberlo.

—Respeto ese deseo, Tante Lisl —le dije, aunque no sin una sombra de *Schadenfreude*—. Y me encargaré de que Werner se atenga a ello.

Entornó los ojos. Ella opinaba que su papel de madre en mi vida le daba derecho a una total y franca revelación, como les suele parecer a todos los padres.

—Él ya ha vuelto, está preparando el árbol. He oído golpear la puerta de arriba. Quédate donde estás, pediré café. Es mejor que Werner acabe de preparar el árbol. Estoy decidida a tenerlo decorado y encendido con antelación estas Navidades. Este año los árboles son muy caros, y un aspecto navideño hace que entren clientes ocasionales a tomar algo en el bar. —Mientras le daba el beso de despedida seguía quejándose de que yo no fuera a

ver a un médico—. El doctor Litzmann es un médico maravilloso; yo no estaría hoy aquí sin él.

Cuando por fin me dejó marchar y pude subir, encontré muchos adornos por el camino. Ramos de acebo y muérdago y varios adornos de papel de aluminio dorado se hallaban dispuestos por el suelo sobre pliegos de papel marrón de envolver. Al fondo del salón, cerca de la barra, habían instalado un árbol de Navidad de casi tres metros de altura, y la escalera de mano que estaba al lado parecía repetir la forma del árbol en aleación brillante, como si fuera un árbol futurista realizado por un diseñador moderno. Poniendo en evidencia aquel efecto, colgado sobre la escalera había un juego de luces, propias de un cuento de hadas, que parpadeaban continuamente al encenderse y apagarse.

Aquel gran salón estilo *fin-de-siècle* era la parte mejor conservada de la preciosa y vieja casa familiar de Lisl. Los paneles de la pared y del techo se reconocían en muchas de las fotografías antiguas que ella guardaba como un tesoro. Una fotografía en particular permanecía en mi recuerdo, una foto tan llena de vida que yo casi podía oír la orquesta. La escena tenía lugar en los años veinte; en ella se veía aquel gran salón teñido de color sepia, con madres ataviadas con voluminosos vestidos y muchachas luciendo aquellos trajes cortos propios de los años veinte; también había hombres mayores que llevaban elegantes trajes de etiqueta y jóvenes veteranos con uniforme de cuidado corte, y algunos militares y políticos. El obturador de persiana enrollable de la antigua cámara que había hecho que los vaporosos vestidos de baile aparecieran borrosos había congelado los faldones arremolinados de los hombres al girar. Y eso era lo adecuado, porque aquélla era la época, y Berlín el lugar, en que la vieja y la nueva Europa empezaban a separarse, y donde nació la segunda guerra mundial.

—Werner, amigo. ¿Dónde has estado?

Sólo después de que la estrella dorada estuvo sujeta en lo alto del árbol de Navidad, y que éste estuvo engalanado con la guirnalda de luces parpadeantes, Werner dejó de trabajar, apartó la escalera a un lado y dio paso a las formalidades. Llevaba largo y ondulado el pelo negro acerado y tenía ese discreto bronceado que luce la gente rica en invierno. Estaba delgado y se le veía muy elegante con unos pantalones negros, mocasines cómodos de firma y un jersey de cuello vuelto de color mostaza. Y cuando le agarré el brazo supe que estaba tocando cachemir de seda valorado en varios cientos de marcos alemanes. Aquellos signos habitualmente significaban que Zena volvía a estar en la cubierta de vuelo, y sentada en el asiento de la izquierda.

—Bernie. Estuve intentando ponerme en contacto contigo en Londres. Sólo cuando conseguí que Fiona se pusiera al teléfono averigüé que precisamente estabas aquí, en Berlín.

Werner se sentó a mi lado en el sofá, cerca de la barra, no sin antes tirarse de las perneras de los pantalones para conservar la raya.

—¿De dónde has sacado ese bronceado?

—De Punta —repuso con cierta vergüenza.

—Oh, Punta —repetí, como si yo fuera un asiduo de Punta del Este, en Uruguay, el escondite secreto del hemisferio sur donde la *jet-set* iba a broncearse mientras la chusma tiraba de la ropa interior de lana para encararse con el invierno propio del hemisferio norte.

—A Zena le encanta aquello.

—El árbol te ha quedado muy bien, Werner.

Sonrió con nerviosismo, sin estar seguro de si le estaba tomando el pelo.

—¿Te ha dicho Lisl que te estuve buscando?

—Sí, pero no me ha explicado por qué —le dije.

—¿No pudiste localizar a George Kosinski en Varsovia?

—Ni en Varsovia, ni en Suiza ni en ninguna parte.

—Está vivo.

—Eso creo yo también —convine.

—No, quiero decir que sé que está vivo. Alguien que conozco lo vio y lo reconoció. Hace muy poco.

Miré a Werner durante unos instantes. No era una broma; había algunas cosas con las que Werner nunca bromeaba, y mi trabajo era una de ellas.

—¿Y esa persona sabía qué aspecto tiene George Kosinski?

—Sin duda.

—¿Dónde lo vio?

—En casa de su hermano.

—Yo estuve allí.

—Eso he oído decir.

—Qué hijos de puta. Así que lo tenían escondido. Ya me parecía a mí...

—Pero ¿no seguiste intentándolo?

—No —le contesté—. Pensé que todo el mundo tiene que poner el límite en alguna parte, y me pareció que dar caza a un cuñado fugitivo era precisamente el punto exacto donde yo tenía que tocar el silbato.

—Los Kosinski han sido más listos que tú y eso te escuece.

—Encontrar a George es la parte fácil —le dije—. Pero sigo intentando adivinar qué está haciendo allí.

—Es polaco —me recordó Werner.

—Hace mucho tiempo que es polaco. Pero ¿por qué había de salir de repente como un rayo hacia la Polonia rural a tiempo para el invierno?

—Ha estado acosando a los de la República Democrática acerca de los restos mortales de su esposa, ¿no es cierto?

—Si lo único que ellos quisieran hacer es devolverle el cadáver de Tessa, no tendrían más que ponerlo encima de un coche mortuario y atravesar la Potsdamerplatz.

—¿Cuál es la teoría de Dicky Cruyer?

—Dicky no tiene teorías; sólo da órdenes.

—Sí, actualmente es el jefe supremo de Europa en la Central de Londres, ¿no?

—Eso dicen.

—¿Piensas volver?

—¿A Polonia? No, si puedo evitarlo. Y menos en esta época del año.

Werner sonrió como si le hubiera hecho gracia.

—Pues te pedirán que lo hagas, Bernie. Puedes apostar un millón de dólares contra un botón de camisa viejo a que te mandarán allí otra vez.

—¿Qué te hace estar tan seguro de ello?

—La conducta de George Kosinski les preocupa. Tú les preocupas. Enviarte a ti allí con la orden directa de llevarte a George de regreso os pondrá a los dos en un brete.

—¿Así lo ves tú?

—Así es como lo verá Londres.

—¿Por Londres se entiende Dicky?

—No, Dicky no. No tienes nada que temer de Dicky; es demasiado perezoso, está demasiado preocupado con sus ambiciones para malgastar el tiempo planeando tu caída. Son los muchachos de la trastienda y el director general. Es el tío Silas, que ha hablado con Frank Harrington. Es Bret y... los demás.

—¿Ibas a decir Fiona?

—No, no, no —me aseguró Werner con demasiado énfasis como para resultar convincente—. Ella está totalmente de tu parte. Fiona te quiere, Bernie.

—Lo has dicho con sincera convicción, Werner.

Se frotó la cara con aire reflexivo.

—No debería decirte esto, Bernie, pero yo era el funcionario del caso de Fiona cuando ella trabajaba para la Stasi.

—¿Tú? —Me agarré a la silla para no caerme al suelo de la sorpresa—. Me dijeron que Bret Rensselaer había sido el funcionario del caso de Fiona.

—Depende de lo que tú llames ser el funcionario del caso —me explicó Werner—. ¿Puedes imaginarte a Bret cruzando al otro lado? Bret no podría encontrar el camino hasta Fernsehturm sin un perro lazarillo.

Puesto que la torre de televisión de Berlín tenía 365 metros de altura, aquel veredicto era toda una mancha sobre el sentido de orientación de Bret.

¿De manera que Werner había sido el contacto de Fiona todo aquel tiempo? El departamento había pintado a Werner del tono de negro más intenso mientras por otra parte lo utilizaba como figura clave en una de las tareas más arriesgadas, delicadas y vitales que habían emprendido nunca.

—Dios mío, Werner. ¿Tú eras el funcionario del caso de Fiona?

—No pensaba decírtelo nunca. Lo guardarás en secreto, ¿verdad? Creí que quizá Fiona te lo habría contado de modo confidencial, pero tenía que haber supuesto que no sería así. Es una mujer sorprendente, ¿no es cierto?

—Sí, sorprendente —convine.

—La ví en algunos de los peores momentos —me explicó Werner mientras se protegía los ojos con la mano como si de nuevo volviera a estar viendo todo el pasado—. A veces se comportaba como una suicida. Más de una vez creí que tendríamos que agarrarla y salir corriendo con ella.

—¿Había un plan previsto para eso?

—No. No había ningún plan. Londres dijo que cualquier preparativo para casos de emergencia significaría tener que decírselo a más personas... o lo que es lo mismo, ponerla a ella en peligro.

—Oh, sí. La buena de la Central de Londres. No querrían poner a Fiona en peligro.

—Ponerla más en peligro —me corrigió Werner, que a veces podía ponerse sorprendentemente a la defensiva acerca de las payasadas crueles de la Central—. ¿Cómo está Fiona? ¿Cómo se encuentra ahora?

—Ya que estamos intercambiando confianzas —le dije—, me parece que está despegando lentamente.

—Todo el mundo dice que está bien, en forma y completamente recuperada.

—Me has preguntado qué me parecía a mí —le dije—. No me gusta decirlo, pero los demás sólo la ven cuando ella está fingiendo, cuando actúa como en una representación; yo la veo en casa cuando tiene las defensas bajas. La veo como es de verdad.

—Sí, te lo he preguntado —repitió Werner.

—En gran parte, el hecho de que ella esté en condiciones tan vulnerables es lo que me da la fuerza para continuar.

—¿Con el matrimonio?

—No me malinterpretes; quiero a Fiona. La quiero con locura, pero no me resulta nada fácil vivir con ella. ¿Parece eso una locura?

—¿Por qué iba a parecerme una locura? ¿Crees que es fácil vivir con Zena? Es una mujer egoísta y maliciosa que siempre está regañando. De todos modos, yo siempre he querido tener una familia. Y Zena está decidida a no tener hijos. Pero yo la quiero; no puedo soportar la idea de que esté con otro. Cuando no estoy con ella pienso en ella todo el tiempo.

Werner nunca me había abierto su corazón de aquella manera. No supe cómo reaccionar ante aquella confesión. Desvié la mirada. Miré hacia el armario que había detrás de la barra donde se guardaban con llave las bebidas.

—Tú tienes suerte —dijo Werner—. Fiona no se esfuerza en hacértelo pasar mal, ¿verdad?

—No —admití.

—Dices que ella no está bien. ¿Por qué voy a dudarlo? La noche en que sacamos de allí a Fiona... la noche aquella del tiroteo en la autopista... Por aquellos días estaba enferma; llevaba mucho tiempo enferma antes de aquello. Habría tenido que ser hospitalizada antes.

—Aquella noche... antes de que volásemos a California... la vio un médico y también un psiquiatra.

—Era gente del departamento; gente a la que se le había ordenado darle el visto bueno a Fiona y enviarla para que diera los informes.

—Supongo que sí.

—¿Y tú, Bernie? Quizá tú también hubieras tenido que ver al psiquiatra.

—¿Yo? A mí no me pasa nada, Werner.

Lo dije demasiado aprisa y Werner se dio cuenta.

—Disparaste a dos hombres aquella noche, Bernie. ¿Qué sabes de ellos?

—Eran dos matones. Uno de ellos era Stinnes, el que perseguimos por México; un hombre de la línea dura del partido que tenía un montón de asesinatos sobre su conciencia, si el expediente no nos engaña.

—¿Y el otro hombre?

—¿Su compinche?

—Se llamaba Harry Kennedy —me informó Werner—. Alguien nos dijo que era canadiense, pero eso habría podido ser una tapadera. Era doctor en medicina y trabajaba en Londres. Luego se agenció un empleo aquí, en la

Charité en Berlín. Era un izquierdista ardiente. Miembro del partido desde hacía mucho tiempo.

Por la voz de Werner comprendí que iba a haber más cosas y que no se trataba de algo agradable. No le estaba gustando ser portador de malas nuevas; el rostro se le había endurecido como una piedra y se había puesto casi tan gris. Se humedeció los labios.

—Sigue, Werner —le pedí.

—Kennedy fue asignado para monitorizar a Fiona.

—¿Para la Stasi?

—Y para Moscú. Solía hacer visitas regularmente a Berlín Oriental para verla. La Charité no era más que una tapadera. Ya la había conocido en Londres. Se veían mucho.

—¿Eran...?

—Sí, Bernie, lo eran.

En aquel momento ví el rostro de Werner vívidamente. Vi el gesto serio de la boca apretada y de aquel bigote negro, los ojos entornados y el cabello espeso en el cual ahora vislumbré por primera vez algunas hebras grises. Pero sus palabras no eran muy claras; me traqueteaban en la cabeza como canicas sueltas en un bote de lata viejo, y tenían igual de poco sentido. Sí, lo eran. Sí, lo eran. Sí, lo eran. ¿A qué se refería Werner? Recordé cuando le disparé a aquel hombre en la autopista. Fue una de esas pocas veces en las que es necesario cargarse a un blanco sentado y desprevenido. A nadie le gusta esa clase de «golpe de ejecución», pero estaba en la línea del deber. Una vez hecho, no me había puesto a meditar sobre ello.

—Pues estuve a punto de ir allí desarmado —le hice saber.

Werner asintió. Por un caprichoso golpe del destino, aquella noche yo llevaba encima un voluminoso revólver Webley que había encontrado entre las antiguas pertenencias de mi padre en una maleta en casa de Lisl. ¡La pistola de mi padre del ejército! Yo había apoyado la pistola cuando disparé, y ahora pude representarme mentalmente el blanco. Estaba quieto y confiado. Aquel hombre desconocido, aquel doctor Kennedy, aquel amante de mi esposa como ahora sabía que había sido, recibió mi primer disparo en el pecho. Debió de perforarle el corazón. Su corazón; qué bien había elegido yo mi punto de mira. Esa clase de bala lenta y pesada disparada por un pistolero experto levanta a un hombre del suelo, lo desplaza con fuerza y lo arroja al suelo como un fardo de harapos sin vida. Y yo era un pistolero experto.

—Hubo muchos disparos —le expliqué—. Aquel tipo, Teacher, estaba allí con una pistola de nueve milímetros, y aquel hijo de puta americano llevaba

consigo una escopeta de cañones recortados.

—Hubo muchos disparos. Nunca sabremos con seguridad qué sucedió exactamente —dijo Werner.

Se levantó, se acercó a la barra y sirvió grandes dosis de whisky de malta en dos de los mejores vasos de cristal tallado de Tante Lisl. Esta le permitía tener la llave del armario porque Werner era un hombre abstemio. Me bebí de un trago el whisky que me ofreció. Sentí que me dejaba un reguero abrasador en las entrañas.

Werner volvió a sentarse. Probó un poco de su whisky antes de dejarlo a un lado.

—Lo siento, Bernie —me dijo en un susurro—. Lo he estado pensando, y decidí que tenía que contártelo.

—Sí.

Eructé suavemente y percibí el sabor a ajo de la ensalada de patatas. Era asqueroso.

—No quería que te enterases por otros, Bernie. —Werner era el único alemán que me llamaba Bernie. Me pregunté por qué—. Y sé que eres lo bastante maduro como para verlo también desde el lado de Fiona.

—Entonces, ¿era algo serio?

—Sí, era muy serio. Por parte de los dos. Él no estaba jugando con ella. Era algo auténtico.

—Algo auténtico —repetí mientras empezaba a comprender lo que estaba oyendo—. ¿Entonces no se trataba sólo de algunos polvos rápidos?

—No te hagas eso a ti mismo, Bernie.

—Has hecho un gran trabajo con el árbol de Navidad, Werner. —Me puse en pie. Werner me miró con cautela, pero permaneció sentado—. ¿Te lo había dicho ya?

—Sí, ya me lo habías dicho, Bernie. Gracias.

Cogí el whisky de Werner y me lo bebí de un trago; lo engullí demasiado aprisa. Me limpié la boca con el revés de la mano.

—Gracias, Werner —dije, al tiempo que dejaba el vaso vacío en la mesa, junto a él.

—No hay de qué, Bernie —me contestó con aire lúgubre.

Miré hacia el salón, y todo parecía diferente a la habitación que había visto poco antes. Las mujeres con los vestidos arremolinados y los hombres con los faldones de las chaquetas al viento se habían marchado para no volver. Siempre, desde que era niño, había sentido un cariño especial por

aquel salón, pero ahora sabía que nunca más volvería a verlo sin sentir la puñalada de la traición de mi esposa.

HOTEL HENNIG, Berlín Occidental

Me desperté en mitad de la noche bañado en sudor y con un dolor de cabeza que me rebanaba lentamente la tapa del cráneo si me quedaba quieto y me incrustaba atizadores al rojo vivo en el cerebro cada vez que me movía. De abajo, de la calle, llegaba el estruendo de sirenas de policía y ambulancias, y el techo de mi pequeña habitación del desván parecía haberse puesto frenético con las formas sesgadas de las luces centelleantes. Miré por la habitación y sufrí algunos instantes de desorientación antes de recordar dónde estaba. Había yacido en aquella cama cuando sufrí muchas de las dolencias propias de la infancia: resfriados, tos ferina, varicela y sarampión. Era como volver al pasado.

El teléfono empezó a sonar. Lo cogí con fuerza para detener el sonido.

—¿Diga?

—¿Bernard?

—Sí, ¿quién eres?

—Tu esposa, cariño. ¿Cuántas mujeres suelen llamarte a media noche?

—¿Qué hora es?

—Perdona, cariño. Acabo de llegar a casa y no quería dejar esto para mañana.

—¿Dejar qué?

El teléfono se me resbalaba de las manos sudorosas.

—Papá tiene que saberlo.

—¿Saber qué?

—Pero no te disgustes, Bernard. Prométeme que no te pondrás a gritar.

—No gritaré —le aseguré con severidad—. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de decirme a qué viene todo esto?

Sentía la boca seca. Busqué el vaso de agua que me había subido la noche anterior, pero me encontré con que el agua se había terminado.

—He visto a Frank esta noche. Me ha dicho que estarías en Berlín estas Navidades. Yo no había caído en eso.

—Tampoco había caído yo.

—Frank tiene previsto pasar las vacaciones de Navidad con la familia de su esposa en Yorkshire.

—A mí me dijo que sólo se iba a Londres para un par de días —le aseguré.

—Va a ser una reunión familiar; lo han organizado todo sobre la marcha. Las tías de su mujer, que viven en Australia, estaban de vacaciones en Europa. Era una oportunidad que no es probable que vuelva a presentarse. La mujer de Frank ha estado muy enferma. Y él me ha dicho que le sabía muy mal dejarte ahí plantado, en Berlín.

—¿Y qué es lo que tiene que saber tu padre?

—Billy vuelve a tener esa tos tan horrorosa. La enfermera del colegio dice que un período en un lugar donde haga sol le sentaría de maravilla.

—¿No tiene nada que ver con esa inversión que tu padre ha hecho en el Safari Park? Eso de los diez días con todo incluido en Sudáfrica.

El padre de Fiona había comprado recientemente acciones en una compañía de viajes y estaba decidido a conseguir una porción generosa de gangas.

—No, no es en Sudáfrica, es en el Caribe. Le han ofrecido un trato maravilloso en una casa de la playa en Jamaica para estas Navidades. Con piscina, cocinero, coche, jardinero y dos doncellas, todo incluido.

Lo recitó como una guía turística.

—¿En Jamaica?

—Y no hace falta que yo vaya con ellos —me indicó Fiona—. Podría ir a Berlín y quedarme contigo. Es sólo que los niños están contentísimos con la perspectiva de ir a Jamaica y el sol les sentaría bien.

—Es mejor que vayas tú con ellos —le dije en tono severo.

—¿Seguro que no te importa? —me preguntó con voz inconfundiblemente aliviada—. Me sabe mal ir allí mientras tú estás trabajando mucho, y solo.

—Estaré bien. Es inútil que te pases el día dando patadas en el hotel mientras yo estoy en la oficina.

—¿Vas a trabajar todos los días durante las Navidades?

Estuve a punto de soltarle alguna cuchufleta sobre el hecho de que la Navidad no es precisamente una gran fiesta para los comunistas, pero Fiona lo

sabía, pues había estado allí. Así que me lo tragué, le dije que la quería y le pedí que les diera un beso a los niños de mi parte.

—Y yo te quiero a ti, Bernard —me dijo ella—. Te adoro. Y te echo mucho de menos. Te muestras siempre tan comprensivo... Compraré algunos regalos poco apropiados para los niños y les diré que se los envías tú.

—¿Estás segura de que podrás encontrar juguetes que sean lo bastante poco apropiados? —le pregunté.

Era una broma a la orden del día que se había originado a causa de una pistola de plástico de «rayos mortales» que yo le había regalado a Billy cinco años atrás. Daphne Cruyer nunca había dejado de reprenderme por regalarles a mis hijos «tótems de violencia», y ello había acabado por convertirse en parte de las bromas de Navidad de Fiona. Aunque por la manera de decirlo parecía que se estuviera mofando de Daphne, en el fondo servía de paso para reprochármelo a mí.

Le di las buenas noches, volví a colgar el teléfono y me hundí de nuevo en la almohada. No sé con exactitud en qué orden se sucedieron las cosas a continuación, pero sé que Werner se asomó por la puerta y me preguntó si quería algo. Una de las sirvientas me llevó una bandeja con caldo de pollo y un sándwich de queso tostado. No fui capaz de enfrentarme a ello. Luego vino Lida en visita de inspección con un abrigo de pelo de camello y un gran sombrero de terciopelo. Le insinué que quizá el muchacho, que se llamaba Robin, debería estar al tanto de cualquier novedad que se presentase procedente de la debacle de DELIUS. Sólo entonces me dijo Lida que Robin se había marchado.

—¿Adónde ha ido?

Titubeó durante unos instantes y me preguntó si quería algo de la bandeja de comida que tenía al lado de la cama.

Esperaba que ya no repitiera la pregunta, pero cuando se la repetí me dijo que Robin había ido «allí». *Drüben* sólo significaba una cosa, y Robin no tenía derecho a levantar el vuelo sin recibir la orden directamente de mí. Me enfadé.

—No sé si llamar al médico —comentó Lida cuando hube terminado de decirle lo mal que me parecía la desaparición de Robin—. Tiene usted una cara que no me gusta nada.

Incluso teniendo en cuenta el inglés de Lida, aquello no resultaba muy tranquilizador.

—¿Se ha llevado un vehículo? —persistí.

—La misma motocicleta que se utilizó el otro día.

—¿Firmó para llevársela?

—Sólo son suposiciones mías que fuera él quien se la llevara —me aclaró Lida—. Alguien ha copiado el garabato de la firma del que la utilizó la vez anterior.

—Y dijo que era «un arreglo especial para el señor Harrington», supongo. ¿Es esto obra de usted, Lida?

—No, Herr Samson. Le juro que no. Yo no le ayudaría a saltarse a la torera la autoridad de usted. Y sea como sea, ese muchacho no tiene experiencia suficiente para ir allí solo. Es muy peligroso para él.

—Intentará encontrar a ese condenado pastor —le dije.

—El pastor quizá esté muerto —me insinuó.

—Esperemos que así sea. Muerto o en una unidad de cuidados intensivos. En cualquier caso, quienquiera que trate de localizarlo se va a ver metido de lleno en una verdadera trampa para osos.

—Sí —convino Lida con una voz sin expresión.

Pude darme cuenta de que Lida se sentía protectora con el muchacho, pero era demasiado alemana para haberle ayudado a desafiar mi autoridad.

—Muy bien, Lida —dije—. Tendremos que arreglarnos sin él. Es demasiado tarde para meter a otra persona en esta crisis. Iré a la oficina y lo resolveremos.

—Usted debe quedarse en la cama, Herr Samson. Está demasiado enfermo...

—Vuelva a la oficina, Lida. Alguien tiene que estar allí. Nos veremos dentro de una hora.

—¿No pensará usted ir tras él? —quiso saber.

—Por supuesto que no.

Me di cuenta de que aquella mujer estaba intentando hallar algún argumento concluyente que me convenciera de no tratar de sacar al muchacho del enredo en que sin duda se metería en Allenstein. Sabía que los equipos de detención de la Stasi se hallaban alerta en sus puestos, sin duda sentados pacientemente y jugueteando con las esposas.

—Herr Harrington me echará la culpa a mí —dijo Lida—. Dirá que hubiera debido impedirle a usted ir allí.

—Si llama a un médico, Lida, su empleo estará pendiente de un hilo.

—No llamaré a un médico, Herr Samson.

Cuando Lida se hubo marchado me vino a la memoria algo que Fiona me había comunicado por teléfono. Me había dicho que a la familia de Frank Harrington le gustaba reunirse. Ello me hizo recordar de repente el momento

en que Stefan Kosinski había salido bruscamente del cuarto de baño. Había dicho que la familia Kosinski se mantenía unida, o que le gustaba mantenerse unida, o algo por el estilo. En aquel momento no le di importancia, pero ahora, al mirar atrás, me di cuenta de lo que quería decir. ¿Se estaría refiriendo quizá a una tumba familiar de los Kosinski a la cual serían llevados los restos mortales de George Kosinski? Yo no había visto ninguna tumba familiar, ni nadie la había mencionado nunca. ¿Sería la tumba familiar la respuesta a por qué George Kosinski había vuelto a Polonia? A los polacos les gusta ser enterrados en su tierra; sobre eso no cabe la menor duda. ¿Iba él a morir allí? ¿O se trataba de enterrar a su esposa Tessa en suelo polaco?

Con aquellos confusos pensamientos en la mente estuve dormitando unos minutos más. Luego salté de la cama y me vestí muy despacio. Me sentía mareado y tenía náuseas, pero estaba seguro de que moverme y trabajar me servirían de rehabilitación. Me sujeté la cabeza con una mano mientras me ponía los zapatos y me aseguré de que tenía en los bolsillos las llaves y la cartera. Cuando por fin estuve listo para enfrentarme al mundo salí por la puerta de mi pequeño dormitorio, la cerré con llave y di media vuelta. La mera acción de darme la vuelta fue suficiente para desencadenar un súbito ataque de mareo, porque se me doblaron las rodillas y me caí por el corto y empinado tramo de escalera. Oí un grito de los que hielan la sangre, que con retraso reconocí como mío, y luego aterricé en el fondo de la escalera con gran estruendo. No podía moverme. Me encontraba cabeza abajo sobre los estrechos escalones con las piernas retorcidas detrás de mí. Me dolían mucho la cara y un brazo. Intenté sacar una mano, pero eso aumentó el dolor y me desmayé.

Cuando volví en mí me encontraba otra vez tendido en la cama y un tipo con cara de luna me estaba dando unas friegas con alcohol en el brazo desnudo. Luego procedió a sacarme una muestra de sangre.

—Estese quieto, señor Samson. Sólo tardaré un momento.

—¿Es usted el doctor Litzmann? —le pregunté.

—Desafortunadamente, no. Me llamo Picard; soy inglés. Comandante Picard; del cuerpo médico del Ejército Real.

Lo reconocí como uno de los compañeros de copas de Frank, el comandante «Picky» Picard, el más viejo de los miembros supervivientes de la guarnición británica. El acento británico pastoso, el cutis rojizo, el pelo cepillado y aplastado contra la cabeza, el traje de *tweed* grumoso y chillón con una batería de lápices y plumas asomándole por el bolsillo del chaleco, todo ello aportaba ciertos elementos de la esencia inglesa que se parodia a sí

misma y a la cual recurre a veces el exilio prolongado. El ejército, sí. El estilo enérgico de su atención profesional era algo que se encontraba con frecuencia entre los médicos que habían aprendido su oficio atendiendo a los heridos en combate.

—¿Lo ha mandado llamar Lisl? —le pregunté con suspicacia.

—Soy el médico que el departamento ha asignado al señor Harrington —me dijo en tono tranquilizador mientras dedicaba sus atenciones al pequeño tubo rojo de sangre que acababa de sacarme del brazo—. Pertenezco al ejército; estoy acreditado. Realizo todos los chequeos médicos de su gente.

—No estoy enfermo —le aseguré.

—Tiene que guardar reposo, señor Samson. No tiene ningún hueso roto, pero mañana por la mañana no será usted más que un montón de magulladuras —me aseguró no sin cierto regodeo.

—Hay mucho trabajo que hacer.

Aparté la ropa de la cama como si fuera a bajarme de ella. El médico no me detuvo; supongo que sabía que yo no tenía fuerza suficiente ni para sonarme la nariz.

—Hay mucho trabajo que hacer, pero no lo hará usted —me aseguró mientras revolvía en el maletín, donde pude ver un gran surtido de instrumentos brillantes y desagradables—. Usted es civil —me dijo como si se me hubiera olvidado—. Puedo ingresarlo en la Steglitz Clinic o permitirle que descanse aquí. Usted elige, pero ni hablar de levantarse de la cama... al menos durante tres o cuatro días. Ha sufrido una caída grave. En cuanto esté lo suficientemente recuperado le enviaré a que le hagan un par de pruebas de rutina y un escáner de la cabeza. No debemos correr riesgos.

—Me quedaré en la cama —le prometí.

—Eso sería lo mejor —convino; y sonrió como aceptando mi palabra de honor.

Pero en realidad la sonrisa se debía a que estaba llenando la jeringa. Al cabo de un momento, sin el más leve pinchazo de dolor, me inyectó en el brazo droga suficiente como para mandarme a la Luna flotando y hacerme llevar a cabo mi ceremonia de un pequeño paso para el hombre, pero sin traje espacial.

—¿Le mandó llamar Lida? —le pregunté mientras la habitación se iba ablandando.

—No —respondió.

—Entonces, ¿quién ha sido?

—Todos se preocupan de corazón por su bienestar, señor Samson.

—Ya lo sé. Pero quiero enviar a mi benefactor una caja de bombones.

—Quizá al señor Volkmann le gustase —comentó el médico—, pero su esposa me ha dicho que de momento sigue una dieta muy estricta.

Mientras mi cabeza volvía a hundirse en la almohada noté que habían cambiado las sábanas y toda la ropa de cama. Al mirar alrededor de la habitación ví en un rincón las sábanas y las mantas anteriores manchadas de vómito y embutidas en una bolsa de basura de plástico negro.

—Ese puñetero Werner —murmuré medio dormido—. Lo mataré.

Miré al médico. Éste me estaba observando con esa expresión desapasionada con que observan los cuidadores del zoológico a los primates inquietos. Sabía que me había inyectado una dosis generosa de calmante; eso también era una característica de los médicos del ejército.

—Sí, mátelo —dijo el médico con calma. Fingía que me miraba la mano mientras me tomaba el pulso de ese modo furtivo como lo hacen los médicos porque saben que tomar el pulso es algo que acelera el pulso—. Quizá cuando se sienta usted más fuerte. Ahora voy a recetarle unas píldoras. Sólo son aspirina, vitamina C y glucosa, pero en invierno suelen ser bastante eficaces.

Lo miré sospechando que me estaba dando somníferos o alguna otra clase de droga.

—¿Qué cree que tengo, doctor?

—Aparte de la caída por la escalera, nada grave. Pone débil, pero no es grave. Me parece que habrá cogido el virus que ha estado afectando a las jóvenes de la oficina del contable. Los periódicos la llaman la «gripe china».

BERLÍN OESTE

Lo que Lisl llamaba «el ostentoso nuevo hotel americano» eran en realidad tres casas típicas de la ciudad de Berlín que habían convertido con bastante gusto en discretos «apartamentos residenciales». Era la clase de lugar que gustaba a los hombres de negocios americanos ricos. Los apartamentos no eran mayores de lo que generalmente son las suites, pero para los hombres que estaban de paso tener un número de apartamento y la dirección de una calle quedaba mejor en el papel personal para cartas que se proporcionaba a todos los huéspedes. Y cada apartamento disponía de un despacho equipado con fax, una fotocopiadora, líneas de teléfono múltiples y enchufes modernos. Para alquilar ordenadores portátiles había que llamar a recepción.

Gloria se había registrado en el apartamento número siete, situado en el tercer piso. Estaba equipado con muebles antiguos de estilo alemán, dibujos en color de trajes tradicionales poco convincentes de Sachsen y Baden-Württemberg, un cuenco con fruta fresca que parecía un bodegón holandés, una fuente de porcelana decorada en la que estaban dispuestos cuatro bombones de mazapán Niederegger alrededor de un diminuto menú del servicio de habitaciones, y un florero alto Rosenthal que contenía diez rosas frescas de tallo largo de color rosa. Las puertas del armario, pintadas primorosamente, estaban abiertas para dejar a la vista un televisor de pantalla gigante complementado por un aparato de vídeo y una selección de películas de Hollywood. A través de la puerta de comunicación, que estaba adornada con paneles, pude ver el dormitorio contiguo, donde suaves luces indirectas iluminaban la colcha de seda y la alfombra oriental.

—¿Quieres cenar conmigo, Gloria?

Se lo pregunté apresuradamente, como si me fuera indiferente la respuesta.

Me miró como si fuera un completo desconocido para ella. Sin duda se fijó en que yo tenía la cara magullada y las mejillas hundidas, pero no comentó nada al respecto.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Oí un rumor. Pasaba por aquí, así que entré a verte. ¿Quieres cenar conmigo?

Gloria comenzó a hablar muy despacio, como sopesando cada palabra:

—Claro que quiero, Bernard. Haría cualquier cosa que tú quisieras. Ya lo sabes.

—¿Bret no está contigo?

—¿Bret? No. He venido yo en lugar de Bret... Él ha tenido que ir a Washington. Oh, ya comprendo. ¿La suite? Sí, la reservaron a nombre de Bret.

—Hay cosas de las que deberíamos hablar.

—¿Sí? ¿De qué?

—Me alegro de verte, Gloria.

—Ah, bueno...

—Esperaba que dijeras que tú también te alegrabas un poco de verme a mí —le dije.

—No, no me alegro, Bernard. Si de veras quieres saberlo, el hecho de verte me hace pedazos. Ya te lo dije, ¿no? Por eso quería aceptar el empleo de Budapest.

—¿Cómo va? ¿Cómo va tu nuevo trabajo con Bret?

—Estoy en el piso superior, Bernard —me contestó, como si eso fuera lo único que yo necesitase saber.

—Sacándole las castañas del fuego a Bret. Sí, ya lo sé; a mí me suena bien.

—Hago lo que Bret me dice que haga. Me utiliza para que le haga los trabajos desagradables. Pero todos creen que soy yo la que se dedica a agobiar a unos y a otros. Me critican mucho por ello, Bernard.

—Saben que es cosa de Bret; están al corriente de que es obra de él, que no es idea tuya.

—Pues les conviene pensar que es cosa mía. Eso les proporciona alguien conveniente a quien odiar en los momentos en que odiar a Bret no les conviene.

—¿Por eso estás en Berlín?

—Estamos haciendo recortes en el presupuesto de monitorización por radio. Yo les he dado la noticia esta mañana; se han puesto furiosos. Y se han

desahogado descargando su furia contra mí; todos lo hacen.

—¿Sabe Bret que eres tú quien carga con las críticas?

—Dice que yo tendría que usar mi encanto. Asegura que me escogió porque éste va a ser un año en el que correrá mucho la sangre.

—¿Por eso es por lo que trajeron a Bret a Londres? ¿Para despejar la cubierta? ¿Para que lleve a cabo todos los despidos, degradaciones y ceses temporales, y que luego venga otro y huela a rosas?

—Por supuesto. Y cuando Bret se vaya, a mí me darán rápidamente la patada.

—Pero ¿tendrás indemnización por despido?

—Sí. Bret fue lo bastante decente como para hacerme un contrato. Tenías razón en eso.

—¿A quién le darán el empleo de Bret?

—Ésa es la cuestión que realmente te atormenta, ¿verdad?

—Tienes que haber oído algo —le dije.

—No. Lo que tienen planeado es que el director general se jubile el año que viene. Y quienquiera que sea el que nombren para sustituirle, tendrá la oportunidad de elegir al director general adjunto.

—Llevo oyendo que el director general va a retirarse al año que viene desde que llevaba pantalón corto.

—El director general no está bien. La mitad del tiempo se lo pasa en casa envuelto en un chal de cachemir, descansando y compadeciéndose a sí mismo.

—Sí, bueno, lo mismo puede decirse de Dicky, pero ello no significa que vaya a jubilarse de un momento a otro.

—El director general se jubilará antes de un año, Bernard. Vendrá alguien de fuera. El director general se irá, Bret se irá, yo me iré, y todo el piso superior cambiará.

—¿Y Fiona? ¿Sería candidata para sustituir a Bret?

—Yo diría que con alguien de fuera en la cima del árbol necesitarán un adjunto con experiencia.

—Y Fiona es una persona con mucha experiencia. Pero ¿por qué no Dicky?

—Bret se opone a ella con fuerza. Ya sabes lo que ocurre con esos altos cargos. Tendrá que ser alguien que cuente con la aprobación de Bret, alguien a quien esté dispuesto entregarle el cargo.

—¿Cenamos en el hotel o quieres ir a algún sitio más acogedor? —le ofrecí.

—Tú quieres que comamos aquí, en la habitación, ¿no es cierto, Bernard?

—¿Por qué lo dices?

—Te conozco, Bernard. No quieres correr el riesgo de que te vean conmigo. Quieres estar conmigo, pero no quieres que ninguno de tus amigos nos vea juntos.

—Hay un club de jazz en Kantstrasse.

—Te avergüenza que te vean conmigo; y a mí no me resulta fácil aceptar eso, Bernard.

—O si tienes hambre podemos ir a Hardtke, donde tienen cocina alemana. Si quieres bailar...

—No quiero bailar, Bernard.

—Perdona. Ya sé que te he jodido la vida, Gloria. En realidad eso es lo que he venido a decirte.

Se le suavizó el humor.

—No pudiste remediarlo, Bernard. Yo estaba equivocada el otro día. No quería decir lo que te dije.

—Yo también sufro, Gloria. Todo el tiempo. Espero que lo comprendas.

—¿Y crees que eso habría de servirme de consuelo? ¿Saber que tú también sufres?

—Fiona está en Jamaica. Se ha llevado a los niños.

—Ya lo sé, Bernard —convino Gloria hablando en un tono muy paciente—. Veo a tu mujer todos los días durante toda la jornada. Trabajo con ella en el piso superior. Nos contamos las pequeñas noticias y cotilleos con la intensidad con que siempre lo hacen las mujeres que se odian mutuamente. Resulta realmente horroroso. Yo creía que si no te veía a ti me sentiría mejor. Pero verla a ella me resulta igual de doloroso.

—¿No hay ningún joven agradable que pueda ayudarte a olvidar el pasado?

Decir aquello fue un error por mi parte, y yo tenía que haberlo sabido. Gloria cogió el teléfono, aporreó los botones y se puso a hablar.

—¿Servicio de habitaciones? Envíenme dos sándwiches de carne tostados. *Saignant*. Con mostaza francesa. Y ensalada para acompañar. Y también una cafetera y crema de leche fresca. Y para terminar, dos *strudels* de manzana templados.

Colgó el teléfono y se dirigió al minibar antes de darme una cerveza y una copa. Para ella eligió media botella de champán alemán.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo, Gloria —acepté.

—Pues quítate los zapatos.

Era lo que yo hacía siempre en cuanto llegaba a casa.

Trajeron la comida. Nos comimos los sándwiches y los *strudels* llegaron a su tiempo. Sólo entonces Gloria hizo algún comentario sobre lo de mis moraduras y me comentó que yo no tenía buena cara. Había estado durmiendo hasta que se pasaron los efectos de la medicina, pero cuando me desperté me quedé contemplando cómo giraban las agujas del reloj hasta que finalmente decidí levantarme e ir a ver si era verdad que Gloria estaba en la ciudad. Esto no se lo dije a ella, desde luego. No le dije que necesitaba desesperadamente aunque sólo fuera mirarla, y que era la idea de estar cerca de ella lo que me había arrastrado fuera de mi lecho de enfermo. Estuvimos allí sentados y hablamos de la clase de chismes ligeros que solíamos comentar cuando vivíamos juntos y éramos tan felices. Luego, sin previo aviso, Gloria dijo:

—Bret está decidido a jubilar a Frank. Eso tú ya lo sabías, ¿verdad?

—Frank nunca se jubilará; es otra institución permanente. Se quedará aquí, en Berlín, eternamente.

—Cuando Frank se vaya tú podrías conseguir quedarte con la plaza de Berlín. El empleo que tienes es una especie de prueba para ver cómo manejas las cosas como segundo de a bordo.

—Gracias por decírmelo.

—Seguro que te habías dado cuenta.

—Me había pasado por la cabeza. Pero de todos modos gracias por decírmelo claramente. ¿Es por eso por lo que Frank va a quedarse en su casa durante las Navidades?

—No va a quedarse en su casa precisamente. Bret lo ha mandado a una clínica de la calle Harley para que se someta a un examen médico completo.

Solté una risita.

—No se libraré de Frank con tanta facilidad. Frank es una especie de institución fija. Se ha acostado con la mitad de las mujeres bonitas de Berlín, y sabe Dios de cuántos lugares más. Ha vuelto a fumar en su asquerosa pipa, bebe sin parar y parece que no le haga falta dormir. Frank está hecho de titanio... aunque recubierto de silicona. El Muro se derrumbará antes o después, Honecker se morirá de viejo y Frank seguirá aquí dirigiendo la Unidad de Campo. Ya lo verás.

—Bret quiere que tú asciendas. No es sólo que Frank no le caiga bien. Está decidido a llevar a cabo ciertos cambios radicales mientras se encuentre en posición para hacerlo. Y tú eres uno de esos cambios.

Llamaron a la puerta y entró una camarera del hotel. En una mano llevaba un manojito de llaves, y también sábanas limpias y planchadas colgadas de un brazo. Su alemán con acento de Sajonia resultaba demasiado rápido para Gloria, de modo que yo traduje lo que decía.

—Hoy está enferma una de las chicas. No han cambiado las sábanas, y necesitas toallas limpias en el cuarto de baño. Dice si te parece bien que lo haga ahora. Que no tienen que pasar por esta habitación para hacerlo.

—A mí me parecía que todo estaba bien —comentó Gloria—. ¿Acaso tenemos cara de necesitar urgentemente una cama? —me preguntó.

—Es posible —le dije sin saber si Gloria intentaba mostrarse provocativa o cruel. Sólo sabía que acostarme con Gloria en aquel momento sería un error desastroso que haría a tres personas aún más desgraciadas de lo que ya eran. En cualquier caso, no pensaba arriesgarme a que me rechazase; mi ego estaba demasiado delicado—. Adelante —le indiqué a la doncella.

Para no molestarnos, las camareras entraron en el dormitorio por el pasillo. Cerraron discretamente la puerta del dormitorio y las estuve oyendo mientras se afanaban en cambiar la ropa de cama, las toallas del baño y hacían todas las demás cosas que suelen hacer las camareras.

—Supongo que las camareras confiaban en que saliéramos a cenar para poder arreglar las cosas sin que tú te enterases de que las tenían sin hacer —observé.

Una vez que terminaron, las camareras se marcharon sin volver a molestarnos.

—¿Se han ido ya? —me preguntó Gloria.

Y sin esperar respuesta se dirigió a la puerta de comunicación y se puso a escuchar para ver si hablaban. Al no oír conversación alguna me miró y se encogió de hombros.

—Acábate el *strudel* —le dije.

—No quiero más.

—Pues acábate mi champán.

Accionó la manilla de la puerta como si estuviera a punto de irrumpir en la habitación donde estaban las camareras, pero finalmente decidió no hacerlo. Volvió hasta el sofá y bebió un pequeño sorbo de champán.

—Hoy fui a ver a los peces gordos del servicio de monitorización... Sabían a qué había venido yo. Llevaron consigo cajas de señales. Querían enseñarme algunas de las intercepciones de la monitorización periférica que Bret está decidido a suspender. Querían demostrar que aporta un material valioso.

—Sí, no me extraña —dije; y esperé a que me contara el resto.

—Algunas de las señales, que corresponden a las tres últimas semanas, tenían relación con las emisiones de radio rutinarias entre Berlín y Varsovia. Hay un paquete importante con destino al despacho de la Stasi en Varsovia en el tren expreso Berlín-Varsovia. Todavía no hay fecha. Los preparativos están muy avanzados y parecen complicados. La mitad de las señales están en claves que todavía no podemos descifrar, pero me parece que sé de qué se trata.

—Cuéntamelo.

—Me da la impresión de que se trata del cuerpo de Tessa Kosinski. Su marido se encuentra en Polonia, ¿no? Ahora sabemos qué está esperando.

—¿Por qué un cadáver?

—Porque hay muchísimos documentos que entregar con el paquete. Todos tienen que firmarse dos o tres veces. Se han de preparar traducciones certificadas de los documentos para los funcionarios de aduanas polacos. Debe de ser algo muy poco corriente. ¿Tanto como para ponerlo en un compartimiento reservado, aparte, en el tren, con cerradura en la puerta? Eso se especificaba con claridad: cerradura en la puerta del compartimiento. ¿Un correo enviado con algún funcionario? ¿Y todo eso sólo para un paquete? Lo que te pregunto, Bernard...

—¿Todo eso se lo hiciste notar a los tipos del departamento de radio?

—¿Por qué iba a hacerlo? No es un procedimiento normal interpretar sus señales. Traducirlas, sí.

Me comí un par de las patatas fritas de las que Gloria había dejado.

—¿Quieres algo más? —le pregunté—. ¿Un brandy?

—No. Y tú tampoco —dijo Gloria.

—¿Cómo sabes tú lo que yo quiero?

—Lo sé. Las chicas sabemos esas cosas.

—El restaurante que hay abajo tenía fama por el *Klump* —le comuniqué.

—Pero últimamente está de capa caída —apuntó con seriedad; luego se echó a reír, incapaz de mirarme fijamente y de conservar al mismo tiempo la expresión seria—. ¿Qué es *Klump*? —me preguntó todavía con una risita.

—Bolas de patata. Las sirven en un estofado de col que se llama *Krautklump*...

—Te lo estás inventando.

—No. Es verdad.

—Qué animal. Siempre intentas tomarme el pelo. —Se echó a reír—. Y yo siempre pico.

—¿Sí?

—Antes sí.

Dejó la copa y se levantó para acercarse de nuevo hacia la puerta de comunicación. Cuando entró en ella oí un jadeo y un chillido ahogado procedentes de la habitación contigua. Me di la vuelta y ví a Gloria saliendo de espaldas del dormitorio. Se volvió hacia mí. Tenía la cara lívida y parecía tener dificultades para hablar.

—Bernard —me llamó—. Bernard.

—¿Qué ocurre?

Pero cuando me acerqué a donde estaba ella y la abracé, ví lo que ocurría.

Había alguien dormido en la gran cama de matrimonio: un joven con la cara tan blanca como la de ella. Los labios entreabiertos dejaban a la vista unos dientes irregulares. Era alto. La silueta de la ropa de cama mostraba que con las piernas estiradas llegaba hasta el mismo final de la cama. Tenía los brazos desnudos por encima de las sábanas, y estaban colocados como los de un maniquí; o los de un cadáver.

—Es uno de los nuestros —le dije a Gloria sin soltarla—. Fue al otro lado hace unos días.

—¿Está muerto?

—Sí, está muerto.

Suavemente me separé de ella y me acerqué a mirarlo.

Gloria se quedó junto a la puerta, como si la pusiera nerviosa estar en la misma habitación que el muerto.

—¿Uno de tus hombres en Berlín?

—Sí.

—¿Lo enviaste tú allí?

—Eso qué más da...

—¿Qué hacemos ahora? ¿Llamo a Londres y se lo digo a Bret? Puedo ponerme en contacto con él: tengo el teléfono del coche y el del móvil.

—Berlín es mi territorio.

—¿Por qué no te vas tú? ¿Por qué no me lo dejas a mí? No hay necesidad de que te veas implicado.

La miré. Gloria estaba muy asustada. Nunca la quise más de lo que la quería en aquel momento.

—Gracias, Gloria, te agradezco el ofrecimiento —le dije—. Pero es mejor que me encargue yo de todo.

—¿Qué puedo hacer?

—Ponme una copa mientras llamo por teléfono.

Si aquello hubiera ocurrido mientras Frank estaba en la ciudad, éste habría empezado por hacer unas cuantas llamadas a sus compinches con altos cargos. La influencia de Frank en Berlín, su habilidad para lograr que todo el mundo hiciera cosas, desde los altos funcionarios alemanes hasta los peces gordos del ejército británico, se debía más a su enérgica vida social que a la autoridad que le otorgaba Whitehall. Yo no tenía ni siquiera una mínima parte de aquellos contactos a alto nivel. Mis amigos y conocidos actuaban a un nivel mucho más bajo. Por eso era por lo que yo dudaba de mi capacidad para suceder a Frank y dirigir la sección de Berlín de un modo que Whitehall considerase apropiado. Durante muchos años él había logrado reprimir escándalos, tapar desastres y suavizar todos los acontecimientos que en el pasado habían metido en profundos problemas a otros *rezidents*.

Pero Frank no estaba en la ciudad. Yo estaba al frente de todo. Así que hice lo mejor que podía hacer sin llamar a Frank, es decir, llamé a Lida.

—Tenemos un «peor de los casos» acerca de Robin —la informé—. No hay necesidad de mirar más allá. ¿Me sigue usted? Un caso de lo peor, y está aquí en los apartamentos Kronprinz de la Wilmersdorfer Strasse. Tercer piso. Me encuentro en el que está registrado a nombre del señor Rensselaer.

—*Ja, Herr Samson* —convino Lida con una calma que resultaba tranquilizadora.

—Primero necesitamos al ejército. Técnicos de la brigada de explosivos familiarizados y equipados para casos de bajas. ¿Tenemos algún contacto digno de fiar en este hotel?

—Será mejor que lo hagamos a través de las autoridades alemanas, Herr Samson.

—Lo que usted diga, Lida.

—Y también será mejor que el ejército se lo lleve todo —continuó diciendo Lida—. La policía militar y el cuerpo médico... Pero nos convendría tener a un agente de la policía de Berlín a la puerta para responder preguntas...

Se le apagó la voz, pero yo sabía que la mente le seguía trabajando a toda velocidad.

—Muy bien, Lida —le dije—. Esperaré aquí hasta que usted me llame o venga aquí. Dígale al agente de seguridad nocturno que tenemos una «alerta número uno». No hay necesidad de comunicar nada a Londres todavía.

—De momento voy a ir a la oficina. Hay cosas que sólo puedo hacer desde allí, Herr Samson. Luego iré inmediatamente a reunirme con usted.

—Gracias, Lida. Y creo que deberíamos organizar el regreso de la señorita Kent a Londres. ¿Hará el favor de preguntar a la RAF si tienen algún vuelo para esta noche? Pídales que esperen si es necesario. No les diga que es prioridad máxima a menos que sea necesario.

—Sí, Herr Samson.

Colgué el teléfono.

—¿Qué van a hacer? —me preguntó Gloria.

—Fingirán que se trata de un soldado británico que ha sufrido un ataque al corazón. Algunos listillos harán correr la voz de que le ocurrió mientras se encontraba en la cama con una chica, y ahí acabará todo.

—¿Hablabas con la secretaria de Frank?

—Sí, con Lida. No sé dónde la encontró Frank, pero vale su peso en oro.

Gloria se acercó a mirar otra vez al muchacho. No se lo impedí. Si habían colocado cargas de Semtex debajo del cuerpo serían vibratorias, no cargas de relojería.

—Lo han hecho por ti —me dijo Gloria; y al ver que yo no le respondía, añadió—: Subieron el cadáver hasta aquí para que lo encontrases tú.

—La habitación se reservó a nombre de Bret Rensselaer —le recordé—. El cuerpo se ha colocado aquí para que le sirva de advertencia a Bret.

—No puedes engañarme, Bernard. No quieres que me preocupe, pero lo han puesto aquí por ti.

—No.

—Esa gente no sube un cadáver por la escalera de servicio hasta una habitación del tercer piso sin ver quién está usando la habitación. Debieron de verme cuando me registré. Y deben de haberte visto llegar. Y luego han traído el cuerpo.

—Tendrían que ser condenadamente rápidos. Yo mismo no sabía que iba a venir hasta media hora antes de llegar.

—¿De verdad, Bernard? Cómo te engañas a ti mismo. Ellos supusieron que tú aparecerías por aquí, ¿no te das cuenta?

—¿Y cómo iban a adivinarlo? —quise saber sin ocultar mi irritación.

—Yo también adiviné que vendrías —me dijo Gloria con tristeza—. No es imposible que otros también lo adivinasen.

Tenía razón. No importaba cómo y qué hubieran adivinado, el caso es que lo habían puesto allí para mí. Yo había matado a uno de sus gorilas por accidente; un disparo en una noche oscura en Magdeburgo. El tiro salió un poco bajo y le levanté la tapa de los sesos. Y supongo que pensaban que la

bomba debajo del Trabant del pastor también había sido obra mía. Pero yo no podía poner un anuncio en el *Herald Tribune* para desmentirlo.

Aparté suavemente a Gloria de la puerta de comunicación. Me daba escalofríos verla allí, de pie, mirando el cadáver como si todavía no pudiera creer que estuviera muerto. Incluso después de que hube cerrado la puerta, se apoyó en la misma al borde del desmayo. Hice una incursión en el minibar.

—Tómate otra copa —le sugerí.

—No, estoy algo mareada.

—Es mejor que vuelvas a Londres —le dije—. Haré que alguien te lleve al aeropuerto. ¿Te quedaba algo por hacer aquí?

—Nada que no pueda hacerse por fax. Pero prefiero quedarme. ¿Por qué no me traslado a otro apartamento, aquí mismo? Sé que sólo tienen llena la mitad.

—No, aquí no. Saben moverse por este lugar. Probablemente tengan contactos, a su propia gente trabajando aquí dentro. No corramos el riesgo de que nos gasten otra bromita. Vuelve a Londres; es lo que aconsejaría Bret.

—Pensaban que me llevarías a la cama. Te das cuenta, ¿verdad? Habríamos entrado ahí... es posible que a oscuras. Era una bromita macabra.

—Puede que sí. Puede que no. No son célebres por sus bromas, ni siquiera por las macabras.

Me serví otra pequeña dosis de bebida, y apenas había empezado a tomarla cuando Lida llamó a la puerta. Llevaba puesto un abrigo de pieles corto y botas altas y relucientes. Traía consigo a Picard, el médico del ejército, un comandante de Ingenieros con el cabo ayudante, un par de hombres sin insignias y dos policías militares. Todos iban de uniforme. De modo que Lida estaba jugando así, en plan de llamar la atención.

—Le dije que guardase cama —me recordó Picard.

—Tuve una pesadilla —le dije—, y era ésta. —Se dirigió al dormitorio—. Deje entrar primero a la brigada de bombas, doctor —le sugerí—. Éste no va a responder al tratamiento con aspirinas, vitamina C y glucosa.

Picard esbozó una sonrisita lúgubre y contemplamos al oficial de Ingenieros y al soldado que era su ayudante mientras pasaban con rapidez un detector de metales alrededor de la cama. Como sabía que lo estábamos mirando, se volvió y dijo:

—Será mejor que vuelvan al salón. Lo que viene a continuación es muy técnico.

Nos retiramos un par de pasos y el oficial ató un ovillo de cordel a las esquinas de la ropa de cama y permaneció apartado de la misma mientras

tiraba de las sábanas hacia atrás centímetro a centímetro sin dejar de mirar durante todo el tiempo para ver si había cables o algún dispositivo. Era un modo condenadamente peligroso de comprobar si había trampas explosivas, pero supongo que a uno se le desarrolla el instinto cuando lleva mucho tiempo en la brigada de explosivos; se le desarrolla el instinto o la tendencia suicida, o si no se muere.

—Ahí no hay nada —aseguró el oficial de Ingenieros; y se echó a reír. El cabo sonrió sumisamente.

El muchacho llevaba muerto mucho tiempo. La parte superior del cuerpo estaba desnuda y, obviamente, ilesa, de modo que sólo la blandura de la misma ponía de manifiesto que se le había extinguido la vida. Todavía llevaba puestos los pantalones, pero estaban muy arrugados; la parte superior de los mismos se había puesto tiesa y brillante, como si fuera de plástico. Era sangre seca; debía de haber perdido varios litros. Pero ya estaba completamente seca, por lo cual había dejado una especie de polvillo de un color entre marrón y rojizo por las sábanas blancas almidonadas.

—Supongo que querrá que le diga la hora de la muerte —me indicó el doctor Picard.

—Yo no soy el investigador del caso —le recordé—. Sólo estaba de paso por aquí.

—Más de veinticuatro horas. Mañana a primera hora de la mañana le haremos la autopsia, y hacia el mediodía tendremos un informe para su oficina.

—Gracias, doctor.

—Es uno de sus muchachos, ¿verdad?

—Sí, yo lo conocía.

—Lo siento —me dijo Picard—. Pero por lo menos su familia tendrá el cuerpo para enterrarlo. Eso significa mucho para los padres. Se lo puedo decir por experiencia personal con parientes allegados.

—Lo sé.

—Una palabra al oído —me susurró Picard bajando la voz—. A éste lo han destripado.

—¿Literalmente?

Desangrar a las víctimas era un viejo recurso de la Mafia para deshacerse de los cadáveres con más facilidad, con más limpieza y pulcritud. Pero era una cosa nueva para nuestros amigos del otro lado del Muro.

—Eso aumenta la duración de un cadáver —me explicó Picard—. Podrían haberlo almacenado indefinidamente y haberlo dejado caer en cualquier parte

y en cualquier momento.

Le di las gracias al médico con una inclinación de cabeza y le tiré de la manga a Lida.

—¿Había algún avión esta noche?

—Sí, y Londres quiere que vaya usted también. Ha sucedido algo en el otro lado.

—¿Sabe usted de qué se trata?

—Han dicho que se lleve usted toda la ropa de invierno que tenga aquí. Después de la reunión en la que le informarán y recibirá órdenes, va usted a ir a otro lugar. El señor Harrington va a interrumpir su estancia y regresa aquí.

—Justo ahora que empezábamos a conocernos, Lida.

—Vigile su espalda, Herr Samson. Aquí vienen.

Habían metido al muchacho en una bolsa para cadáveres con cierre de cremallera y lo estaban sacando al pasillo en una camilla. Se le acabaron las preocupaciones por lo que sería su carrera profesional después de los cincuenta.

El avión de la RAF que nos llevó a Gloria y a mí a Inglaterra aquella noche no nos proporcionó oportunidad de charlar con un poco de intimidad. Viajaba con nosotros un equipo de fútbol de la RAF que regresaba después de ganar un partido amistoso contra un equipo de la policía de Berlín. Estaban eufóricos, estado al que había contribuido el retraso de una hora que habían sufrido esperando a que llegásemos. Habían pasado el tiempo bebiendo, y después de agotar las celebraciones y los recuerdos del partido de fútbol se instalaron y empezaron a cantar *Home on the Range*.

La tripulación le proporcionó a Gloria un asiento en la parte delantera, con una puerta que la aislaba del ruido. Pero yo estaba sentado entre el capitán del equipo de fútbol, un instructor de preparación física y un meteorólogo civil ya mayor que iba a ver a su hija, que se había puesto gravemente enferma. Encontré en el bolsillo las grandes píldoras brillantes que Picard había dicho que sólo contenían glucosa, vitamina y aspirina; fuera lo que fuese lo que contuvieran, a mí me estaban haciendo falta. Me tragué un par de ellas sin agua. Me dejaron un sabor amargo en la boca; supongo que también estaban haciendo recortes en la glucosa.

Desde el compartimento de carga que había detrás de mi asiento me llegaban a intervalos regulares sonidos de olfateos y arañazos. Sospeché que alguien llevaba de contrabando un perro de compañía a Inglaterra, y que pretendía eludir así las leyes de la cuarentena. Me pregunté si el hecho de que

el animal estuviera tan cerca de mí se debería a que así yo cargaría con las culpas si lo encontraban los agentes de aduana.

—¿Usted juega al fútbol? —me preguntó el hombre que iba a mi lado; pero yo cerré los ojos y fingí que dormía. Los vientos racheados con que nos encontramos al sobrevolar el mar del Norte hicieron que el avión fuese dando tirones y que se inclinase, lo que dejó fuera de combate a los jugadores que cantaban e hizo que todos se estuviesen callados.

Al final del viaje nos estaban esperando dos coches distintos. Gloria se fue directamente a su casa. Yo la ayudé con la maleta y luego se despidió y me dio un beso.

—Que sigas bien —me deseó.

Si Gloria había estado buscando la manera de darme suavemente la noticia de que nuestro asunto amoroso había terminado por fin, aquel beso lo consiguió. Lo mismo que la manera como se sentó agradecida en el asiento trasero del coche y me dio su triste adiós con una sonrisa. No bajó la ventanilla.

¿Que siga bien? Cuando el coche de Gloria arrancaba, el autobús que transportaba al equipo de fútbol pasó cogiendo velocidad. Una vez más se habían unido cantando jovialmente *Shell be coming round the mountain*.

—¿Señor Samson?

Era mi chófer. A pesar de lo avanzado de la hora se me esperaba en casa de Dicky para una reunión con éste y uno de nuestros agentes delSSI de la embajada de Varsovia.

—¿Ha tenido buen viaje? —me preguntó el chófer.

—No demasiado malo —repuse.

Por lo menos no me habían acusado de meter de contrabando aquel perro.

Cuando a Dicky le concedieron permiso para construir una habitación más encima del garaje, las chicas de la oficina hicieron correr el rumor de que era porque Daphne volvía a estar embarazada. Decían que la habitación nueva estaría lista a tiempo para ser una acogedora habitación del bebé, o que sería un apartamento independiente para una niñera interna.

Pero los que conocían mejor a Dicky no estaban tan dispuestos a creer aquellas suposiciones. Daphne no estaba embarazada, sólo estaba gorda, y el anexo nuevo se convirtió en lo que Dicky llamaba su «guarida». En aquella habitación, que disfrutaba de una vista dominante sobre el cobertizo del jardín del vecino y del huerto helado, Dicky había metido todo lo que necesitaba para aislarse con comodidad. El televisor más grande de la familia, el mejor vídeo estéreo y el único equipo de alta fidelidad de los que tenía que podía

activarse con mando a distancia. Como explicaba Dicky, cuando uno está estirado en un gran sillón descansando, no quiere estar levantándose continuamente para ajustar el ecualizador. El papel de la pared de aquel estudio tenía un dibujo rosa y malva de Liberty, aunque no quedaba mucha pared a la vista porque Dicky se había vuelto un entusiasta del barón Von Richthofen.

Volviendo la vista atrás, me doy cuenta de que Dicky y el barón estaban hechos el uno para el otro. Lo que yo había confundido con un tema proletario polaco era un tributo a la otra mitad de *Snoopy*. Pero yo aún no estaba preparado para la dedicación y devoción que Dicky había puesto en su nueva afición. En las paredes tenía grandes reproducciones bellamente enmarcadas del arte de la aviación. El detalle en los cuadros era notable: los campos sembrados y los árboles, las algodonosas nubes e incluso las abolladuras en la cubierta del motor, todo había sido registrado con fidelidad. Reconocí inmediatamente el cuadro del avión escarlata con tres alas, pero allí, en la pared de Dicky, el barón con el casco de cuero se veía también ante los controles de otros tres aviones de vivos colores. Al parecer, el barón, mientras conservaba celosamente el triplano para su uso exclusivo, se sentía libre para coger prestado cualquiera de los aviones pertenecientes a los subordinados asignados a su escuadrón, o incluso de los visitantes que estaban de paso. En ese aspecto reflejaba algo de la actitud que mostraba Dicky hacia los coches del departamento.

Llegué poco antes de medianoche, y Bret ya estaba allí. Acababa de volver de Washington en avión y sólo se había detenido lo suficiente para ponerse el uniforme oficial. El traje Savile Row, obligatorio en los salones de poder, lo había cambiado por lo que a Bret le gustaba pensar que era «ropa de ocio»: pantalones de franela gris hechos a medida, pañuelo de seda sobresaliendo de una camisa de tenis blanca de cuello abierto y un blazer azul oscuro. Le hacía parecer alguien que hubiera sido arrojado por el mar hacia la orilla procedente de algún festival de jazz de verano de los de antaño. Sobre las rodillas tenía en equilibrio un pedazo de tela gastada por el paso del tiempo, bellamente enmarcado, que llevaba el emblema nacional de la Alemania imperial.

—Parte de la cola del *Albatros* de Von Richthofen —explicó Dicky al tiempo que le daba al emblema unos golpecitos tan enérgicos que estuvo a punto de resbalar de las rodillas de Bret—. En realidad debería estar en un museo.

Levantó brevemente la vista hacia mí y me saludó con la mano.

—Ya me doy cuenta de ello —dijo Bret.

Dejé caer el abrigo sobre la silla. La casa estaba totalmente silenciosa; supongo que hacía mucho que Daphne se había ido a la cama.

—¿Os importa que me sirva una copa?

Sabía que Bret y Dicky pensaban que yo bebía demasiado. De haber nacido con la mitad de la astucia innata de Dicky, me habría pasado la reunión tomando sorbos de agua Perrier, con aire alerta y formal, e inclinado hacia adelante dispuesto a reír los chistes. Pero nunca pude resistir la tentación de reforzar sus estúpidos prejuicios.

—Verdaderamente la necesito.

—¿Qué demonios te ha pasado? —me preguntó Dicky cuando me vio las moraduras.

—Me caí por la escalera.

—Bueno, sírvete tú mismo —dijo, algo desairado por lo que creyó que había sido una respuesta poco seria. Durante un momento pensé que iba a insistir en tomarme la temperatura, artimaña que más de una vez había utilizado con los empleados de la oficina para ejercitar aquel aburrido sentido del humor—. Pero date prisa, Bernard. Hemos estado esperándote.

Iba vestido con unos pantalones de tela de gabardina de color caqui y un suéter de lana verde bosque, del estilo de los del ejército británico, con los codos y los hombros reforzados con parches de cuero.

—Sí —acepté; y, botella de whisky de malta en mano, levanté una ceja en dirección a Bret.

Éste movió la cabeza de un lado a otro con seriedad y alargó la mano hacia la mesita auxiliar, cubriendo su Pepsi, para indicar que no quería. No era un buen presagio.

Así que sonreí a Rupert, bebedor de whisky de malta donde los haya, que me devolvió la sonrisa. Utilizó un dedo y el pulgar para indicarme que volviera a llenarle la copa con moderación, y le serví una buena dosis.

Rupert Copper, «nuestro hombre de la embajada de Varsovia», era la otra persona de nuestra reunión. Tenía unos cuarenta años y era un envarado estreñido, pero también un políglota muy capacitado. Además del polaco, tenía un buen conocimiento de todas aquellas lenguas balcánicas que yo había visto cómo derrotaban a algunos de nuestros colegas más brillantes y más ambiciosos del Foreign Office. Estaba particularmente al día en los intrincados detalles de los políticos extremistas griegos. No era íntimo amigo mío, tan sólo habíamos charlado esporádicamente en algunos congresos y en reuniones poco interesantes. Había empezado su carrera en el campo

diplomático y luego lo habían trasladado alssi como un modo de permanecer en Varsovia. Casado y con dos hijos adolescentes, era objeto de persistentes rumores acerca de que su verdadero idilio con Polonia se presentaba en forma de una condesa polaca de mediana edad a la que se había visto frecuentando asiduamente su compañía desde hacía por lo menos diez años.

Rupert estaba elegantemente encaramado, con las piernas cruzadas, en la silla donde el gato de los Cruyer solía enroscarse a dormir. Parecía que acabaran de sacarlo de la caja: traje azul oscuro, camisa a rayas almidonada, corbata Wykehamist y mocasines negros relucientes. Tenía unos ojos oscuros, hundidos, labios delgados y pálidos y un bigote finísimo que daba la impresión de que se lo hubiese hecho con un lápiz para dibujar las cejas. Más aún que otros empleados del Foreign Office, tenía el aspecto pulcro y reluciente de un chulo próspero. Pero había que decir que era competente, cauto y preciso, calificativos éstos que se hallaban tan raramente entre los empleados del Foreign Office que a mí me tranquilizaba su presencia.

Después de probar el whisky me serví más y me instalé en el sofá al lado de una vitrina iluminada que contenía maquetas de aviones de aeromodelismo. Dicky seguía explicándole a Bret algo acerca del funeral militar de Richthofen. Rupert me buscó la mirada, pero su rostro permaneció inexpresivo. Apuró el whisky levantando mucho el vaso y los cubos de hielo resbalaron y le dieron en la nariz. Ocultando cualquier sorpresa que pudiera haber experimentado, se sacó del puño de la camisa un pañuelo con sus iniciales y se limpió la cara. Luego dejó el vaso en el aparador, como si quisiera alejarse de más tentaciones.

—Bueno, vayamos al asunto —comenzó por fin Bret.

Depositó el pedazo de tela enmarcada sobre la alfombra mientras Dicky iba a sentarse en su butaca reclinable y tiraba de la palanca para que no resbalase hasta la posición horizontal.

—¿Has oído lo que ha pasado? —me preguntó Bret.

—No —respondí.

No es que sea la respuesta que doy a falta de otra mejor. No se gana nada diciendo que sí a tales preguntas.

—Han visto a George Kosinski —me dijo Bret—. En Polonia.

—Ah, en Polonia —repetí.

Y me di la vuelta para mirar a Rupert, quien asintió con la cabeza para confirmar aquella información nada sorprendente.

—Justo cuando todos estábamos completamente convencidos de que había muerto —apuntó Dicky.

—Es cierto, nos tiene sobre ascuas —intervine para enturbiar aquel estado de ánimo de gran expectación.

Yo creía que me habían llamado a Londres a causa del asesinato del muchacho en Berlín. Por otra parte también pensé que quizá hubieran descifrado el material que el servicio de monitorización de radio le había mostrado a Gloria. Pero ninguno de esos temas se sacó a colación, y mi instinto de autoconservación me decía que no debía mencionar ninguno de aquellos dos asuntos.

—Rupert dice que existe otra casa de los Kosinski —me informó Dicky al tiempo que le indicaba a Rupert que interviniera en la conversación.

—Tienen allí una casa para invitados —dijo éste—. Está a tres o cuatro kilómetros de la casa familiar; puede que algo más lejos. En los viejos tiempos era un pabellón de caza. A algunos nazis, como al mariscal de campo Goring, les gustaba ir allí a cazar animales salvajes cuando esa región formaba parte de Alemania. El pabellón quedó muy dañado por la guerra, pero se han gastado algo de dinero en arreglarlo.

—Allí es donde lo ocultaban —comentó Dicky—. Esos hijos de puta nos hicieron bailar como marionetas.

—Son su familia —le recordé con suavidad.

—Está metido en alguna maldita *vendetta* —aseguró Dicky muy enojado; pero una mirada de advertencia por parte de Bret hizo que se calmase.

—¿Por qué está allí, Bernard? —me preguntó Bret.

—Ha estado removiendo cielo y tierra para averiguar cómo murió su esposa —le informé—. Está muy disgustado; no razona del todo.

—Pero ¿por qué la Stasi y la Bezpieca le siguen el juego?

—¿Eso hacen?

—Vamos, Bernard —me recriminó Bret—. Tú sabes cómo opera esa gente. Lo están ayudando. Y yo te pregunto por qué.

—Supongo que quieren monitorizarlo. George tiene dinero, y el dinero tiene voz en el juego de los servicios secretos. Es lo que hace que funcionen los engranajes. George puede permitirse lo mejor. Contrató a Tiny Timmermann para que fuera allí y averiguase cómo murió su esposa. Tiny era un profesional, un agente de la CIA de los viejos tiempos que escarbó para abrirse camino hasta la misma urbanización Smersh, en Magdeburgo. Tiny valía lo que se pagaba. ¿Cómo nos sentiríamos nosotros si alguien capaz de contratar espías viniera a cavar en nuestro huerto?

Bret asintió. A Bret no hacía falta dibujarle ningún diagrama, pero Dicky se aseguró de que yo no saliera bien librado.

—Y la Stasi le voló la tapa de los sesos a Tiny y lo dejó para que tú lo encuentres. Sólo que tú confundiste el cadáver y caíste en la trampa.

Bret hizo caso omiso de Dicky y dijo:

—Si George les estaba dando dolores de cabeza a los del otro bando, ¿no se limitarían ellos a quitarlo de en medio?

—No —repuse—. En Polonia no, y George lo sabe perfectamente. George tiene un hermano muy influyente que es un gran amigo del régimen del ejército de Varsovia. Como las cosas se les están poniendo difíciles a los comunistas en estos tiempos, Normannenstrasse necesita toda la ayuda y buena voluntad que puedan conseguir de los polacos. Y ninguno de ellos se va a poner a lanzar vítores cuando George mande a hombres de la CIA retirados a sondear sus secretos... También a nosotros se nos atraganta, ¿no? Pero probablemente se imaginen que la manera de contrarrestar a un loco como George es hacerse amigo suyo; ayudarlo, darle consejos y convertirlo en un buen amigo.

—Vaya giro en redondo —comentó Dicky—. ¿Cómo pondrían en marcha una cosa así?

—Pues van a ver a George y le dicen que no gaste su dinero en investigadores privados que no hacen más que causar problemas a todo el mundo. Que a ellos les interesa tanto como a él averiguar la verdad acerca de Tessa Kosinski. Y que permita que le demuestren que no son mala gente.

—Pero los británicos y los yanquis sí son mala gente. —Bret acabó el relato por mí—. Gota a gota le envenenan la mente poniéndolo contra nosotros. Sí, eso me lo creo. Paciencia y planificación, ése ha sido siempre el método de Moscú, y así es como siempre lo hacen sus secuaces. Mientras nosotros corremos dando vueltas llenos de pánico y poniendo tiritas en heridas que necesitan cirugía de primera magnitud, nuestros oponentes seleccionan y reclutan estudiantes universitarios que se convertirán en agentes influyentes dentro de veinte años.

—¿Significa esto que se ha abandonado oficialmente la teoría de que George huyó porque el mercado de valores se vino abajo? —quise saber.

Dicky, que durante algún tiempo había estado aferrándose a esa teoría, decidió que la mejor manera de reaccionar era echar una llave inglesa en el mecanismo.

—Bernard cree que Tessa Kosinski sigue viva —comentó.

Bret no me preguntó si eso era lo que yo pensaba en realidad. Me miró y dijo:

—A George Kosinski le han dicho que un asesino a sueldo llamado Thurkettle mató a su esposa. —Terminó de un trago su bebida y esperó a que yo respondiera. Luego levantó la vista y añadió—: ¿No dices nada, Bernard?

—¿Que se lo han dicho? —repetí—. ¿Quién se lo ha dicho?

Bret respondió a aquella pregunta con otra.

—¿Podríamos convencerlo para que volviera?

—¿A George Kosinski? —quise saber.

—Según tus convincentes conjeturas, la Stasi y sus amigos de la Bezpieca están jugando con él. Nos llegan rumores de que quizá le hayan prometido a George decirle quién es el asesino, y eso no nos gustaría. No quiero que nadie se enfrente a un asesino en los muelles de Varsovia y provoque titulares en un juicio en el que tiene un papel principal la hermana de Fiona. El departamento no puede controlar esa clase de descubrimientos. Ya tenemos autobuses llenos de equipos de la televisión japonesa que revuelven entre nuestras bolsas de papeles rotos desechados y ponen en antena cabezas parlantes que hablan de tu ayuda japonesa. —Hizo una pausa—. ¿Me oyes, Bernard?

—¿Así que han visto a George? —repetí para asegurarme.

—Uno de los nuestros —me aseguró Rupert.

Me pareció notar cierta reserva.

—¿Alguien que conoce a George Kosinski? —le pregunté.

—Es una identificación positiva —intervino Dicky—. No puede haber dos personas como George Kosinski.

—Tres compras en Varsovia para las cuales se utilizó la tarjeta Visa de George Kosinski —me informó Rupert mientras me miraba con aire burlón—. Dos restaurantes caros y una tienda de artículos para hombres.

—Parece propio de George —acepté.

Me halagaba que todos me considerasen como la persona a quien tenían que convencer, pero luego comprendí que eso era porque yo iba a ser el idiota que tendría que volver allí, avanzando penosamente entre la nieve y el hielo, y reanudar la caza del ganso para buscar a un hombre que ya había demostrado una habilidad encomiable para esconderse.

—De acuerdo —dije—. Iré a Polonia, si es de lo que se trata. ¿Se me concede autoridad para ver todo el tráfico de monitorización de Berlín?

—Todo lo que quieras; haz una lista —aceptó Bret—. ¿Cuándo podrías estar en Varsovia?

—Inmediatamente, Bret —respondí, aunque no sin un toque de sarcasmo.

Con las Navidades a sólo unos días, sentí resentimiento por la manera como me estaban arrollando.

—Estupendo —dijo Bret; se puso en pie y fue a abrir otra lata de Pepsi, dirigiéndome una sonrisa al pasar—. Tendrás una tapadera diplomática, pero Copper será funcionario del caso. ¿Eres capaz de aceptar eso, Bernard?

—De acuerdo.

—Tapadera diplomática —repitió Bret—. No se podrá renegar de ti; así que actúa con cautela.

Sostuvo el vaso, y luego la botella de ron, en alto para poder medir con exactitud la cantidad de alcohol que se servía.

—Que actúe con cautela —repetí; y asentí con la cabeza.

Aquello resumía perfectamente la filosofía de ganar sin riesgo que tenían los del piso superior. Haz lo imposible, pero actúa siempre con cautela.

—Copper se mantendrá en contacto con Dicky —dijo Bret—. Haz lo que se te diga y no discutas.

—¿Puedes rellenar éste también, Bret? —le pedí al tiempo que le tendía mi vaso vacío.

Rupert me llevó a casa en su Ford alquilado cuando se enteró de que yo no tenía coche. Se alojaba en casa de su hermana, en Fulham. Dijo que Mayfair le quedaba de camino y me llevó hasta la puerta. Me fijé en que observaba la grandiosidad de los portales de mi bloque de apartamentos, pero no hizo comentario alguno. Como todos los demás en el departamento, sabía que el apartamento era la herencia de Fiona.

—Gracias por traerme a casa —le dije.

Miré el reloj. Eran las dos de la mañana.

—¿Así que has perdido a uno de tus hombres? Lo siento.

Rupert, convenientemente reservado, tenía la mirada fija hacia adelante; miraba por el parabrisas las idas y venidas nocturnas en la concurrida calle.

—¿Cómo te has enterado?

—Cruyer y Rensselaer estuvieron hablando de ello antes de que llegases.

Rupert no había abandonado la costumbre de las universidades de Oxford y Cambridge de referirse a sus iguales por los apellidos.

—Ah —exclamé—. Me pregunto por qué no me habrán dicho nada al respecto.

—Cruyer te tiene miedo.

—Eso habría que verlo.

—Estuve en Oxford con él. En aquella época tuve oportunidad de conocerlo bastante bien. Siempre ha temido que la gente lo ponga en ridículo.

—¿Y yo hago eso?

—En ocasiones se lo haces a todo el mundo.

—Oh, Dios mío —exclamé.

Un taxi se acercó al bordillo y se detuvo delante de nosotros. Salió de él una pareja de edad. El hombre tenía una figura digna enfundado en un traje de etiqueta, y la mujer lucía pieles lustrosas. Los reconocí como nuestros vecinos de al lado, que llevaban casados mucho tiempo. El hombre se puso a escarbar en el bolsillo para pagar al taxista. La mujer cerró la puerta del taxi con un despliegue de fuerza intemperante. Luego, al pasar junto a nosotros, reanudaron una discusión fuerte, con los rostros contorsionados por el enojo. En cierto modo me pareció excepcionalmente poco prometedora aquella demostración de que el tiempo no llevara consigo cierta suavización en las trifulcas matrimoniales.

—Hay fotografías —me informó Rupert—. Decidieron no enseñártelas. Fotos de George Kosinski. Las hicieron mis agentes hace cuatro días. ¿Quieres verlas?

—Sí, por favor.

Rupert se inclinó sobre su asiento para alcanzar una cartera de piel para documentos que estaba en el suelo del coche. Sacó de ella tres fotografías; instantáneas en color tomadas en una calle transitada. Extrajo de la cartera una linterna muy pequeña y la encendió para que yo viera mejor.

—George Kosinski —dijo Rupert—. Aquí, y aquí.

Inclinándose hacia mí, golpeó con un dedo una cabeza y unos hombros borrosos en medio de una docena o más de personas en una calle concurrida. La fotografía la habían tomado con una de esas cámaras que imprimen la fecha y la hora en el negativo. En cualquier caso estaba hecha recientemente. Las personas iban enfundadas en gorros de piel y de lana, y la mayoría aparecían azules a causa del frío. Reconocí algunos letreros de tiendas y una sección de la Nowy Swiat, la calle principal de Varsovia.

—¿Por qué no querían que yo las viera?

—Oh, yo no me preocuparía demasiado por eso. Tú estás mucho más familiarizado con el aspecto de George Kosinski que ninguno de nosotros. Si tú hubieras desechado las fotos diciendo que eran de otra persona, eso habría puesto punto final al asunto, ¿no? Cruyer no quería proporcionarte la oportunidad de hacerlo.

—¿Puedo quedármelas?

—Me temo que no, amigo. Tengo que mostrarlas al director general mañana.

—Me habían dicho que estaba enfermo.

Rupert me miró como si sospechase que yo intentaba cogerlo en falso.

—Estoy invitado a casa del director general —me comunicó muy despacio.

—Lleva bocadillos —le aconsejé—. Últimamente su idea de la comida es té con limón y unas galletas secas.

—Te debo un gran favor, Samson —me dijo como si hubiera estado reprimiendo aquello y lo tuviera ensayado de antemano—. Nunca te di las gracias.

—¿Un favor?

—Hace mucho tiempo, cuando aquel espantoso tipo, Kosciuszko, estaba chantajeando a mi jefe... Todo el mundo, es decir todos los que trabajábamos en la oficina en aquella época, nos sentimos profundamente en deuda contigo.

—Ah, aquello —dije, aunque sólo tenía un vago recuerdo del asunto del que estaba hablando.

—No sé lo que hiciste y no me importa. Era un reptil venenoso. Alguien me dijo que tiraste al muy cabrito al río en alguna parte y lo dejaste nadando en el agua, intentando salvar la vida entre los témpanos de hielo. ¡Dios mío! Cómo me hubiera gustado verlo. Espero que tu hazaña no quedase por completo sin recompensa. —Me sentía muy cansado; no respondí. Rupert, con cierto embarazo, continuó hablando—: Y creo que la mejor manera como puedo devolverte aquel favor es hablándote con franqueza. —Era una pregunta. Lo miré pero no dije nada—. De hombre a hombre —añadió.

Aprecié el esfuerzo que estaba haciendo. Rupert Copper no era de la clase de hombres que están dispuestos a recurrir a las conversaciones de hombre a hombre, sobre todo con extraños, con la clase de extraños que arrojan al río a otros hombres por diversión y para sacar provecho.

—Dispara —le conminé.

—Esta noche te he observado mientras hablabas con Cruyer y con ese tipo, Rensselaer. Y con toda franqueza, amigo, me pregunto qué es exactamente lo que se cuece en tu cabeza.

—No mucho —admití.

—Todo el servicio, desde Londres hasta el otro lado del mundo, parece no preocuparse de nada más que de un rumor tras otro.

—Es lo que hace el servicio para ganarse el sustento —sentencié—. Estamos en el negocio de los rumores, ¿no?

—Pero son rumores sobre ti, Samson —me dijo con énfasis—. Rumores acerca de tu esposa. Todavía se preguntan si aquel asunto realmente fue... lo que más tarde se dijo que era. O si ella realmente desertó con un montón de

material de primera y luego la devolvieron como cebo. No, no... —Levantó la mano para detener mis posibles objeciones mientras continuaba hablando—. Y me llegan más rumores acerca de esa chica con la que viviste, esa a la que ahora Rensselaer parece tener motivo para reclamar. La han ascendido de forma muy repentina al piso superior, ¿no te parece? Corren interminables rumores acerca de quién mató a tu cuñada y por qué. En estos últimos días corre uno nuevo que dice que en realidad no murió. Que está viva y que vive en Moscú, u otra condenada tontería por el estilo. Y está toda esta artimaña con tu cuñado. Eso queda dentro de mi jurisdicción, y no es algo de lo que pueda desentenderme. ¿Te das cuenta?

—No sé qué puedo hacer yo para impedir que la gente vaya por ahí contando historias ridículas —dije.

Suspiró y lo intentó de nuevo.

—Tú eres un peligro para todos los implicados, Samson. Para Whitehall y para Normannenstrasse. ¿Cuál crees tú que habría sido la reacción aquí, en la Central de Londres, si hubieras sido tú quien estuviera tendido en el tanatorio de Berlín esta noche en lugar de ese muchacho que trabajaba para ti?

No respondí.

—Pues un bostezo —me dijo Copper respondiendo a su propia pregunta—. ¿Y has considerado como es debido cuál es la posición de Fiona?

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a esos hijos de puta de la Stasi. ¿Te acuerdas del pobre Simakaitis? ¿El capitán lituano del KGB que acudió a nosotros trayéndonos todas las longitudes de onda? Un tipo brillante que se hartó de ver las cosas duras que ocurrían allí. El mes que viene hará ocho años, si no me falla la memoria. También sacamos de allí a toda su familia. Fue una operación de manual. La oficina de Varsovia se encargó de los niños.

—Recuerdo el caso —le indiqué.

—Pues en Normannenstrasse estaban decididos a destruirlo. La Stasi perdió todos sus códigos, las claves y las longitudes de onda de Berlín.

—Sí, pero la de aquellos tiempos era una generación diferente de la Stasi. Aquellos gorilas eran los últimos remanentes de los estalinistas.

—La misma tripulación de gente vengativa lleva de nuevo las riendas. Cualquiera que no sea un fanático se encuentra confinado a un trabajo en la frontera y es reemplazado por un marxista devoto. Cada día en mi oficina veo los resultados de lo que están haciendo. A esta gente los mueve el odio. Ven las concesiones de Gorbachov como una amenaza a su sagrado credo, y han clavado los talones.

—Bien, no cogieron a Simakaitis —le recordé—. Oí que alguien fue a Florida el verano pasado para obtener su opinión sobre material de radio.

—No cogieron a Sim porque los yanquis lo acogieron en uno de los programas de protección de testigos que diseñaron para los informadores de la Mafia; le proporcionaron una vida completamente nueva.

—Entonces, ¿qué hicieron?

—ElKGB dejó vivir a Sim. Pero a sus ancianos padres los mataron en un tiroteo que se produjo en el atraco a una gasolinera en Bruselas. Los asesinos no se detuvieron a robar dinero. Su esposa murió seis meses después. Cayó por la borda del ferry *Flushing*, y el estuario de Schelt está muy frío en enero. Nadie la vio caerse. Eso ocurrió exactamente un año después de que él desertase. La corriente la llevó hasta la orilla una semana después. No había rastro de agua en los pulmones. El forense dijo que ya estaba inconsciente cuando cayó al agua. Luego la hermana de Sim murió de sobredosis una noche de verano cuando se encontraba de vacaciones en España en el mejor de los estados de ánimo. Y su hermano murió en Francia. Eso ocurrió el mismo día en que Sim fue a Washington: se cayó del expreso París-Lyon. Sus cuatro hijos estaban nadando juntos...

—Vale, ya basta —le interrumpí.

—Sim está en un asilo en Orlando. Yo era la persona que fue a verle. Lo dejaron bien arreglado. Se pasa el día sentado mirando a la pared. Mejor que no quiera ir a ninguna parte ni hacer nada, porque ni siquiera es capaz de ir al retrete por sí mismo.

—¿Estás pensando en Fiona?

—Desde luego que estoy pensando en Fiona. Sim no hizo nada comparado con lo que hizo ella. No importa cuáles fueran las circunstancias exactas de su partida, la subsiguiente traición es imperdonable a los ojos de esa gente. Confiaron en ella, y ella los traicionó. Lo hicieron todo por ella, le dieron un lugar decente donde vivir, un coche y un chófer, incluso le proporcionaron un departamento y cierta autoridad. Tú sabes lo que significan esas cosas en el Este. Y Fiona les escupió en la cara.

—¿Piensas que a Fiona pudieran tenerla en el punto de mira del mismo modo?

—¿Cómo puedes descartarlo? Quizá las ruedas ya estén girando. Su única hermana está muerta. A su cuñado lo han obligado a hacer un viaje a Polonia por razones sobre las que sólo podemos sentir desconcierto. Al muchacho lo mataron, quizá porque lo confundieron contigo. Y ahora tú vas a ir allí, y tú y yo sabemos lo expuesto que estarás allí, en el quinto pino.

—A estas alturas ya habría sucedido —le comenté.

—Eso es lo que creyó Sim. Pero ellos no se dan prisa en sus desquites. Les gusta que sus víctimas piensen en lo que se avecina. Tú sabes cómo son; ¿cómo puedes estar tan ciego?

Sacó los cigarrillos y me ofreció uno. Los llevaba en una pitillera esbelta de plata que tenía sus iniciales grabadas. Rehusé el ofrecimiento.

—Estoy intentando dejarlo —le dije.

Encendió utilizando el esbelto encendedor Dunhill y echó el humo, disfrutando del sabor. Luego limpió el vaho del parabrisas con el canto de la mano.

—Olvídalo —me dijo de pronto—. He hablado sin que me tocara hacerlo.

—No —le animé; y de nuevo levanté la pequeña linterna y me puse a estudiar las fotografías para hacer una comprobación final—. Gracias —le dije mientras le devolvía las fotografías.

—¿Algo va mal? ¿No es él? —me preguntó Rupert.

—Es difícil de decir con ese sombrero grande de pieles que lleva puesto. Pero se parece a George.

—No nos han dicho nada —dijo Rupert.

No era una queja. Rupert nunca había sido un quejica, pero quería que yo supiera que él pensaba que a la oficina delSSI de Varsovia la estaban dejando deliberadamente al margen del asunto de George Kosinski.

—Gracias de nuevo por traerme a casa —le dije—. Y gracias por todo lo demás.

Rupert estaba encorvado sobre el volante con el cigarrillo colgando entre los dedos; miraba detenidamente las fotografías con la ayuda de la linterna.

—Has visto algo más, ¿verdad? —me preguntó sin levantar la mirada. Rupert era avisgado y yo estaba cansado, de otro modo nunca habría detectado la sorpresa que me había llevado al mirar las fotografías—. ¿Es Thurkettle una de las personas que aparecen en la fotografía?

—Nunca he oído hablar de Thurkettle.

—¿No? Bret creía que sí. Antes de que llegases esta noche le estuvo diciendo a Cruyer que en la entrevista que tuvisteis en California describiste con todo lujo de detalles cómo Thurkettle disparó y mató a Tessa Kosinski. Tú estuviste allí; y dijiste que lo habías visto.

—Me parece recordar que Dicky dijo esta noche que yo creía que Tessa seguía viva.

—A Dicky siempre le gusta mirar antes de dar el salto —me aseguró Rupert—. No expresa sus propios pensamientos, los pone en boca de otras

personas para ver qué pasa.

—¿Tessa Kosinski? ¿Todavía viva?

—Me doy cuenta de por qué están desconcertados. A Bret le preocupa que tu testimonio acerca de aquel confuso intercambio de disparos en medio de una noche oscura sea lo único que tiene para decir que Tessa Kosinski está muerta. Nada más. En realidad todos los demás lo niegan.

—¿Y Fiona? También estaba allí. ¿Qué le dijo ella a Bret cuando le presentó los informes?

—No te enfades conmigo, Bernard, sólo estoy poniéndote al corriente.

—¿Todavía sabes encontrar el camino a Fulham? —le pregunté.

Pero Rupert no iba a detenerse ahora.

—Bret dijo que Fiona no quiere hablar de aquella noche. Dice que se queda muda cuando se menciona el nombre de Tessa, que ha reprimido por completo cualquier idea de que su hermana pueda estar muerta. Al negarse a admitir que está muerta consigue conservar viva a su hermana.

—Sí, Bret es capaz de decir eso. Bret se licenció en psicología.

Rupert me miró, asintió solemnemente y dijo:

—Entonces, ¿no reconoces a nadie más en esas fotos?

—Me temo que no, Rupert.

Todavía sin soltar las fotografías, levantó la mano en un gesto abatido de despedida y dijo:

—Nos veremos en Varsovia, camarada.

Rupert sabía que yo estaba disimulando, pero ciertamente yo no tenía intención de decirle a Rupert, ni a ningún otro de los incondicionales del departamento, que detrás de George Kosinski en aquella concurrida acera de Varsovia había visto a mi suegro. Me pregunté qué estaría haciendo en Varsovia. Se suponía que estaba con Fiona y mis hijos tostándose al sol de Jamaica.

VARSOVIA

Polonia estaba en las garras del invierno. Mi avión descendió con cautela entre las nubes grises cargadas de agua que proporcionaban retazos del paisaje sin sol que había allá abajo. Sólo de vez en cuando las carreteras, los senderos o los árboles insinuaban las formas rectangulares de los campos de cultivo. En la mayor parte del paisaje la nieve había creado un gran mundo temible y gris sin fin.

Yo no había hecho caso de los apremios de Bret para que abandonase Londres. Me había retirado a la cama con whisky y leche caliente, había disfrutado de unos discos de Mozart y de un surtido de libros que había apartado para leerlos algún día, y había aliviado el hambre con una comilona de huevos fritos y beicon ahumado acompañado de alubias Heinz.

Como en otras ocasiones, el desenfreno sin límites resultó ser una cura de éxito seguro para mis males. De modo que quedé restablecido por completo. La euforia, efecto de mi alimentación favorita, la música embriagadora y el sentimiento de culpa, pronto dejó paso a una languidez inaguantable. El tercer día por la mañana salté de la cama antes de que empezase a clarear, me puse a cantar mientras me afeitaba y luego reservé un billete en el primer vuelo a Varsovia.

Desde el aire sólo se ve la nieve nueva, pero en las calles se distinguía por capas. Como las fallas antediluvianas de estratos, las capas de nieve eran de muchos colores; desde las capas que se databan hacia atrás en el tiempo a través de ventiscas y tormentas de nieve, heladas y aguanieve, hasta los primeros copos de nieve revoloteantes que mucho tiempo atrás proclamaron la llegada del invierno. Los canalones rebosantes aportaban un friso delicado a lo largo de los tejados. Fiats polacos chapoteaban en la nieve a medio derretir y salpicaban con ella a los peatones que avanzaban despacio. En la calle había torrentes rezumantes, ríos medio helados de color marrón y gris.

Al cabo de pocos segundos de haber caído, la nieve se veía dibujada por el residuo gris de los tubos de escape de los coches que pasaban. Mientras traqueteaba medio helada desde los tejados, bajando por los desagües gigantescos, la descarga había esparcido en el suelo por todas partes un bajorrelieve de encaje de hielo que hacía que las aceras quedaran irregulares y resbaladizas, de manera que cada paso era un riesgo incierto. Qué bien conocía yo aquellos inviernos europeos, y cómo los odiaba. Me preguntaba cómo sería hacer surfing en Jamaica.

—¿Tú lo odias, Rupert? —le pregunté.

Nos refugiábamos del viento en un portal en la estación de Vilnius, en Varsovia, y el lugar estaba prácticamente desierto.

—¿Que si lo odio? ¿Odiar qué?

Supongo que tenía la mente puesta en otras cosas, como no morirse congelado.

—Todo esto. La nieve y la suciedad. Polonia en invierno.

—¿Por qué iba a odiarlo? Vivo aquí.

Asentí y me subí el cuello. Rupert era distinto a los demás británicos con los que trabajaba. Realmente creía que aquél era su sitio, que era de allí. Se negaba a verse a sí mismo como en realidad éramos todos: extranjeros incómodos, feos e inoportunos, sospechosos para las autoridades y una carga para nuestros amigos. Él se sentía unido con el paisaje y con la gente, pero nunca intentó ser polaco. Tenía esa clase de confianza santurrona que caracterizaba a los misioneros del siglo diecinueve.

Como si se le hubiera ocurrido más tarde, Rupert añadió poco después:

—Estos días oscuros de invierno... a veces rezo pidiendo un trocito de sol.

—Sí —convine.

El cielo estaba tan oscuro como el granito, oprimía la ciudad como una pesa.

—La nieve no llega siempre tan pronto —me dijo.

Visible por encima del cuello de la trenca Burberry's de Rupert, que le iba demasiado grande, asomaba uno de esos forros acolchados Barbour. Junto con la gorra de cuadros de paño era la clase de atuendo que yo esperaba que un caballero agricultor inglés vistiera en día de mercado. Pero allí, en mitad de ninguna parte, parecía fuera de lugar. Rupert se ajustó más la bufanda alrededor de la garganta y se puso a dar patadas con los pies en el suelo.

—¿Estás seguro de que dijo la estación de Vilnius?

—Sí, estoy seguro —repuso Rupert.

—¿Y prometió que vendría?

Resultaba difícil de creer que aquel desolado espacio abierto estuviera tan cerca del centro de Varsovia o de cualquier ciudad europea grande. Y resultaba incluso más difícil de creer que el lugar donde nosotros nos encontrábamos parados hubiera sido en otro tiempo una concurrida terminal de ferrocarril, un lugar donde los acaudalados que estaban de vacaciones, los eruditos reverenciados y los magnates de los negocios acudían para subir a bordo del expreso nocturno, con sus bares, restaurante y coches cama, para viajar a la antigua ciudad de Vilna (o Vilno o Vilnius, según la lengua que uno hablase). Todas las naciones codiciaban aquel centro de interés medieval que era un centro de sabiduría judía y la sede de una de las universidades más antiguas de Europa. Polonia la deseaba para sí, la URSS se la apropió, los invasores alemanes la arrasaron y masacraron a su extensa población judía. Ahora Vilnius era la capital de Lituania. Pero ya no partía ningún tren de aquella estación que llegara a Vilnius. Los andenes habían sido desmontados, las antiguas salas de espera y las consignas habían sido demolidas. Ahora era sólo el lugar donde terminaban dos líneas de ferrocarril. De vez en cuando partía un pequeño tren austero que llevaba a los viajeros de cercanías a destinos cercanos. Más allá la vía había sido arrancada de raíz, los coches cama se habían quemado como combustible, y la única forma de ir a Vilnius era dirigirse a la estación Central y viajar vía Moscú. Y así era como los amos soviéticos de Polonia preferían que fuese.

—Dijo que vendría —repitió Rupert—, pero eso no significa que venga. Ya sabes cómo son los polacos.

—No. ¿Cómo son?

Me saqué las manos de los bolsillos y las soplé para devolverles la circulación. Hice la promesa de comprarme guantes: unos guantes grandes de piel.

—Son muy reservados. Y bastante cerrados. ¿Sabes lo del soldado desconocido?

—No. ¿Qué?

—La tumba del soldado desconocido de Polonia... en la plaza Pilsudski... es donde todos los dignatarios extranjeros acuden a poner una gran corona de flores y hacen un discurso solemne sobre la paz. Los soviéticos son amantes de la paz y muy aficionados a hacer discursos sobre el tema. Y la distancia de Moscú a Varsovia es la adecuada. Constituye un fin de semana perfecto a base de banquetes, visitas turísticas y vodka. Así que cada año, sin fallar ni uno, los líderes, generales y *apparatchiks* importantes de Moscú rivalizan por

asistir a esa ceremonia solemne donde las bandas de música tocan piezas apropiadas, los generales se ponen hectáreas de medallas brillantes y las esposas tienen ocasión de lucir sus conjuntos nuevos.

—Ah, ya.

Había olvidado que Rupert tenía tendencia a divagar.

—Siempre se congregan grandes multitudes en la ceremonia. Los polacos miran con desusada presunción. Porque a los rusos todavía no se les ha ocurrido que el cadáver del soldado polaco desconocido sobre el que les gusta pontificar acerca del avance sobre Berlín del Ejército Rojo tan amante de la paz, no fue recuperado de ningún campo de batalla de la segunda guerra mundial. El monumento contiene el cadáver de uno de los hombres de Pilsudski que cayó en 1920 peleando a las puertas de Varsovia cuando los enojados polacos le dieron la patada al poderoso Ejército Rojo haciéndolo volver por donde había venido.

—Comprendo —dije.

—Ni siquiera el más resuelto comunista polaco ha revelado nunca ese secreto a los camaradas soviéticos. Así son los polacos: tienen un fuerte sentimiento tribal.

—Sí —asentí—. Bueno, ese puñetero idioma imposible de aprender les ayuda en eso.

—Y la religión —añadió Rupert—. Tienen alemanes luteranos al oeste, protestantes al norte y ortodoxos al este. Los polacos son católicos, y además bastante devotos. No tienes más que echar un vistazo a tu alrededor, las iglesias están llenas y un papa polaco se sienta en Roma.

—¿Tú eres católico, Rupert?

—No. Bueno, en cierto modo. Lo fui.

No hice demasiado caso de aquella negación; todos los católicos dicen que no son practicantes.

—Lo mismo le ocurre a George Kosinski —le dije—. Es un creyente muy en serio. ¿Es ese que llega?

Un Volkswagen escarabajo llegó dando botes sobre la nieve y el hielo, chirriando y patinando mientras las ruedas de atrás daban vueltas de manera que el coche derrapaba de un modo peligroso. Luego me enteré de que aquél era el modo como muchos polacos conducen en invierno; les gusta sentir cómo se desliza el coche, y llegan a ser hábiles controlando los derrapes.

—No lo creo —dijo Rupert.

Dos hombres bajaron del coche y se inclinaron hacia el interior del mismo para tirar hacia adelante de los respaldos de los asientos; dos adolescentes

salieron del reducido interior. El viento helado hizo volar el sombrero a uno de ellos y tuvo que perseguirlo corriendo para recuperarlo. Al correr, los faldones del grueso abrigo volaron empujados por una ráfaga de viento especialmente violenta que originó un remolino de sucia nieve en polvo.

—No es él —aseguró Rupert.

Cuando el viento amainase volvería a nevar, por lo menos eso decían los lugareños. El conductor del Volkswagen puso mala cara y se caló el sombrero sobre la cabeza antes de volver a meterse en el coche y alejarse conduciendo. Los otros tres se marcharon con paso vivo en dirección al monumento en memoria de la Guerra Rusa sin mirar atrás. No había nadie a la vista sobre la amplia extensión llana de la antigua estación de ferrocarril. George seguía sin acudir.

—¿Qué diablos es lo que motivará al mierda ese? —me preguntó Rupert.

—El amor —le contesté—. Está enamorado, enamorado perdidamente y sin esperanza.

—¿Qué significa eso?

—Que está enamorado de su esposa. Algunos dicen que eso explica casi todo lo que hace.

—Eres un cabrón críptico, Samson.

—No es mi intención.

—Ya lo sé. Eso es lo que te hace tan irritante. Todavía no te lo crees, ¿verdad?

—Nunca he dicho eso.

—Ellos no se buscan tantos problemas para nada. No si se trata de esos hijos de puta de la Stasi.

Se estaba poniendo cada vez de peor humor a medida que el viento frío le iba calando.

—Puede ser.

—Tú tendrías que saberlo. Pero, según mi experiencia, ellos saben exactamente lo que hacen y por qué.

No dijo más. No había tenido gran experiencia con la faceta del trabajo oscuro del departamento. Era un hombre que se ocupaba de la cuestión monetaria, el que conseguía la clase de divisas apropiadas para las personas apropiadas y en el momento apropiado. Era una tarea arriesgada y yo no le envidiaba. Había llevado encima una gran cantidad de dinero al cabo de los años: soberanos, táleros y dólares en billetes; también diamantes y sellos raros, cuando eso era lo estipulado. Dos veces lo habían atracado y lo habían herido de gravedad. No era cosa fácil y había que estar en la cima de la lista

de las personas de confianza. No era un trabajo en el que a uno le dieran un recibo firmado y fechado.

—Estamos aquí plantados en esta estación de ferrocarril —me comentó—. Un hombre con un rifle con mira telescópica... ¿se te había ocurrido?

—Se me ha pasado por la cabeza, sí —admití.

Me sorprendía que no se hubiera percatado de que yo vigilaba nerviosamente todos los puntos apropiados y que miraba de reojo a todos los viandantes que se aproximaban.

—¿Tienes miedo alguna vez, Samson?

—¿Pulso acelerado, respiración rápida, ritmo metabólico basal moderado y reacción dérmica galvánica? ¿Es a eso a lo que te refieres?

—Los tendones se ponen rígidos, la sangre se agolpa... Confiere un aspecto terrible a la vista. Esa clase de cosa.

—No. Sólo los alumnos de los colegios privados se asustan a la manera shakespeariana. Los muchachos como yo nos cagamos.

—Sólo estaba haciéndote una pregunta. —Miró alrededor y luego me miró a mí—. Deberíamos habernos quedado en el coche. ¿Cuánto tiempo más te parece que esperemos?

Yo comprendía su preocupación, si mi cara estaba tan helada como parecía estarlo la suya. Tenía los labios escocidos y agrietados, y el viento cargado de escarcha le había enrojecido las mejillas y la nariz poniéndole la cara como la de un payaso.

—En el coche no hubiéramos podido verlo. Concedámosle otros cinco minutos —sugerí.

—El mercado Rozyckiego, ese de baratijas y de cosas de segunda mano, está en esta misma calle. ¿Has estado allí alguna vez?

—Hace diez años o más.

—¿No llevaste allí a Cruyer en la última visita que hicisteis, para enseñarle las profundidades más bajas de la vida en la gran ciudad?

—A Dicky no le van los mercados de cosas de segunda mano al aire libre, sobre todo los mercados como el Rozycki. Le gustan los restaurantes de primera.

—Entonces, ¿éste no es el tipo de ciudad que le gusta?

—No.

—Dos comerciantes polacos resultaron gravemente heridos en el Rozyckiego. Por lo visto dos extranjeros les dieron una paliza. La policía preguntó si sabíamos de criminales británicos que estuvieran en la ciudad. Coincidió exactamente con la época en que llegasteis Cruyer y tú.

—¿Sí? Bueno, me alegro de no haber ido allí. Eso hubiera podido pasarnos a Dicky y a mí.

—No creo —dijo Rupert.

—Se acerca una ambulancia —le indiqué—. Eso será.

No sé por qué lo dije, pero estaba seguro de que aquel vehículo tenía algo que ver con George.

La ambulancia no era una de las rusas nuevas y relucientes que yo había visto en las calles. Ni de los camiones camuflados del ejército polaco con cruces rojas en el costado. Esta era una bonita Star antigua sin ventanas a los lados de la fábrica FSC de Starachowice. Dos hombres, tan viejos como el vehículo, salieron y uno de ellos abrió la puerta de la parte trasera.

—Hemos venido a recogerlos —nos avisó el otro hombre en un inglés bastante pasable—. Nos envía el señor George. —Aquellos hombres no amenazaban; no tenían la complexión apropiada para resultar amenazadores—. Treinta minutos —prometió el hombre mientras abría las puertas traseras.

No me sentí inclinado a ir con ellos hasta que Rupert trepó a la parte de atrás de la ambulancia. Sólo después de que estuvimos dentro y nos pusimos a botar al circular sobre el hielo rugoso, empecé a sospechar que Rupert tenía tanto frío que habría saltado dentro de casi cualquier cosa con tal de huir del viento helado. Pero en aquel momento me hice el razonamiento de que Rupert casi podía considerarse como un nativo, y además tenía el pasaporte diplomático que probablemente nos sacaría a ambos de cualquier problema con la ley.

—¿Estás armado? —me preguntó de pronto Rupert, como si lamentase lo que había hecho.

—No —le contesté.

Miraba a su alrededor de un modo nervioso que sugería cierta claustrofobia. El interior estaba tenebroso, iluminado sólo por una diminuta bombilla amarilla que había en el techo. La parte principal de la ambulancia estaba ocupada por dos camillas sujetas a anaqueles con ruedas. Dos mantas grises del ejército estaban extendidas sobre cada una de ellas colgando ligeramente. Había un aparato para respiración asistida en un estante situado por encima del banco, incómodo y duro, en el que nosotros íbamos sentados, apretados muy juntos. Justo al lado de la puerta, por dentro, había un botiquín de metal marcado con una cruz roja. Estaba asegurado con un candado de latón.

—No hay ventanas.

—En las ambulancias no hay ventanas; ni bolsillos en las mortajas. No quieren que veamos adónde vamos —le expliqué—. No pasará nada.

—Eso espero.

Una mirilla controlada desde el compartimento del conductor se abrió de golpe hacia atrás y uno de los hombres que iban en la parte delantera dijo:

—Volveremos a traerles luego.

Después cerró la persiana sin esperar nuestra reacción.

Yo podía oír el tráfico alrededor de nosotros, pero el ventilador del techo no dejaba oportunidad de ver el exterior, ni siquiera un atisbo del cielo. Me fijé en que no tomábamos un número excesivo de curvas y supuse que íbamos directamente hacia nuestro destino, así que me recosté para acomodarme y me puse a esperar. Decidí que aquello entraba en la categoría de «riesgo calculado», la clase de peligro por el que se me pagaba.

El viaje en ambulancia sólo duró veinticinco minutos. Cuando se abrieron las puertas al final del trayecto nos encontrábamos en un aparcamiento en el exterior de un edificio grande y feo que se alzaba en una extensión de una docena de acres de hierba, la mayor parte de la cual se hallaba oculta bajo la nieve. Unos árboles plantados de forma ordenada bordeaban el camino, y había un letrero en la cancela de entrada que anunciaba que aquello era la clínica Madame María Sklodowska-Curie. Dos veces ganadora del premio Nobel, madame Curie era muy célebre en su ciudad natal, pero faltaba un gran fragmento del caballete de madera que aguantaba el cartel, lo cual sugería que algún transeúnte había querido llevar a cabo algún experimento radiactivo de carácter doméstico.

Yo sabía más o menos dónde estábamos. Uno no puede perderse en Varsovia desde que los soviéticos construyeron allí el edificio más feo del mundo y lo hicieron tan alto que puede verse desde Vladivostok. Seguimos a los dos polacos por la entrada principal del edificio. Al entrar en el vestíbulo se quitaron el sombrero y miraron a su alrededor con respeto, como si entrasen en una catedral. Luego una mujer de cabello canoso acudió a grandes zancadas y entabló una conversación con ellos en polaco; hablaban muy rápido. Iba vestida con falda y blusa negras. Lo que no hacía tanto tiempo había sido el uniforme de las mujeres oficinistas en toda Europa, ahora le proporcionaba un aire elegante sin proponérselo ella.

Levanté una ceja para hacerle una seña a Rupert, quien me explicó en voz baja:

—Estamos a punto de conocer al administrador jefe de esta clínica.

El largo pasillo por el que nos condujeron estaba desnudo de muebles. Pasamos junto a puertas que daban a salas pequeñas con media docena de camas cada una.

—Por aquí —nos indicó la mujer de cabello canoso.

Desde algún lugar de detrás de una de las puertas empezó a llorar un bebé y luego se le unió otro.

El despacho del administrador jefe era ligeramente mayor, más caldeado y algo más cómodo que cualquiera de las salas por las que habíamos pasado de camino hacia allí. Nos lo presentaron como el doctor Urban y, a pesar de la bata blanca de algodón, mi sospecha de que no era médico pronto se vio confirmada cuando nos dijo que anteriormente había dirigido una imprenta en Lodz. Se reía cuando nos dijo aquello. Pero su inglés era fluido, debido, según nos dijo, a que había pasado un año en un intercambio de estudiantes en Nueva Jersey.

—Quiero ser franco con ustedes. Quiero hablar claro y sin tapujos. Y por eso es mejor que el señor Copper esté aquí representando a su embajada. No quiero que digan que los engañaron unos mafiosos polacos.

—Esperábamos a George Kosinski —le dije.

La dama de cabello canoso nos cogió los abrigos, los puso en unas perchas, los colgó en un armario y luego se marchó.

—Ah, sí, su cuñado de usted —comenzó a decir el doctor Urban—. Es mejor hacer esto sin él. —Sonrió con aire conspiratorio—. Mucho mejor.

Cualquiera que estuviera aferrado a la idea de que los polacos eran delgados, meditabundos y lúgubres es que no había conocido al doctor Urban. Era un hombre bajo e inquieto, con una espesa mata de pelo castaño ondulado, la cara regordeta y alegre y penetrantes ojos azules. El tiempo que había pasado en Estados Unidos obviamente había tenido una profunda influencia sobre él, porque sus modales informales y su estilo de vestir eran evidentemente del otro lado del Atlántico.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

El doctor Urban me indicó con la mano una silla y yo me senté en ella.

—Está muy bien. ¿Nuestro amigo el señor George? Sí, pero empieza a estar ansioso. Comprendemos por qué; ha soportado un período de mucha tensión.

—Sí —convine.

Después de estar dando vueltas en espiral como un perro inquieto, Rupert se sentó en un sillón desvencijado. Tras acomodarse en él, preguntó:

—¿Le importa que fume?

Semejante formalidad parecía superflua, puesto que el doctor Urban había llenado el aire de humo azul acre y seguía esmerándose en ello. Sobre la mesa había un paquete abierto de Benson and Hedges. Le dio la vuelta al paquete para ofrecerle los cigarrillos a Rupert, pero éste sacó uno de los suyos de su pitillera de plata con monograma. Después de exhalar unas cuantas bocanadas de humo, Rupert siguió hablando:

—¿Se trata del cadáver? ¿Del cadáver de la esposa?

—¡Ah! —dijo el doctor Urban, abriendo los ojos de par en par para mirar a Rupert como si hubiera esperado que se limitara a estarse sentado en silencio y escuchar—: ¿Les apetece tomar café?

Se produjo otra demora mientras nos traían el café y nos lo servían. Por la ventana se podía ver el aparcamiento. Había media docena de coches velados por la nieve y sumergidos en capas de diversos espesores según el tiempo que cada coche llevase sin utilizarse. Los dos polacos estaban de pie junto a la ambulancia conversando. Tuve la impresión de que pensaban pasarse mucho tiempo esperando.

—¿Dónde estábamos? —inquirió el doctor Urban después de dejar el cigarrillo y recostarse en el crujiente sillón giratorio con el café en equilibrio en las manos.

—En la señora Kosinski —le apuntó Rupert.

—Fui a Berlín la semana pasada para hacer los preparativos del viaje —le explicó Urban—. Los alemanes pueden ponerse muy difíciles, pero en este caso todo ha ido como la seda. Ella llega a finales de semana. —El doctor Urban dejó de hablar al encontrarse algo indeseable flotando en el café. Se inclinó hacia adelante, sostuvo la taza por encima de la papelería y con pericia echó el cuerpo extraño en ella utilizando la cuchara. Tuve la impresión de que ya lo había hecho otras veces. A continuación levantó la mirada—: Era un insecto —nos explicó. Y luego se bebió el café con deleite.

—¿Sabe todo esto el señor Kosinski? —quiso saber Rupert.

—Naturalmente —le aseguró el doctor Urban. Dejó en la mesa la taza de café medio vacía y revolvió en el escritorio para encontrar un pasaporte del Reino Unido que sostuvo en el aire como un escritor en un debate televisivo—. George Kosinski se ha hecho ciudadano polaco —nos dijo—. Este pasaporte ya no es válido. —Rupert se levantó y extendió la mano para coger el pasaporte, pero Urban le hizo una advertencia—: Mírelo, si quiere. Pero no puede quedárselo. Hay que devolverlo por los canales oficiales.

—¿Por qué nos dice esto? —le pregunté mientras Rupert, con expresión meditabunda en el rostro, examinaba el pasaporte de George página por

página.

—¿No quiere el café?

El doctor Urban removi6 el suyo con mucho afán; luego lo dejó a un lado, cogió el cigarrillo y se puso a soplarle en el extremo para avivar la brasa.

—Está delicioso —le dije.

En realidad no lo quería. La cara que había puesto aquel hombre al quitar el insecto de la taza me había quitado la sed.

—Porque me dicen que usted va a ir a Mazuria a buscarlo. Se ha hecho ciudadano polaco con todos los derechos y privilegios que ello implica. Sus padres nacieron aquí. Era un asunto simple, una vez que él se hubiera decidido. Pero ahora le haría falta un permiso especial para salir de Polonia, aunque lo convenciera para que se fuera con usted.

—George Kosinski es mi cuñado —le dije.

—Sí, ya lo sé —me aseguró Urban—. Eso da igual. La esposa también es polaca.

—¿Está usted diciendo que está viva? —le pregunté.

—¿Tessa Kosinski? —Se puso un cigarrillo nuevo en la boca y lo encendió con la colilla del anterior. Luego aplastó la colilla en un cenicero hecho con una caja de latón. Sólo después de todo eso emitió una breve carcajada—. Vivísima. Más viva que muchas de las personas de la junta directiva de los hospitales del distrito a los que rindo informes.

—¿Usted ha hablado con ella? —quise saber.

—Acabo de decírselo; fui a Berlín a verla y a hacer los preparativos del viaje.

—¿Y ella quería venir a Polonia? —le preguntó Rupert.

—Sí.

—¿Y los alemanes le permiten irse?

—No estaba prisionera —nos aseguró Urban—. Sólo estaba como paciente en el hospital Charité de Berlín. Hacerla ciudadana polaca simplificó el papeleo para todos: aquí y también allí. Técnicamente va a ser repatriada. —Sonrió y luego nos explicó el chiste—: Nunca ha estado en Polonia antes, pero eso no quita para que técnicamente vaya a ser repatriada.

—¿Estaba en un hospital? —inquirí.

—No trate de liarme, señor Samson —dijo el médico poniéndose un punto menos alegre—. Usted conoce las reglas del juego. Todos las conocemos. Y sabe perfectamente por qué motivo ella vuelve aquí.

—No, no lo sé —le dije.

—Usted habla con acertijos —intervino Rupert mientras cerraba el pasaporte y lo dejaba sobre la mesa de Urban entre el resto de las cosas apiñadas.

El doctor Urban nos miró primero al uno y después al otro con una sonrisa que intentaba salir por las comisuras de la boca, fuertemente cerrada.

—Ustedes los ingleses —comentó con admiración, aunque a su pesar— son los mejores actores del mundo. No hablo sólo de Shakespeare, Bacon y todos los demás hasta Pinter. Ni de Noel Coward, lord Olivier, los Rolling Stones y el resto. A mí me encantan todos, pero la interpretación es un talento que fluye por las venas de todos y cada uno de ustedes. Ni siquiera se dan cuenta de que lo están haciendo, ¿verdad?

—Dejando aparte la interpretación —dijo Rupert con paciencia—, ¿por qué está ella en el hospital?

De nuevo le apareció la sonrisa al doctor Urban.

—Han venido hasta aquí y todavía fingen que no lo saben. Vienen al mejor hospital de maternidad del distrito, de toda Varsovia quizá, ¿y preguntan si la futura madre todavía está viva? Verdaderamente, caballeros, creo que es hora de quitarse las máscaras.

—¿Está embarazada? —preguntó Rupert.

—Ése es el meollo del asunto. ¿Por qué creen que los Kosinski querían nacionalizarse? ¿Por qué tenía el padre tanto interés en que su esposa estuviera en su tierra en este momento crucial?

—Para que la criatura sea polaca —dijo Rupert.

—Nosotros, los polacos, somos personas muy sentimentales —aseguró el doctor Urban con orgullo—. Ese hombre quiere un hijo polaco, sí.

—¿Y ustedes controlarán a los padres por medio del hijo? —le preguntó Rupert—. Su jurisdicción les capacitará para manipular a los padres y hacerles decir y hacer todo lo que ustedes deseen.

Rupert me miró. Se sentía alarmado ante la idea de lo que todo aquello significaba. Y de cómo iba a explicar a Londres aquel estafalario *fait accompli* polaco.

—No, no, no —le contradijo el doctor Urban sin poner el alma ni el corazón en aquella negativa. Se levantó y añadió—: Éste es un hospital muy bueno. Permítanme que se lo enseñe. Podemos hacerlo igual de bien que los alemanes en cuanto a cuidados de la maternidad. Nuestra única preocupación con la señora Kosinski era si una madre debería viajar en tan avanzado estado de gestación. Algunas pueden hacerlo, otras no, es una cuestión de energías... de constitución. Por eso llevé conmigo a nuestro obstetra residente. No,

quiero que se presente una emergencia en el tren la semana que viene. En cualquier caso, siempre habrá un médico y una enfermera con ella. No hay nada de qué preocuparse. —Nos echó una mirada rápida a uno y a otro—. Pero ellos son polacos. Si se presentase el peor de los casos, no me enfrentaría a una dimensión política.

Rupert estaba furioso, pero mantuvo bajo control el enojo que sentía. Lo veía todo sólo como una treta para hacer que la gente de la embajada no tuviera poder alguno.

—No tiene que explicarlo más al detalle, doctor. Comprendemos el motivo del procedimiento de nacionalización.

—¿Y George Kosinski consiente en todo esto? —quise saber yo.

—El señor Kosinski es un hombre profundamente religioso. Siempre ha rezado para pedir la gracia de tener un hijo; los dos han rezado mucho.

—¿Y ahora sus oraciones se han visto atendidas? —comenté.

El doctor Urban me miró con los ojos entornados.

—No del todo; todavía no —dijo—. Pero disfrutan de algo por lo que se puede encender un par de velas. —Se abotonó el cuello de la camisa y se apretó el nudo de la corbata—. Ya verán.

Cogió la chaqueta de una percha situada detrás de la puerta y se la puso. Supongo que yo hubiera debido adivinarlo. Polonia seguía bajo la ley marcial de facto, por muchos rumores tranquilizadores que pusiera en circulación el gobierno.

La chaqueta del doctor Urban era de color caqui e iba completa, con sus medallas de campaña e insignias de rango. Comandante en los servicios de intendencia. Toda institución estaba bajo control directo del ejército, así que, ¿por qué no la mejor casa de maternidad del distrito?

—Sólo tenemos que esperar unos días —me aseguró Urban sin dejar de mirarme—. Me gustaría de todo corazón que este malentendido se solventase de una vez por todas. Así que, ¿me asegura usted que cuando hable con la señora Kosinski y la oiga decir que prefiere ser ciudadana polaca se lo comunicará en esos mismos términos a sus amos de Londres?

—Dígame, comandante Urban —le pregunté con cortesía—. Exactamente, ¿cuáles son los plenos derechos que conlleva convertirse en ciudadano polaco?

—Ustedes los ingleses tendrán sus chistecitos —contestó; y se echó a reír mientras se sujetaba la pistolera de cuero con las correas.

Sólo después de que hubimos regresado a la estación de Vilnius y estábamos en el coche que Rupert había dejado allí, éste dio rienda suelta a la frustración y a la rabia que sentía.

—El muy cabrito. ¡Bazpieca! Me di cuenta desde el principio.

—Puede ser —convine.

—Puedo reconocer a un policía secreto cuando lo veo.

—¿Quieres decir que era un policía secreto que llevaba un uniforme a modo de disfraz?

—¿Por qué tienes que discutir siempre cualquier cosa, joder?

—Sólo preguntaba.

Rupert se estremeció.

—Cuando íbamos en aquella apestosa ambulancia vieja creí que iban a rajarnos la garganta.

—No querían estropear aquellas bonitas mantas limpias —bromeé—. Querían ponernos un poco nerviosos.

—Bien, pues conmigo lo lograron —me aseguró Rupert—. ¿Te imaginas lo que van a decir en Londres cuando les diga que nos han ganado por la mano? Ni siquiera vale la pena que vayas detrás de George Kosinski. Ya has visto que lo tienen bailando al son que ellos tocan.

—Pobre George.

—Y la criatura será polaca. Siendo ellos ciudadanos polacos no hay ni que pensar en que el bebé obtenga un pasaporte del Reino Unido.

—No —convine.

Era típico de Rupert y de todo su clan que cualquier situación se viera reducida al papeleo relevante. Son la clase de burócratas chupatintas que creen que un tratado de paz es más importante que la paz.

Nos quedamos sentados en el coche sin hablar. La estación de Vilnius estaba aún más inhóspita ahora que se aproximaba el atardecer. El cielo se veía de un tono casi negro y las farolas de sodio de la estación no eran más que globos de luz anaranjada que veíamos borrosas a causa de la condensación de las ventanillas del coche.

—Los polacos no son mala gente —comentó Rupert como si hablara consigo mismo. Me di cuenta de que estaba intentando idear alguna manera de presentar la mala noticia que habría de enviar a Londres—. El régimen está atrapado entre el diablo y el profundo mar azul. Entre los tanques de Moscú y Wall Street.

—Tanques y bancos —dije—. Es una situación difícil.

—Eres una ayuda de cojones —se quejó—. Sí. No. Supongo que no. ¿Qué demonios te pasa?

—¿Vas a preparar un mensaje para esta noche?

—Les hará falta algo más que un mensaje —me aseguré—. Esta novedad hará que se suban por las paredes.

—Entonces, ¿por qué no lo retrasas un par de días? —le sugerí.

—Imposible.

—No ha sido una reunión oficial. ¿Quién estaba allí? Tú, yo y su señoría. Si nosotros olvidamos lo ocurrido, el doctor Urban bien hubiera podido estar hablando solo.

—Probablemente lo habrán grabado.

—Lo dudo. Estaba demasiado relajado.

—Tendré que decírselo a Londres antes o después.

—Pues díselo después.

—Está muy bien para ti decir después. Tú no recibirás el rapapolvo cuando de pronto se enteren de que Tessa Kosinski está en Varsovia y de que va a tener un hijo.

—Escribe un memorándum para ti mismo acerca de la reunión. Y asegura que yo no he creído una palabra de todo ello, y tú tampoco.

—Eso no me cubrirá, Samson, y tú lo sabes.

—Di en el memorándum que me enviaste inmediatamente a comprobar la historia.

—¿A comprobarla con George Kosinski? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Esa sería una manera de hacerlo —convine.

—Eres un retorcido hijo de puta, Samson.

—Sólo era una idea.

Me miró y se humedeció los labios con nerviosismo. No le gustaba la idea de conspirar conmigo. Yo no era uno de sus amigos íntimos, y en cualquier caso engañar a la autoridad le parecía algo de mal gusto.

—A ti te importa un rábano, ¿verdad? Supongo que tú falsificas los informes siempre que te conviene.

—No, claro que no —le aseguré.

—A veces me gustaría ser como tú, Samson. La vida es muchísimo más fácil si sabes adaptar las reglas a tu conveniencia.

—¿Vamos a pasarnos aquí la noche sentados mientras recitas mis alabanzas? ¿O vas a reunir agallas para hacer lo que sabes que debe hacerse?

Me miró sin responder. Luego encendió el motor y dijo:

—Te llevaré de vuelta a ese lugar lleno de pulgas donde te alojas. Incluso para ser apartamentos de obreros, es un sitio más lóbrego de lo corriente. ¿Por qué siempre prefieres alojarte en sitios así?

—Así me encuentro como en casa.

—Vale —dijo—. Tú ve a buscar a George Kosinski. Yo asumiré la responsabilidad.

Cuando llegamos a donde yo me alojaba con un antiguo amigo, un hombre que vendía generadores eléctricos americanos en el mercado negro, Rupert me impidió bajar del coche.

—Antes de que te vayas, Samson, dime una cosa más. ¿Por qué George Kosinski nos está creando tantos problemas? ¿Por qué no se limita a llamar a la embajada, nos pregunta qué queremos de él y acaba de una vez?

Miré a Rupert y traté de no suspirar de modo audible. ¿Qué me pasaba? Nunca tengo en cuenta la lentitud mental de personas como Rupert, Dicky, Bret y el resto de ellos. Nunca comprendieron lo que estaba pasando. Incluso después de que les hube dibujado un mapa de calles a gran escala e hice marcas de tiza en la acera, cayeron en la primera alcantarilla que encontraban.

—Mira, Rupert —le dije con lentitud y pedantería—. George se tomó toda clase de molestias para fingir un suicidio, esconderse en un búnker subterráneo fuera de uso y sabe Dios qué más cosas para evitar que lo encontráramos. ¿Qué motivos podía tener para hacer todo eso?

—Eso precisamente es lo que te estoy preguntando —me indicó Rupert.

—Pues porque cree que estamos tratando de localizarlo para matarlo —le dije.

—¡Dios mío! —exclamó Rupert—. No es posible que estés hablando en serio.

—Ve a tumbarte en una habitación a oscuras con dos aspirinas, Rupert —le recomendé—. Tienes una mente demasiado pura para esta clase de trabajo.

—Quizá tengas razón, Samson —convino; estaba visiblemente afectado—. Sé que eres un solitario. Pero si puedo ayudarte, dímelo: dinero, gotas, coche o ayuda para coger un barco a Inglaterra. Ya sabes cómo funcionan esas cosas.

Abrió el billetero y puso sobre el asiento un fajo de dinero polaco. Al lado colocó un grueso fajo de billetes americanos. Y al lado de aquello puso un rollo de cinta de precintado adhesiva de plástico. Y una arma de fuego de fabricación casera: dos tubos de acero lisos que podían unirse enroscándolos hasta formar uno solo del calibre 22. Todo junto no era mucho mayor que una

estilográfica grande de ejecutivo, y resultaba casi igual de elegante. Y más o menos igual de letal en el campo en el que yo prefería hacer los negocios. No pude evitar pensar que el dinero, la cinta adhesiva y el arma de fabricación casera representaban tres métodos para sacar a George del país.

—Me dijeron que te trajera esto —dijo con cierto pesar.

«Esto» estaba envuelto en papel de periódico viejo y resultó ser una vz 61, una arma automática checoslovaca que, a pesar de disparar balas pequeñas de 7,65 mm, de ser de una precisión relativa y de tener una velocidad bastante baja, dispone de una buena proporción de tiro y de un peso muy ligero, y además con la culata plegada mide menos de treinta centímetros de longitud.

—Bien, bien —dije.

Era un accesorio reconfortante, y casi tan útil como los dólares en billetes.

—Bret me dijo que haría que te brillasen los ojos —me comentó Copper—. Me dijo que te consiguiera una Skorpion o una Uzi, y no pude conseguir la Uzi. También me dijo que te recordase que tienes cobertura diplomática y que sólo cogieras la pistola en caso de emergencia. Puedo guardártela yo.

—No. Me la llevaré. Ya se me ocurrirá alguna emergencia más tarde.

Un juguete así cabe en el bolsillo de una trenca. Copper sacó de la guantera una recámara extra y una caja de cartón que contenía cincuenta balas y me las dio. Cogí el dinero y también la cinta. Le devolví el arma de fabricación casera, por si lo atracaban camino de su casa mientras llevaba encima la pitillera de plata.

Por fin parecía que Bret y Copper iban captando la idea.

—Y también me dijo Bret que alertase a los suecos —me recomendó Copper.

—Eso es —convine—. Alerta a los suecos.

MAZURIA, POLONIA

—No me hagas esto, Bernard —dijo George.

Yo no había hecho nada. Apenas si habíamos pasado por la rutina de «Hola. ¿Cómo me has encontrado?». Supongo que sabía todo lo que yo estaba a punto de decir. Quizá yo no tendría que haber ido. Quizá hubiera sido mejor para todos si yo lo hubiese dejado todo del modo que él quería mantener las cosas.

—La quiero. ¿Sabes? Cuando está ausente oigo su voz cada día —me confió George—. No tenemos necesidad de telefonarnos ni de escribirnos.

—Fí me dijo más o menos lo mismo —le indiqué—. Comprendo cómo te sientes.

—No, tú *no* comprendes cómo me siento. Tú eres un solitario; no necesitas a nadie. Pero yo soy diferente. Sin Tessa, mi vida no es nada.

—Ella también te quería —le dije.

—¿Tú crees? No estoy seguro. He pensado mucho en ello, desde luego, pero no estoy seguro. No, del modo como yo... —Levantó la mirada y me clavó unos ojos llenos de enojo—. Pero ¿por qué dicen que está sana y salva?

—Está muerta, George. Yo estaba allí. Estaba cuando ocurrió y ví lo que pasó.

George llevaba puesta ropa de esquiar de vivos colores. Era una saludable manera de contrarrestar el frío, pero una figura tan a la moda era un anacronismo en aquel interior sombrío y deteriorado por el paso del tiempo. Fue a sentarse junto a la chimenea, por lo que desapareció casi por completo en la penumbra. Su voz me llegó desde la oscuridad:

—Me han dicho que ella vendrá la semana que viene.

—Está muerta, George. Afróntalo.

—No haces más que repetir que está muerta.

—Lo repito porque quiero que te lo metas en la cabeza. Tienes que seguir viviendo tu vida, y a menos que afrontes la verdad no serás capaz de pensar como es debido.

—John O’Hara... John O’Hara, el escritor, habló en cierta ocasión de la muerte de George Gershwin. Dijo: «No tengo que creerlo si no quiero».

—Sí, bueno, pero él era escritor, y los escritores están llenos de pamplinas.

—Stefan es escritor.

—Y también está lleno de pamplinas. Sí.

—Quizá yo también lo esté. Sé que la gente me considera un hombrecillo ridículo... pero Tessa nunca me hizo sentir así. Ni siquiera cuando me era infiel, nunca me sentí realmente humillado. ¿Te parece estúpido eso?

—No puedo ponértelo más fácil, George. Ojalá pudiera, pero no puedo.

—Tessa pensaba que andar entrando y saliendo de la cama con unos y con otros no tenía importancia. Sabía que yo le daría cualquier cosa que quisiera: coches, apartamentos, joyas. Así que, ¿por qué no libertad para acostarse con los hombres que se le antojasen? —Se puso en pie y se acercó a la ventana, que estaba adornada con dibujos de escarcha en forma de helechos. En aquella sombría región de los Grandes Lagos de Mazuria, cada día de invierno trae sólo un par de horas de luz solar de verdad. Aquel día llegaron noticias del sol, un huevo de color amarillo pálido se distinguía débilmente detrás del cielo lechoso—. Pero todo eso pertenece al pasado, ahora estoy en casa. Vuelve a nevar.

No nevaba. Los copos de nieve que pasaron en una ráfaga junto a la ventana revoloteando no eran más que nieve suelta que se había desprendido del tejado a causa del viento. Pero George estaba trastornado y las mentes atormentadas no son capaces de pensar nada de forma correcta.

—No está nevando y ésta no es tu casa, George. Ni siquiera es el mundo real.

—Esta mañana he encontrado huellas de lobos en la parte de atrás. Bajan a saquear los cubos de basura que hay a la puerta de la cocina.

—Son zorros; o quizá perros cimarrones.

—No, eran lobos. Me despiertan por la noche aullando. También a veces se oyen explosiones. Estos bosques están sembrados de una maraña de campos de minas que quedaron de la guerra. Sólo los lobos grandes las activan; los demás animales no pesan lo suficiente para hacer que estallen.

—De acuerdo, son lobos. Y puede que esté nevando. Pero tú no eres polaco, George. Eso es algo de lo que estoy seguro. Tú eres muy, muy inglés.

—Hablo el idioma —apuntó George.

—No, George, no hablas el idioma. Hablas una jerga enrevesada polaca arcaizante y con mucho acento que deja un rastro detrás de ti que puede seguir hasta un niño.

—¿De verdad?

Parecía consternado.

—¿El hombre medio loco, ese que habla un polaco raro y antiguo? Eso fue lo que me dijeron en la aldea cuando pregunté por ti. Todo aquel con quien hablas va por ahí diciéndole a todo el que se encuentra que hay un inglés que habla un polaco antiguo muy cómico.

George desechó aquello con un gesto de la mano.

—¿Cómo vas a entenderlo? No es sólo cuestión de acento; se lleva en el corazón. Yo descubrí que era polaco allá por 1978, cuando fue elegido el papa Juan Pablo.

Ya sabía lo que venía a continuación. Igual que hay una leyenda popular que dice que todos en Occidente recuerdan lo que estaban haciendo cuando se enteraron del asesinato del presidente Kennedy, de la misma manera los polacos pueden recordar dónde estaban cuando fue elegido el cardenal Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia; el primer papa no italiano en cuatrocientos cincuenta y seis años.

—Varsovia —dijo George—. Yo iba andando por Nowy Swiat después de un acto religioso muy largo en la iglesia de los jesuitas. Tenía las piernas rígidas. Había pequeños grupos de personas cantando de pie en las esquinas de las calles. Luego bajó un tranvía por la calle... y todos los pasajeros iban cantando y voceando. Tú conoces Varsovia, Bernard. Conoces a la gente. ¿Puedes imaginarte aquello? ¿Un tranvía con los pasajeros asomados voceando y cantando? No es fácil, ¿eh?

—No, no es fácil.

—Les devolví el saludo con la mano y me encontré llorando de felicidad y con una sensación de estar presenciando la más maravillosa celebración familiar. Fue entonces cuando supe que yo era polaco. Miré las noticias en la televisión aquella noche, y el presentador del noticiario, un tipo de cara larga que nunca sonreía, estaba riendo y dando botes por el estudio en una actuación que nadie hubiera creído posible. Sí, yo era verdaderamente polaco, pero al principio no lo admití del todo ante mí mismo. Y sabía que no era algo que pudiera ir confiándole tranquilamente a la gente en Inglaterra, ni siquiera a Tessa. Los ingleses no odian a los extranjeros, pero mantienen a cierta distancia a los extranjeros que se jactan de ser extranjeros. —Sonreí en

reconocimiento de aquella ocurrencia, pero él apenas se daba cuenta de que yo estaba allí. Era un monólogo, y esta actividad servía de sustituto mientras su mente trataba de hacerse a la idea de vivir sin Tessa—. Así que en el verano de 1981 volví a Varsovia para intentar poner en claro mis sentimientos. Elegí la fecha para poder asistir al funeral del cardenal Wyszinski. Me esperaba una iglesia abarrotada, un elogio solemne y un entierro respetuoso. ¡Tenías que haber estado aquí, Bernard! La primera señal de lo que iba a suceder era la forma en que los teatros y cines cerraron sus puertas. Sólo se transmitía música religiosa por la radio. La gente acudía desde todos los puntos del país. Se congregaban multitudes en las calles. El funeral se convirtió en la mayor manifestación de fe religiosa que yo haya visto. Cuando la plaza de la Victoria se utilizaba para manifestaciones comunistas sólo estaba medio llena; pero aquel día no pude acercarme a menos de un kilómetro del estrado. Dicen que había un cuarto de millón de personas apretadas en aquella plaza para el funeral. En un extremo de la misma habían erigido una cruz gigantesca; alcanzaba una altura que sobrepasaba los doce metros de altura. Y si quedaba algún vestigio de duda de que aquella era una milagrosa clase de revolución, esa duda se disipó por completo cuando llegó el presidente. El presidente de un gobierno comunista había acudido a rendir homenaje en el funeral del cardenal Wyszinski, su crítico más abierto.

—Sí, bueno, pero antes de que los dos caigamos y nos ahogemos en un mar de lágrimas, deja que te cuente uno de *mis* más vivos recuerdos de la vida de la gran ciudad. Si te hubieras quedado en Varsovia hasta el mes de diciembre de aquel mismo año, habrías visto a tu jubilosa familia polaca mientras las brigadas antidisturbios de uniforme gris le abrían el cráneo, eliminando a los «alborotadores» y arrastrándolos hasta los acogedores campos de detención. Hubieras podido encender el televisor y ver al general Jaruzelski en el programa de la primera hora de la mañana proclamando, no la ley marcial, sino «un estado de guerra». Solidaridad fue prohibida e incluso a sus militantes de a pie se les arrojó en prisión sin juicio previo. Se prohibieron toda clase de huelgas y manifestaciones, se puso en vigor el toque de queda nocturno y a los tribunales se les recomendó que no armaran demasiado alboroto acerca de los puntos más agradables de la ley. Las llamadas telefónicas y la correspondencia estaban sujetas a censura. Y mientras el general nos decía todo eso, las emisoras de radio y televisión, y casi todas las demás instituciones vitales, estaban siendo ocupadas por grupos de soldados armados, y su fiel «consejo militar» se hacía cargo del gobierno.

—Eso fue durante la época de la ley marcial —puntualizó George.

—¿Estás ciego, George? El fin de la ley marcial y aquella amnistía fingida no fueron más que engaños para convencer a los banqueros extranjeros de que no les reclamaran los préstamos. La ley marcial no ha terminado. Tu preciada «familia» está bien sujeta en las garras de los generales.

—No se puede hacer una tortilla sin romper huevos.

—¿Que no se puede, George? Apuntaré eso e intentaré recordarlo en el futuro. ¿Es ésa tu filosofía política personal, o simplemente se trata de una indirecta culinaria que hay que guardar para una época en que los huevos no estén racionados? —Me dirigió una sonrisa agria—. Lo que necesito saber es exactamente cuándo decidiste trabajar para la Bezpieca. ¿Fue antes de que se hiciera la tortilla o después?

A George la cabeza le cayó bruscamente hacia atrás como si yo le hubiera abofeteado la cara, pero luego me miró y sonrió con cansancio para hacerme saber que no estaba tropezando y cayendo en mi trampa: se estaba metiendo en ella por propia decisión. Estaba dispuesto.

—Antes, Bernard. Yo quería ayudar a Polonia.

—Pero no dejaste de hacerlo cuando el general asumió el mando, ¿verdad? ¿Informaste de todo lo que pudiste averiguar acerca del trabajo que Fiona y yo hacíamos?

—No les dije nada importante. Nunca acepté dinero de ellos; nunca les proporcioné otra cosa que habladurías.

—¿Cómo puedes haber sido tan estúpido, George? Lo que sucedió es que te sentiste conmovido por el modo en que la Iglesia se enfrentaba al Estado comunista. Pero ¿fuiste a trabajar para el Estado comunista?

—Me pareció que esos dos elementos ya no estaban divididos —se excusó George—. Y a mí no me sacaron nada importante.

—Puede que te tuvieran de reserva —le indiqué—. Tú te mueves en círculos influyentes, George. Lo que tú llamas habladurías a ellos les resulta muy útil.

—Quizá. Pero no soy un espía, Bernard. No podría soportar la tensión que eso supone. Ése es el motivo por el que me marché y me fui a Zúrich. Les dije que tenía que irme de Inglaterra. Creí que después de eso dejarían de atosigarme.

—Pero esa gente no acepta un no por respuesta, ¿verdad? ¿Por eso contrataste a Tiny Timmermann?

—Quería que averiguase lo de Tessa.

—Tiny fue asesinado. Lo encontré en Magdeburgo; le habían volado la tapa de los sesos.

—Le pedí que se encargase de hablar con ellos. Que actuase de intermediario... que los convenciera para que me soltasen del anzuelo. Él me aseguró que conocía a todo el mundo. Me dijo que podía hacerlo.

—No dudo de que te lo dijera. Cuando Tiny andaba mal de dinero era capaz de prometer cualquier cosa.

—Yo estaba desesperado por saber algo de Tessa.

—Y cuando viniste a Polonia, ¿qué es lo que te dijeron de Timmermann?

—Yo no sabía que lo habían matado. Me dijeron que Timmermann había hablado con ellos y que estaban dispuestos a soltarme del anzuelo. Pero que primero me mostrarían su buena fe. Y que para ello pensaban abrir una investigación para averiguar los motivos de la desaparición de Tessa.

—De modo que la muerte de Tessa se convirtió más tarde en su desaparición, con todas las promesas que ello evoca. Entonces, ¿el motivo de que volvieras aquí corriendo no fue porque se hundiera el mercado de valores?

—No, no, no. Eso fue coincidencia. Quería escapar, Bernard. Y hubo un momento en que creí que lo había logrado.

—También está el asunto de la mano cercenada con el emblema heráldico de tu familia en un anillo de sello.

—Me pareció que obraba de un modo inteligente. Stefan me ayudó. Él se la mostró a alguien de la embajada británica en Varsovia para convencerlos de que yo estaba muerto. Nunca tuvimos intención de que llegase a Londres.

—Pues llegó a Londres y a uno de sus hombres le dispararon.

—Ya lo sé. Aquí todo el mundo se enfadó por ello. Fue culpa mía. Los de la Bezpieka local hicieron lo posible por recuperarla y luego fueron a Londres persiguiéndola. Después de aquello me sentía profundamente endeudado con ellos. Dijeron que debía venir aquí, a casa de mi hermano, y esperar.

—¿Esperar? —repetí—. ¿Esperar qué? ¿Es que te enviaron aquí a esperar a Tessa? ¿Viva? ¿Cómo has podido tragarte ese cuento?

—Se encuentra con vida y está embarazada —me aseguró George, como si aquella revelación fuera a cogerme por sorpresa.

—Está muerta —le indiqué.

—No. La semana que viene, me dijeron.

—Porque se inventarán una emergencia. Y te dirán que murió al dar a luz. Luego te encajarán un cuerpo parecido para el funeral. Y te traerán un recién

nacido sonriente y te convencerán de que es tuyo. El niño será polaco y entonces te tendrán bien sujeto. Ése es su plan, George.

—No puedes dejar nada en paz, ¿verdad, Bernard?

—No me digas que la idea de ese engaño nunca se te pasó por la cabeza.

—La semana que viene lo veremos.

—Crees que eres un pez gordo, George, pero para las personas con las que tratas aquí no eres nadie. La primera etapa del dolor es el rechazo. Pero ya es hora de hacer algo.

Se hundió en un sillón.

—Nuestro delicioso suegro dijo más o menos lo mismo. No cree que Tessa siga con vida. Yo soy el único que lo cree. Convencí a ese viejo cerdo para que viniera a Varsovia. Uno de los hombres de seguridad polacos repasó con él la autopsia y las fotografías del cuerpo diseccionado. Yo no pude soportar mirar nada de aquello, pero dicen que no cabe ninguna duda de que no es Tessa; era un teniente de la Stasi, una mujer, que se encontraba en la autopista aquella noche.

—¿Y a pesar de ello nuestro suegro aún cree que su hija está muerta?

—Es un terco. Me dijo que le había echado a perder sus vacaciones en el Caribe y que yo debía pagarle el billete de avión hasta aquí. Era una broma, desde luego; pero ya conoces sus bromas, ¿no?

—También es realista —le dije—. Yo también he visto ese material de la autopsia; lo llevaron a Londres y luego mataron al hombre que nos lo entregó para que no pudiéramos interrogarlo. Tengo esa misma basura en un archivador de la oficina. Es todo falso, George. Siento decirlo, pero es un buen ejemplo de las molestias que se toman para falsificar las pruebas y para librarse de alguien que conozca la verdad. Tessa está muerta.

George cogió el mapa, se levantó y se acercó a la ventana para estudiarlo a la luz del día.

—¿Así que esta región formó parte del cuartel general de guerra de Hitler? ¿De dónde has sacado este mapa? —Se quitó las gafas y lo examinó con mucha atención—. Mira el tamaño del lugar... —El mapa era una fotocopia de uno alemán de la época de la guerra. Mostraba todos los edificios de madera, los búnkeres, las carreteras, los puntos de control, la línea de ferrocarril, las vías muertas, las estaciones de tren y las pistas de aterrizaje, que comprendían la Wolfschanze—. Intentaron ponerle una bomba debajo a Hitler, ¿verdad? En algún lugar ahí afuera en el bosque, pudriéndose, hay alguna astilla de aquella cabaña de madera... ¿Has visto ese cemento roto, y los escalones medio enterrados y los pozos de ventilación...? Si

excavásemos la tierra y la sacásemos de esos túneles hundidos encontraríamos los mapas y las salas de operaciones, y quizá también a los generales muertos.

—No lo creo, George. Los generales son listos; hacen las maletas y se van mucho antes de que llegue el enemigo.

—¿Y eso es lo que yo debería hacer? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Todavía hay tiempo para sacarte de aquí. Si te quedas, perderás la nacionalidad británica y mi gente no hará nada por temor a crear un conflicto diplomático.

—En Londres me llevarán a juicio por espionaje.

—No, si juegas limpio con ellos.

—Pero tú me dijiste que ellos sabían... ¿No te han enviado a buscarme porque yo había trabajado como agente para la Bezpieca?

—Ésa sólo fue una de mis corazonadas, George.

—En realidad no he sido un agente. Podría explicarle a tu gente... Yo no os habría puesto en peligro a ninguno de vosotros, Bernard.

—Es bueno saberlo, George.

—Tú no lo comprendes.

—Sí lo comprendo, George. Te han puesto en ridículo. Esta gente, la Bezpieca, la Stasi, el KGB, todos trabajan de común acuerdo. La última artimaña que han ideado ha sido decirte que Tessa sigue con vida. ¿Te han amenazado con denunciarte ante los británicos? Pues a ellos les gusta la política del garrote y la zanahoria; así es como les trabaja la cabeza. Pero tú no tienes nada que temer, ¿verdad?

—Todo es culpa mía.

—Ven a casa, George. Ven y cuéntanos todo lo que sabes. Tú eres londinense; no eres polaco. Olvida toda la mierda que te han estado haciendo tragar.

—Stefan dice...

—Stefan hizo un pacto con el diablo. Su mujer forma parte del régimen. Pero tú aún eres libre de elegir.

Se hizo un largo silencio mientras George volvía a doblar el mapa con exagerada meticulosidad.

—Detuvieron a tío Nico. Stefan no hizo nada por impedirlo. Tío Nico está en un campo de concentración en el sur. Llevó la condenada biografía del obispo Estanislao a una editorial. La leyó un censor del ejército y dijeron que era traición.

—Yo creía que se trataba de un obispo que vivió en el siglo once —le dije.

Pobre tío Nico. Hasta el mejor de los campos de detención del ejército proporcionaba unas condiciones extremadamente rigurosas incluso para hombres jóvenes y sanos. Era muy poco probable que sobreviviera allí a un invierno duro.

—Así es; Estanislao, obispo de Cracovia, nuestro santo patrón. Excomulgó al tirano Boleslao II y a los brutales caballeros que formaban su corte... Boleslao lo hizo ejecutar, o lo hizo él personalmente, si prefieres la versión de tío Nico. La ejecución del obispo provocó una maldición sobre el linaje real. Iglesia contra Estado. ¿Te das cuenta lo peligroso que podría ser eso?

—¿Qué eres, un crítico literario? —me mofé—. ¿Por qué no advertiste al viejo dónde se estaba metiendo?

—¿Cómo iba yo a adivinar que tendría el valor de llevarle a un editor ese fajo de garabatos? Se había pasado años y años reescribiéndolo. No estaba, ni mucho menos, listo para publicarse. —De nuevo George hizo una pausa, pensando en el viejo y quizá recordando lo que el viejo había arriesgado por los dos chicos. No interrumpí sus pensamientos—. Si crees que puedes sacarme de ésta, Bernard, hazlo sin que tenga problemas y haré todo lo que me digas.

Le tomé la palabra inmediatamente.

—Hay una pista de aterrizaje que forma parte del antiguo complejo Wolfschanze. Se encuentra a poco más de ocho kilómetros de aquí. Esta noche llega una avioneta procedente de Suecia. Es una pista estrecha, pero el piloto es un mercenario; sólo se le paga si logra sacarnos. Lo conozco bien; se ha visto en peores terrenos de aterrizaje.

—Parece arriesgado.

—Ayer estuve allí. En uno de los extremos los árboles han crecido y están más altos, pero el otro extremo es un lago. Habrá espacio suficiente. Está resguardado de la nieve y la mayor parte de la vegetación está muerta.

—¿Una pista de aterrizaje? ¿En el bosque?

—El Wolfschanze tenía varias pistas; ésta es la mejor conservada. Si la Luftwaffe podía hacer aterrizar un gran Junkers allí, también será lo bastante grande para mi hombre. Y con este tiempo frío no tiene que preocuparse por darse de morros contra el fango.

—¿Y si está nublado?

—Volverá a intentarlo mañana, y la noche siguiente otra vez. Quiere su dinero; conozco a esa clase de pilotos. Las nubes y la niebla no los detienen. Vendrá aunque tenga que utilizar el braille.

George se dio la vuelta.

—¿Estás seguro de que ella está...?

—¿Muerta? Yo estaba allí, George. Lo vi.

—¿Qué miras? —me preguntó al advertir que yo echaba rápidas miradas al paisaje nevado que se veía por la ventana.

—Esta noche, cuando nos vayamos, nos seguirán —le comenté.

—¿Hay alguien ahí afuera? —me preguntó George.

—Sí, están ahí, en alguna parte, y cuando nos marchemos nos seguirán de cerca.

—Nos detendrán.

—No, George, no nos detendrán, aunque es posible que lo intenten. Debes comprender que si realmente llegan a intentarlo, quizá tenga que actuar con dureza con ellos. Y que entonces será demasiado tarde para que cambies de idea, porque dejaremos atrás a unos nativos muy hostiles.

—Te he dicho que voy contigo.

—Bien, no cambies de idea, George. Éste es un modo de viajar muy costoso, y cuando Elizabeth Windsor paga la cuenta no le gusta que los pasajeros no ocupen el asiento que han reservado.

Salimos en un Fiat en cuanto se hizo de noche y decidimos dar un rodeo para que yo pudiera ver quién se interesaba por nosotros. Se trataba de un Volvo negro grande, un coche familiar. Había cuatro personas dentro; hombres corpulentos que iban enfundados en abrigos como si esperasen tener una avería y ya estuviesen listos para empujar. Poco esfuerzo hicieron para ocultar que nos estaban siguiendo.

El bosque silvestre, preservado de los expertos forestales, era una magnífica jungla de hayas, abetos y abedules. El suelo estaba duro y helado, y los estrechos senderos forestales, resguardados de las tormentas de nieve, serpenteaban alejándose y desaparecían en la noche. Yo estaba contento de haber pasado unas horas del día anterior haciendo turismo por la vecindad. Al acercarnos a la pista de aterrizaje desde el lado norte, supe que estaba cerca: además al mismo borde de la pista había un lugar donde el sendero era demasiado estrecho para que nos adelantasen. Cuando yo detuviera el coche ellos tendrían que detenerse detrás de nosotros.

Eché una mirada a George. Se estaba aprestando a realizar un gran esfuerzo.

—Te diré lo que quiero que hagas después de que yo detenga el coche, George. Bájate y organiza un buen alboroto. Aléjate bastante de ambos coches y arréglatelas para llamar la atención de esa gente. Grita y vocea. Diles que te están secuestrando. Diles que estás herido. Diles lo que sea. Pero capta toda su atención. ¿Puedes hacer eso por mí?

Para entonces yo iba conduciendo muy despacio. En el retrovisor ví el Volvo con los faros delanteros destellando para decirme que el juego se había acabado. Uno de los hombres estaba asomado por la ventanilla y me hacía señas con la mano. Me fijé en que llevaba guantes. Aquello era alentador. Los hombres con guantes no son rápidos al apretar el gatillo.

—Detendré el coche donde se ensancha el sendero —le dije a George.

—¿Y tú qué vas a hacer? —me preguntó.

—Voy a robarles el Volvo. Esos son policías locales de seguridad destinados a una región dejada de la mano de Dios porque no son lo bastante listos para estar en activo donde tienen lugar los verdaderos problemas.

Miré hacia el lago, que se hundía en una neblina maligna y misteriosa. Al otro lado del lugar donde nos encontrábamos había un bosque en el que unos árboles delgados negros, cuya parte inferior del tronco quedaba oculta por densos montones de nieve, parecían estar suspendidos en el aire. Entre el bosque y el agua corría una franja de tierra baldía cuya función había sido servir de pista de aterrizaje en tiempos de guerra; desde entonces había quedado olvidada.

—Pero si tú les robas el Volvo, ellos lo único que tienen que hacer es robarnos el Fiat.

—No, no lo harán. Y tú ocúpate de coger las llaves de su coche. No quiero tener que andar dando vueltas buscándolas en medio de la nieve.

En realidad yo sabía que aquellos tipos llevarían todos una llave del coche, y que, como último recurso, hacer un puente en aquel vehículo era sólo cuestión de treinta segundos, pero era mejor que George tuviera algo en que pensar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que harán? —quiso saber George.

Se había puesto nervioso y estaba bastante agitado. Tendría que mantenerlo completamente ocupado o se quedaría rígido de miedo sobre mí. Ya había visto cómo ocurría eso otras veces.

—Por varios motivos, verás. El motivo principal es que mientras tú llamas su atención yo voy a matarlos. ¿De acuerdo? —La cara de George se puso tan

blanca como una sábana. Sin esperar una respuesta, le di un empujón y añadí —: Salta del coche y empieza a gritar. ¡Ahora!

George puso todo lo que daba de sí en su actuación. Saltó y comenzó a gritar y a agitar los brazos. Nadie hubiera podido resistirlo.

Mientras los chicos de los sombreros de ala ancha contemplaban aquella actuación de danza en solitario y saltaban de su coche para agarrar a George, yo estaba salpicando el interior del Fiat con el contenido de una botella de gasolina, de modo que cuando eché una cerilla encendida en él los vapores prendieron con una llamarada que me chamuscó las cejas. Hay que comprender lo que era para aquellos hombres ver a alguien prenderle fuego a un valioso coche. En Occidente, para reproducir las profundas emociones que originó mi acción, tendrían que ver a algún yupi incendiar su Bentley-Turbo o su Ferrari.

El motor caliente ayudó bastante, y las llamas subieron hasta seis o siete metros, de modo que el claro del bosque se iluminó con una luz brillante que captó a los cinco hombres como en el fogonazo del flash de una fotografía. La imagen la tengo impresa en el cerebro. George había tropezado y había ido a caer sobre un montón de nieve; había quedado de lado, con la mano levantada hasta la cara para protegerse los ojos. Estaba tan sorprendido como cualquier otro de ver que yo incendiaba el coche. Los hombres de seguridad se habían dado la vuelta para mirar el incendio. Eran cuatro, iban vestidos con abrigos largos y grandes sombreros de fieltro y la cara les resplandecía a la luz del incendio; eran rostros que reflejaban susto y perplejidad. Mientras los demás permanecían quietos, George se movía. Comprendía lo que se avecinaba. Estaba retrocediendo, tropezaba en la densa nieve y daba puntapiés a los escombros helados a medida que sus pies topaban con ellos. George creyó que yo iba a por los cinco. Oí los motores del avión. El sonido de los motores de pistones rebotaba en el lago y producía un sonido ensordecedor mientras bajaba por encima de nosotros. El piloto, con la cara apretada contra el cristal, estaba sin duda enfermo de preocupación por lo que estaba sucediendo. Aquél era el momento de máximo peligro.

Cuando el avión se perdió de vista con un zumbido monótono, me llegó un asfixiante olor a goma y a plástico quemados del coche en llamas. Grandes chispas rojas salieron despedidas como luciérnagas y luego me ví envuelto en una repentina oleada de humo negro y aceitoso. Los hombres de seguridad comenzaron a disparar sobre algo situado al otro lado del incendio. Quizá fuera el movimiento del humo lo que atrajo sus disparos, o un animal salvaje espantado por el fuego.

Fuera lo que fuese lo que llamó su atención, agradecí el respiro. Rápidamente doblé hacia atrás la culata de metal del esqueleto de la Skorpion y me la sujeté con fuerza contra el hombro. Las miras eran toscas y prácticamente inútiles, así que disparé con ambos ojos abiertos. La Skorpion tiene una acción simple de retroceso pero, como todas las armas de peso ligero, se levanta más y más, y se acaba disparando al aire si uno no la sujeta con fuerza y apunta bajo.

La velocidad de disparo era más rápida de lo que yo recordaba. La primera ráfaga le dio al hombre que estaba más cerca. Se desmoronó, pero para entonces dos de los otros ya estaban disparando contra mí. Volví a disparar, en esta ocasión dos ráfagas muy cortas, pero no pude ver si acertaba a algún blanco o no. Me puse a escuchar: no se oía ningún motor de avión, ninguna voz fuerte, ningún grito de dolor.

El silencio fue roto por media docena de disparos bien dirigidos procedentes de aquellos hombres; el último tiro me pasó incómodamente cerca. Aquello era una señal para avanzar. Sólo tenían pistolas de mano. Las armas automáticas debían de haberlas dejado en el coche, casi podía oírlos lanzando maldiciones por su mala fortuna. A aquella distancia y con aquella luz, los disparos que hacían, de uno en uno, eran un riesgo que yo podía permitirme correr siempre que no dejara de moverme. Cada vez estaba más oscuro. El resplandor inicial había pasado. Los brocados más exquisitos del Fiat eran ya pura ceniza. Las excitadas llamas amarillas se habían vuelto naranjas y rojas, y se iban asentando para disfrutar devorando el coche poco a poco, como si fuese un león envuelto en una carcasa jugosa.

No tenía tiempo suficiente ni me sentía inclinado a entablar un intercambio de disparos. De pronto los motores del avión se oyeron muy fuerte mientras el aparato rugía por encima de las copas de los árboles para echar una última mirada a lo que estaba ocurriendo antes de ir a por todas. No había otra cosa que hacer más que acabar de una vez con aquello. Encajé el segundo y último cargador en la Skorpion, me puse en pie y eché a correr hacia adelante. Estaba oscuro y las llamas formaban sombras en movimiento por todas partes. Hubo más disparos y yo disparé a mi vez, vaciando el cargador. No pretendía encontrar la manera de matarlos, sólo quería asegurarme de que los cuatro hombres tuvieran heridas que los dejaran incapacitados para perseguirnos y así no me causaran problemas.

Cuando llegué al Volvo de los hombres de seguridad, George estaba forcejeando con la puerta.

—Tengo la llave —me dijo George—. Se la he cogido al que has acertado.

—Buen chico. Salta dentro —le indiqué.

Aunque el hecho de oír que se refería en singular a cuatro oponentes peligrosos me resultaba desconcertante. Ocupé el asiento del conductor, puse el coche en marcha y me dirigí lo más rápidamente que pude hacia la otra punta de la pista botando sobre raíces, troncos de árbol podridos y quién sabe qué más.

—Salta del coche y aléjate cincuenta metros, George. Voy a prenderle fuego a éste.

—Nos verán desde varios kilómetros de distancia.

—Eso espero.

El Volvo estalló envuelto en llamas tan rápidamente que llegó a chamuscarme el pelo. Con un coche en llamas marcando cada extremo de la pista, el sueco atravesó el lago y descendió suavemente hasta realizar un aterrizaje cómodo. Yo sabía qué clase de aparato era el que estaba pilotando: un curioso y viejo BN Trislander, cuyo largo morro se extendía como el cuello de una grúa, que llevaba los tres motores encaramados en lo alto de la cola. El sueco no había perdido nada de su característico toque mágico. Era el mejor de los que solíamos contratar. Había nieve y hielo en la pista, bastante más de lo que yo había calculado, pero supongo que unos cuantos años establecido en Suecia le habían proporcionado práctica de sobra.

—No hacía falta que los mataras, Bernard —apuntó George después de echar un vistazo para buscar a nuestros perseguidores sin conseguir divisarlos.

Quizá aquella amonestación iba destinada a enfriar mi sangre sobrecalentada. Si era así no surtió el efecto deseado, sino que me dieron ganas de golpear al mojigato de George en la cabeza.

—¡Quédate dónde estás! —le ordené—. El piloto dará la vuelta y luego frenará. Iremos juntos. La puerta está en este lado. Ten cuidado con las aspas; no parará los motores. ¿Te refieres a esos fiambres de seguridad? Sólo tienen algunos arañazos. No te preocupes por ellos.

—No estoy seguro de lo que dices —me indicó George.

A veces se parecía mucho a Dicky.

El piloto alargó una mano hacia atrás para abrir la puerta, y yo le di impulso a George para subirlo a la cabina. Era un ocho asientos de hélice con depósitos extra empotrados en la cabina. Los depósitos separaban al piloto de los asientos en los que íbamos nosotros; tenían que cargar el peso hacia adelante para mantener el centro de gravedad.

—¿Problemas? —nos gritó el sueco.

—No. Se trataba sólo de unos amigos que habían venido a despedirnos —le dije.

—Poneos el cinturón. Allá vamos. Pensé que seríais vosotros en cuanto ví las hogueras.

Aceleró, soltó los frenos y salimos disparados hacia adelante rozando las copas de los oscuros árboles. Miré hacia atrás y ví los dos coches incendiados. Desde aquella altura parecían estar muy juntos; entrar en la pista no era una tarea tan sencilla como parecía desde el suelo. El Volvo estaba casi consumido por el fuego y resplandecía con un intenso color rojo rosáceo. Nuestro coche, el Fiat, todavía estaba ardiendo con llamas vivas; el combustible ardiendo se había derramado fuera del coche y formaba pétalos llameantes en el suelo alrededor del vehículo. Salían chispas de un tercer lugar que no estaba cerca de los coches; aquellas chispas resultaron ser tiros procedentes de los agentes secretos, apreciación confirmada por los chasquidos de las balas al dar contra la cola del avión al tiempo que nosladeábamos profundamente antes de casi rozar las oscuras y quietas aguas del lago. George se recostó en el asiento respirando hondo y con los ojos fuertemente cerrados.

—¿Estás bien, George? —le pregunté.

—¿Habías planeado eso? —quiso saber mientras contenía la respiración.

—No. ¿Planear qué?

—¿Dejaste que nos siguieran todo el camino para poder tener un coche ardiendo en cada extremo de la pista? ¿Mataste a esos hombres y luego, sencillamente, te pusiste a esperar al avión?

—No, George. No incendié el coche hasta que oí los motores del avión. Y no los maté; sólo disparé en la dirección en la que estaban para impedir que nos matasen.

—Dijiste que el piloto lo intentaría una noche tras otra. ¿Qué habrías hecho si no se hubiera presentado esta noche?

—Algo se me habría ocurrido.

El sueco extendió una mano hacia atrás por encima de los depósitos auxiliares de combustible. No miró hacia atrás; estaba observando el bosque oscuro, tan cercano que casi podía tocarlo. En la mano tenía una botella y la agitó para que le prestásemos atención. Se la cogí. Johnnie Walker. La destapé y eché un trago.

—¿Tú quieres, George? —le pregunté al tiempo que se la ofrecía. Pero George tuvo una arcada y vomitó espectacularmente en un bote de lata—.

Tranquilo, George —le recomendé.

Estaba intentando decir algo. Me incliné hacia él.

—Pagaré la limpieza del avión —me aseguró George—. Dile que lo siento.

Estaba envolviéndose el rosario alrededor de la muñeca con fuerza, y cuando lo desenroscaba dejaba a la vista unas marcas profundas, como si aquel dolor autoinfligido pudiera protegerlo de algo peor.

—Todo esto forma parte del oficio, George —le indiqué—. Para limpiar lo que otros ensucian es para lo que se nos emplea a las personas como él y como yo.

El avión traqueteaba movido por el viento racheado, de manera que dábamos botes en el turbulento aire.

George cerró los ojos y se concentró en compadecerse de sí mismo.

—Ojalá no me lo hubieras dicho, Bernard. Ojalá hubieras dejado que me dieran el niño y yo hubiera fingido. ¿No habría sido eso más bondadoso?

—No lo sé, George. Trata de dormir. Es un vuelo largo; estos aviones viejos son muy lentos. Esta costa está salpicada de electrónica del ejército soviético. Tendrá que volar bajo para mantenerse fuera del alcance del radar.

—Esos muertos los tendré siempre sobre mi conciencia —me aseguró George.

Ahí me harté. Me incliné hacia él y lo cogí de las solapas.

—No me eches sermones, mojigato. No eres más que un traidor piojoso, así que no me hables de tu podrida conciencia porque no quiero saber nada de ella. ¿Ves a ese hombre que va ahí delante? Tiene más de sesenta años; es el mejor hombre que tenemos y no hace estos viajes para conservar su título de cross. Yo hubiera debido liquidar a aquellos cabrones, pero no he tenido agallas para hacerlo y me avergüenzo. ¿Lo oyes? Me avergüenzo. Porque la próxima vez que el viejo sueco descienda a alguna pequeña pista de aterrizaje desvencijada de la época de la guerra para sacar a algún pobre hijo de puta como yo de algún lío, lo más probable será que lo estén esperando. ¿Te enteras, George? Estarán esperándolo con una completa descripción mía, la de este viejo y raro avión, la de él y la de cómo trabaja. Y todo eso por culpa tuya y de tu estúpida vida de fantasía.

Lo tenía fuertemente agarrado por el cuello y lo estaba sacudiendo hasta sacarle la vida. Lo solté y George se desmoronó hacia atrás en el asiento, inerte, como si lo hubiera matado del susto. Supongo que nunca antes me había visto perder los estribos. No era algo que ocurriera muy a menudo.

—La costa —gritó el sueco—. Hagan sus encargos de artículos libres de impuestos.

—Quizá vuelvan a dispararnos —le dije a George—. Y él le dará la vuelta al avión. No les gusta que aviones sin identificar vuelen bajo de noche, y uno no puede hacerse un seguro contra fuego antiaéreo.

George no mostró reacción alguna. Miré por la ventana. En invierno, cuando se contempla desde lo alto la superficie de las olas espumosas, el gris mar Báltico presenta una perspectiva que intimida. Pensé en George y me acordé de aquella noche en Londres cuando recogió a aquel hombre herido y se lo llevó a ver a un médico. Era obvio que George había llevado a cabo un trabajo útil para el régimen al convertirse en generoso soporte para las organizaciones de polacos expatriados. Me pregunté cómo encajaba en la escena el oro que había en el cinturón para llevar dinero. Quizá fuera la manera en que George solía proveerse de fondos. Tal vez algún expatriado emprendedor se hubiera apoderado del oro para provecho propio. Me quité aquella idea de la cabeza; los encargados de los interrogatorios se lo sacarían a George, de eso estaba seguro.

Mientras cruzábamos la costa sueca el cielo estaba surcado de franjas de nubes rojas iluminadas por el sol.

—Hogar, dulce hogar —dijo el sueco.

Era un aeródromo privado construido junto a los extensos edificios de la compañía Schliemann, que en otro tiempo fabricaba muebles de madera para oficina y exportaba toda la producción a Rusia. Yo nunca había sido capaz de entender del todo por qué la URSS, una tierra inmensa cubierta de bosques, importaba no sólo muebles de madera, sino también madera. Pero así era. Ahora, no obstante, los rusos tenían poco dinero para importar nada de ningún sitio. La fábrica del señor Schliemann fue precintada con tablones y la mayor parte de la maquinaria fue vendida. El señor Schliemann vivía en Antibes y alquilaba su pista de aterrizaje, y un edificio anexo, a tres pilotos de mediana edad que compartían los gastos de aquel curioso y viejo avión Trislander y tenían anuncios impresos que proclamaban que ellos eran un «servicio aéreo que cubría toda Suecia». Tenían pasaporte panameño, una oficina registrada en la isla Caimán, recibían los pagos a través de un banco de Luxemburgo y hacían cualquier trabajo que se presentase.

—Tenéis un comité de bienvenida —me indicó a gritos el sueco cuando estábamos rodando hacia el cobertizo que utilizaba como oficina.

—Lo has hecho bien, cabronazo —le dije de corazón.

El sueco sonrió.

Eran tres: un médico, un hombre de la embajada y una mujer con un elegante abrigo nuevo y un gorro de pieles. La mujer saludó enérgicamente con las manos cuando yo salté del avión.

¡Gloria!

Mientras intercambiábamos saludos, el sueco fue a examinar los agujeros de bala de la cola de avión. George subió a un Saab con matrícula diplomática. El médico de la embajada subió tras él. También había un funcionario de la embajada que me dio la mano a través de la ventanilla del coche. No quería bajar del vehículo porque hacía demasiado frío. A George le realizarían un examen médico y luego le harían la fotografía para un pasaporte británico que le expedirían allí mismo. George se derrumbó en el asiento y me miró por el cristal empañado. No dio muestras de reconocimiento. El largo cabello ondulado, habitualmente tan ordenado, estaba completamente despeinado; tenía la piel pálida, los ojos brillantes y toda la expresión carecía de vitalidad, como un maniquí de cera en desuso que llevasen al almacén. En el coche no había sitio para mí, pero Gloria me estaba mirando y sonreía como si me hubiera pillado haciendo alguna tontería.

—Hola, Bernard —me dijo.

—Hola, Gloria.

—El señor Rensselaer me ha enviado a recibirte.

Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos suaves y húmedos. Aquéllos eran, desde luego, los síntomas de una joven enamorada, pero estar de pie en un aeródromo en medio del frío viento del norte en diciembre también podía hacer que las mejillas se sonrojasen y los ojos se pusieran acuosos.

—¿Has traído dinero? —le pregunté; olvidaba que tenía los bolsillos rebosantes del dinero que me había dado Rupert.

—Hay cosas más importantes en la vida que el dinero, Bernard —me aseguró.

—Demuéstralo —le pedí.

En el extremo más apartado del espacio de aterrizaje, muy agachado y dispuesto a brincar, había un lustroso y reluciente Learjet bimotor; la clase de aparato que los presidentes de las grandes multinacionales adquieren porque creen que a sus accionistas no les causaría buena impresión que ellos hicieran cola en los aeropuertos. Menuda máquina era aquélla, sobre todo comparada con el pequeño avión de fabricación británica sin ventanas que el sueco había utilizado para recogernos. Aquélla era la diferencia entre los Brets del mundo y los Bernard Samsons.

Gloria, después de ver a los demás subir al Saab y partir, se volvió hacia mí y dijo:

—Gracias a Dios que estás a salvo. Bret estaba preocupado. Y yo también. —Me miró—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estupendamente. —Gloria echó una rápida mirada al coche que se alejaba y luego me miró. Supongo que podía ver alguna reserva en mi rostro. George era él tercero en desfilas. Tessa estaba muerta, Fiona era una cáscara hueca y George iba a afrontar un montón de preguntas difíciles. Nunca volvería a ser el mismo hombre, y yo me preguntaba si él se habría dado cuenta de ello—. Ha salido mejor de lo que yo esperaba —le indiqué.

Todavía tenía en los bolsillos el fajo de dólares en billetes, los zlotys y el rollo de cinta adhesiva de plástico para amordazar y atar a George. No había utilizado nada de todo aquello.

—Todo ha salido según el plan —le dije.

—Quizá hubiéramos hecho mejor en apretujarnos en el coche con ellos —me comentó Gloria—. Dijeron que habría dos coches de la embajada.

—¿Qué se supone que tienes que hacer ahora?

—Bret estaba seguro de que Kosinski iba a llegar herido en mayor o menor grado. En ese caso él tenía que volver directamente a Londres. Bret no quería que fuera a un hospital de aquí. Ni siquiera a una clínica privada.

—Se encuentra bien —le aseguré.

—Pues tiene un aspecto fatal.

—Creía haber encontrado un hogar en Polonia, pero no tiene hogar en ninguna parte. Y eso resulta duro.

—Lo sé —me dijo Gloria—. Hubo un tiempo en que me creí inglesa, pero las niñas del colegio se encargaron de que supiera que era extranjera. Es lo que tenemos en común.

—¿Tú y yo?

—Tú has vivido toda tu vida en Alemania, pero no eres alemán. ¿Eres realmente inglés?

—Por lo menos sé de qué parte estoy —le comenté—. George Kosinski nunca se ha decidido.

—Él vino aquí por su esposa, ¿verdad? ¿Era eso tan malo?

—Oh, él amaba a Tessa. Quizá eso fuera lo único auténtico en él.

—¿No su religión?

—Tal vez. Pero sospecho que eso de ir a la iglesia con tanta devoción y tanto rezar el rosario formaba parte de su tapadera de anticomunista.

—No puedo creer que estuviera trabajando contra nosotros —dijo Gloria.

—Su hermano y él. Viajaban por el mundo atendiendo las necesidades de las redes de inteligencia del ejército polaco. Los dos son culpables.

—Supongo que eso no debería sorprendernos —me comentó Gloria—. Es justo lo que Dicky Cruyer ha estado diciendo siempre, ¿no es así?

—¿Ah, sí?

—Oh, Bernard, tú sabes que sí. Lo ha estado repitiendo una y otra vez. Tú discutías con él.

—Dicky gana de nuevo —le aseguré con toda la alegría de la que pude hacer acopio.

—Pero tú has arriesgado la vida para sacarlo de allí. Tenías cobertura diplomática; habrías podido pasar por la aduana de inmigración.

—Lo he traído porque quiero que lo hagan lonchas y picadillo de comida para animales. Es tan culpable como pueda serlo cualquier otro, pero cree que hablando va a salir del atolladero por las buenas.

—Es siempre tan dulce... me refiero a George Kosinski —se apresuró a añadir.

—Creyó que el hecho de espiar lo convertía en un gran hombre. Le ayudó a vencer la vergüenza que sentía porque su mujer se fuera a la cama con otros hombres. Dios sabe la información que daría a Varsovia, a Moscú o a donde quiera que fuera a parar el mejor material.

—Utilizan a la gente —dijo Gloria—. En eso son listos.

—No hay circunstancias atenuantes —comenté—. No era el escritor e intelectual Stefan quien utilizaba su poder e influencia para proteger al honrado George Kosinski, capitalista encantador y cristiano devoto. George era el líder; Stefan el ancla. Entre los dos mantenían la vieja mansión intacta y las extensas propiedades en las manos privadas de la familia. Lo conseguían a costa de espiar para sus amos comunistas, para el ejército y para cualquier otro a quien hubiera que aplacar. Tengo la desagradable impresión de que descubriremos que George es la punta de algo muy grande y muy importante. Le han proporcionado una historia a modo de tapadera que «demostrará» que fue reclutado en fecha tan tardía como 1983, pero en realidad espiaba para ellos desde mucho antes. Saldrá a la luz en cuanto empiecen a interrogarle. No tiene agallas para resistir.

—Hablas como si quisieras interrogarlo tú personalmente.

—Me gustaría colgar yo personalmente a ese cabrón.

—¿Sabía Tessa lo que él estaba haciendo?

—Ésa es la gran pregunta, ¿verdad? Pero los amos de la Bezpieka sin duda convencieron a George de que nosotros la matamos exactamente por ese

motivo.

—Y yo que sentía lástima por él —me confió Gloria.

Me cogió del brazo. Me conocía bien. Me sentía enfadado y cansado y estaba hablando demasiado.

—Debía haberlo tirado al mar Báltico —le dije—. Me pasó por la cabeza hacerlo.

—Algún día te meterás en problemas por decir cosas como ésa —me advirtió Gloria.

—¿Y qué me harán? ¿Mandarme a una misión peligrosa?

—Oh, Bernard. Estaba preocupada de verdad. Bret se dio cuenta de cómo me sentía. Por eso me envió a esperarte.

—Siempre ha sido un tipo romántico.

—Ésa es la ambulancia aérea en la que he venido. Un Learjet. Bret se la alquiló a una compañía de seguros con la que tiene relación. Yo nunca había ido en un avión privado.

Había un hombre cargando gasolina al lado del avión y algunos hombres sondando los motores.

—¿Es así como vas a volver a Londres?

—El avión tiene que regresar hoy —me indicó Gloria—. Mañana es Nochebuena y la tripulación quiere estar en casa. Ven a verlo; es precioso. —Sonrió con nerviosismo, como una niña—. No creo que a esa puñetera gente de la embajada se le haya ocurrido enviar un coche a buscarte.

—Sí, es Nochebuena, se me olvidaba. ¿Te piensas ir a alguna parte?

—No tengo donde ir. Mis padres están fuera. Me quedaré en casa, asaltaré la nevera para comer y miraré esos horribles programas de televisión. ¿Y tú?

—No puedo ir a casa hasta que nuestros ingenieros hayan revisado mi apartamento en busca de micrófonos. Ni que decir tiene cuántas cosas pudo haber puesto George cuando se marchó del apartamento.

—Pobre Bernard, sin hogar. Los ingenieros no saldrán el día de Navidad.

—Te quiero, Gloria —le dije.

Había estado intentando no decirlo, pero se me escapó en un impulso. Ella me apretó el brazo y no respondió.

El sueco acabó de inspeccionar los agujeros de bala y volvió a subir a la cabina del Trislander.

Tomé de la mano a Gloria y nos pusimos a caminar en silencio hacia el reactor.

—Tengo el maletín en el avión —me comentó ella—. ¿Tú tienes equipaje?

—No. Ningún equipaje.

El piloto del Learjet estaba de pie junto al ala firmando en unas hojas que el encargado de repostar tenía aseguradas en una tablilla con sujetapapeles. En el aire flotaba un fuerte olor a parafina de reactor.

—¿Y cuál es el veredicto? —le preguntó el piloto a Gloria—. Estos suecos quieren que presente un plan de vuelo. Siempre ocurre igual con estas organizaciones de caballo y calesa, siempre quieren hacerlo todo según las normas. ¿Tienen ustedes pasaporte diplomático?

—Sí, podemos irnos —le dijo Gloria—. No hay necesidad de pasar por aduana e inmigración.

—¡Fantástico! Me acercaré a la oficina para rellenar el papeleo del aeropuerto —nos indicó el piloto. Miró el reloj—. Será mejor que suban a bordo, allí no hace frío. En la cocina del avión hay algo de comida. Volveré enseguida. Luego despegaremos y nos largaremos de aquí.

El avión tenía su propia escalerilla y el interior estaba lujosamente equipado como ambulancia aérea. Gloria se quitó el abrigo y lo colgó en el armario. Justo detrás de la cubierta de vuelo había una cabina para la enfermera, el médico y los parientes ricos, con mullidos asientos de piel dispuestos alrededor de una mesa pulida. En las paredes de la cabina, por encima de las ventanas tintadas, había un mueble bar y varios estantes con revistas, y sobre un panel de madera se veían instrumentos y contadores que informaban de la altitud, la velocidad del aire, la temperatura en la cabina y la hora en los centros de finanzas de todo el mundo donde más se necesitaban las ambulancias. Una parte del espacio era una cocina diminuta, en realidad no más grande que un armario, con una pila, una máquina de café y un estante repleto de comestibles: lonchas de pollo envasado al vacío, pan y latas de sopa.

Abrí una puerta cubierta con piel y descubrí otra cabina mayor. Detrás de mí oí que Gloria ponía agua en la máquina de café. Pasé por la puerta y me maravillé ante la gruesa moqueta y las camas con sábanas y almohadas limpiísimas.

—¡Mira esto! —le grité a Gloria en voz alta mientras entraba en la cabina principal—. ¡Camas grandes y blandas!

—¡Cielo santo! —exclamó Gloria al tiempo que me miraba y sonreía con recato.

—¿Les dijiste tú a los de la embajada que no enviasen un coche a buscarme?

—Camas —repitió Gloria—. No me había fijado en eso.